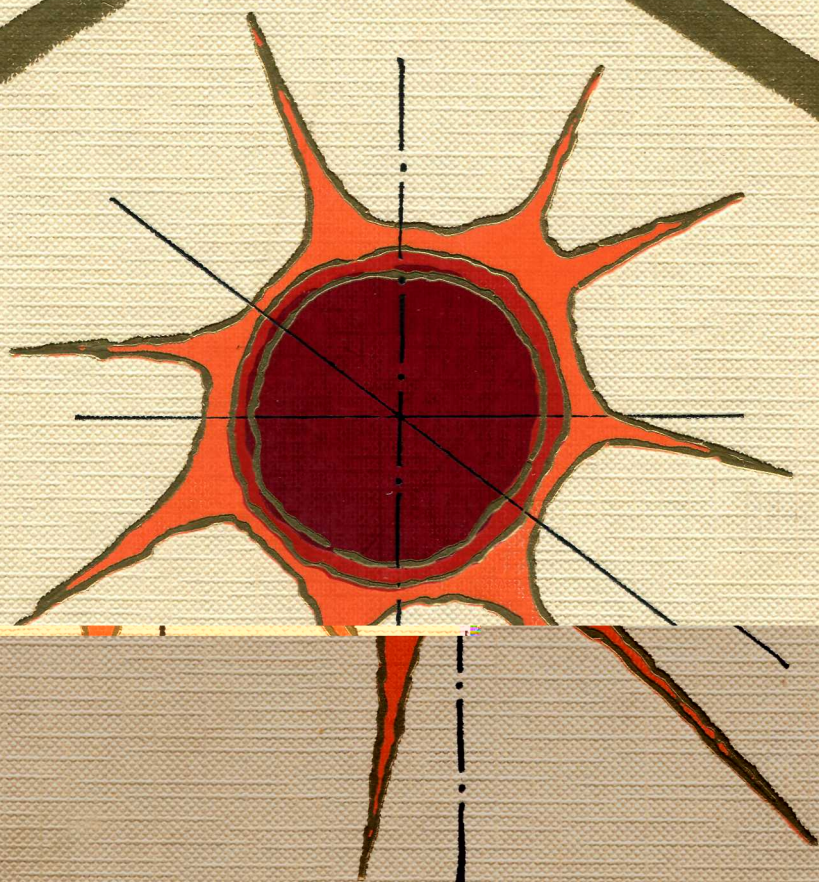


*Jean-Michel Angebert*

LOS MÍSTICOS  
DEL SOL





*Jean-Michel Angebert*

---

# LOS MÍSTICOS DEL SOL

Prefacio de Serge Hutin



**PLAZA & JANES, S.A.**  
Editores



Título original:  
**LES MYSTIQUES DU SOLEIL**

Traducción de  
**DOMINGO PRUNA**

Primera edición: Julio, 1974  
Segunda edición: Setiembre, 1976

© Editions Robert Laffont, S. A., 1971  
© 1976, PLAZA & JANES, S. A., Editores  
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)  
Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de  
**LES MYSTIQUES DU SOLEIL**

*Printed in Spain — Impreso en España*  
ISBN: 84-01-31056-3 — Depósito Legal: B. 33.391 - 1976

## ÍNDICE

PREFACIO, por Serge Hutin . . . . .	13
PRÓLOGO . . . . .	15
INTRODUCCIÓN . . . . .	19

La hipótesis solar de la creación del Globo terrestre y su influencia en los seres humanos, 22. — El Sol negro, 26. — Notas, 28.

## PRIMERA PARTE

### EL SOL DE LOS VIVOS

I. AKENATÓN: «ALEGRÍA DEL SOL» . . . . .	31
--	----

Introducción, 31. — Atlantes y reyes-pontífices, 33. — Las primeras dinastías egipcias, 34. — La cosmogonía sagrada de los egipcios. El «Libro de los muertos», 36. — La omnipotencia del clero de Amón, 39. — El «retorno» al culto solar. La invasión mitaniense, 40. — Akenatón, el faraón Atlante, 42. — Akenatón y Nefertiti, precursores del monoteísmo, 47. — La inspiración del disco, 49. — El culto del Sol, 51. — El fin de Akenatón y el retorno a la ortodoxia, 56. — Akenatón, el faraón iniciado, 60. — Notas, 67.



II. ZOROASTRO O EL «HIJO DE LA LUZ» . . . . . 71

La conversión de Persia a la religión del fuego, 86. — Persia después de Zoroastro. El imperio del disco solar, 89. — Notas, 91.

III. ALEJANDRO MAGNO O EL «HIJO DE AMÓN» . . . . . 93

Introducción, 93. — La tumba de Alejandro, 94. — El destino de Alejandro, 101. — Notas, 126.

IV. JULIANO O «HELIOS-REY» . . . . . 129

Los misterios de Serapis, 138. — Juliano y el retorno del paganismo, 154. — Notas, 160.

SEGUNDA PARTE

EL SOL DE LOS MUERTOS

V. FEDERICO II O LA «GRAN OBRA SOLAR» . . . . . 167

Castel del Monte, el castillo del misterio, 169. — El castillo del señor del mundo, 171. — La «Pactio-secreta», 175. — El Preste Juan y el «rey del mundo», 176. — La cruzada imposible del emperador Federico II, 181. — Stupor mundi, 184. — La alquimia contra la cruz, 189. — Muerte y resurrección del anticristo, 192. — Notas, 199.

VI. NAPOLEÓN O «EL AGUILA VUELA AL SOL» . . . . . 205

Introducción, 205. — Los signos del destino, 206. — La vía solar, 210. — El oráculo del destino, 213. — La confirmación egipcia, 220. — Las predicciones del abate de Lagny, 224. — El fin de Bonaventure Guyon y su sustitución por Pierre Le Clerc. ¿Rosacruz o druismo?, 229. — La profecía de Orval, 233. — Jomini, o el adivino del Emperador, 234. — El Arco de Triunfo y los signos del destino, 239. — Notas, 241.

VII. ADOLF HITLER O «EL SOL NEGRO» . . . . . 247

1. Los polares, 247. — 2. La cruz gamada y su misterio, 255. — 3. Los iniciadores de Adolf Hitler, 261. — El grupo Thule, 267. — La sociedad del «Vril», 271. — 4. El iniciado Adolf Hitler, 273. — Notas, 281.

EPILOGO: MAO TSÉ-TUNG O EL «SOL ROJO» . . . . . 285

La criptocracia china, 287. — Organización de la sociedad Hung, 291. — Esoterismo y simbolismo «polar» de la sociedad Hung o «del cielo y de la tierra», 296. — La revolución de 1911, obra de la «Tríada», 304.

BIBLIOGRAFÍA . . . . . 311



¡Oh sol! ¡Tú sin el cual las cosas  
no serían lo que son!

EDMOND ROSTAND

Para conocer a los hombres, hay que conocer sus  
dioses; pero los hombres ocultan cuidadosamente a  
sus dioses verdaderos.

PAUL VALÉRY



## PREFACIO

Por ser el Sol el astro que ilumina nuestro planeta, aquel sin el cual ninguna vida sería posible aquí, se comprende mejor aún la presencia de ese astro central en muchas tradiciones y leyendas. Es más, nos damos cuenta mejor de la fuerza incomparable que pueden tener las vías espirituales y los itinerarios iniciales en los que ese astro resplandeciente tiene el papel más importante.

Pero, ¿no existirían hombres de carrera excepcional que habrían tenido (los astrólogos sabrían sin duda explicarnos el porqué) su carrera meteórica marcada por el «signo» Sol?

¿No se trataría únicamente de una vida en la que el astro del día hubiera tenido un papel privilegiado, sino de un destino en el que los acontecimientos y la suerte se orientarían, se determinarían alrededor de esa gran imagen arquetípica?

Un escritor humorístico del siglo pasado escribió una pequeña obra maestra de ingenio en la que, parodiando las hipótesis astronómicas tan caras entonces a los historiadores de las religiones, se divertía demostrando que Napoleón Bonaparte no había existido nunca, que no era más que el tipo mismo del mito solar personificado. Pero lo más extraordinario, ¿no sería justamente ver en el Emperador no sólo el personaje (tan real) de fantástico destino, sino al ser cuya carrera (como la de Alejandro Magno) asumía las dimensiones de un verdadero mito solar realizado?

La obra que presentamos aporta fantásticas revelaciones sobre hombres tan diferentes como el faraón Akhenatón («el rey ebrio de dios»), Alejandro, Napoleón y algunos más.

¿Qué punto común existe entre esos personajes? El de ser cada uno, en su género, «místicos del Sol» que interpretaron su papel en un drama simbólico a escala terrestre.

La presencia de Adolf Hitler entre los «místicos del Sol» podría extrañar a primera vista; es porque la obra no ha dejado de tener en cuenta, no sólo los ciclos del Sol visible (el de la bóveda celeste), sino también los del «Sol negro», del «Sol de los muertos». Es conocida la leyenda iniciática egipcia del periplo de la barca solar (la del dios Ra).



Después del ocaso, continúa su periplo —en sentido inverso— a través de las regiones infernales, para resurgir, en Oriente, para un nuevo amanecer.

¿No podría tener esta leyenda, entre sus significados, un sentido en relación con el desarrollo de la Historia terrestre?

He aquí una de las preguntas que nos hicimos después de haber cerrado este libro apasionante y fascinante.

SERGE HUTIN

## PRÓLOGO

*Sol Invictus!* Con esta exclamación, los adoradores de Mitra saludaban al astro del día, como mucho antes que ellos el omnipotente faraón de Egipto, Akenatón («amado del Sol»), que hizo del Sol Ra, el dios único, emanación del Innominado, como más tarde los mazdeístas, guiados por Zoroastro, honraban a Ormuz, el dios-Luz del Irán, antes de Alejandro Magno, hijo de Zeus-Amón, conquistador del Universo y del emperador romano Juliano, injustamente llamado *el Apóstata*, que recibió, en los últimos destellos del paganismo, la iniciación del supremo LOGOS.

Estos cuatro nombres van asociados, en el transcurso de los siglos que forman la era de Aries y luego la de Tauro, con los más grandes acontecimientos de la Antigüedad. Un lazo misterioso, tejido en un aura sobrenatural, une a esos hombres que fueron todos «místicos del Sol» al mismo tiempo que jefes espirituales y temporales habiendo tenido las más de las veces que gobernar un inmenso imperio. Hijos del Cielo, se pusieron bajo la protección del Fuego cósmico y no en balde las dinastías reales, en Japón o en el Perú, vieron sus monarcas proclamarse «hijos del Sol». La ciencia moderna misma, mal que les pese a los escépticos, reafirma las antiguas leyendas, puesto que, al reencontrar el sistema heliocéntrico descubierto por los antiguos, ha demostrado que todos los planetas que constituyen nuestro universo inmediato, incluida la Tierra, eran partículas desprendidas del Sol. El astro radiante es, pues, en realidad, nuestro padre en los dominios celestes, como lo es en el orden de las cosas visibles e invisibles.

Nos explicaremos. Por doquier, desde el fabuloso Imperio «hiperbóreo», que vio crecer la raza de los «Gigantes», desde las gloriosas y míticas dinastías de los reyes-pontífices de la Atlántida, madre de nuestras civilizaciones, el disco de oro, centro de nuestro universo planetario, símbolo de vida fecundante y de alegría, luz radiante de potencia y de fuerza, es saludado por todos los pueblos del hemisferio boreal como el símbolo viviente, la encarnación triunfante de la Divinidad, el vencedor de las fuerzas inertes y estériles surgidas del caos, y aquel que

renace cada día después de la larga espera nocturna puede muy bien aparecer como la imagen eterna de un milagro incesantemente renovado.

En su misteriosa alquimia, el Sol condensa, sobre el plano astral, las fuerzas inorgánicas y las energías inmensas contenidas en el COSMOS, y esta vitalidad prodigiosa, que parece constantemente renovada, participa verdaderamente de la potencia divina si, detrás del Sol visible, brillante luminaria, permanece, como una inmensa hoguera infinitamente más vasta y más terrible, el Sol invisible, el SOL NEGRO de los alquimistas y de los magos, llamado así por su terrible resplandor, emanación oculta a nuestros ojos del LOGOS DIVINO... Por esto no es dado a los humanos, en esta vida al menos, contemplar ese fuego espiritual, tan brillante que quemaría nuestra alma por la eternidad. Por contra, los textos sagrados de la Humanidad, como el *Libro de los muertos* egipcio, o el *Bardo Thödol* («Libro de los muertos») tibetano, tienen en cuenta esa luz que nos será dado contemplar desde el otro lado del espejo, es decir, después de nuestra muerte terrestre. Es el Sol de Osiris de los sacerdotes de Menfis, la «Luz azul» del Plano budista, el «Sol de los muertos» que únicamente guía las almas hacia el Espíritu y trasciende el misterio del Supremo Conocimiento. El secreto del logos, el conocimiento del Sol negro, camino de la vida y de la muerte, era la clave de los grandes misterios conocidos antaño por los colegios de iniciación, pontífices atlántidas, sacerdotes egipcios y grandes druidas, antes que se apagase la antorcha de la tradición por el sople de un «viento de locura» nacido en alguna parte de Judea.

Desde entonces, la gran cadena de los iniciados solares está rota y tan sólo la magia, ciencia de doble filo, puede todavía resucitar un instante los secretos del conocimiento perdido. Aquí es donde se urde el drama del mundo moderno. Por los métodos y los procedimientos que implica, la magia, cuando no está en manos de hombres absolutamente puros y sin tacha, conduce casi fatalmente al desencadenamiento de las «fuerzas negras», canales de energías desconocidas y terriblemente peligrosas, dejadas a un lado por los miembros de los colegios de iniciación en los tiempos idos que veían al hombre conversar con el Universo.

Cuando estas fuerzas inmensas son liberadas de su prisión material, nada puede ya detener su poder de destrucción y de muerte. «Lo que está arriba es como lo que está abajo», escribió Hermes Trismegisto (el «tres veces grande») en la «Tabla de Esmeralda», y la alquimia, esa ciencia suprema, puede servir indiferentemente al Bien o al Mal, dar la piedra de sabiduría de los filósofos o liberar los átomos de la bomba termonuclear.

Y precisamente para volver a encontrar esa ciencia, para reanudar el hilo de la tradición atlántida ocultada por el cristianismo, unos hombres han emprendido, tras la ruina del mundo antiguo, la búsqueda «sagrada» un momento interrumpida. Pero, esta vez, el Sol de

los hombres no puede ya guiarles, oscurecido por la sombra gigantesca de la cruz, y el camino de regreso que conduce hacia la misteriosa TIERRA VERDE, la regia HIPERBÓREA, sede de la mística THULE, pasa por las prácticas mágicas. Trátese de la alquimia, arte regio, de la astrología, madre de las ciencias herméticas, o de cualquier otro instrumento de investigación, la vía se revela infinitamente peligrosa y el camino estrecho, bordeado de precipicios. TRES HOMBRES, marcados por el sello del Destino, sin que sea cosa de juzgarlos aquí, se han atrevido a llevar el «hierro candente» en la historia de Europa, sin lograr, no obstante, romper el «círculo de hierro de la ignorancia», y esos tres nombres resuenan como los tres golpes que anuncian el nacimiento de una tragedia: Federico II, emperador de Alemania, domina la Edad Media; Napoleón eclipsa todas las glorias de los Tiempos modernos, y Hitler, en su locura y su desmesura, destruye las imágenes de los hombres políticos contemporáneos.

Esos tres hombres, aunque parezcan estar muy distantes por el destino, la época y la mentalidad, están, en realidad, más allá de las contingencias humanas, unidos por lazos potentes y secretos. Los tres han debido luchar, para asentar su hegemonía espiritual y temporal, contra la Iglesia, enemiga de la púrpura imperial, reflejo de la majestad solar, y los tres, en su búsqueda desesperada, no han podido realizar sus místicos designios, y su trágico destino se apagó en un crepúsculo de sangre. La investigación del conocimiento perdido sigue abierta y el «asiento peligroso» de las novelas de la Tabla redonda sigue esperando a su «caballero loco y puro». Ni Federico II, emperador de las Alemanias, rey de los romanos, en su tentativa suprema de reencontrar, a la luz de la inteligencia, el Sol de los alquimistas, el «León rojo» de los filósofos, ni el gran Napoleón, en su búsqueda heroica y guerrera en torno del Zodíaco, semejante al águila del apocalipsis, ni por último Hitler, ese nuevo Galaad wagneriano, vagando en pos de un GRIAL inaccesible y del Sol negro, lograron encontrar la luz ocultada desde que un terrible cataclismo sumergió, hace diez mil años, la Atlántida y su capital Poseidonis bajo las olas tumultuosas del Océano.

Si, no obstante, el tesoro espiritual legado antaño por la «raza divina» de los «hombres de Thule» no se perdió gracias a las primeras dinastías solares de Egipto, su mensaje se hizo poco a poco ininteligible para los hombres desposeídos y los textos truncados y degradados quedaron consumidos para siempre el día que retumbó este grito de desesperación: «¡El Gran Pan ha muerto!»

Así, el Sol de los vivos ha desaparecido y sólo queda, en este día, el Sol de los muertos. Sin embargo, según el calendario del Universo inscrito en el Zodíaco, nuestra era actual, dominada por el signo de PISCIS, debería terminar pronto para dar paso a la era de ACUARIO, o del «copero de los dioses», Ganimedes, raptado por el águila de Zeus (Júpiter). Después de esta última fase, los acontecimientos han de pre-



cipitarse, y si nos aproximamos verdaderamente al final del ciclo terrestre actual, el que los hindúes, en su sabiduría milenaria, denominan KALI-YUGA (que significa el triunfo de Kali, diosa de la Muerte y del Sexo), es decir, la edad de hierro, que sucede a las edades de oro, de plata y de bronce, la destrucción de nuestro viejo mundo podría tornarse una solución a considerar sin despecho, si es cierto que en Oriente, lugar donde se levanta el Sol, bien lejos de la pequeña Palestina, aparece un resplandor rojo, anunciador de una nueva aurora.

China, el Imperio celeste, dragón adormecido desde hace mil años, ha despertado bruscamente, inflamada por el SOL ROJO de Mao Tsé-tung, y la Revolución china amenaza bastante con poner pronto término a la era de Piscis. Esa llama, encendida en la hoguera de la revuelta del Espíritu, ¿habrá de abrasar a todo el planeta?

No sabríamos responder a esta angustiosa pregunta que desarrollaremos en la conclusión y, puesto que no hemos llegado aún al término de ese trastorno, aunque la perspectiva de una renovación integral por el fuego no sea ya tan remota, este libro ha sido escrito para resucitar las figuras a la vez inquietantes y grandiosas de los SIETE PERSONAJES que prosiguen su investigación solar como los SIETE PLANETAS de la astrología tradicional. Los cuatro primeros «Grandes Seres» se consagraron al Sol de los vivos, los tres últimos al Sol de los muertos, y porque un día secreto, aquellos «místicos del Sol», aquellos hombres que no eran ya del todo «hombres» recibieron la chispa violenta de la iniciación, toparon con el muro de la incompreensión y del caos o cayeron en el vértigo del orgullo. Entre Zoroastro y Hitler, hay quizás una distancia menor que entre Buda y Jesús. La metafísica hindú enseña la creencia en la reencarnación de las almas en el curso de vidas sucesivas. ¿Quién nos explicará de otro modo el misterio de la filiación solar que enlaza a un Alejandro con un Napoleón? La rueda del Samsara de los brahmanes arios, rueda del Tiempo, rueda del Sol, puede tomar la forma de *Esvástica*, o cruz gamada, sin que se detenga su incesante girar que nos arrastra en el torbellino de la vida y de la muerte. Hipnotizados por este espectáculo, ¿nos habremos engañado contemplando el mundo de la Ilusión...? Esta aventura oculta, que no se parece a un cuento, esperemos que contribuya a disipar bastantes nubes y bastantes falsas creencias.

## INTRODUCCIÓN

Se ha dicho de las estrellas que eran EL RELOJ DEL DESTINO, cuya esfera forman los doce signos del Zodíaco, y el Sol y los planetas son las saetas de las horas que indican el año; la Luna, por su parte, representa la saeta de los minutos indicando en qué mes del año se cumplirá el destino de cada individuo...

La ASTROLOGÍA, arte regio por excelencia, está en la base de todos los MITOS religiosos. Nos referimos a los mitos «astrológicos», no a los «astronómicos», reflexión conveniente para ilustrarnos plenamente sobre la elección del SOL como símbolo religioso repuesto en su contexto esotérico.

Si nos dignamos suponer la existencia, en la noche de los tiempos, de una «astrología integral» comprendida como ciencia y como tradición primordial, el iniciado, o el astrólogo, que disponga de un conocimiento tal de los secretos del Universo se encontrará capaz de realizar lo que pudiera calificarse hoy no de «prodigios científicos», sino de verdaderos «milagros» a los ojos de los profanos. Un hombre tal que posea el monopolio del conocimiento, invocará infaliblemente la inspiración de DIOS, aunque sólo sea para evitar la envidia y la codicia de sus semejantes.

Que aparezca ahora un segundo astrólogo y tanto uno como otro colocarán sus trabajos bajo los auspicios de una divinidad particular con objeto de diferenciar su ciencia. Así, el primero escogerá la paternidad del Sol y el segundo la de la Luna. Si vienen otros «magos», obrarán igualmente, multiplicando hasta el infinito las divinidades, creando nuevos templos y nuevas religiones. La degeneración de un «saber» originariamente puro es entonces fatal.

El astrólogo se ha convertido en sacerdote y se hunde cada vez más en la mistificación que hace de él un «taumaturgo» autor de curaciones imaginarias cuyos «milagros» son atribuidos arbitrariamente al dios de tal o cual templo. Tal divinidad se torna «especialista» en un milagro, tal otra es invocada para otro «artículo», y así sucesivamente.

Nuestro derrumbamiento es tan visible, la crisis por que atrave-



samos tan profunda, que nuestros dirigentes no intentan siquiera ocultárnoslo; apenas si preconizan —con una especie de aburrimiento— remedios inútiles. Veamos la realidad de cara: nuestro mundo actual está condenado sin remisión.

Para comprender mejor el origen y el alcance de un debate así de conciencia es indispensable fijarse en los mitos y los símbolos que forman el «estado civil» de nuestra cosmogonía y el «molde» cuya impronta hemos recibido. Tomamos entonces conciencia de la importancia excepcional del mito SOLAR que encontramos en el origen de todos los libros sagrados, y la Biblia no hace excepción a ello. La tradición «oculta» nos enseña, en efecto, que hubo una época en la que la oscuridad reinaba en las profundidades del espacio: había el «gran silencio» y la «gran noche» tan cara a los ocultistas. Aquel período fue seguido por otra fase, situada bajo el signo de la luminosidad: es la época de la «niebla de fuego», del «mar de bronce»... Por último se abrió la tercera edad, dominada por el frío que provocó, por repetición del hervor de las aguas seguido de una evaporación continua, el nacimiento de nuestra corteza terrestre y su población por nuestros antepasados, tras la solidificación.

Pero, ¿cuál es, en todo caso, la relación con el Sol?, se nos hará observar.

Nos atreveremos a decir que se trata de una «relación» directa, pues la Tierra y la Luna, en una época remota, formaron originariamente parte del Sol, pero luego se desprendieron de este astro. Es, por lo menos, lo que nos enseña la «gran tradición», coincidiendo así con las últimas hipótesis científicas. Una prueba en contra de esa dependencia Tierra-Luna y Tierra-Sol nos es proporcionada, según los criterios de la astrología, por la influencia que ejercen las dos luminarias sobre los individuos. Puede resumirse esta reflexión constatando en ciertos seres la primacía del elemento «solar» o bien «lunar» en su carácter y su comportamiento... Así, el Sol determina las cualidades viriles del valor y de la voluntad mientras que la Luna suscita las cualidades femeninas de la sensualidad y de la imaginación... Desarrollando este último punto, comprendemos mejor, por ejemplo, la influencia de los ciclos lunares sobre el organismo femenino o, en el terreno del simbolismo, el mito del «andrógino» o del «hermafrodita».

Pero, lo que es más importante aún, constituye el «soporte» religioso y místico aportado por esos dos astros, el Sol y la Luna. De ahí han derivado el «fuego» y el «agua», fuerzas de enlace que encontramos, aquél en los PARSIS (adoradores del fuego y modernos descendientes de Zoroastro) y ésta en las piscinas de agua lustral de la Antigüedad. Subrayemos aquí que el maridaje de ambos elementos ha sido celebrado en los templos del mundo entero en todas las épocas de la Humanidad: la unión del «fuego solar» (principio masculino) con «la tierra y el agua» (elemento femenino).

A la luz de estas explicaciones, podemos comprobar fácilmente las diferentes partes que ha tomado el cristianismo de la religión solar. Es justo, ahora, analizar el mito del «templo de Salomón», que hizo numerosos adeptos y sirvió de punto de partida a célebres movimientos esotéricos. Nos percatamos aquí también de que, si se examina el lado cósmico de aquella construcción, el templo de Salomón es el Universo solar por excelencia cuyo gran señor, Hiram, el antepasado de los francmasones, es el propio SOL. Este viaje alrededor de los doce signos del Zodíaco en el que se efectúa el drama místico de la leyenda masónica. Es, pues, con derecho que puede hablarse de iniciación solar en los masones. Queremos hablar de los mitos nórdicos e hiperbóreos que tuvieron el éxito que es sabido en la cosmogonía hitleriana. Piénsese en el famoso «martillo de Thor» (dios de la mitología nórdica) marcado con la *esvástica* (cruz gamada). En efecto, la leyenda masónica revela a sus iniciados que el gran señor, Hiram, se valió de un martillo para llamar a sus obreros, el mismo martillo con el cual Thor hizo salir el fuego del cielo, es decir, el rayo de Júpiter: otro ejemplo de la unidad de todas las tradiciones humanas. Partiendo del instrumento del gran dios nórdico y de la leyenda guerrera que le sirve de corolario (los Vaniros, o divinidades de las Aguas, vencidos por los Aesiros o divinidades del Fuego), el sabio nazi Horbiger pudo edificar su cosmogonía, es decir, el origen de nuestro sistema planetario, viendo en la lucha milenaria del fuego (de origen solar) y del hielo (de origen lunar) la justificación de sus concepciones.

Sentado esto, el problema comienza a hallar un principio de explicación y así se aclaran los numerosos símbolos que acompañan a la mística solar, el más representativo de los cuales puede hallarse en el águila, el ave del Sol. Esta elección, que responde a consideraciones puramente esotéricas (por ser el águila la única ave que puede mirar al Sol de frente), encuentra su ilustración en el ave de Zeus consagrada al Sol por todos los pueblos antiguos y que fue, entre los DRUIDAS, el símbolo de la deidad suprema. De la misma manera, los cabalistas judíos, los gnósticos cristianos y precristianos lo adoptaron, antes de que los R + C lo situaran al pie de la cruz... Buen ejemplo de filiación solar, cuya oculta explicación reside en el hecho de que es el símbolo de cada «vidente» que interroga a la «luz astral» y descubre en ésta la sombra del pasado, del presente, del futuro, y ello tan fácilmente como el águila «contempla» al Sol...

Volvemos, en este punto de nuestra búsqueda, a las huellas de la astrología, ese arte regio hoy tan controvertido, pero cuya influencia permanece incontestable en la creación de los mitos religiosos, como acabamos de comprobar. ¿Quiere decirse que esos mitos «astrológicos» están hoy perdidos y que nuestras civilizaciones son condenadas a desaparecer con las religiones muertas que las acompañan? La prudencia nos manda responder con la negativa, pues la Historia recuerda que

hubo hombres, como Galileo, que declararon que la Tierra era redonda y giraba sobre sí misma en su revolución alrededor del Sol, a riesgo de hacerse quemar como vulgares brujos, cosa que —entre paréntesis— era sabida y enseñada diez mil años antes de Jesucristo y hasta de Moisés. La Historia nos enseña que hubo también, mucho más cerca de nosotros, hombres, como Schliemann, que partieron al descubrimiento de Troya apoyándose en la leyenda de la *Iliada*, ¡mal que les pese a los escépticos!

La conjuración del silencio, servida por nuestros modernos sectarios materialistas, que niegan a los otros el derecho imprescriptible a la verdad, está llamada a ceder el paso ante las exigencias propiamente metafísicas del género humano. Los clericalismos de toda índole no han podido hacer más que demorar el vencimiento y son ya impotentes para impedir que el hombre reflexione. La última guerra mundial, con el desencadenamiento del materialismo, no ha hecho más que fortalecer ese proceso.

Los escépticos o las mentes superficiales que califican de «traficantes de luz» a los adeptos del esoterismo no se dan cuenta de la suma de esfuerzos que han necesitado los alquimistas, los investigadores, los cabalistas y los ocultistas de todas las épocas para continuar sus trabajos pese a las persecuciones de todo tipo de que han sido víctimas.

### La hipótesis solar de la creación del globo terrestre y su influencia en los seres humanos

Está universalmente reconocido en todas las tradiciones que DOS símbolos explican nuestra creación: se trata del «huevo del mundo» y de la «serpiente» que le sirve de soporte. El primero de esos símbolos es completado por el «árbol de vida» en estrecha relación con el Sol, como vamos a ver.

En el Génesis se dice: «En el principio, Dios creó el cielo y la tierra.» Se ha discutido mucho acerca de esta frase, siendo así que la respuesta está enteramente contenida en la forma del «huevo del mundo» cuyas dos mitades, al separarse, formaron respectivamente el cielo y la tierra... Si remplazamos la palabra «cielo» por la palabra «sol», comprenderemos mejor por qué el cielo es representado universalmente en forma de disco. El símbolo del «árbol de vida» debe ser interpretado pues, como la imagen de un «puente» que conduce de la Tierra al Sol, guardado por la famosa serpiente.

Desarrollando rápidamente este simbolismo solar, he aquí lo que obtenemos: el «Vellochino de oro» de los Argonautas está colocado sobre un árbol y su custodia confiada a una serpiente y lo mismo sucede con las «manzanas de oro» del jardín de las Hespérides, que son asimila-

bles a los DOCE soles (*Adityas*) de la tradición hindú. De esto se infiere, pues, que, en todas esas tradiciones, los frutos del «árbol de vida» son otras tantas «proyecciones» del Sol y otras tantas manifestaciones de su esencia única e invisible. Es de destacar que esos doce soles se encuentran también en China y en los signos del Zodíaco o en los doce meses del año. Recordemos por último la serpiente del «paraíso terrenal» que relacionaremos con el KNEF egipcio que se emparenta con la serpiente druídica, ambas serpientes representadas con el «huevo del mundo» en la boca. Estos elementos han de ser tenidos en cuenta para quien quiera comprender el fenómeno de la «cosmogénesis», o nacimiento de nuestro cosmos.

El conjunto de este simbolismo solar es denominado «polar» y aquí hace falta abrir un paréntesis. Son muchos los que emplean el adjetivo «polar» sin discernimiento. Lo que en realidad aparece como convincente es la constatación de que la «solidificación» de un planeta comienza siempre por el polo, pues es el sitio donde su rotación es más lenta. Está admitido que la parte más «viscosa» de este planeta se abre gradualmente un camino hacia el ecuador, siguiendo las leyes de la fuerza centrífuga. Así es evidentemente en el polo donde la vida terrestre hubo de aparecer y desarrollarse por primera vez. No es por otra razón que los famosos «hiperbóreos» son situados en el polo. ¿Cómo se explica, en este caso, el estado desértico y helado de esa parte del Globo? Es preciso admitir que, al menos una vez, ha cambiado de emplazamiento como si la Tierra hubiese basculado sobre su eje tras haber recibido un gigantesco «puñetazo» aún perceptible en el ligero desfase entre polo magnético y polo geográfico.

Hoy en día es aceptado, por una u otra razón, que la vida apareció efectivamente en la región «boreal» actual. Este fenómeno «vital» está en estrecha correlación con el simbolismo de la ESVASTICA cuyos DOS sentidos de rotación (levógiro y dextrógiro) representan los dos ejes de giro en torno de los dos polos (Norte y Sur) a la manera de una hélice de avión. El eje de esta rotación se confunde aquí con el «árbol de vida», llamado también «eje del mundo». Añadamos —para quienes esto interese— que la *serpiente*, en la simbólica hiperbórea, era sustituida por el *cisne*, estando representado el Sol en forma del Apolo hiperbóreo.

Si consideramos sucesivamente los términos de nuestra investigación, llegamos de modo natural a la conclusión siguiente: la parte separada del Sol convertida en la Tierra lo fue al final de la época hiperbórea. Nuestro planeta se solidificó a partir de los polos (en caso contrario, la masa solidificada hubiera sido proyectada en el espacio) que vieron aparecer los primeros habitantes evolucionados de nuestro Globo... El Sol se tornó el objeto de su veneración. Así es como los mismos mitos originales y los mismos símbolos fueron adorados por los descendientes de aquellos primeros habitantes que se dispersaron luego por todo



el planeta. Más tarde, la Luna y otros astros, a su vez eyectados del Sol, hicieron su aparición, entre los cuales VENUS (los primeros cristianos sólo conocían seis planetas, a pesar de las investigaciones astrológicas de los babilonios).

Así resumidas, las diversas tradiciones refieren las mismas cosmogonías con más o menos precisiones. Desgraciadamente, desde el comienzo, los seres humanos no parecen haber vivido en una armonía perfecta. Las tradiciones nos refieren, en primer lugar, la separación de los sexos (explicada por Platón en *El Banquete*) y a continuación las influencias astrológicas que marcaron con su huella progresiva a los habitantes de nuestro planeta. Creemos que en esta dirección es donde debe buscarse la lucha de los Gigantes contra los hombres y la victoria de éstos.

El público moderno se apasiona por todo lo que concierne a esa investigación —acordémonos del *Tercer Ojo*, de T. Lobsang Rampa, que todavía está en la mente de todos— con razón, aunque el relato del descubrimiento, en Asia central, de momias de «Gigantes» es bastante anterior a la época de los cohetes. A fines del siglo XIX, el viajero militar ruso Prievalski puso a la luz, cerca del oasis de Cherchén, las ruinas de dos ciudades enormes, la más antigua de las cuales, según la tradición local, fue destruida hace tres mil años por un «héroe gigante», y la otra por los mongoles, en el siglo X de nuestra era, o sea, en una época relativamente reciente. El escritor ruso nos refiere que en ella eran encontrados de vez en cuando unos ataúdes de madera impecable, que contenían cuerpos embalsamados en perfecto estado de conservación... Todas las momias masculinas son de hombres excepcionalmente altos y de fuerte constitución, con largos cabellos ondulados. Pero el escritor y explorador continuaba:

Otra vez, en un ataúd aparte, descubrimos una muchacha... Sus ojos estaban cerrados por discos dorados y las mandíbulas sólidamente sujetas por un anillo de oro que pasaba por debajo del mentón y sobre la cabeza. Vestía una ceñida túnica de lana, su pecho estaba cubierto de estrellas doradas y llevaba los pies descalzos.

El narrador recuerda después que, a todo lo largo del río Cherchén, se referían leyendas acerca de veintitrés ciudades sepultadas en las arenas del desierto.

Nos detendremos un momento en esta momia de la joven para prestar mayor atención a los discos de oro y al simbolismo estelar de su atavío que envidiarían las *girls* del Lido. En todas estas descripciones, una cosa nos impresiona particularmente: esta «religión del cosmos», este acuerdo perfecto con nuestro sistema solar. El hecho, en sí, no es específico del Tibet y del Asia central, pues la América latina guarda igualmente misterios «solares» en gran número.

En su última obra, *Hombres y civilizaciones fantásticas*, nuestro excelente colega y amigo Serge Hutin, cuya reputación y seriedad le confieren una gran autoridad, nos refiere una expedición organizada por la «Mano roja», orden eminentemente secreta proveniente de la R+C, en la jungla americana:

Así nos enteramos de lo que era el gigantesco disco de oro trans-lúcido que se conserva en el templo más sagrado de los incas, colgado del techo por unas cuerdas también de oro puro. Este disco procedía de la antigua Lemuria, de donde había sido traído por un matrimonio divino, en una aeronave llamada *Aguja de Plata*... Este disco no era solamente un objeto de adoración y de representación simbólica del Sol, sino también un instrumento científico cuyo poder era el secreto de la antigua raza de los tiempos pretéritos. Utilizado en conexión con un sistema de espejos de oro puro, de reflectores y de lentes, sanaba a los enfermos que se hallaban en el templo de luz. Además, era un punto focal de cualidad dimensional. Golpeado de determinada manera, emitía unas vibraciones que podían provocar seísmos y hasta un cambio en la rotación de la Tierra. Regulado a la longitud de onda particular de un individuo, permitía a éste trasladarse adonde quisiera, simplemente por representación mental del lugar al cual deseaba ir (1).

Encontramos aquí de nuevo, pues, la devoción solar acompañada esta vez de poderes sobrenaturales y apoyada por el reino de los GIGANTES de Tiahuanaco, que no queda muy lejos del lugar de aquella exploración. ¿Hay que concebir entonces una fuerza de atracción planetaria más que en nuestros días y que explicaría la estatura gigantesca de aquellos constructores ciclópeos? Esta hipótesis no debe ser descartada, pues se encuentra confirmada en el calendario «venusiano» de la puerta del Sol en Tiahuanaco...

¿Habrían venido del planeta Venus extraterrestres salidos de aquella raza de «señores caídos del cielo»? Si esta hipótesis es cierta, debe buscarse en esa dirección el misterio de la erección de las colosales estatuas de la isla de Pascua, pues algunos de aquellos bloques, que pesan varias decenas de toneladas, fueron seguramente transportados «por encima» de otras sin dejar el menor rastro.

Tomamos conciencia progresivamente de las múltiples cuestiones planteadas por la existencia de aquellas civilizaciones «solares» que no han revelado todos sus secretos y que, aún hoy, influyen al hombre en su vida cotidiana y sus costumbres religiosas, a menudo sin que él lo sepa.

¿Qué decir entonces de los pretendidos «iniciados» que olvidan el sentido profundo del simbolismo esotérico de la religión, en nuestro siglo XX, si nos dignamos recordar que las bóvedas de las catedrales y de las iglesias, griegas o romanas, estaban, no hace mucho tiempo aún, pintadas de azul y cuajadas de estrellas de oro en recuerdo de la



bóveda celeste? Parece imposible, en 1971, hacer admitir que esa bóveda es copia de la de los templos egipcios, en los que el Sol y las estrellas eran objeto de adoración de los fieles. Y sin embargo...

El mismo hecho se reproduce en lo que concierne a la simbología de las logias masónicas y no es en balde que la «Puerta del rey de gloria», como antaño se designaba al Sol, está en el templo de cara al Este...

Ese SOL, símbolo visible del Creador, no es, sin embargo, más que un velo ante una realidad inaguantable para nuestros ojos de mortales, pieza central de la mística solar. Nos referimos al *Sol negro*.

## El Sol negro

Los adeptos del culto solar han tenido siempre presente un segundo sol, místico éste, y que los magos y los alquimistas han dado a conocer con el nombre de «Sol negro». Para los hijos del Sol, en efecto, una evolución ulterior estaba reservada a los planetas: la Tierra, como los otros, se transformaría en sol cuando su desarrollo hubiera terminado. Aquel nuevo sol estallaría a su vez cuando su máximo de intensidad hubiera sido alcanzado, y así sucesivamente. A tenor de ese análisis vemos cómo podía nacer un nuevo zodiaco, una nueva matriz para nuestro sistema solar.

Pero, en el plano humano, los seres insuficientemente evolucionados seguían prisioneros del Sol y no se beneficiaban del nuevo traslado. Podemos así notar la profunda discriminación establecida por esa grandiosa cosmogénesis.

El Sol visible, para los antiguos, no era el centro y el padre de los otros planetas, no era más que una emanación del Sol central, el famoso «Sol negro». Únicamente éste era la fuente invisible y espiritual de la mecánica celeste: una verdadera «central de energía», de espiritualidad «condensada» de la que emanaban las almas y adonde retornaban finalmente. Este disco luminoso, especie de contratipo de nuestro Sol aparente, fue «recuperado» por los alquimistas y los magos que hicieron de él la emanación del LOGOS divino, que quema nuestra alma para la eternidad. Su aparición únicamente es soportable para los «iniciados»; conquistadores como Cambises, rey de Persia, que quisieron mirarlo de frente, se volvieron locos y se perdieron en las arenas del desierto. Sólo puede concebirse una iluminación comparable a la que recibió un Zoroastro, un Akenatón o un Juliano.

Federico II de Hohenstaufen, como adepto de la alquimia y de la astrología, invocó también al «Sol negro», del mismo modo que Hitler lo haría más tarde para su desgracia y la de los pueblos mantenidos en la ignorancia de esta gestión.

El arte real, o alquimia, enseña en efecto la transmutación del plomo en plata y en oro, pero esta transformación, que modifica la estructura atómica de la materia, no puede hacerse como una vulgar «receta de cocina». El alquimista que no debe ser confundido con su imitador, «el hacedor de oro» o «soplador», al mismo tiempo que purifica la materia en su crisol o «Atanor», ha de pasar a su vez por el mismo estado, lo cual significa que su alma, a imagen de la Creación, debe elevarse hacia el principio superior que se confunde con la esencia divina. A este precio solamente, llegará a la «gran obra», es decir, a la iluminación por el conocimiento. Todo el simbolismo alquímico es así penetrado por la cosmogonía solar: el Atanor, o crisol mágico, es figurado como el «huevo filosofal», verdadera «matriz» en miniatura de la imagen gigante del COSMOS. La pequeña obra, que también tiene nombre, ERGÓN, conduce a la fabricación de plata y su símbolo planetario es la LUNA. La gran obra, la obtención de oro, es el PARERGÓN, o la «obra perfecta», que es asimilada al SOL. En cuanto a la piedra filosofal, que da el «polvo de proyección» cuyo contacto transforma los metales en oro, es tradicionalmente roja y su alegoría es LEO, signo del Zodiaco situado en el cenit y cuya casa se halla en el Sol. La posesión del Parergón implica el conocimiento del «Sol negro», que es el principio oculto de la energía del LOGOS. Todos los que pretenden ser adeptos y no han podido alcanzar ese estado de sublimación del cuerpo no son más que vulgares impostores.

Existe un medio de alcanzar directamente el «Sol negro», pero esa vía es terriblemente peligrosa, pues amenaza con fulminar a quien la utilizase pese a todo. Únicamente los adeptos, o «hermanos de Heliópolis», poseedores de los secretos legados a la Rosa-Cruz por el faraón Akenatón serían, según la tradición alquímica, capaces de usar esa «vía peligrosa».

Eso plantea el grave problema de la iniciación de Hitler (2). Si Hitler tomó por signo de agrupamiento el estandarte de CRUZ GAMADA roja, sobre círculo blanco rodeado de rojo, ¿creeremos que fue a consecuencia de un azar, cuando justamente esos tres colores simbólicos son los de las tres fases de la preparación de la gran obra? La «obra al negro» corresponde a la putrefacción de la materia que ha de descomponerse antes de renacer; la «obra al blanco», es la obtención de plata, en tanto que la «obra al rojo» es el estadio supremo que permite obtener la «piedra de los filósofos».

Hemos subrayado ya —en un precedente trabajo (3)— los lazos que unían a Hitler con la corriente esotérica por la filiación GNOSIS-CATARISMO-TEMPLARISMO. Nuevas perspectivas se abren desde entonces al investigador. La esmeralda verde, el GRIMAL, caído de la frente de Lucifer, ¿fue «ocultada» por Hitler, cuyo nombre, descompuesto en CIFRAS, corresponde al NÚMERO del arcángel «portador de luz» (Lucifer), el 7, abatido por Dios y condenado a las tinieblas?

Es entonces cuando comienza la magia negra.

Volvámonos, pues, del lado de la luz resplandeciente, que no puede engañarnos, pues ha sido dicho: «Por último, ella (la piedra filosofal) purifica e ilumina tanto el cuerpo y el alma que quien la posee ve como en un espejo todos los movimientos celestes de las constelaciones y las influencias de los astros, sin siquiera mirar al firmamento, con las ventanas cerradas, en su habitación (4)...»

Por muy lejos que busquemos, es en nosotros mismos donde se halla el Sol del espíritu. Este libro no tiene otro objeto que hacer comprender esta verdad. Cada hombre es por sí solo un sol que busca desesperadamente reencontrar la Gran Luz, más allá de la vida y de la muerte.

#### NOTAS DE LA INTRODUCCIÓN

1. Serge Hutin, *Hommes et Civilisations fantastiques* (Colección «J'ai lu», 1970, páginas 110-111).

2. ¿Rudolf Hess, llamado el «Egipcio», habría sido, como muchos lo han sostenido, el «iniciador» de Adolf Hitler durante la detención de ambos en la prisión de Landsberg? Hess era el sucesor designado del Führer.

3. S. Hutin y M. Caron, *Les Alchimistes* (Le Seuil, colección «Le temps qui court»).

4. Véase J. M. Angebert, *Hitler et la tradition cathare* (edición Robert Laffont, colección «Les Enigmes de l'Univers», 1971). (*Hitler y la tradición cátara*, traducción española en esta colección.)

#### PRIMERA PARTE

### EL SOL DE LOS VIVOS

*La historia primitiva de Egipto se enlaza con la —perdida— de la Atlántida.*

PAUL BRUNTON

*Al hijo de la Luz que vivió «encima del tiempo» —en la verdad para la eternidad—, Akenatón, fundador de la gloriosa religión del Disco.*

SAVITRI DEVI

## CAPÍTULO PRIMERO

### AKENATÓN: «ALEGRÍA DEL SOL»

#### Introducción

La creencia de los mundos griego y romano, que veían en Egipto la cuna de la ciencia hermética, ha persistido hasta nuestros días. Aún hoy, sólo las palabras obelisco y pirámide evocan para nosotros los más impenetrables misterios.

No es de extrañar, por lo tanto, que rosacrucianos y francmasones se rodeen de símbolos y de jeroglíficos que evocan la tierra de los faraones.

Sin embargo, aparte el hecho de que aquella comarca bendecida por los dioses se hubiese encontrado en las avanzadillas de la historia de la Humanidad, ¿cuál es el atractivo de aquella civilización desaparecida, en la era de la conquista del espacio?

Muy sencillamente, el desconocimiento en que estamos de su origen. Desde luego, podríamos interrogar a doctos egiptólogos, pero, tranquilicémoslos. Sobre el origen de aquella extraordinaria civilización, no saben más que el común de los mortales... A ver quién establece una cronología seria para las cuatro primeras dinastías faraónicas, es decir, el período arcaico del Imperio Antiguo. ¡Aviado estaría!

Del mismo modo, miles de turistas ya pueden «ametrallar» con gran refuerzo de películas fotográficas la inmemorial meseta de Gizeh. ¿Quién creería por esto que las pirámides y la Esfinge iban a revelar su antiguo secreto?

Hablemos en serio y fijémonos mejor en la única realidad que contaba verdaderamente en aquel tiempo: la religión y los mitos que la rodeaban.

Esta realidad nos enseña que Egipto es incontestablemente la patria del culto solar. Es él, el Sol, quien se levanta al Este con el nombre de Horus y que se pone al Oeste con el de Atón, de Tum o bien de Aw. Tomamos contacto aquí, en el marco del antiguo Egipto, con «la misión civilizadora» de todo un pueblo.



Cada pueblo, en efecto, recibe tradicionalmente una «misión histórica»: los «guías espirituales», Hermes Trismegisto en este caso, son sus luces visibles. Es, sin duda, Hermes, el «tres veces grande», quien se hizo cargo de la «misión» de Egipto, por citar una expresión grata al esoterista Saint-Yves d'Alveydre (1).

Quién nos explicará de otro modo el nacimiento en Egipto del concepto infinitamente más sutil de «Sol invisible», de «Sol negro», considerado como el «Sol nocturno» en su carrera elíptica inaccesible a nuestras investigaciones, el modelo de las evoluciones misteriosas de la materia entre la muerte y el retorno a la vida... El prototipo de la alquimia y del moderno psicoanálisis.

Claude de Saint-Martin, justamente apodado el «Filósofo desconocido», fue el primer pensador cristiano que intentó, en el siglo XVIII, reponer al hombre en el camino de la tradición. Enseñó la vinculación del cristianismo con la Atlántida, a través de Egipto, el druidismo y el mosaísmo primitivo del Libro de Enoch.

Esta filiación ha sido sostenida recientemente por el llorado Paul Le Cour, fundador de la revista de arqueología tradicional *Atlantis*. El culto del Sol habría llegado así a los egipcios por el canal de la Atlántida. Este culto, olvidado por los descendientes de los primeros faraones, habría sido repuesto al gusto del día por el iniciado que es objeto de nuestro estudio: Akenatón.

Entre los egipcios —escribe Paul Le Cour— existía la creencia en un Dios supremo y en un segundo dios, el Sol creador. Una estela del museo de Berlín llama al Sol «hijo de Dios». En la puerta del templo de Medinet-Abu, se lee: «Es él, el Sol, quien ha hecho todo lo que es, y nada ha sido hecho sin él jamás.» San Juan dirá lo mismo catorce siglos más tarde hablando de Cristo (2).

Recordemos al lector que Akenatón vivió catorce siglos antes de Jesucristo.

En el mismo texto, Paul Le Cour desarrollaba su tesis en profundidad. Partiendo de aquí, el autor de *La Era del Acuario* \* precisaba su pensamiento y sacaba una conclusión que sería difícil no suscribir:

El primer foco de la religión solar fue verosímilmente la Atlántida o una comarca situada hacia el 50° de latitud Norte (¿el Hiperbóreo?) (3). Allí fue creada la primera esfera celeste, soportada, por lo demás, por Atlas y creado el Zodíaco, que constituye en cierto modo el reloj de la religión solar cuyas fiestas anuales señala, así como las transformaciones a través de los siglos. En efecto, de la Atlántida, la religión solar pasó a México, al Perú, a Egipto, a Caldea. Reunidos por una común tradición, la de los atlantes, que han sido denominados «el pueblo del Sol», egipcios, mexicanos y babilo-

\* Publicado en esta misma colección.

nios edificaron templos en cuyo frontón se veía el disco solar acompañado de dos alas... (4). La religión hiperbórea era solar, como lo fue la de los druidas; el culto de Dionisos era solar y lo fue igualmente el de Mitra.

Abordamos, en este punto preciso del razonamiento, el verdadero fenómeno que representa Akenatón en la historia de nuestra Humanidad: el de un verdadero enlace entre la tradición atlante e hiperbórea (o gran tradición) y nuestra época actual: la civilización judeocristiana. Y haremos nuestra esta conclusión del gran autor místico Merezkhovski:

*La Atlántida, he aquí lo que está en el fondo de la vertiginosa, de la espantosa antigüedad egipcia.*

### Atlantes y reyes-pontífices

El mito del continente perdido, de la Atlántida, se vincula a la teoría de los ciclos de la Humanidad, grata a Platón y proseguida después por toda la tradición esotérica hasta nuestros días.

Los sacerdotes del antiguo Egipto habían conservado, y sus libros sagrados dan fe de ello, el recuerdo de un vasto continente que se habría extendido en medio del océano Atlántico, en un espacio delimitado al Oeste por las islas Azores y al Este por la rotura geológica del estrecho de Gibraltar.

El *Critias* de Platón nos describe extensamente una ciudad del continente sumergido: Poseidonis, ciudad de gigantescas puertas de oro, edificadas en graderío, con sus enormes templos y su sistema de gobierno dirigido por *reyes-sacerdotes*, poseedores de las leyes dictadas por los dioses, en primera fila de los cuales se sitúa Poseidón o Neptuno, rey de los mares, armado de su tridente. También según Platón, la isla de Poseidonis, último fragmento de la Atlántida, quedó sumergida nueve mil años antes de la época del sabio Solón.

El geógrafo griego Estrabón, así como Proclo, confirman las afirmaciones de Platón. ¿Cómo hubiera podido Solón tener conocimiento de la tradición atlántida? Sólo una respuesta parece coherente. Los sacerdotes egipcios, *que pretendían tener la información de los propios atlantes*, la transmitieron a los viajeros griegos que a menudo visitaban su país.

Los sacerdotes egipcios de Sais, ¿podían conocer una tradición que se remontaba a la fecha admitida para la inmersión y la desaparición de aquel continente fabuloso? Los datos de las ciencias naturales, de la Prehistoria y de la Antropología concuerdan todos con esa fecha (5)...

Queda por demostrar que efectivamente existía un pueblo egipcio

en el IX milenio antes de nuestra era. Ahora bien, los estudios recientes parecen probarlo sobradamente.

Si una civilización antigua y cerrada existía ya nueve mil años antes de Jesucristo, nada se opondría a que hubiera desempeñado un papel de receptáculo y luego de vehículo a la civilización atlántida. Descubrimos sus huellas en el monumento más antiguo de Egipto: la Esfinge de Gizeh.

¿La gran Esfinge contemporánea de la Atlántida? ¿Por qué no? Recuérdese su desarenamiento efectuado por Tutmés IV. Fue objeto de una constatación asombrosa; los miembros del coloso habían sido restaurados desde las primeras dinastías... En la época de aquel faraón que reinó treinta y cuatro siglos antes de nuestra era, la Esfinge tenía, LO MENOS MIL CIEN años de edad.

Pero, ¿qué representa exactamente ese gigante, mitad hombre, mitad animal? La idea según la cual reproduciría los rasgos de un faraón no se apoya en ningún documento. Por contra, su nombre mismo parece establecer por sí solo una relación sorprendente con el continente desaparecido de la Atlántida.

Veámoslo. La estela de Tutmés I (tercer rey de la XVIII dinastía, la que nos interesa) nos enseña el nombre que daban entonces al coloso de piedra: «Ruty» (línea 2082 del «texto de las pirámides»)... Ahora bien, según la leyenda, que siempre contiene un fondo de verdad, las dos últimas islas de gran importancia de la Atlántida, antes de su desaparición total, se llamaban «Ruta» y «Daitia». La coincidencia es cuando menos inquietante.

Lo que refuerza aún la hipótesis según la cual las primeras dinastías faraónicas serían las de los REYES ATLANTES, es la presencia de las mastabas (o tumbas) de los soberanos en cuestión, situadas todas en las proximidades de la gran Esfinge de Gizeh...

### Las primeras dinastías egipcias

Aquellos monarcas de la primera dinastía eran inhumados en Peker, a dos kilómetros aproximadamente del templo de Osiris, situado en Abidos. Y aquí abordamos un segundo punto de contacto con la tradición atlántida. Es en Abidos, efectivamente, donde se ha encontrado la estela de I-Cher-Nofret, alto funcionario del rey Sesostri III (1887-1849 a. de J. C.) que nos relata una iniciación a los misterios... La misma iniciación de la cual Heródoto se limitaba a declarar: «Los sacerdotes de Osiris, unidos por una vieja tradición, no podían decir nada de la muerte de su Dios...» Ahora bien, en esa estela, se hace mención del iniciado Thot, que no es otro que Hermes Trismegisto, el que «ha abierto al dios la vía que conduce a su tumba, en Peker» y que ha organizado

la «gran salida», «poniendo en movimiento la nave»...

De ahí a concluir que los primeros egipcios, o cuando menos sus «iniciadores», escaparon en embarcaciones a la catástrofe que vio el hundimiento del continente desaparecido, no hay más que un paso.

La última parte de la descripción de los misterios, ¿acaso no finaliza con la declaración siguiente: «Le he hecho entrar en la nave... He ensanchado de gozo el corazón de los habitantes de Oriente (los vivos) y he suscitado el entusiasmo en los habitantes de Occidente (los muertos)... La embarcación ha abordado Abidos y conducido a Osiris, el primero de los habitantes de Occidente, señor de Abidos, a su palacio.»

Subrayemos que Occidente es representado como la morada de los muertos. En efecto, para los egipcios, Punt, la tierra de los grandes antepasados, situada por ellos en los límites de Libia (que se extendía hasta el Marruecos actual) era objeto de un culto póstumo. Cuando recordemos que los egipcios sólo vivían para el más allá, comprendemos mejor que procuraban así acercarse a su país de origen: la Atlántida sumergida, con toda verosimilitud.

¿Cabe, en este estadio, poner en duda la existencia de la Atlántida, afirmada en la Antigüedad por Homero, Solón, Heródoto, Platón, Estrabón, Diodoro? No lo creemos, pues los antiguos situaban precisamente el continente desaparecido «al otro extremo de Libia, allá donde el Sol se pone...».

Así se explica, naturalmente, la consanguinidad de las familias reinantes, medio seguro de conservar la pureza de la sangre atlante (6) según la prescripción dictada por el gran Hermes.

El origen atlántida de los antiguos egipcios halla una confirmación suplementaria en la costumbre considerablemente antigua del ocre rojo con el que eran embadurnados los cadáveres. El primer ejemplo que conocemos de esa práctica nos lo da el hombre de Cro-Magnon, de raza blanca, que vivió hace casi cuarenta mil años. Este hombre, sacado a la luz en Eyzies, Francia, que medía más de 1,90 metros, se bañaba efectivamente en el ocre rojo. Cuando sepamos que los atlantes eran apodados la «raza roja», y reputados por su talla gigantesca, podremos preguntarnos si el hombre de Cro-Magnon no sería de la raza de los atlantes.

No es inverosímil creerlo si pensamos que:

El recuerdo abrumador de aquella ascendencia era tan poderosamente apreciado en tierra nilótica que para conservar sus particularidades físicas y morales fueron instituidas, desde la aurora de los tiempos, dos de las más extraordinarias leyes de la tradición faraónica:

- 1.— El soberano se desposa con su hermana;
- 2.— El rey, los grandes sacerdotes y todos los puros DESCENDIENTES VARONES de la raza original se untan el cuerpo con ocre rojo... Las costumbres irán debilitándose... Hacia las últimas di-



nastías, únicamente el faraón y el Hierofante se embadurnarán con pintura roja (7).

Madame Szumlanska sitúa la decadencia de aquella raza dirigente de Egipto en los alrededores de la XVIII dinastía, o sea, en la época que nos interesa, la del faraón Akenatón. Fue bajo aquella dinastía cuando Egipto tuvo su «canto del cisne»: «Un esplendor inaudito se extendió sobre la tierra de Egipto con la XVIII dinastía. Horus, el dios originario del país de Punt, vio reflorar su maravillosa leyenda.»

Los primeros egipcios, antepasados de los supervivientes de la Atlántida, habrían llegado al valle del Nilo, a través del África del Norte, procedentes de las islas Canarias. Ahora bien, en 1882-1886, el sabio Verneau publicó su *Informe sobre una misión científica en el archipiélago canario* en el cual proporcionaba una documentación considerable sobre los hombres de Cro-Magnon, al término de una investigación de cinco años. La idea principal de Verneau se fundaba en un parentesco atlante con los guanches, antepasados de los habitantes de las Canarias. No olvidemos que la Atlántida, al desaparecer, debía dejar emerger las crestas de sus cordilleras de las que el pico Teide podría ser uno de los vestigios.

El sabio francés notó en las momias que pudo examinar una enorme capacidad craneana (1.790 cm<sup>3</sup> de promedio), una estatura elevada (2,10 m) y, sobre todo, una deformación poscoronal específicamente cromagnoide «que no es debida a una deformación ritual como en los semitas, sino siempre en un punto preciso y que se encuentra entre los pueblos donde no existe ese rito, principalmente entre los egipcios».

Nos resta, al final de este capítulo, describir la innovación monoteísta simbolizada por el culto SOLAR que hace su aparición con el *Homo sapiens* de Cro-Magnon y su rito del ocre rojo para continuar en el Egipto faraónico y culminar en un ideal más sutil y más puro de la misma religión solar: la sustitución del propio Sol por el DISCO.

### La cosmogonía sagrada de los egipcios. El «Libro de los muertos»

La cosmogonía de los egipcios está enteramente contenida en el famoso *Libro de los muertos*, destinado a los cenáculos iniciáticos del antiguo Egipto, por considerar los egipcios la muerte como una especie de iniciación (del latín *initium*: «renacer a la vida»).

Entre las visiones que el libro describe, el de la barca solar es la más frecuente. Esta visión central donde reencontramos las dos luminarias (la barca, que simboliza la Luna creciente, lleva el disco solar: Ra) formaba el núcleo de toda la cosmogonía sagrada.

Para los egipcios, la Luna, considerada desde un punto de vista espiritual, no era en absoluto inferior al Sol, pero su unión simboliza la involución o, por emplear el lenguaje de la Biblia, la etapa original de la «caída». En el plano espiritual, pues, este fenómeno de involución agrava la *caída inicial* del género humano cuyas consecuencias están representadas respectivamente por el SEXO y la MUERTE, pues el SER ORIGINAL era, según la tradición, BISEXUADO e INMORTAL. Este concepto del ANDROGINADO primordial se encuentra de nuevo en el famoso diálogo de Platón *El Banquete*. Para el divino maestro, *iniciado en los misterios egipcios* y ardiente defensor de la tesis «atlante», existía una raza original «cuya esencia está ahora extinguida», raza de individuos que llevaban en sí mismos los dos principios, masculino y femenino, y por ende andróginos. Los seres de esta especie «eran de una fuerza y de una audacia extraordinarias y abrigan en su corazón proyectos orgullosos hasta atacar incluso a los dioses». Esta tentación de escalar los cielos no es nueva; es el mito de Prometeo, el de los Gigantes y de los Titanes. En la Biblia misma, ¿acaso no es evocada la «promesa de tornarse semejante a los dioses»? (Génesis, III, 5.)

Pero lo más extraño que hay en el texto de Platón, directamente derivado de los Misterios de Egipto, es el hecho de que los dioses, para defenderse, no fulminan a los seres andróginos como fulminaron a los Titanes, sino que paralizan su acción y su potencia separándolos en dos. En lo sucesivo, el Hombre y la Mujer nacerán de la separación de los sexos o de los principios, el MASCULINO y el FEMENINO (8).

Lo mismo sucede con la Luna y el Sol, ambos por referencia a nuestra Tierra. La tradición esotérica, como hemos visto, enseña que esos dos astros estaban unidos en el origen y formaban cuerpo y que luego se separaron... Encontramos de nuevo a esta pareja inicial Sol-Luna reunida en el dios Osiris cuyas vinculaciones, tanto lunares como solares, han sido repetidas veces subrayadas por los egiptólogos. La resurrección de Osiris, petrificado en la muerte, ceñido en sus vendas de momia (alusión al mundo mismo, sometido a la implacable «ley de la naturaleza»), significaba el restablecimiento de la unidad en el retorno a la integridad original.

La muerte, ese misterio en el sentido oculto del término, es vencida mágicamente gracias al verdadero «pasaporte» para el más allá que constituye el *Libro de los muertos* egipcio. El viaje del alma está descrito con detalle por analogía con el viaje diurno de la barca de Ra, la barca solar, por la bóveda del cielo. El ejemplo del «dios-fracaso» Osiris seguía presente en todas las memorias: simbolizaba la «caída».

Frente a aquel pueblo amoral, soñador e indolente de los egipcios, el gran Hermes blandía el ejemplo de la disciplina y del equilibrio cósmico: la élite egipcia que él logró formar creía en la existencia de un «alma del mundo» cuyas «luces» visibles eran el Sol, la Luna y los planetas. Esa «religión del Cosmos» abrió al egipcio medio visiones



insospechadas. Se lanzó con alegría en aquella «preparación a la muerte» que su selección le proponía. La moral se convertía en un lazo viviente entre el hombre y el Universo por intercesión de los dioses cósmicos.

**Los dioses cósmicos: Horus-Osiris, Amón-Ra.** Horus, por ser el heredero de su padre Osiris, puede ser considerado como el heredero del mundo divino tomado en su conjunto. Aparece como el sucesor de todos los demás dioses. Así, ante el envejecimiento de la Humanidad, los iniciados se veían llamados a hacerse cargo del «gobierno cósmico». Horus, en esta óptica, aparecía como la divinidad humana por excelencia. Su leyenda misma es significativa.

Al principio, Horus es considerado como el «vengador de su padre», Osiris, muerto por Seth. Pero por muy aborrecido que sea, Seth no deja de ser necesario al equilibrio cósmico, pues el mal ha de existir para que el bien pueda triunfar. Volvemos a encontrar aquí la idea de un ser divino que se sacrifica deliberadamente por la salvación de la Humanidad (*un Christos*), Osiris, en este caso. El objeto de semejante sacrificio era conducir al hombre hacia la liberación de sus instintos superiores por la destrucción de su naturaleza inferior. Es lo que nos enseñan, a través de una terminología que a veces se nos antoja embrollada, las religiones que precedieron al cristianismo y cuyos «salvadores» con Adonis, Orfeo, Dionisos, Baldur, Mitra...

Completamente diferente del de Horus, pues, aparece el papel de Osiris y cabe preguntarse, ¿por qué el OSIRIANISMO no se fusionó con el cristianismo naciente? Hay que ver en la intransigencia de los primeros Padres de la Iglesia y en su deseo de hacer «accesible» el cristianismo a las masas, rechazando los elementos esotéricos, una causa del fracaso de esa fusión. Sólo que la élite egipcia había de tomar una decisión preñada de consecuencias para la Humanidad: *las tradiciones esotéricas del osirianismo debían ser preservadas a toda costa*. Así nacieron, cuando la desaparición de Egipto en tanto que civilización, la GNOSIS y el MANIQUEÍSMO, la ALQUIMIA y luego el movimiento TEMPLARIO, que había de hacer nacer la FRANCMASONERÍA.

La élite egipcia había adivinado en el Decálogo de Moisés y el «optimismo beato» del cristianismo la trampa fatal: afirmar que todo se arreglará «automáticamente» y como por la fuerza de las cosas es adormecer al mundo (9).

Esta puntualización era necesaria para comprender la importancia de otro dios cósmico y sobre todo la de la cofradía secreta que lo rodeaba: la FRATERNIDAD DE HELIÓPOLIS que se había consagrado al dios-Sol Ra, de donde procedió su importancia política y religiosa en el seno del Egipto antiguo.

El dios Ra, a quien encontramos ya en la barca solar, era considerado como el «primero de los faraones». Simbolizaba al Sol pasando por

las «cuatro casas del mundo», y representado como el vencedor de la serpiente. Nos encontramos aquí en presencia de todos los mitos originarios de las diversas religiones que sucedieron a la primera cosmogonía egipcia. El dios Ra debía, bajo la XII dinastía, encontrar una segunda juventud: su asimilación al dios de Tebas, Amón, que hubo de hacer nacer la dualidad Amón-Ra.

Observaremos, de la misma manera, que el gran sacerdote de Heliópolis (10) llevaba una piel de leopardo adornada de estrellas, pues era el «jefe supremo de los secretos del cielo» y el «grande de visión». La ciudad de Heliópolis, en el delta del Nilo, era uno de los tres centros de misterios más importantes con el de Hermópolis (la ciudad de Hermes), y el de Abidos, de origen atlántida.

La importancia de Heliópolis es atestiguada hasta en el cristianismo, puesto que, según el Nuevo Testamento, fue en Heliópolis donde la Sagrada Familia habría descansado cuando la «huida a Egipto».

El clero de aquella ciudad sagrada colocaba un «puente mágico» sobre el abismo de la muerte según unos procedimientos que hoy están irremediablemente perdidos. Lo poco que sabemos de ello no nos permite adelantar hipótesis aventuradas... Es probable, sin embargo, que ciertas cofradías ocultas posean precisiones al respecto. Añadiremos solamente que fueron egiptólogos alemanes los que se ocuparon de las excavaciones de Heliópolis.

Más significativo aún, en cuanto a su esencia solar, es el gran dios Amón-Ra cuya adoración estaba centrada en torno de Tebas en el gigantesco conjunto monumental: Luxor-Karnak. Aquí ya no se trata de misterios. La religión únicamente es admitida y, desgraciadamente (como casi siempre es el caso), querrá desbordar sobre unos sectores en los que no tiene nada que hacer: la dirección administrativa, y luego política, del país. Será un hecho consumado bajo la XXI dinastía. ¡Algunos siglos más de Historia y Egipto se derrumbará!

### La omnipotencia del clero de Amón

Aquella preponderancia del clero de Amón iba a brillar bajo la XVIII dinastía. La situación financiera de los sacerdotes (los templos de Karnak y de Luxor cubrían una superficie de varias decenas de hectáreas) no era ajena a aquel monopolio de la dirección espiritual de la época. Bajo el Nuevo Imperio, por haber concedido los faraones al clero de Amón un predominio sobre los otros templos, el peligro que de ello resultó para el Estado se agravó proporcionalmente.

El «primer sacerdote de Amón» era ya, no solamente jefe de los sacerdotes de los dioses de Tebas, sino, al mismo tiempo, «director de los sacerdotes de todos los dioses del Alto y del Bajo Egipto». Todo

el resto del clero le estaba subordinado. Bastaba con ser el «segundo sacerdote de Amón» para tener la dirección del templo de Heliópolis y tener así acceso a los misterios que, antes, le estaban vedados.

Pero los sacerdotes de Amón no habían de detenerse en tan buen camino. Fundaron «milicias» para proteger los templos, prisiones para encerrar a los fieles «refractarios»...

El clero de Amón no debía pasar necesidades a juzgar por los numerosos monumentos que nos han dejado los barberos y los guardianes de toda clase afectados a su servicio.

También es significativo que los altos funcionarios del templo hubiesen sido al mismo tiempo funcionarios del Estado. Parecidas situaciones son siempre signos precursores de la decadencia de un reino sometido, como Egipto, al influjo creciente del sacerdotismo.

Pero correspondía a un faraón de la XVIII dinastía el tratar de romper aquella omnipotencia del clero de Amón y retornar al culto de sus antepasados ATLANTES: la religión del «disco solar», desembarazada del fárrago religioso que abarrotaba el panteón egipcio. Aquel faraón, Amenofis IV, es más conocido en la Historia por su segundo nombre, Akenatón, que significa ALEGRÍA DEL SOL.

### El «retorno» al culto solar. La invasión mitaniense

Hacia 1500 a. de J.C., el Estado de Mitani, situado en la Alta Mesopotamia, comenzó a desbordarse sobre sus vecinos. Los mitanienses, descendientes de las tribus hicsos, de raza indoaria, estaban hasta entonces aposentados junto al río Jabur. Adoraban a los dioses de la antigua India: Indra, Varuna y Mitra, es decir, el carácter solar de sus creencias.

Ya, en el tercer milenio, habían irrumpido, viniendo de Asia, hasta el valle del Nilo, pero sin resultado decisivo. Esa vez, su invasión de Egipto prometía tener consecuencias más duraderas.

Lo primero que nos impresiona, es el hecho de que aquellas tribus arias y nómadas de la estepa aportaban consigo la cruz gamada, la ESVASTICA (rueda solar que debía evolucionar en sentido giratorio). Según el historiador Z. Mayani (11):

Uno de los testimonios más antiguos de esa asociación del Sol y del caballo es la *esvástica*, que aparece en el Irán en la época neolítica, en Elam y en la India prearia desde fines del IV milenio. Déchelette veía en ello el emblema del Sol en movimiento y el equivalente de una rueda. No obstante, ciertas representaciones del arte escítico indican que con el tiempo la *esvástica* comienza a expresar una concepción nueva: es la imagen de los cuatro caballos, tiro del

carro solar, cuyas cabezas, vueltas hacia los cuatro puntos cardinales, crean la impresión de un movimiento rotativo.

Vemos aquí perfectamente la estrecha relación existente entre el caballo (emblema específico de los hicsos nómadas, por oposición a los sedentarios del valle del Nilo) y la *esvástica*, símbolo solar en su origen. Apoyándose por lo demás en los trabajos de Léger y del profesor Skazkin (12), el autor amplía el campo de esta influencia:

Uno de los dioses más poderosos de los eslavos era Sviatovit, a la vez divinidad de la Guerra y de la Fertilidad de los campos. Su ídolo tenía cuatro cabezas vueltas hacia cuatro lados diferentes. Se alzaba en su templo de la isla Rügen. En la mano derecha, Sviatovit sostenía un *rhyton* (13) lleno de bebida alcohólica. Junto a la estatua estaban puestas una silla, una brida y una espada. Un caballo «blanco como la nieve», consagrado a Sviatovit, estaba guardado en el recinto del templo... Ahora bien, de acuerdo con la posición de sus cuatro cabezas, Sviatovit era esencialmente un dios «que todo lo veía»... (14) Por otra parte, el origen solar de este dios es evidente. Es posible, por tanto, que ciertos rasgos de Sviatovit *se remonten a los tiempos anteriores a los eslavos*. En este caso, las cuatro puntas de la antigua *esvástica* simbolizan quizá no sólo al Sol en movimiento, sino también al Sol abarcando con su mirada los cuatro lados del horizonte, al Sol «que todo lo ve».

Es sintomático destacar que, sesenta siglos más tarde, la misma isla de Rügen había de servir de lugar de experimentación a las pruebas científicas ultrasecretas de los «iniciados» nazis que a su vez hacían alarde de la cruz gamada...

Permanece el hecho, sin embargo, de que los egipcios quedaron profundamente marcados por las invasiones mitanienses. El primer historiador egipcio conocido, Manetón, ha evocado este episodio guerrero:

No sé cómo, la cólera divina sopló sobre nosotros y, de improviso, un pueblo de raza desconocida, venido de Oriente, tuvo la audacia de invadir nuestro país. Gracias a su fuerza, se apoderaron de él sin lucha. Apresaron a los jefes, incendiaron salvajemente las ciudades, arrasaron los templos de los dioses y trataron a los indígenas con extrema crueldad, degollando a los hombres y llevándose como esclavos a los hijos y a las mujeres. (*Referido por el historiador judío Flavio Josefo.*)

Los faraones de la XVIII dinastía no tuvieron otro remedio que pactar con aquellos invasores que devastaban periódicamente las colonias egipcias de Siria y de Palestina. Por esto se sellaron alianzas matrimoniales, alianzas cuya importancia nunca recalcaremos bastante para explicar los hechos que van a seguir. Aquellos nómadas, que re-



verenciaban al águila y al halcón, aves del Sol, habían de desempeñar el papel de renovadores de la religión en Egipto.

Así es como llegamos naturalmente a nuestro faraón, Akenatón, como tan justamente observa Mayani:

No es en las fuentes semíticas donde Amenofis IV buscará su inspiración religiosa... A primera vista, sólo continúa lo que ha recibido de sus predecesores y de todas aquellas princesas mitanienses que dominaban la Corte, un culto adecuado a su gusto, el de Atón, del disco solar. Este culto aparece ya bajo Tutmosis IV. Amenofis III muestra por esta hipóstasis del Sol una devoción personal. Posee en el lago de Tebas una embarcación de recreo denominada «Esplendor de Atón». Este culto se dirige al Sol directamente; prescinde de los viejos templos oscuros; hace pensar en los templos solares a cielo abierto de la V dinastía (como el de Heliópolis) y, aún más, en la adoración directa y espontánea del Fuego sagrado por los nómadas de la estepa. Amenofis IV, ahora ya Akenatón, se entrega a este culto con toda la fuerza de su naturaleza que no sabe de compromisos. Lo magnifica y lo torna absoluto y exclusivo. Le insufla también su filosofía henchida de optimismo, ebria de libertad, de la alegría de vivir, del amor de la Naturaleza. Atón es el padre y la madre de todas las criaturas... (15).

Así, por el rodeo de esta influencia maternal y familiar, nos encontramos de vuelta en el centro del tema: Akenatón está efectivamente en la base de ese hilo de oro de la tradición esotérica indoeuropea. El único escritor que ha percibido confusamente esta verdad es, como hemos dicho, Z. Mayani:

Hay cierta afinidad, *aunque sólo fuese la religión solar*, entre los hicsos, que probablemente estaban guiados por los indoarios, y Akenatón, más indoario que egipcio, y hay, por otra parte, un lazo, quizá de orden afectivo, entre el rey reformador y los mitanienses, adeptos igualmente de un monismo solar particular (16).

No es de extrañar, desde luego, que la madre de Akenatón sea mitaniense, la reina viuda Tyi, y sobre todo, que tenga una princesa mitaniense por mujer, la bella y enigmática Nefertiti.

Esta genealogía nos hace tomar conciencia de la penetración de los hicsos en la familia reinante, por lo demás bastante misteriosa a su vez.

### Akenatón, el faraón Atlante

*La personalidad del faraón.* Akenatón (1372-1354 a. de J.C.), a su advenimiento, es semejante a todos los demás faraones. Hijo de Amenofis III y de su esposa principal Tyi, había dado pruebas de una

notable fuerza de carácter y, sobre todo, descendía de un ilustre linaje, demasiado poderoso para ser eliminado.

La personalidad de este monarca, subido al trono del más vasto imperio de su tiempo a la edad de doce años y que terminó su acción reformadora cuatro años más tarde, no puede sino suscitar un prodigioso interés cuando se sabe que puso las bases de un monoteísmo cósmico aproximadamente mil cuatrocientos años antes de la venida de Jesús.

Desde luego, el destino quiso que aquel faraón de la XVIII dinastía tomase las riendas del poder en el momento que Egipto conocía una expansión religiosa y cultural sin precedentes; naturalmente, Akenatón hubo de ser conducido a guiar la reforma religiosa a la cual le predestinaba su carácter ascético y místico. Su padre y sus predecesores de la XVIII dinastía habían hecho nacer ya un nuevo concepto religioso en el pensamiento egipcio: el del Sol representado por su disco, Atón. Pero hubo que esperar el advenimiento de Amenofis IV (Akenatón) para que aquel símbolo religioso se convirtiese en el DIOS ÚNICO DE LA TIERRA, incluidos los países que no dependían de la soberanía egipcia.

Aquel faraón, que predicó la doctrina del AMOR UNIVERSAL, merece más que cualquiera otro el título de precursor y de hombre «por encima de su tiempo». Asimismo, tanto en el arte como en el campo «social», el espíritu innovador de aquel soberano sorprende aún hoy a los historiadores.

Qué pensar, por último, de su aspecto físico, tan irreal que parece surgir directamente de alguna fantasmagoría onírica:

... Sobre un cuello demasiado grácil, gravita la pesada cabeza, de cráneo enorme, que la corona azul de los países bajos del Nilo recarga aún más, como para aplastarla. El uraeo de oro se yergue en ella, la cobra sagrada de Egipto, y la orgullosa joya casa mal con esos rasgos andróginos en los que todo es comedimiento, dulzura, inquietud. A través del granito o del mármol de las estatuas que lo evocan, la meditación profunda es sensible aún. Es éste, no lo dudemos, el rostro de un enfermo, de un hombre joven aún, pero de días precozmente contados, la extrema culminación de una raza muy vieja, una imagen de decadencia y de suprema perfección (17).

Este físico extraño ha sido referido por numerosos autores, todos los cuales han hecho hincapié en el aspecto andrógino del personaje. En el palacio de Charuk, cerca de Tebas, donde Akenatón había nacido y en el que pasó su infancia, su imagen esculpida era la de un chiquillo que parecía una niña: un rostro ovalado, impreso de un encanto infantil y virginal. Después aquel aspecto físico no hizo sino acentuarse hasta darnos la imagen que nos ha dejado la posteridad:



¿Quién era? ¿Qué era? ¿Un hombre? No, otro ser que, con una forma humana, no tenía nada de terrestre. Ni un hombre, ni una mujer, ni un anciano, un eunuco y una eunuca, un aborto decrepito. Brazos y piernas espantosamente flacos, como huesos de esqueleto, hombros de niño estrechos, pero caderas anchas y redondas, pecho hundido con unas tetas prominentes como las de una mujer, un vientre hinchado de mujer encinta, una cabeza enorme de cráneo en forma de calabacín pesadamente inclinada sobre un cuello delgado, largo y flexible como el tallo de una flor, una frente huidiza, el mentón colgante, la mirada fija y en los labios la sonrisa vaga de un loco (18).

Por supuesto, esta descripción del escritor ruso Merezhkovski fuerza un poco la nota extraña en perjuicio de la realidad histórica, pero es un hecho reconocido que los turistas que visitan el emplazamiento arqueológico solar de El-Amarna, tienen un sobresalto de sorpresa cuando se les revela que las imágenes en bajo relieve que habían tomado por la representación de dos reinas son en realidad la del faraón Akenatón y de su esposa Nefertiti.

La prueba de esa ambigüedad es que todavía resulta difícil, hoy en día, hacer la diferencia entre las imágenes del faraón y las de su esposa, sobre todo cuando aquél es representado con la corta peluca que sus mujeres solían llevar. Fundándose en parámetros anatómicos, resulta igualmente casi imposible saber si los torsos de las estatuas rotas halladas en El-Amarna son los de Akenatón o de Nefertiti.

Veámoslo. Akenatón está descrito con cuello de cisne, caderas anchas y el mismo pecho prominente que el de Nefertiti. La representación del faraón provisto de su larga túnica es asombrosa y requiere por nuestra parte una indagación en relación con la rareza del fenómeno.

*Akenatón, el faraón andrógino, un dios entre los hombres.* Todas las enseñanzas iniciáticas hacen mención del androginado de nuestra raza primitiva. Así, los Rosa-Cruz nos enteran de las relaciones que existían entre el Sol y nuestros antepasados andróginos:

Durante los primeros tiempos de la época hiperbórea, cuando la Tierra estaba aún unida al Sol, las fuerzas solares proporcionaban al hombre todo cuanto necesitaba para su subsistencia, y el hombre irradiaba inconscientemente de ello el excedente con un objeto de reproducción.

Pero he aquí lo que es mucho más instructivo aún en esa tradición rosacruciana:

Cuando la materia de la que más tarde fueron formadas la Tierra y la Luna era todavía parte del Sol, el cuerpo del hombre que había

de surgir era aún plástico. Las fuerzas emanadas por la parte que más tarde fue el Sol y por la parte que ahora es la Luna estaban fácilmente activas en todos los cuerpos, de manera que *el hombre de la época hiperbórea era hermafrodita*, capaz de producir un nuevo ser sin tener relaciones sexuales con otro ser...

Cuando la Tierra fue separada del Sol, y que poco después lanzó la Luna al espacio, las fuerzas de los dos astros ya no afectaron uniformemente a todos los seres como en el pasado. Algunos cuerpos fueron más afectados por un astro y algunos lo fueron más por las fuerzas del otro (19).

Tenemos en este texto un reflejo de la tradición primordial y del mito del androginado, fenómenos que habíamos hallado ya en el célebre diálogo de Platón *El Banquete*.

El lector no se sorprenderá si le revelamos que, para los tradicionalistas como para los teósofos, **EL CULTO SOLAR ESTÁ LIGADO CON EL ANDRÓGINO, PRIMER REPRESENTANTE DE LA ESPECIE HUMANA EN NUESTRO PLANETA**. Es de comprender la importancia de una afirmación semejante, tanto desde el punto de vista religioso como filosófico.

Para Madame Blavatski, fundadora de la Sociedad Teosófica y autora de la famosa *Doctrina secreta*, «el Dios único Jehová tenía un antiguo aspecto andrógino en los primeros capítulos del Génesis, antes de hacerse (por medio de ciertas transformaciones cabalísticas) enteramente MASCULINO, cainita y fálico...». Se comprende todo el interés del punto de partida de la raza humana.

Tendremos ocasión de volver sobre Moisés y sobre las supuestas imitaciones de este «iniciado egipcio» al culto del faraón Akenatón. Limitémonos, por ahora, a remontarnos a la fuente de esas diversas tradiciones.

Aquí volvemos a encontrar a Platón explicando que el gesto eterno del Eros reside en el subconsciente del hombre y de la mujer de no formar más que UNO, como lo eran en los orígenes de la Humanidad:

... Es desde aquellos remotos tiempos que el Amor impulsa a los seres humanos unos hacia otros, esta tentación es innata en la naturaleza humana y tiende a restablecer la naturaleza primera tratando de unir dos seres distintos en uno solo y de sanar así a la naturaleza humana.

Más explícitamente aún, Platón nos pone al descubierto el fondo de su pensamiento:

El alma de cada uno de los dos partícipes tiende a algo *diferente* que no sabe expresar, pero que SIENTE y REVELA misteriosamente (*Ibid.*, 192 C).

### Y Platón pregunta a los amantes:

Lo que deseáis, ¿no es una fusión perfecta de uno con otro, de manera de no separaros jamás uno de otro, ni de día ni de noche? Si es éste vuestro deseo, puedo muy bien fundiros juntos y soldaros con la fuerza del FUEGO en un mismo individuo, de tal modo que, de dos que erais, os reduzca a un solo ser, que viváis unidos uno a otro mientras dure vuestra vida, y a que una vez muertos, allá en el Hades, en lugar de ser dos, no seáis más que uno, cogidos ambos por un común destino. Pues bien, ved si es a esto a lo que aspiráis y si podéis daros con ello por satisfechos.

Estamos lejos, aquí, del psicoanálisis que no ve en el acto carnal más que «el instinto de conservación de la especie». Sorprende, sin embargo, el constatar que el mito del androginado ha circulado en todos los continentes y en todas las épocas, y ello de una manera subterránea: desde los ambientes misteriosóficos egipcios hasta los gnósticos y la era moderna misma, pasando, por supuesto, por los autores de la Edad Media.

Si volvemos a Egipto y a Akenatón, notaremos con cierto asombro que los faraones nunca se refirieron oficialmente a su obra maestra nacional por excelencia. Nos referimos a la gran Esfinge de Gizah.

Hemos visto ya lo que cabía pensar del nombre de la Esfinge, que está en estrecha correlación con la isla de Ruta de la Atlántida, pero más curioso es aún su aspecto morfológico.

Madame Weissen-Szumanska ha examinado detenidamente el enigma de la gran Esfinge y su conclusión coincide con nuestra hipótesis de principio cuando escribe:

Las innumerables esfinges de toda índole de los diversos centros de la cuenca mediterránea representaban a veces retratos, pero más frecuentemente leyendas. Así, una de ellas, que data del período romano, está compuesta de una cabeza de mujer sobre el cuerpo leonino de un varón (20). Sería una alusión al *andrógino*...

El aspecto de ese monstruo de rostro doloroso, de mirada sin párpados, perdida sobre el horizonte, con una fijeza despavorida, tiene algo de conmovedor... En definitiva, lo que domina en esa efigie es la impresión de una POTENCIA DE HOMBRE PARALIZADA EN EL ANIMAL, horrorizada, pero domeñada, resignada, anulada (21).

La Esfinge de Gizah, muy anterior a las pirámides, expresa el terrible avatar de los inicios de nuestra humanidad, la decadencia infernal de un ser originariamente bello, *el receptáculo de un secreto incommunicable a los profanos bajo pena de muerte*...

De todos modos, el secreto de nuestros orígenes fue bien guardado y sólo algunos grupos iniciados que se apoyan de la filiación egipcia pueden actualmente enterarnos mejor. No debe olvidarse que un ini-

ciado en los misterios egipcios como Platón no podía divulgar su enseñanza sino a los más dignos de sus discípulos, so pena de las más terribles sanciones.

La cuna de la ciencia sagrada que fue Egipto recibió sucesivamente los más grandes espíritus del mundo antiguo que sufrieron la iniciación de la mano de los sacerdotes de Heliópolis: Orfeo, Moisés (fundador de los misterios hebreos), Pitágoras (que permaneció veintidós años en aquella tierra antes de crear su escuela de Crotona) y por último Platón que había de ser el más grande de todos y que legó, en términos velados, el resultado de su «iluminación».

El ejemplo de Akenatón, cuyo aspecto físico hermafrodita parecía el del andrógino primordial, fue tomado como modelo por los iniciados de toda obediencia, por el símbolo de inmortalidad que representaba. Haciendo abstracción de la mitología, podemos comprender todo lo que se concatena como consecuencia de un tal estado. ¿Acaso el amor platónico no se aplica admirablemente a los chicos y a las chicas de 1971, de quienes no se sabe ya de qué sexo son? Pasando por los trovadores, el amor cortés y la teoría misma de la belleza, todo se mantiene, tan cierto es que el esoterismo levanta el velo de los problemas permanentes que agitan a la Humanidad en todas las épocas. Hay un hecho significativo, y es que los cánones de la belleza femenina ideal ya no son, en 1971, los de la «Venus de Milo», sino los de la reina Nefertiti, anterior, sin embargo, quince siglos. Hay aquí un indicio revelador de ese estado de cosas que el mundo profano llama «moda» y los iniciados «ciclo».

### Akenatón y Nefertiti, precursores del monoteísmo

Si Akenatón, que reinó en casi la mitad del mundo civilizado, catorce siglos antes de nuestra era, ha hecho correr mucha tinta, igual ocurre con su primera esposa, la reina Nefertiti.

Esta representación de una belleza de todos los tiempos se nos muestra a menudo en compañía del faraón y de sus hijas.

Lo que hay de notable es el hecho de que, por primera vez, la reina estaba representada tocada con una curiosa mitra cónica que la distinguía de todas las otras reinas y hacía de ella el equivalente de una divinidad SOLAR.

Si nos dignamos recordar el principio «lunar» o intuitivo de la mujer, por oposición al principio «solar» o volitivo del hombre, percibiremos mejor lo que hay de *único* en el caso histórico de la bella Nefertiti.

Hay que precisar que la reina había seguido a su esposo en la reforma religiosa emprendida por éste. Se tiene la impresión de que al mos-



trar en los bajorrelieves las escenas de su vida familiar, contrariamente a la costumbre, el faraón hubiese querido hacer hincapié sobre la necesidad de una adoración de su familia divinizada.

Más característica que la importancia atribuida a la soberana es la presencia de Nefertiti en el culto rendido por sus súbditos. Por ser el faraón hijo de Atón, la reina participa de la divinidad y, como el matrimonio no tiene un hijo, son sus tres hijas las que aparecen a su lado en la adoración del pueblo.

Estas disparidades aparentes sirven para hacernos comprender por qué Akenatón hizo entrar a todos los suyos en el panteón divino, pues aunque el faraón y su esposa hubiesen formado un matrimonio perfecto de soberanos reinantes, no tuvieron heredero varón para completar su trinidad solar, y fue su hija mayor, Meryt-Atón, quien ocupó el sitio dejado vacante y fue objeto de una veneración particular antes de remplazar a su madre, cuando ésta murió, en el corazón del faraón.

La historia de Egipto nos enseña que una larga tradición, de esencia solar, reservaba a los hombres el trono de Egipto (22). Numerosas reinas brillaron a todo lo largo de aquella época, como esposas de faraón, pero muy pocas ejercieron personalmente una influencia determinante en los asuntos públicos. A este respecto, dos reinas cuyos nombres la Historia ha conservado, constituyen una excepción de la regla general: Hatsheput y Nefertiti. La primera accedió al puesto de regente durante la minoría de edad de su yerno Tutmés III; más aún, tomó totalmente la dirección de los asuntos del reino y no dudó en lucir la barba ritual prescrita por la etiqueta, una barba postiza, naturalmente. Egipto nos ha conservado de aquella soberana excepcional el famoso templo que lleva su nombre en Deir el-Bahari recordando sus grandes hechos y los acontecimientos destacados de su reinado que duró una veintena de años (23).

No obstante, la fisonomía de Nefertiti es mucho más atractiva. Además del encanto que se desprendía de su cuerpo armonioso, Nefertiti significaba «advenimiento de la belleza sobre la Tierra» y su elevación a un *status* casi faraónico no vuelve a encontrarse en ninguna parte.

Una representación de la «barca real» ha llegado hasta nosotros, decorada con una escena única en los anales egipcios. Nefertiti aparece en ella tocada con la alta corona, asiendo a un enemigo por los cabellos y abatiéndolo con ayuda de una maza. Es, sin duda, en esa época cuando Nefertiti, siguiendo el ejemplo de su marido, debió cambiar de nombre agregando al suyo el epíteto de NEFERNEFERU-ATÓN («Justa es la bondad de Atón»).

Fue hacia el duodécimo año de su reinado cuando Nefertiti debía de caer en desgracia, cuando su segunda hija, la princesa Meket-Atón murió y fue inhumada en el santuario real de El-Amarna donde unos bajorrelieves nos han conservado la escena de la familia llorando.

Esta desgracia es situada generalmente algún tiempo después del

cruel suceso, y cabe preguntarse cuál fue la vida familiar de aquellos dos seres tan mal surtidos en el plano físico. El alejamiento de Nefertiti nos es conocido desde el descubrimiento en El-Amarna de su antiguo palacio, donde su nombre fue borrado en provecho del de su hija mayor, Meryt-Atón, ex mujer del corregente nombrado por el faraón para sucederle.

Meryt-Atón, por lo demás, había de seguir poco después a su madre a la tumba y la influencia de las dos fue sustituida por la de la tercera hija del faraón, Anjes-En-Pa-Atón, que se había convertido en la futura soberana al casarse con el sucesor oficial de su padre, Tut-Ank-Atón, convertido (o reconvertido) en Tutankamón cuando el clero de Amón le hizo reingresar en el politeísmo abandonado por Akenatón... Las multitudes modernas han hecho por lo demás a Tutankamón (o más exactamente a su momia) una entusiasta acogida que dista de merecer, pues su reinado es el más corto del antiguo Egipto.

A la luz de lo que precede, nos damos cuenta de que la vida sentimental del gran sacerdote de Atón no fue de las más faustas. Akenatón vio morir sucesivamente al corregente, Smenj-Ka-Re (24) (quizás hermano suyo), dos de sus tres hijas, una de las cuales fue su segunda mujer, la reina viuda Tyi, y sobre todo aquella en la cual se había apoyado durante doce años de reinado, la bella y misteriosa Nefertiti, para imponer su religión del disco, esa religión del disco cuya inspiración cabe preguntarse adónde fue a buscarla Akenatón.

### La inspiración del disco

Parece que esta inspiración fue hallada en la tradición que refería que los «antepasados» atlantes lo adoraban en la isla de Ruta. He aquí un ejemplo de ello: los partidarios de la existencia de un continente sumergido afirman que las pruebas de una supervivencia del rito solar de los «reyes-pontífices» de la Atlántida han de ser buscadas en Egipto y en Yucatán, último lugar donde los conquistadores españoles se aventuraron después de su implantación en la América central. Ahora bien, ¿qué nos revelan las recientes excavaciones efectuadas en esa región del Globo?

Sencillamente que, en 1937, en México, concretamente en Yucatán, fue puesto a la luz del día un altar solar en perfecto estado de conservación. Este altar, situado en Chichén-Itzá, lleva efectivamente en su centro un disco solar de mosaico azul pálido que servía de «espejo» al fuego sagrado que los sacerdotes mantenían en él, pues se perciben claramente huellas de llamas (25).

¿Hay que rechazar, por tanto, la hipótesis de unos lazos entre los conocimientos egipcios y mayas? No lo creemos así, puesto que nos retrotraemos a un período anterior remoto que vio cómo una civilización



históricamente desaparecida legaba una suma prodigiosa de conocimientos a varios continentes. *Solamente la noción de «disco solar», que toma sus fuentes en aquella Atlántida tan ignorada, corresponde admirablemente al legado común de un concepto civilizador único válido para todos los pueblos.*

Cuando Platón, al llegar a Egipto, se fue a Heliópolis para estudiar allí durante trece largos años, los sacerdotes de aquel templo le comunicaron informaciones sacadas de sus archivos antediluvianos, es decir, atlántidas (26).

Entre otros datos, los hierofantes de Heliópolis le enteraron así de que una inmensa pirámide se alzaba antaño en el centro de la isla de Poseidón, es decir Ruta, y, refinamiento de precisión, le revelaron que su cima albergaba una plataforma destinada a recibir el disco solar.

Los emigrantes que pusieron rumbo a Egipto aportaron su religión y su afición a la estatuaria gigantesca que podemos hallar en Yucatán, en México y en Perú. Igual sucede, no sólo con las pirámides, sino también con las estatuas monumentales que abundan a lo largo de las avenidas que conducen a ellas. El aire de parentesco no puede escapar al observador.

Con esta óptica, la posición geográfica misma de la Esfinge es otra pieza más que añadir a nuestro *dossier*. Constatamos, en efecto, que su cara está vuelta exactamente hacia Oriente y que sus ojos contemplan el punto del horizonte por donde sale el Sol. En su fijeza hierática y muda, ¿qué no habrá observado con sus ojos de piedra?

Cuántas miríadas, sucesivamente, habrá visto llegar, hacerle con la mirada sus preguntas siempre vanas y luego alejarse desconcertadas. Vio, sin pestañear, el mundo de los atlantes desaparecer para siempre, sumergido. Su imperceptible sonrisa fue testigo de la empresa audaz de un Menes, el primero de los faraones, que desvió el curso del Nilo mimado por los egipcios y lo obligó a ocupar un nuevo lecho. Su silencio, henchido de añoranzas, vio a Moisés, el grave, al taciturno Moisés, saludarla con un supremo adiós. Siempre muda, dolorosa, contempló los sufrimientos de su país asolado, arruinado después que hubo irrumpido en Egipto la invasión del cruel Cambises, emperador persa. A la vez encantada y desdenosa, vio a la altiva Cleopatra de sedosas guedejas descender de una nave cuya popa era de oro, las velas de púrpura y los remos de plata. Vio con alegría al joven Jesús en camino, a la búsqueda de la sabiduría de Oriente, etapa preparatoria para la obra encomendada a su misión pública, la hora en que su padre le enviará a entregar su divino mensaje de misericordia y de amor. No sin una secreta satisfacción, bendijo al joven noble, tan bravo como generoso y letrado, que fue Saladino, y Saladino, con la lanza erguida al aire y con la verde banderola de la media luna, emprendió la galopada que había de encaminarle hasta el trono del sultán de Egipto. Muda señal de advertencia, la Esfinge saludó a Bonaparte, instrumento de los destinos

europes, cuyo nombre había de eclipsar a todos los demás, antes de que el mismo personaje, triste y sombrío, pusiese el pie en el *Belle-rofonte*. La Esfinge vio, no sin alguna melancolía, fijarse la atención del mundo entero en su país cuando la tumba de uno de sus orgullosos faraones fue abierta, entregando a la curiosidad moderna la regia momia y sus nobles atavíos (27).

Sí, los ojos de piedra han visto estas cosas y muchas más. ¿Qué ven ahora? Desdénando a los humanos que se fatigan y se agitan, presa de labores vulgares y transitorias, indiferentes al desfile interminable de alegrías y de sufrimientos... Los ojos de piedra, desde el fondo de sus vastas órbitas, contemplan la eternidad... Inmutables, a través de las vicisitudes del tiempo, miran los comienzos del mundo, las tinieblas de lo ignoto (28).

## El culto del Sol

*Atón, dios único.* La religión del disco se nos aparece como un monoteísmo impersonal. Ninguna representación de Atón nos ha llegado sino en forma del disco solar cuyos rayos, orientados hacia abajo, terminan en unas manos que a menudo sostienen el Anj o cruz egipcia, símbolo de vida.

Vemos en la representación de esta divinidad una adoración de la energía cósmica, puesto que el faraón Akenatón se dice «hecho» de esa sustancia. Esta naturaleza impersonal es muy diferente de la concepción de los reyes divinos de las dinastías faraónicas. Hay que añadir que esa energía cósmica implica una adoración universal por *todos los pueblos*, sin excepción ni preferencia. Así, territorios coloniales como Siria y Nubia figuran antes que Egipto en el *Himno de Atón*, nuevo catecismo compuesto por el propio Akenatón. Que es como hablar de la concepción universalista que preside a esta adoración, verdadera religión del Cosmos.

Otro punto importante es el rechazo de toda especie de simbolismo, no obstante tan grato al corazón de los egipcios. La religión oficial de Atón no apela a ninguna mitología, a ninguna leyenda, a ningún milagro. El joven faraón reformador hace hincapié sin cesar en la palabra VERDAD y hace de ella la piedra angular de su sistema filosófico. Es el mismo afán de verdad que le hace cambiar su nombre de Amenofis IV en el de Akenatón, con gran disgusto del clero de Amón.

Hemos destacado ya que la fusión de Amón (entonces el dios más popular) con el Sol: Ra era cosa hecha en la época que nos interesa. Sin embargo, a pesar de aquella fusión, los sacerdotes del viejo culto oficial seguían empeñados en su oposición irreductible al monoteísmo. El politeísmo, o adoración de varias divinidades, al depender del clero de Amón, hacía que éste acumulara prebendas y privilegios. Por su parte, no era haciendo de Amón-Ra la única divinidad de Egipto como el nuevo fa-

raón podía esperar el romper aquel politeísmo, por lo que se vio obligado a proceder por etapas.

Su primer cuidado fue trasladar su nueva capital a un lugar alejado de Tebas, bautizado Akhet-Atón (el actual emplazamiento de El-Amarna) en homenaje a la nueva divinidad: el Sol, simbolizado por un disco de oro puro. Aquella ciudad de Akhet-Atón estaba situada a 300 kilómetros al norte de Tebas, posición que ofrecía la ventaja de hallarse a resguardo de las intrigas del clero sin perder de vista a la poderosa metrópoli religiosa. En su nueva capital, Akenatón hizo edificar un conjunto monumental de palacios y de templos para sí y la nueva divinidad. Aquellas construcciones debían de ser de una singular belleza a juzgar por las excavaciones efectuadas desde hace medio siglo.

La nueva metrópoli, rival de Tebas, cruzaba el Nilo, a medio camino del Delta y de la antigua capital. En el brillo de su magnificencia reciente, surgía en el horizonte, tan irreal como un espejismo en el desierto, al término de una labor obstinada de cuatro años. Posteriormente, otras ciudades semejantes habían de ser construidas sobre aquel modelo, una en Siria, otra en Sudán, o sea, en los dos extremos del Imperio egipcio, como para testimoniar la universalidad de la nueva mística religiosa.

Akenatón, en el sexto año de su reinado, se instaló oficialmente en su nueva capital y juró no salir de ella en su vida. El gran templo del culto de la nueva religión, verdadero VATICANO del culto de Atón (29), centro «mundial» de la nueva religión, fue tallado en los acantilados que dominaban el Ued. En la paz de aquel lugar alejado de la agitación ruidosa de las ciudades, Akenatón podía, con toda serenidad, consagrarse a la adoración mística de su dios, reanudando así la tradición atlántida de los reyes-pontífices.

A diferencia de su padre, que gustaba de retirarse para rezar en lo más profundo de los templos, el joven soberano sacerdotal celebraba el culto de Atón al aire libre, sobre un altar de piedra alzado en la cima de una pirámide, pero oigamos mejor esta descripción:

El rey, subiendo al altar, en lo alto de la pirámide, arrojó al fuego un puñado de incienso. La llama, elevándose, palideció al Sol, y una humareda de un blanco rosado se arremolinó y, en los siete patios, el mismo humo se alzó de los 365 altares. Quien hubiera mirado de lejos habría creído que en la ciudad había un incendio.

Levantando lentamente los brazos al cielo, como para ofrecer una invisible víctima, el rey proclamó:

«Todo cuanto hay en este NOMO, de la montaña del amanecer a la montaña del ocaso —tierras, aguas, poblados, plantas, bestias y hombres— todo te es ofrecido en sacrificio, a ti, Sol viviente, Atón. ¡Oh Padre, que tu reino sea en la Tierra como en el cielo!» La oscura mies de las cabezas humanas se inclinó como se inclinan al viento las espigas. Trompetas, flautas, sistros, laúdes, tímpanos y kinnars se confundieron en un solo coro ensordecedor con el múltiple rumor

de la muchedumbre.

«¡Cantad al Señor el himno nuevo! ¡Que toda la Tierra cante al Señor! ¡Pueblos, rendid al Señor gloria y honor! ¡Que los cielos se alegren y que la Tierra triunfe! ¡Alégrate, GOZO DEL SOL, HIJO ÚNICO DEL SOL, AKENATÓN!» (30).

Esta descripción de una ceremonia SOLAR no dista mucho de la idea que podemos hacernos de una ceremonia maya... o atlante. En efecto, el gran templo de Atón, el Sol reinando en medio del Universo, se alzaba en el corazón de la ciudad, rodeado de siete murallas y de siete patios como los siete planetas de nuestro sistema solar y las siete murallas de Poseidonis, capital de la Atlántida descrita por Platón.

En el santuario ricamente decorado con pinturas policromas y con estatuas de reyes, ante el altar de pórfito verde que dominaba una escalera monumental, el faraón «amado del Sol», revestido del ropaje sacerdotal, oficiaba solo, intermediario místico entre el esplendor de Atón y el común de los hombres. Tres veces al día, al alba, a mediodía, a la puesta del Sol, el rey saludaba al glorioso disco de oro que, como el Padre celestial, enviaba a su hijo espiritual los rayos bienhechores de su amor universal.

A lo largo de todo el año, ritmado tan sólo por la sucesión de los días y de las noches, se desarrollaban ceremonias y rezos en honor de Atón. El incienso no paraba nunca de arder en las pilas de oro y el eco de los cantos sagrados acunaba el sueño de los esposos reales. En el jardín en forma de cruz, símbolo de la irradiación de la fe, las esencias exóticas más raras se mezclaban con la floración lujuriente de los lotos, los nenúfares y los tamarindos, en el murmullo de los estanques de alabastro donde brillaba una agua extraída de las fuentes nativas de la Tierra.

Una multitud de artistas, de artesanos y de obreros, de escribas y de funcionarios, vivía en la órbita del soberano o trabajaba en embellecer los templos.

Cuando el rey, fatigado de los consejos y del protocolo, quería tomarse algún descanso, cruzaba aquel parque maravilloso, lleno de animales de toda especie: pavos reales, ibis, flamencos y guepardos domesticados, y, por la alameda central sembrada de arena rosa, ganaba el pequeño quiosco de columnas adornadas con banderolas y uraeos, oyendo tocar a Nefertiti un aire de arpa; mientras, los niños reales retozaban a sus pies.

El viajero que, viniendo del desierto, se acercaba a aquel oasis de paz vislumbraba de lejos el cinturón escarlata de ladrillo esmaltado que constituía la muralla exterior de la ciudad, de varios kilómetros de longitud. Una vez traspuesta aquella primera muralla, se hallaba en medio de las rientes casas de los funcionarios reales, todas ellas con un jardinillo y un estanque. Si proseguía su camino siguiendo la gran avenida del Sol, llegaba al pie del gigantesco pórtico que daba acceso al palacio de



su rey y, si tenía suerte, al penetrar en el primer patio podía contemplar la divina silueta del faraón asomada al balcón de su vivienda. Pero dejemos la palabra al gran historiador Erman que nos conduce al interior del palacio:

Para las audiencias propiamente dichas, los grandes del reino eran naturalmente recibidos en el interior del palacio, y no nos exponemos a equivocarnos si designamos la sala de columnas, situada detrás del balcón, como sala de recepción del rey. El destino de la segunda pieza, flanqueada por dos estancias laterales, es perfectamente claro: es el gran comedor cuyo techo sostienen columnas. En el centro hay una ancha mesa cubierta de bandejas, de cestas de fruta y de panes. Unas mesas más pequeñas están llenas de asados y otros manjares, así como de flores y de collares multicolores, accesorios obligados de todo yantar egipcio. En las estancias laterales, se guardan largas hileras de cántaros de vino. A uno y otro lado de la mesa hay dos asientos acolchados y, delante de éstos, dos escabeles destinados al rey y a la reina. Un pasillo contiguo al comedor da acceso a los locales de provisiones, así como al dormitorio del rey; el espacioso lecho, guarnecido de cojines y de mantas, así como la cabecera, no dejan lugar a dudas sobre el destino de esa pieza (31).

Había igualmente en aquel palacio suntuoso numerosos baños, como atestigua la inscripción hallada en las ruinas de El-Amarna, en memoria del «director del baño de la gran casa».

Es en este marco a la vez místico y grandioso de Akhet-Atón donde vivió el faraón reformador, antes de que su memoria, arruinada por los sacerdotes de Amón, hubiese sido maldecida por la posteridad.

*La lucha contra el clero de Amón.* Hostil al monoteísmo solar, el clero de Amón era, por definición, opuesto al faraón reformador. Además, tras haber organizado las bases de la nueva religión, Akenatón se puso a hacer desaparecer toda huella de los dioses antiguos. Mandó machacar los cilindros de jeroglíficos que llevaban el nombre de Amón e hizo cerrar los templos dedicados a este dios. Todo ello no se hizo sin dificultades, como puede imaginarse...

Aquellas medidas de represalia habían sido originadas por un intento de revolución fomentado por los sacerdotes de Amón en Tebas, que no se consolaban de haber sido apartados de la dirección de los asuntos públicos.

La furia inococlasta de Akenatón se ejerció contra todas las inscripciones que contenían el nombre aborrecido de Amón. No dudó en hacer abrir la tumba de la reina Tyi para que fuesen machacados los cilindros relativos a Amenofis III, que hacían alusión a aquel dios.

De aquella rabia de destrucción frenética que se adueñó de todo un pueblo, el escritor Merezhkovski nos pinta un cuadro colorido en su obra consagrada al «Elegido del Sol»:

... Se acercaron a las puertas occidentales del templo de Amón cuyas planchas de oro rojo, que brillaban al sol como brasas, llevaban tres palabras jeroglíficas en bronce mate: «AMÓN, GRAN ESPÍRITU.» La palabra *Amón* había sido machacada, pero las dos que quedaban no dejaban por ello de contener una mayor alabanza al Innominado.

El guardián estaba junto a las puertas cerradas y selladas. Gentiles prosternadas besaban el polvo de las losas sagradas y oraban quedamente, pues el que pronunciara el nombre de Amón en voz alta era encarcelado... Penetraron en el patio interior donde se alzaban unas filas de columnas y unos haces de tallos de papiro, tan gigantesco que costaba creer que fuesen obra de manos humanas. Parecía como si el propio Gran Espíritu hubiese amontonado aquellas piedras eternas en un himno mudo a sí mismo, el Innominado. Del patio pasaron a una galería donde una luz rara se filtraba por estrechas ventanas que llegaban al techo. El patio estaba lleno de Sol, pero allí había empezado ya el crepúsculo que hacía más colosal aún el impenetrable bosque de columnas, todo impregnado de incienso, como un bosque de verdad está impregnado del olor de las resinas. Y la calma era en él tan profunda como en un verdadero bosque; apenas si se oía, en alguna parte, arriba, débiles golpes como si unos picamaderos picoteasen el tronco de los árboles. Semejantes a arañas en sus telas, unos albañiles en cañizos atados a largas cuerdas, se cernían en el aire, junto a los muros y las columnas que golpeaban con sus martillos... A medida que se adentraban en el templo, las paredes se estrechaban, los techos bajaban, cada vez más sombríos, más temibles, más misteriosos y por fin quedaron rodeados por una oscuridad casi completa. Sola, a lo lejos, lucía vagamente una lamparilla. Era el sancta sanctorum, el *Sekhem*, un pequeño tabernáculo excavado en un bloque macizo de granito rojo donde antaño estaba escondida detrás de las cortinas de lino —las velas de la barca sagrada— una estatuita en oro del dios Amón, de un codo de alto. Ahora el *Sekhem* estaba vacío.

Un pasadizo estrecho como una grieta conducía a otro pequeño tabernáculo donde en otros tiempos se acostaba en un lecho de púrpura, en la perpetua humareda de plantas aromáticas, el gran chivo de Amón, el animal divino, corazón viviente del templo. Pero también aquel nicho estaba vacío, y se decía que por mancillar el lugar santo habían arrojado a él los huesos de un perro muerto (32).

Estas breves líneas resumen suficientemente el carácter implacable de la lucha que había de continuar diez años más. Como es natural, el pueblo llano estaba desorientado por aquella reforma religiosa. Cada vez se volvía más permeable a las críticas dirigidas al faraón por los sacerdotes de Amón que no se consolaban de su miseria súbita.

Sin embargo, aquel pueblo llano había de permanecer fiel a Akenatón hasta su muerte. Hay que decir que este soberano hizo mucho por él. En efecto, han sido encontrados a cierta distancia de la capital los restos de un poblado obrero modelo, construido para los trabajadores



que edificaban las tumbas de los dignatarios en el acantilado. Cada familia disponía, para su alojamiento, de una casa de cuatro piezas con huerto. Son de destacar las pinturas murales, prueba de la existencia de unos ocios y sobre todo de una gran libertad de espíritu. En cuanto a la religión, el descubrimiento de unas estatuillas de divinidades prohibidas prueba la permanencia de las creencias politeístas entre los súbditos del faraón, pero también la tolerancia de éste.

Las ruinas de Akhet-Atón nos dan también el ejemplo de un arte figurativo muy diferente del estilo convencional petrificado del antiguo Egipto. Aquella reforma religiosa contra los sacerdotes de Amón entrañaba una rebelión artística y moral también importante y reveladora del estado de espíritu de la época: una verdadera liberación intelectual.

Ningún soberano egipcio hubiera autorizado, como lo hizo Akenatón, a su escultor oficial a representarle de otro modo que en una actitud hierática o convencional, con mayor motivo en los gestos y actitudes de la vida cotidiana (33), fuera del estilo tradicional de la estatuaria egipcia.

Cabe concebir, pues, que fue el propio faraón quien dispuso el rechazo de las reglas clásicas y de las imágenes idealizadas que habían de representarle. Una prueba de este aserto nos es proporcionada por el escultor oficial, Bek, declarando en un bajo relieve de Asuán «que fue enseñado por el faraón».

Así, reformas religiosa, social y artística iban a la par para aquel monarca «por encima del tiempo».

El ejemplo mismo de su fin agrega un velo suplementario al misterio de aquella personalidad fuera de lo común.

### El fin de Akenatón y el retorno a la ortodoxia

Como a todos los reformadores, le hizo falta tiempo al «hijo de Atón» para llevar a cabo su obra y asentarla de una forma duradera en el espíritu de las generaciones futuras. Como suele ocurrir en semejantes casos, le faltó tiempo.

No obstante, había recibido, en su lucha contra el clero oficial, el apoyo de los jefes militares, pero su política exterior debía poner término a aquella alianza de calidad.

Belicistas, como todo militar que se respete, los jefes del Ejército cada vez estaban más preocupados por los resultados de la política pacifista del faraón, que separaba de Egipto sus más bellas colonias del Nordeste.

¿Es preciso creer que el soberano de Egipto se hubiese desinteresado de sus posesiones exteriores? Ejemplo único en la Historia si queremos imaginar que el faraón no dijo esta boca es mía para defender a Siria, granero de trigo de Egipto, contra las invasiones hititas.

En efecto, de creer en las apariencias, Akenatón había llevado las consecuencias de su doctrina del amor universal hasta el extremo límite. Ha sido hallada casi toda la correspondencia cruzada durante aquel período entre el soberano y los gobernadores de los territorios amenazados de invasión. Estas tablillas, redactadas en escritura cuneiforme, nos informan sobre el estado de ánimo de los aliados del faraón que piden sin cesar auxilios a la metrópoli para hacer frente a las invasiones hititas.

Hay quizás otra explicación, además del hecho de que el faraón Akenatón era contrario al empleo de la fuerza. Ahora conocemos su origen MITANIENSE. Ahora bien, los hititas cuyos ejércitos amenazaban a las colonias egipcias, eran un pueblo hermano, muy próximo a los mitanienes. Es probable que Amenofis IV experimentase un sentimiento de pesadumbre insuperable ante la idea de combatir a sus hermanos de raza, y de aquí su actitud pasiva en aquellas circunstancias cuando hubiera podido enviar fácilmente refuerzos y rechazar a los invasores hititas. Todos aquellos territorios, situados al nordeste de Egipto (Cercano Oriente actual) se perdieron.

El escritor ruso Merezhkovski pone en boca del faraón este testamento espiritual del que no renegarían, en 1970, los regentes del *Flower Power*:

El rey más grande de Egipto es Amenemket, que hizo escribir sobre su tumba: *Bajo mi reinado los hombres vivieron en paz y en gracia. Bajo mi reinado los arcos y las espadas estuvieron ociosos. Dios se alegra entrando en la batalla y viendo la sangre*, dice la inscripción del rey Tutmés III *el Conquistador*, invocando al dios Amón. AMÓN ES EL DIOS DE LA GUERRA, ATÓN EL DIOS DE LA PAZ. *Hay que escoger entre ellos y yo he escogido.*

Habría guerra mientras hayan muchos pueblos y muchos dioses, pero cuando no haya más que un solo Dios, que un solo pueblo, habrá paz (34).

No fue hasta el fin de su reinado, aunque aparece confuso, cuando al parecer estallaron disturbios, pero era ya demasiado tarde. El faraón «ebrio de Dios» murió a los diecisiete años de su «pontificado».

Correspondía al Ejército, que había hecho posible aquella ruptura con la «tradición», llevar de nuevo al país por el camino de la ortodoxia. Los sacerdotes de Amón se tomaron el desquite y borraron hasta el nombre sagrado del faraón «herético». Los funcionarios de la Corte abandonaron la joven capital para seguir al nuevo soberano Tutankatón —que pronto había de cambiar su nombre en Tutankamón— a Menfis. La ciudad de El-Amarna, singular vuelta de las cosas, fue entregada a la furia iconoclasta de los sectarios de Amón.

La muerte prematura de Tutankamón (35), fue el fin de la XVIII dinastía y el principio de la de los RAMÉSIDAS que empezaron a hacer

desaparecer todo rastro de aquel «criminal» de Akhet-Atón (ya estaba prohibido pronunciar el nombre maldito de «Akenatón», a fin de que su memoria cayera para siempre en el olvido). El nombre del faraón fue cuidadosamente machacado en todas partes adonde alcanzasen los ojos de los hombres y las listas de los faraones que habían reinado en Egipto fueron falseadas de modo a excluir al execrable Amenofis IV. Las construcciones de El-Amarna fueron arrasadas hasta el suelo y las piedras recuperadas utilizadas para poner los fundamentos de los templos de Hermópolis que Ramsés II mandó construir en la orilla opuesta del Nilo.

Pero, ¿qué había sido de la momia del faraón herético? Akenatón dejaba una Corte conmovida que debió enterrarlo en la tumba que él se había hecho construir en El-Amarna, al este de aquella «Ciudad del horizonte de Atón». Su sarcófago era mucho más suntuoso que el de su sucesor, descubierto en 1922. De creer las crónicas de la época, su cuerpo, envuelto en oro, fue colocado en un magnífico sarcófago forrado a su vez de oro puro en cuya tapa podía leerse:

*El Hermoso Príncipe, el Elegido del Sol, rey del Alto y del Bajo Egipto, que vive en la VERDAD, señor del doble país, Akenatón, el hermoso hijo del viviente ATÓN, cuyo nombre permanecerá para siempre.*

Una breve plegaria fue además puesta al pie del féretro dirigida al Dios-Sol. Terminaba con estas palabras:

*Lláname por mi Nombre hasta la eternidad y jamás dejaré de responder...*

Cuando la Corte volvió a instalarse en Tebas, se llevaron el cuerpo del faraón difunto y, de creer al historiador Arthur Weigall, se reunió con sus antepasados en el Valle de los Reyes.

A la muerte del último representante de la XVIII dinastía, o sea, en 1341 a. de J.C., el comandante en jefe del Ejército, Horemheb, se adueñó del poder. Regularizó su ascensión al trono casándose con la hermana de Nefertiti, Nedyemmut.

Pero, en el curso de aquel reinado, los fieles de Atón, que se habían reagrupado, fueron tachados de «herejía» y sus templos destruidos. Por último, abrieron la tumba de Akenatón donde reposaba su momia... y ésta desapareció.

Ahora bien, en 1907, el arqueólogo Davis encontró una tumba (hoy catalogada con el n.º 55) de un tamaño completamente modesto. La sepultura había sido manifiestamente violada y su contenido profanado, los nombres y las cualidades del difunto habían sido raspados en todas partes donde estaban inscritos sobre los objetos que constituían el mobiliario funerario. En un sarcófago de madera podrida yacían los misé-

ros restos de una momia putrefacta. En seguida cundieron las suposiciones y algunos no vacilaron en afirmar que se trataba ciertamente del cuerpo del «faraón maldito», Akenatón, cuyo rastro se había perdido.

La momia real, tras su desgracia póstuma, ¿había sido retirada de su sarcófago suntuoso para quedar relegada en una oscura sepultura?

Numerosas explicaciones han sido dadas al respecto, aunque ninguna sea decisiva. Hasta se ha afirmado que el cuerpo de Akenatón seguía estando en el Valle de los Reyes, en alguna parte...

Parece, no obstante, más realista creer que —castigo supremo (36)— el cuerpo del «faraón maldito» fue exhumado de su tumba y quemado por los sacerdotes de Amón. En apoyo de esta tesis, vamos a proporcionar algunas precisiones.

Los antiguos egipcios conocían muy bien las diferentes técnicas de la «magia negra», como el hechizo, y practicaban los pases magnéticos de los que cargaban literalmente a los difuntos cuando eran embalsamados. De la misma manera, los diferentes objetos que llenaban las tumbas eran igualmente cargados de magnetismo (las personas que poseen amuletos o talismanes antiguos nos comprenderán). De ahí nació, por lo demás, la famosa *maldición de los faraones* de la cual tanto se habló a propósito del descubrimiento de Tutankamón y de las muertes «misteriosas» que sufrieron sus descubridores.

Parece ser que aquel procedimiento «mágico» tiene una confirmación en la obra de Paul Brunton *El Egipto secreto*, cuando este autor refiere la conversación que sostuvo en las ruinas del templo de Luxor con un adepto de la «Fraternidad de Heliópolis». He aquí lo que éste le habría declarado, en 1937:

Quienes abrieron las tumbas del antiguo Egipto liberaron sobre el mundo fuerzas peligrosas para éste. Los arqueólogos, igual que los saqueadores de antaño, han sacado involuntariamente a la luz las tumbas de gentes que se entregaban a la magia negra. Pues, en el último período de la historia de Egipto, las personas instruidas, el clero, habían degenerado muchísimo. Se practicaba corrientemente la brujería y las artes ocultas. Cuando la pura luz de la verdad, primitivamente extendida en la religión egipcia auténtica, empezó a oscurecerse y las sombras maléficas de doctrinas falsas, materialistas, la sustituyeron cada vez más, viose aparecer la fabricación de momias, con todos los complicados rituales que la acompañaban. No obstante, debajo de las enseñanzas pervertidas que habían inspirado aquella práctica, subsistía una secreta preocupación, el esfuerzo con miras a conservar un lazo perdurable con el mundo físico, por medio del embalsamamiento del cadáver.

Esta práctica, al principio, sólo fue aplicada a los *reyes-adeptos* de la edad de oro de la Prehistoria egipcia y a los grandes sacerdotes espiritualmente avanzados, *verdaderos mensajeros de Dios*, a fin de que su cuerpo material, impregnado de su santo poder, pudiera



seguir existiendo y sirviese de hogar del cual aquel poder irradiase sobre el mundo...

Estas últimas líneas del adepto de Heliópolis nos hacen pensar inmediatamente en Akenatón y, como para confirmárnoslo, el extraño «iniciado» prosigue:

... Toda apertura de una tumba egipcia antigua puede ponernos en relación con invisibles fuerzas de naturaleza peligrosa. Incluso si se trata de la tumba de un rey cuya alma era buena y poseía poderes desarrollados, es posible que el mundo haya de padecer por ello, y sea así castigado por haber turbado la sepultura de un alma de selección... *El rey Tutankamón, por ejemplo, fue así.* Poseía un gran conocimiento oculto y un alma espiritual.

La apertura de su tumba ha hecho sufrir a los que la llevaron a cabo, así como, por vías indefinibles, al mundo, a la larga. Durante los próximos años, el mundo sufrirá todavía y pagará el precio de semejantes profanaciones de los muertos de Egipto. No obstante, esos trastornos materiales desembocarán en una ventaja espiritual...

Si Tutankamón era un soberano dotado de conocimientos ocultos, ¿qué cabe pensar entonces de Akenatón? Preferimos, por nuestra parte, dejar al lector el cuidado de concluir y de imaginar cuál fue el primer cuidado de los sacerdotes de Amón que conocían el emplazamiento de la tumba del faraón difunto. Es casi público y notorio, y Brunton lo confirma, que el clero de Amón se hundió en la magia negra en los últimos tiempos del Egipto faraónico, con excepción de un puñado de iniciados, y que su enseñanza se pervirtió hasta el punto que el propio pueblo, perdido todo sentido de lo sagrado, se puso a saquear las tumbas.

Llegados a este punto de reflexión, se comprenden mejor las razones que impulsaron a Akenatón a realizar su gran reforma religiosa que, semejante a un grano de mostaza, iba a germinar en el mundo entero.

### Akenatón, el faraón iniciado

*El precursor del cristianismo.* Según ciertos egiptólogos, como Arthur Weigall, el éxodo de los judíos fuera de Egipto se situaría bajo Tutankamón, o sea, hacia 1346 a. de J.C. Según Eusebio, Manetón afirmaba que uno de los jefes del partido hebreo bajo Akenatón era Moisés. Esta afirmación, que se halla en el *Contra Apion* del historiador judío Flavio Josefo, adquiere un relieve considerable si se quiere recordar el estado de desorganización política en que se encontraba Egipto a la muerte del «faraón místico».

¿La princesa egipcia de la cual habla el *Exodo* (en la Biblia), sería Nefertiti? Releamos el pasaje bíblico:

Bajó la hija del faraón a bañarse en el río, y sus doncellas se pusieron a pasear por la ribera. Vio la cestilla entre las plantas de papiro, y mandó a una de sus doncellas que la trajera. Al abrirla, vio al niño que lloraba, y compadecida de él, se dijo: «Es un hijo de los hebreos.» La hermana del niño dijo entonces a la hija del faraón: «¿Quieres que vaya a buscarte entre las mujeres de los hebreos una nodriza para que crie al niño?» «Ve», le dijo la hija del faraón, y la joven fue a llamar a la madre del niño. La hija del faraón le dijo: «Toma este niño, críamelo, y yo te daré tu merced.» La mujer tomó al niño y lo crió. Cuando fue grandecito se lo llevó a la hija del faraón y fue para ella como un hijo. Diole el nombre de Moisés, pues se dijo: «De las aguas le saqué.» (37).

Este relato, en el cual la leyenda se mezcla con la Historia, hace abstracción de las fuentes según las cuales Moisés habría tenido sangre egipcia en las venas, que es la versión más comúnmente admitida hoy. ¿Acaso no se habla de él como de un «príncipe egipcio» y, sobre todo, no se revela en el Nuevo Testamento que tuvo acceso a los misterios? «Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios», está escrito. Esta frase no puede significar otra cosa que el conocimiento comunicado por los misterios. ¿Lo ponían al descubierto al primer extranjero llegado, aunque fuese el hijo adoptivo del faraón? No lo creemos.

Resulta interesante comparar el salmo 104 de la Biblia con el *Himno de Atón*, QUE LE ES ANTERIOR:

### SALMO 104

1. ¡Bendice, alma mía, a Yavé! / Yavé, Dios mío, tú eres grande. / Estás rodeado de esplendor y majestad.
2. Revestido de luz como de un mundo. / Como una tienda tendió los cielos.
3. Alza sus moradas sobre las aguas. / Hace de las nubes su carro / y vuela sobre las plumas de los vientos.
4. Tiene por mensajeros a los vientos / y por ministros llamas de fuego.
5. Él fundó la tierra sobre sus bases / para que nunca después vacilara.
6. La cubriste con los mares como con un vestido, / y las aguas cubrieron los montes.
7. A tu increpación huyeron, / y al sonido de tu voz se precipitaron.
8. Y se alzaron los montes y se bajaron los valles / hasta el lugar que les habías señalado.



9. Pusísteles un límite que no traspasarán, / no volverán a cubrir la tierra.
  10. Hace brotar en los valles los manantiales, / que corren luego entre los montes.
  11. Allí beben todos los animales del campo. / Allí matan su sed los astos salvajes.
  12. Allí cerca se posan las aves del cielo, / que cantan en la fronda.
  13. De sus moradas manda las aguas sobre los montes, / y del fruto de sus obras se sacia la tierra.
  14. Hace nacer la hierba para los animales, / y el heno para el servicio del hombre, / para sacar de la tierra el pan.
  15. Y el vino que alegra el corazón del hombre, / y el aceite que hace lucir su rostro, / y el pan que sustenta la vida del hombre.
  16. Sacia también a los altos árboles, / a las cedros del Líbano que plantó.
  17. En los cuales anidan las aves. / Y los cipreses, domicilio de la cigüeña.
  18. Los altos montes para las gamuzas, / las peñas para madrigueras del damán.
  19. Hizo la luna para medir los tiempos, / y que el sol su ocaso conociese.
  20. Tú tiendes las tinieblas y se hace noche, / y en ella corretean todas las bestias salvajes.
  21. Rugen los leoncillos por la presa, / pidiendo así a Dios su alimento.
  22. Sale el sol, y todos se retiran / y se acurruan en sus cuevas.
  23. Sale el hombre a sus labores, / a sus haciendas, hasta la tarde.
  24. ¡Cuántas son tus obras, oh Yavé, / y cuán sabiamente ordenadas! / ¡Está llena la tierra de tus beneficios!
  25. Éste es el mar, grande, inmenso; / allí, reptiles sin número, / animales pequeños y grandes.
  26. Allí, las naves se pasean, / y ese Leviatán que hiciste por que allí retozase.
  27. Todos esperan de ti / que les des el alimento a su tiempo.
  28. Tú se lo das y ellos lo toman; / abres tu mano y sácianse de todo bien.
  29. Si tú escondes tu rostro, se conturban; / si les quitas el espíritu mueren y vuelven al polvo.
  30. Si mandas tu espíritu, se recrean / y así renuevas la faz de la tierra.
  31. Sea eterna la gloria de Yavé / y gócese Yavé en sus obras.
  32. Mira a la tierra, y tiembla; / toca a los hombres y humean.
  33. Yo cantaré toda mi vida a Yavé, / entonaré salmos a mi Dios mientras viva.
  34. Séale grato mi canto, / y yo me gozaré con Yavé.
  35. Desaparezcan de la tierra los pecadores, / y dejen de ser los impíos.
- / ¡Bendice, alma mía, a Yavé! ¡Aleluya!

#### HIMNO A ATÓN

¡Apareces maravilloso en el horizonte del cielo,  
tú, Atón viviente, comienzo de la vida!  
Una vez te has levantado sobre el horizonte oriental,  
has conferido tu belleza a todos los países.  
Eres gracioso, grande, brillante y alto sobre los países.  
Tus rayos alcanzan a las tierras situadas en el límite de todo cuanto

Aunque estés lejos, tus rayos están en la tierra, [has creado.  
aunque estés a la vista de los hombres, NINGUNO DE ELLOS CO-  
Cuando desapareces en el horizonte occidental, [NOCE TUS VIAS  
el país está en la oscuridad y parece como muerto...  
Los leones salen de su antro...  
La oscuridad es como una mortaja y la tierra está silenciosa...  
Al amanecer, cuando te levantas en el horizonte,  
expulsas a la oscuridad y das tus rayos...  
Los hombres hacen su trabajo.  
Todas las bestias son felices en sus pastizales,  
árboles y plantas son florecientes,  
los pájaros que vuelan de sus nidos...  
Todos los animales saltan sobre sus pies.  
Todo lo que vuela y se posa...  
¡Oh, DIOS ÚNICO, sin igual!  
Creaste el mundo según tu deseo,  
cuando Tú estabas solo... ¡Qué eficaces son tus planes, oh Señor de  
estás en mi corazón! [eternidad,  
Y aquí no hay nadie más que te conozca...

Finalizamos aquí esos dos poemas sagrados, cuya relación es cuando menos sorprendente, dejando al lector juez de la identidad del contenido y de la forma de expresión. En el texto del salmista, es la Luna, grata a los pueblos semitas, la que tiene el papel principal, en tanto que en el texto (escrito por el propio Akenatón) egipcio este papel es encomendado al Sol.

*El precursor del paganismo solar.* Con la desaparición del «rey ebrio de Dios», el papel de receptáculo de la iniciación solar atribuido a Egipto había terminado, salvo en lo que concierne al pequeño núcleo de adeptos agrupados en la «Fraternidad de Heliópolis», cuya tradición se ha perpetuado hasta nuestros días.

Manetón fue en efecto encargado, como gran sacerdote de Heliópolis, de redactar la Historia completa de Egipto, pues se avecinaban los tiempos que verían el olvido y la profanación...

También a Heliópolis acudieron Solón y Pitágoras, éste antes de fundar en Crotona (Sicilia) una logia inicial que se valía de la tradición primordial.

Hubo, además, Salomón, quien, con todo y proseguir la herencia de Moisés, acudió a su vez para recibir la iluminación y la legó a su pueblo alzando su famoso templo según el modelo del templo de El-Amarna, es decir, en forma de *cruz*, añadiéndole el símbolo solar con el aspecto del *disco*.

A partir de Salomón, el paganismo solar, que se ha desarrollado independientemente de la religión hebrea, va a conocer un impulso decisivo.

Transmitido por las tribus arias que irrumpen desde el Estado de

Mitani, este paganismo solar va a conquistar el derecho de ciudadanía en Persia, en Media, en Escitia, entre los naturales de la estepa de la época posterior a la de los hicsos.

El escritor británico Huart describe así el culto del Fuego, derivado del Sol, en esos diferentes pueblos:

... Ahura-Mazda, el dios supremo de los iraníes, es el Sol simbolizado por el fuego. No tiene, NO PUEDE TENER IMAGEN. En los santuarios de los magos... los nombres que llevaban los fuegos sagrados de los medos atestiguan el triple aspecto de la religión de la estepa (Sol, Fuego, Caballo). Bajo los sasánidas (224-728), se adoraba un fuego de la casa, un fuego del clan, un fuego del cantón. Los fuegos de los tres santuarios estaban considerados como protectores de las tres castas, la más célebre, la de los sacerdotes, se hallaba en Chorasnia...

Más tarde, serán los misterios griegos los que tomarán el relevo antes de desembocar en el culto de Mitra, solar en su esencia.

Después, la colonia de Heliópolis del Líbano (Baal'Beck) edificará un templo a petición del dios-Sol, transmitida por un oráculo, bajo Septimio Severo, el mismo Septimio Severo que hizo un viaje por el Nilo y oyó «cantar» a la célebre estatua de Amenofis III cuando la batieron los rayos del sol naciente.

Fue durante el reinado de este emperador romano cuando las dos corrientes del misticismo solar coincidieron, pues, por primera vez, un semita se había convertido en señor de Roma.

Aquellas dos corrientes volvieron a separarse con el triunfo del cristianismo que acarreó un gran trastorno de las ideas y de los hombres. Juliano, el emperador ilirio, intentó atajar el camino al cristianismo en un supremo esfuerzo de reanudar con la mística solar, pero su obra no sobrevivió a su muerte.

Se asiste entonces a un repliegue general del paganismo y esta «mística» se oculta casi completamente. Notemos, sin embargo, que fue en Egipto donde tomó su impulso la Escuela neoplatónica de Plotino presente en la ciudad de Alejandría.

En medio del océano rebullente de las luchas ideológicas, unos faros barren la espuma de los acontecimientos. En primer lugar, Alejandro se hace coronar faraón en el mismo país donde se dirigió Napoleón después que hubo recibido la iniciación masónica en la logia egipcia de Hermes en Italia.

Como por azar, el mismo país vio pasar a un Von Sebottendorf y nacer a un Rudolf Hess. Cabe suponer que los conocimientos acumulados en ese país no fueron perdidos para todo el mundo. Nos daremos mejor cuenta de esa atracción por Oriente grata al corazón de los «iniciados» nazis releendo la obra de Sebottendorf que trata de la «exposi-

ción del ritual, de la doctrina y de los signos de reconocimiento de la F.\*\* M.\*\* oriental». (Libro publicado en 1924 en Leipzig.)

Pero, llegados al término de nuestro estudio sobre Akenatón, se nos ocurre una pregunta, muy natural: ¿Cómo pudieron llegar semejantes secretos, a treinta y cinco siglos de distancia, hasta ciertos grupos ocultos que vale más no nombrar?

Aquí es cuando intervienen las «sociedades secretas», custodias de un «depósito sagrado», a las cuales hemos de referirnos para terminar.

*Akenatón, precursor de las sociedades secretas.* La audacia de Akenatón, que hace de él un faraón excepcional, no podía dejar de atraer sobre su reinado las luces de los «proyectores» iniciales. En efecto, el examen de las sociedades iniciáticas contemporáneas nos revela que esos grupos, a fin de cuentas harlo discretos en sus trabajos, se valen todos, más o menos, de la iniciación solar cuyo instaurador o restaurador fuera este faraón. Todas se refieren en efecto a la existencia de una «Gran Fraternidad blanca» (llamada todavía «Gran Logia blanca»), pequeño grupo existente desde tiempos inmemoriales y cuyos miembros tienen por misión guiar a la raza humana en el camino del perfeccionamiento moral.

La única sociedad iniciática que nos da algunos detalles sobre la composición y el origen de esa gran logia de iniciados superiores es la ORDEN ROSACRUCIANA A.M.O.R.C.(38). Pero oigamos mejor:

Los documentos escritos permiten remontar las genealogías de la Gran Fraternidad hasta la creación del Nuevo Imperio Tebano con la XVIII dinastía (1580-1321). Huelga decir que los imperios y dinastías precedentes no carecieron ni mucho menos de instructores... Pero es históricamente con Amosis I, fundador de la XVIII dinastía, cuando vemos establecerse, para las mentes cultas del Imperio, clases de ciencias secretas que se celebraban en las habitaciones privadas del faraón. Al volverse cada vez más selectos los discípulos, más profundas las enseñanzas y más dialécticas las discusiones, aquellas clases acabaron por transformarse en una sociedad secreta autocrática. Así fueron establecidas las bases de lo que sería la «Gran Fraternidad blanca»...

Y el autor, que debe de haber sido autorizado por sus superiores para decir más cosas, nos hace saber que:

Amenofis III hizo construir el templo de Luxor para la Fraternidad y tuvo un hijo, Amenofis IV, más conocido por el nombre que tomó: Akenatón. Fue nombrado gran maestro, por decreto del Consejo, el 9 de abril de 1365, en aquel templo. Cuando abandonó Tebas por El-Amarna, hizo construir en esta ciudad para la Fraternidad el primer templo conocido en forma de cruz, así como casas



para alojar a sus miembros: 283 hermanos y 62 hermanas... Fue Akenatón quien escogió, según se dice (reencontró) el símbolo de la rosa y la cruz (39).

Después de este lujo de precisiones, Jacques Duchaussoy puntualiza por último que los documentos históricos en que se inspiran estas líneas están en el museo rosacruciano de San Diego, California, sede y depósito de los archivos de la R+C A.M.O.R.C. (40).

Vemos, con sólo este ejemplo, la importancia que representa para ciertos tradicionalistas aquel faraón, puesto que no dudan en situarlo en cabeza de sus maestros espirituales. Añadamos que igual pasa con ciertas ramas, o más exactamente ciertas obediencias de la francmasonería mundial, que hacen partir su iniciación «solar» del antiguo Egipto (por oposición con la francmasonería francesa que, en su conjunto, toma por punto de partida el cristianismo o la tradición hebraica).

La obediencia masónica mixta del «Derecho humano», por su parte, hace remontar su filiación al Egipto faraónico y, más precisamente aún, a Akenatón, «luz solar» por excelencia.

Hemos evocado, hace un instante, el caso de las sociedades iniciáticas hitlerianas y pensamos más particularmente en ellas a través de una obra publicada en 1958 con la firma de Savitri Devi y editada en Calcuta bajo el título: *The Lightning and the Sun*. En esta curiosa obra, el autor traza un paralelo admirativo entre Gengis Kan, Akenatón y Hitler calificándolos de «hombres contra el tiempo» y de depositarios de un «antiguo saber». Contentémonos con recordar que el «grupo Thule», que apoyó a Hitler hasta la toma del poder por los nazis en 1933, estaba a su vez muy ligado a la «Golden Dawn» británica, desviación racista de la Rosa + Cruz, cuyo mago negro, Alistair Crowley, afirmaba ser el «predecesor de Hitler».

Los otros personajes de nuestra «Heptada» que se valen también de la iniciación egipcia son Federico II de Hohenstaufen (por el rodeo musulmán y templario) y Juliano, llamado *el Apóstata* (por el culto mitríaco, confluente de varias tradiciones).

Es hora ya de asomarse al destino de aquel que fue llamado a relevar aquella tradición en nuestro hemisferio: Zoroastro, padre de la religión ariana, apóstol del Fuego y de la Mística solar, cuyos últimos representantes oficiales son hoy los parsis de la India y sus «torres del silencio».

## NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

1. Este autor ha escrito también *Misión de la India, Misión de los judíos, Misión de los soberanos*, etc. En cambio, jamás ha escrito «Misión de Egipto», y es una lástima.

2. Paul LE COUR: *Dieu et les dieux*, Dervy éditeur, París, 1951, página 37.

3. No olvidemos que, antes de que la Tierra basculase sobre su eje, el polo del frío caía cerca de París, de creer al menos ciertas teorías.

4. Las dos alas simbolizan el dualismo del demiurgo y el de nuestro personaje siguiente: ZOROASTRO. Hallamos de nuevo ese dualismo con el nombre de maniqueísmo (bien-mal, luz-tinieblas) en los cátaros... En cuanto a los druidas, se recuerdan los templos solares de Glastonbury y de Stonehenge.

5. Por «ciencias naturales», entendemos Geología, Biología y Física del Globo. Para la Geología, son los últimos hundimientos de terreno que se sitúan en el cuaternario (aparición del hombre en la Tierra según la ciencia oficial); para la Física del Globo, es la presencia de una vasta meseta submarina separada de las antiguas costas por fosas de más de seis mil metros de profundidad, y para la Biología es la prueba de la existencia de «puentes» a través del Atlántico, existencia confirmada por las numerosas similitudes constatadas en la flora y la fauna de ambos lados del Atlántico. Desde luego, pueden añadirse otros hechos, tales como leyendas y cosmogonías comunes, símbolos idénticos en uno y otro lado de este océano, etc.

6. Esta práctica de la «endogamia» está firmemente establecida aún hoy, entre los bohemios, con el propósito de adquirir una «segunda vista». Heretero de la «sangre común» de la tribu, el descendiente se considera como la «reencarnación» de sus antepasados. Igual ocurre en la religión hebraica. La afirmación de la Biblia según la cual los patriarcas vivieron siglos se explica naturalmente si se quiere admitir que vivieron en la «consciencia» de sus descendientes. Estos podrían así haber «visto» todos los acontecimientos pasados de la vida de su familia. En este plano, un David es también el «hijo de Abraham» y un José el «hijo de David». Notemos la andadura inversa de los «progresistas» que ven en la mezcla de las sangres abrir la vía al humanitarismo. Pero, ¿no se llegará de este modo simplemente a la creación de nuevas razas?

7. Marcelle WEISSEN-SZUMLANSKA. *Les Hommes rouges*, Adyar, París, 1952, página 267. Se encuentra en la Biblia una alusión a este rito del ocre rojo: es la «arcilla roja» de la cual el hombre fue «amasado». Es de destacar, y esto tiene su importancia, que los himritas fundaron Tiro: los griegos tradujeron por «fenicios», lo cual significa «hombres rojos», el nombre de aquel pueblo. Igualmente, más tarde, el filósofo Malk, discípulo de Plotino, tomará el nombre de Porfirio (púrpura). Hallamos de nuevo este color, *símbolo de la iniciación solar*, en el capítulo que dedicamos a Napoleón, con el «Hombre rojo de las Tullerías». Señalemos por último que los altos grados de la F.ª M.ª son llamados «rojos».

8. PLATÓN, *El Banquete*, XIV y XV y en particular 189 C y 190 C.

9. Únicamente los jansenistas, en el siglo XVII, presintieron esta peligrosa

facilidad intelectual y los peligros que hacía correr a la fe. «Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo. No hay que dormir mientras tanto», ha escrito Blaise Pascal.

10. En griego, Heliópolis significa «ciudad del Sol», denominación que había remplazado, en la época helenística, el antiguo nombre egipcio que tenía el mismo sentido.

11. Z. MAYANI, *Les Hyksos et le monde de la Bible*, Payot, 1956, páginas 12 y 13.

12. Pr. SKAZKIN, *Libro de lecturas sobre la historia de la Edad Media*, Moscú, 1940.

13. Recipiente para beber en forma de caballo, carnero, musmón, etc.

14. Como el de Heliópolis.

15. Z. MAYANI: *op. cit.*, páginas 129 y ss.

16. Las tradiciones refieren que, después del diluvio, los indoarios se refugiaron en las montañas de Asia Central y del Irán. Es revelador que se encuentren los mismos índices cefálicos y las mismas deformaciones craneanas en los esqueletos de la Edad de Hierro descubiertos en el Cáucaso (véase E. CHANTRE, *Recherches dans le Caucase*, 1885, tomo 2, páginas 110-112). A relacionar con las momias guanches de las Canarias.

17. DANIEL-ROPS, *Le Roi ivre de Dieu*. Ediciones Le Roux, París, 1951, página 10.

18. D. MEREZHKOVSKI, *Akhenaton*, Calmann-Lévy, París, página 62.

19. MAX HEINDEL, *Cosmogonie des Rose+Croix*, 6.ª edición JEP, París, 1959, páginas 298 y 299.

20. Remitirse a la famosa estatuita que adoraban los templarios: el «Bafomet-Andrógino», símbolo de la bisexualidad y, sin duda, del estado originario de nuestra especie.

21. Marcelle WEISSEN-SZUMLANSKA, *Origines atlantiques des anciens Égyptiens*, Omnium littéraire, París, 1965, páginas 111 y 112.

22. La aplicación de este «principio solar» a los soberanos reinantes es igualmente una característica de los reinos de origen celta como Francia. En este país, en efecto, las mujeres fueron apartadas del trono alegando la famosa frase (¡descubierta por casualidad!) según la cual «las lises no hilan», frase en la que se vio una alusión a las ruecas femeninas y las lises de la casa de Francia. Por lo que, a menudo, los textos no son más que pretextos.

23. Para dar una idea de aquella marca de longevidad política, hay que precisar que Tutmés III había de ser después el Napoleón de su Imperio, pues a él, en efecto, debe Egipto sus conquistas territoriales. Hay que añadir que, a la muerte de la regente, que era al mismo tiempo su tía y su suegra (el caso no es único en los anales de Egipto). Tutmés III, inspirándose en las costumbres de todo nuevo faraón, se apresuró a hacer desaparecer la mayor parte de huellas posible de su antecesora.

24. Su sepultura debía ser descubierta en 1907 por Theodore Davis, a algunos cientos de metros de aquella donde, en 1922, Howard Carter había de poner a la luz el sarcófago del yerno de Nefertiti, Tutankamón.

25. Hemos mencionado ya, en la introducción a esta obra, la expedición de la «mano roja», esa rama subterránea de la Rosa + Cruz. Esta expedición confirma la existencia del «disco de oro» gigante que usaban los descendientes de los Atlantes en América central, a efectos médico-mágicos.

26. Sabemos de manera cierta que estos documentos han existido realmente. Si tenemos en cuenta que la Fraternidad de Heliópolis sumó en determinado momento más de mil estudiantes (época de su esplendor) y disponía de una biblioteca renombrada en todo el mundo antiguo (sirvió además de «núcleo» a la de Alejandría, más de 500.000 manuscritos y trabajos, entre los cuales había ciertas tablillas considerablemente antiguas de arcilla roja), juzgaremos el nivel de conocimientos del Egipto faraónico. Desgraciadamente, en 390 (Era cristiana) el emperador cristiano Teodosio incendió el *serapeum* de Alejandría y los tesoros de saber que éste contenía. Aquel acto criminal recibió su justa recompensa, puesto que es en 395 cuando se sitúa el «fin del mundo romano».

27. Se trata con seguridad del sucesor de Akenatón, Tutankamón, cuya tumba, inviolada, fue descubierta en 1922.

28. PAUL BRUNTON, *L'Égypte secrète*, Payot, 1947, pp. 10 y 11.

29. Cuando se afincó definitivamente en la nueva ciudad, Akenatón mandó erigir estelas fronterizas en los confines del paraje que había escogido: en las estelas, hizo grabar el juramento que pronunciara de no salir jamás de los límites que se había fijado. Hemos tomado el ejemplo del Vaticano porque ilustra el caso egipcio: el Papa, al igual que el faraón, estaba encerrado en la Ciudad Eterna para el resto de sus días. Pero la regla fue transgredida bastantes veces, a diferencia de lo que hizo Akenatón.

30. DMITRI MEREZHKOVSKI, *Akhenaton—Joie du Soleil*, páginas 168-169.

31. HERMAN y RANKE, *La civilisation égyptienne*, Payot, París, 1963, páginas 5 y 6.

32. DMITRI MEREZHKOVSKI, *op. cit.*, páginas 58 a 61.

33. Akenatón se hacía representar así con sus defectos físicos más evidentes, sin ninguna concesión a los convencionalismos de la época. Excavaciones efectuadas en Tebas han permitido, hacia 1931, sacar a luz el inmenso santuario consagrado a Atón: en estas ruinas, próximas a Karnak fueron descubiertas gigantescas estatuas de Akenatón. Su originalidad reside en el hecho de que no permiten dar un significado humano al representado en la roca. Ciertos egiptólogos, no comprendiendo su significación mística, las han calificado de «francamente repelentes...». La más significativa representa a Akenatón completamente desnudo, sin ningún signo de las partes genitales. Esta representación es doblemente contradictoria cuando se sabe que el faraón es, por esencia, un «rey de fertilidad» y que el pudor no fue nunca cosa de la estatuaría egipcia. Numerosas son las explicaciones más o menos confusas de los egiptólogos. Sólo una, la más reciente, parece válida a juicio nuestro. Hace de esa estatua asexual la representación del concepto teológico de la bisexualidad atribuida al Creador, es decir, al «disco solar». Véase el pasaje en el que explicamos el «mito» del Andrógino.

34. DMITRI MEREZHKOVSKI, *op. cit.*, página 249.

35. ¿Cómo ha podido llegar intacta hasta nosotros la tumba de Tutankamón? Es menester, sin duda, ver en este «milagro» único un efecto de la providencia.

36. Los egipcios creían que el alma del difunto tenía necesidad de un «soporte» material para emprender su viaje al más allá. Por esta razón, la destrucción del cuerpo era una catástrofe espantosa pues condenaba al espíritu del muerto a vagar eternamente.

37. ÉXODO, II, 5 a 10.



38. Sede en Francia, 6, rue Gambetta, Villeneuve-Saint-Georges (Val-de-Marne).

39. JACQUES DUCHAUSOY, *Bacon, Shakespeare ou Saint-Germain*. París, 1962. Edición de la Colombe, 192.

40. La sigla AMORC significa: «Antigua y Mística Orden Rosa + Cruz.»

## CAPÍTULO II

### ZOROASTRO O EL «HIJO DE LA LUZ»

El viajero que visita el Irán, contemplando los desolados parajes que se extienden, al este de Teherán, en el desierto abrasado por el Sol de Ahura-Mazda, ese dios de Luz, tiene la impresión de visitar un campo de batalla asolado por un cataclismo nuclear, un terreno removido por algún combate gigantesco librado por titanes, como si el país entero hubiese ardido por el fuego celeste. Y las ruinas de Susa, los restos impresionantes de los palacios de Persépolis, la tumba de Ciro *el Grande*, perdida en la llanura caótica de Pasargada, son otros tantos testimonios de que este país conoció en el pasado un destino prestigioso.

Ante el mausoleo de Darío, cuyas proporciones apabullantes son un reto a la condición humana, más de un viajero se ha interrogado sobre la significación de esas esculturas con símbolos intemporales.

Situadas en un hipogeo excavado en la roca, las tumbas de los reyes persas, que se denominaban «hijos del Sol», están talladas en la ladera de una montaña abrupta y la entrada de las salas subterráneas, situada a más de treinta metros del suelo, exige para penetrar en ella el uso de un verdadero material de escalada. El pórtico monumental que da acceso a las tumbas está rodeado de columnas rematadas con bajorrelieves de personajes. Este impresionante conjunto no deja de recordar, cosa significativa, a los monumentos del antiguo Egipto, como si los templos colosales de Tebas hubiesen producido en este lugar alguna misteriosa excrecencia.

Los conquistadores musulmanes se ensañaron con estos bajorrelieves sasánidas, y las efigies mutiladas de los soberanos persas parecen hoy confundidos en un horror petrificado. Se reconocen sin embargo aquí y allá escenas de batallas, que resaltan sobre la roca curtida por las intemperies. Donde ahora hay el desierto, se extendía una ciudad, arrasada por la voluntad del califa Omar.

Sólo siguen en pie, testigos de un culto grandioso, patéticos bajo el cielo metálico de las altiplanicies, los altares del Fuego, luz de Ahura-

Mazda, reflejos del Sol cósmico y vestigios emocionantes de la religión fundada por Zoroastro. Pierre Loti, aquel gran viajero, peregrino nostálgico de todas las civilizaciones desaparecidas, nos hace de esos altos lugares una descripción sorprendente.

Buscaba con los ojos, en medio de tantos informes restos, un monumento más antiguo que los demás y más extraño, que unos zoroastristas emigrados en la India me habían señalado como existentes aún. Y he aquí que se me aparece, muy próximo, cruel y sombrío sobre un bloque de rocas en pedestal. Según la descripción que me habían hecho, lo reconozco inmediatamente, y su identidad me es además confirmada por la designación del *charvadar*: «¡*Ateuchka!*», en la que encuentro la palabra turca *ateuch*, que significa «fuego». Dos toscas e ingenuas pirámides truncadas, rematadas por un festón bárbaro y dos altares gemelos para el culto del fuego, que datan de los primeros magos que precedieron en varios siglos a todo el colosal trabajo de Persépolis y de la montaña esculpida. Eran ya cosas muy antiguas y venerables cuando los aqueménidas eligieron este lugar para edificar sus palacios, su ciudad y sus tumbas. Se alzaban aquí en los tiempos oscuros cuando las rocas de los hipogeos eran todavía intactas y vírgenes, y cuando tranquilas llanuras se extendían en el lugar de tantas inmensas explanadas de piedra. Han visto crecer y pasar civilizaciones magníficas y siguen siendo casi iguales, sobre su zócalo, los dos *Ateuchkas*, imperecederos y como eternos en su sólida tosquedad. Hoy, los adoradores del fuego, como es sabido, desaparecen cada vez más de su país de origen y hasta del mundo, y los que quedan están diseminados, un poco como el pueblo de Israel. En Yezd, sin embargo, ciudad del desierto que dejaré a la derecha de mi camino, persisten en grupo bastante compacto aún. Algunos se encuentran en Arabia y otros en Teherán, y, por último, forman una colonia importante y rica en Bombay, donde han instalado sus grandes torres macabras. Pero, desde todos los puntos de la Tierra donde su destino les ha conducido, no cesan de volver aquí mismo, en peregrinación, ante estas dos pirámides horrorosamente viejas, que son sus altares más sagrados (1).

En efecto, la religión de Zoroastro no ha muerto, a pesar de que hoy sólo cuente con un pequeño número de fieles, y la llama sagrada sigue ardiendo en los templos parsis de la India. No obstante, el disco alado del Sol, esculpido en el frontón de los palacios de Persépolis, ya no es el símbolo religioso de todo un pueblo, iluminado por el esplendor majestuoso de sus monarcas representados como el león coronado, sosteniendo en sus garras todos los reinos de Asia que se extienden hasta perder la vista desde las riberas del Mediterráneo hasta el lejano río Indo. La religión de la «vida buena», transcrita en los *Gatas*, esos textos sagrados que repiten las palabras del gran profeta mazdeísta Zoroastro, fue mucho tiempo religión de Estado en el Irán, con los monarcas sasánidas, de los siglos I al VI de nuestra era. La antigua religión de los arios,

adoradores del Sol y sacrificadores de caballos, había hallado así su realización definitiva.

Quien aborde las ruinas de la capital aqueménida a la luz del ocaso o del alba, verá destacarse sobre el fondo ocre de las montañas, la negra silueta de las ruinas ciclópeas, fortalezas edificadas a imagen del cielo. Sobre las inmesas terrazas de piedra, los sacerdotes escrutaban antaño el cielo nocturno en busca de las configuraciones estelares anunciadoras de acontecimientos extraordinarios, y de día daban gracias a la luz solar, vivo reflejo de la majestad divina.

En esta explanada, un bosque de columnas surgía en aquellos tiempos hacia el cielo y los monolitos rotos yacen ahora en tierra como los árboles de un bosque fulminado. Quedan en pie algunas, sin embargo, con sus fantásticos capiteles de un gris de sílex, extrañas representaciones de un bestiario sagrado. La ciudad muerta está custodiada por dos figuras colosales, dos toros alados con cabeza de hombre, símbolo eterno de la unión necesaria de los dos poderes, el temporal y el espiritual. Aquí también vamos a seguir al autor de *Hacia Ispahán* en este universo mágico:

Las explanadas se superponen, las escaleras se suceden a medida que nos acercamos a las salas donde imperó el rey Darío. Y la cara de cada hilada nueva sigue cubierta de pacientes bajorrelieves, representando centenares de personajes de noble altivez, con barbas y cabelleras ensortijadas: falanges de arqueros, todos iguales e inscritos de perfil; desfiles rituales, monarcas caminando bajo grandes quitasoles sostenidos por esclavos; toros, dromedarios y monstruos. ¿En qué piedra maravillosa ha sido cincelado todo ello, para que tantos siglos no hayan podido deslustrar nada?

Todavía es posible descifrar las inscripciones de los viajeros de paso sobre los milenarios muros, y ésta, digna de un poeta y de un filósofo, no es sin duda la menos inquietante:

*¿Dónde están los soberanos que reinaron en este palacio hasta el día en que la muerte los invitó a beber su copa? ¿Cuántas ciudades fueron edificadas por la mañana, que cayeron en ruinas por la noche?*

Estas orgullosas construcciones están hoy en el suelo, pero qué importa, después de todo, puesto que lo esencial ha sido salvado a través del mensaje espiritual que ha llegado hasta nosotros. El soplo del espíritu y el ardor religioso que inspiraron a los constructores de estos templos, guiados por el arquitecto invisible, son debidos al gran reformador espiritual que fue Zoroastro, aquel mago inspirado que se sitúa entre los «grandes iniciados» y cuya magistral figura hay que evocar ahora.

Zoroastro, el profeta del Irán, nació en Bactras hacia el año 600 antes



de J. C., según las estimaciones más recientes, pues no se sabe la fecha exacta de su venida al mundo (2).

La Bactriana, región oriental de Persia, que tuvo por capital la ciudad que le ha dado el nombre, se sitúa en los confines de tres países: China, India y Afganistán. Esta región adquiere entonces el aspecto de una avenida de la civilización, emplazada en la encrucijada de las grandes migraciones de pueblos y de todas las influencias espirituales. El magnetismo de esta tierra no podía más que producir maestros de sabiduría. Sucesor de un linaje de iniciados cuyo origen se pierde en la noche de la Atlántida, Zoroastro es efectivamente el hijo del Príncipe luminoso, de ese Logos que anima al mundo a través de los «Grandes Seres» enviados por la Providencia, llámense Akenatón, Zoroastro o Alejandro.

La antigua tradición aria es su herencia común expresándose en la originalidad de su personalidad y la variedad de su genio. Tal un río que remontase hacia su fuente, Zoroastro, poeta inspirado, remontó hacia el Sol, verbo luminoso que le inspirara sus más bellos cantos. ¿Podía ser de otro modo en un país que no conoce más que la gloria del astro del día hacia el que se exalta una naturaleza espléndida?

Al Norte se extendía una cadena de montañas cuyas cumbres resplandecientes de nieve se alzaban a una altura majestuosa. Era el Elburz, esa inmensa cresta que une el Hindu Kush y las montañas de Georgia, el Cáucaso indio y el Cáucaso de Prometeo, y, por encima de esta cadena, dominándola como un gigante, se elevaba en los aires la enorme cúpula puntiaguda del Demavend, blanco de la cabeza a los pies... Ningún detalle que detenga al pensamiento. Es un infinito como el mar, un cielo del que nada, ni palabra ni paleta, puede expresar la transparencia y el brillo, una llanura que, de ondulación en ondulación, gana gradualmente los pies del Elburz, se junta y se confunde con sus grandezas. De vez en cuando, se forman unas trombas de polvo que se hinchan, se elevan, suben hacia el azul, parecen tocarlo con su cima arremolinada, corren al azar y vuelven a caer. No se olvida un cuadro semejante.

La Naturaleza ha dispuesto el Asia central como una inmensa escalera en lo alto de la cual parece haber tenido a honor llevar por encima de las otras regiones del Globo la cuna antigua de nuestra raza. Entre el Mediterráneo, el golfo Pérsico y el mar Negro el suelo va elevándose de piso en piso. Unas cimas enormes colocadas en festones, el Taurus, los montes Gordianos y la cordillera del Luristán levantan y sostienen las provincias. El Cáucaso, el Elburz, las montañas de Chiraz y de Ispahán les añaden un peldaño más alto aún. Esta enorme plataforma, dilatando en llanuras sus majestuosos desarrollos por el lado de los montes Soleimán y del Hindu Kush, desemboca por una parte en el Turquestán que conduce a China y por la otra en las márgenes del Indo, frontera de un mundo no menos vasto. La nota dominante de esta naturaleza, el sentimiento que despierta por encima de todos los otros, es el de la inmensidad y del misterio (3).

Nosotros añadiremos que Gobineau no se engañaba. El misterio y los «misterios» pertenecen a la cuna de la civilización aria. Así como el faraón Akenatón, salido de una familia indoeuropea de Mitani, restauró el culto del dios único en el disco brillante de Atón, así también Zoroastro —en védico, Zaratustra— salvó la antigua religión de los arios preservándola de la superstición y de la magia negra destiladas como un veneno por los asirios de Babilonia, aquellos sectarios de la Noche.

Primitivamente, la religión de las tribus arias, instaladas entre el mar Caspio y el mar de Aral desde el tercer milenio, estaba vinculada al aspecto feudal de su organización social.

En efecto, en aquella remota época, la sociedad no se había vuelto todavía sedentaria; los arias, que dieron su nombre al país iranio (*Airiyānam vaejo*: «el dominio de los arios»), eran pastores nómadas que conducían a sus inmensos rebaños de bóvidos y de caballos a través de la estepa hacia nuevos pastos. Una nobleza de reyes y de príncipes, apoyada en una casta sacerdotal poderosa, dirigía aquel pueblo indomable que pronto iba a hacer hablar de él. Mientras una parte de los indoeuropeos ocupaba las vastas extensiones de Persia, se producía otra migración, procedente también del Asia central, que penetraba por los pasos del Afganistán —los mismos que seguirá Alejandro Magno muchos siglos más tarde—, invadía la India y establecía en ella la religión y la civilización brahmánicas mientras una tercera corriente se dirigía hacia la Europa occidental sin encontrar resistencia. Este común origen de pueblos que creemos tan diferentes explica las semejanzas que existen entre el panteón védico de la India, la cosmogonía irania y la mitología griega, sin hablar de las leyendas germánicas más recientes.

Muy pronto, sin embargo, estos nómadas comienzan a vivir en sedentario, fundando ciudades fortificadas, antecesoras de las primeras fortalezas y que causarán la admiración de los asirios. En estas ciudades reinan príncipes cuyo poder tiende a hacerse hereditario. Lo notable, en los arios, desde la época más remota de su historia, es ese sentimiento de la unión necesaria de los dos poderes: el temporal y el espiritual, el sacerdocio y el imperio, y esta noción, la encontraremos intacta en los romanos y luego en los emperadores germánicos de la Edad Media, entre los cuales resplandece la gran personalidad de Federico II.

El *Imperium* y el *Augurium*, el *Brahmán* y el *Kshatram*, he aquí las constantes de la sociedad indoeuropea, en Occidente como en Oriente. Estos dos pilares de la vida, simbolizados en el pórtico del Sol, a la vez dispensador de energía material y de fuerzas espirituales, son representados por una parte por la casta de los guerreros y por la otra por la casta de los sacerdotes. Al frente del clero se sitúa un gran sacerdote, allegado a la persona del rey. Ambos poderes coexisten pacíficamente y viven uno del otro, aunque a veces hay ciertos roces, pero el ideal perma-

nece, la unión de ambos principios, afianzada en el corazón de los arios como un roble indarraigable. Zoroastro rezará y actuará con todas sus fuerzas por la instauración de un «reino» único que confunda la auto-ridad espiritual y el poder temporal.

En esta perspectiva, el mundo terrenal es un reflejo del mundo celest-ial. Cualquier acto, trátese de la celebración del culto, de manejar la espada o de labrar la tierra, adquiere entonces una significación reli-giosa y sagrada. Infinidad de dioses presiden cada acción de la vida coti-diana que se desenvuelve al compás de un tiempo sagrado ligado al orden del mundo. Las grandes fuerzas de la Naturaleza, el cielo, el agua y el fuego, son potencias vivificantes.

Así el hombre de este tiempo está obligado a una conducta rigurosa. Honrar a los dioses, obrar rectamente, serán sus deberes esenciales.

Sacrificar, es restituir a las divinidades una parte de los favores que ellas conceden. Es incluso un deber para todo hombre libre el sacri-ficar tres veces al día: cuando sale el Sol, a mediodía y cuando se pone el Sol. Las libaciones, los cantos, las danzas, las oraciones y los sacri-ficios forman la trama de la existencia. Hay, sin embargo, un punto negro en estas prácticas: los sacrificios sangrientos. El clero, por las ofrendas de los fieles, amasa enormes riquezas, y el holocausto de los rebaños, precioso entre todos, empobrece a este pueblo de pastores. En el curso de ciertas ceremonias, cien bueyes eran sacrificados y se impo-nían reformas religiosas que despojaban al culto de las escorias que to-davía arrastraban consigo, recuerdo vivo aún de los horribles sacrificios humanos. Otro peligro amenaza a la antigua religión: el ritualismo; el abuso de las fórmulas petrificadas y de la magia ceremonial, venida de Asiria y que intenta captar con propósitos egoístas las grandes fuerzas cósmicas que poseen los dioses.

De todos estos dioses, justamente hay uno que sobresale por su no-bleza y su grandeza: es AGNI, el FUEGO, homónimo de Ahura-Mazda, custodio del orden sagrado, potencia luminosa que se opone virtualmen-te a las potencias telúricas de las profundidades, personificadas por el nocturno VARUNA. Es hora de reaccionar y de operar ciertas «revisio-nes lacerantes», pues de lo contrario el pueblo ario se expone a hundirse un día en la idolatría y la magia negra tan distante de su propio genio.

En este combate contra las fuerzas elementales del caos, Zoroastro se alza, personaje luminoso y rodeado de una aureola legendaria.

Invocando el nombre de «Zoroastro», «hijo de Oromazes (*Alcibíades*, 122 A), nombre helenizado de Zaratustra, que Nietzsche puso en las nubes en sus célebres estrofas, Platón reconocía la sabiduría y la gran-deza del profeta del Irán, citado también por Aristóteles como una figu-ra destacada de la Historia de los hombres.

Se ha dudado mucho tiempo en fijar definitivamente la fecha de naci-miento del mago del Irán. La fecha más antigua que ha sido propuesta es 6.000 a. de J. C. (4), pero parece difícil de aceptar. El historiador babi-

onio Beroso, que vivió en el siglo IV a. de J. C., estimaba que Zoroastro había vivido hacia 2000 a. de J. C. Plinio lo hace por su parte mil años anterior a Moisés. Los historiadores han llegado, no obstante, a una fecha más reciente que hoy es aceptada casi unánimemente: el año 600 antes de J. C., un poco antes de la llegada de *Ciro el Grande* y la forma-ción del Imperio persa, por lo menos en lo que respecta al Zoroastro histórico.

En aquella época, el Irán oriental se dividía en varios pequeños reinos mientras que los reyes medos unificaban el Irán occidental e invadían Asiria y Mesopotamia.

Zaratustra procedía de una familia noble, tradicionalmente consagra-da al sacerdocio. Su madre se llamaba Dughdhova y su padre Purishas-pa. ¿Cómo se conocieron ambos esposos? Esto se nos explica en el *Evan-gelio de Zoroastro*. Purishaspa era oriundo de Azerbaiján (Atropenia antigua), país de los magos y de los medos, en el reino de Arak, que gobernaba su padre, el rey Paitaraspa. Hubiera hecho falta una circuns-tancia bastante extraordinaria para que conociese a Dughdhova, que vivía muy lejos de allí, en la ciudad de Raga, situada cerca de la moder-na Teherán. Dughdhova, que era bella y prudente, vivía feliz en el seno de una familia principesca y nada parecía destinarla a un futuro particu-lar. No obstante, hacia la edad de quince años, numerosos pretendien-tes comenzaron a cortejarla, pero, sin duda, a causa de la protección divina, la muchacha fue entonces rodeada de un halo de luz sobrenatur-al, que inspiraba a todos un temor sagrado. Los magos, llenos de envi-dia, interpretaron aquel acontecimiento como un signo nefasto y declara-ron que Dughdhova había de morir. Su padre, desesperado, no pudo decidirse a poner en ejecución aquella horrorosa sentencia y envió su hija a las montañas del Noroeste, bajo la custodia de su amigo el sobe-rano de Arak, Paitaraspa. Ahora bien, el hijo de éste acababa de llegar a la edad de casarse, y así se cumplieron los designios de la providencia, que quería se produjese el encuentro de los dos jóvenes. Las bodas fue-ron celebradas en Bactras, ciudad lejana donde no había magos, y Dughdhova pronto descubrió que estaba encinta. Ha de comprenderse que, en la mente de los pueblos de la época, la venida al mundo de Zo-roastro coincidía con el momento más oscuro por que atravesaba la reli-gión. Ahimán, el espíritu del mal, estaba a punto de triunfar y, sin duda alguna, el incendio final pondría término a aquella era de ini-quidad simbolizada por la Edad de Hierro. Sólo entonces, de un pequeño grupo de justos que habrían seguido llevando la antorcha de la luz, tras el fin del ciclo, renacería la Edad de Oro. Encontramos de nuevo esta idea cíclica de aniquilamiento seguido de renacimiento en la India brahmánica y hasta en el mundo romano y pensemos en los versos de Virgilio anunciando el retorno de la Edad de Oro. Esto prueba, en cual-quier caso, que este mito del «eterno retorno» cantado por Platón, como un eco lejano de la destrucción de la Atlántida, obsesionaba a los an-



tiguos recordándoles la primera catástrofe del Diluvio universal.

El resurgimiento necesario iba a realizarse en la persona de Zoroastro, enviado a la Tierra por las fuerzas de la luz. Así es como se expresan los textos sagrados:

Los tiempos en que el mundo estaba trastornado por los malos, no había ni instrucción, ni dirección, ni autoridad entre los hombres aturridos. Ignorando a Dios y sus mandamientos, se habían apartado del culto divino. Habiendo sucumbido el Universo por la voluntad del demonio maldito, todo el mundo se alejaba de la justicia y de la ley. El corazón de Ahrimán estaba alegre y riente; se regocijaba del extravío de los hombres, pero Dios perdonó a la gente desdichada y tuvo piedad de ella. Resolvió suscitar un guía.

El *Denkart* refiere que unos arcángeles «fabricaron juntos un tallo de HOM (la planta *Hoama*), de la altura de un hombre, excelente en color y jugoso cuando era fresco», en el cual el espíritu que velaba por Zoroastro decidió entrar. Exprimiendo el zumo de aquella planta y mezclándolo con leche, Dughdhova confeccionó un brebaje sagrado, el *Soma*, que bebió con su marido. En la mitología irania, este licor es la bebida de los dioses, comparable a la ambrosía de los germanos. Los *Vedas* nos aseguran que beberla procuraba una embriaguez que ponía al hombre en relación con los dioses. ¿Se trataba de una droga alucinógena parecida al hachís? ¿Estamos en presencia de un resurgimiento simbólico del «agua primordial», el líquido que dio nacimiento a toda vida terrestre por la fecundación de los rayos solares? Las dos cosas son posibles y explicarían en cualquier caso la convergencia de los símbolos mayores. El secreto del *Soma* está perdido hoy y su sucedáneo actual, utilizado por los parsis, no tiene la propiedad de subirse a la cabeza.

Se ha afirmado incluso que Zaratustra había nacido milagrosamente de una virgen. Es en primavera, cuando el sol inunda la Naturaleza con su calor benéfico, anunciando el ciclo de los renaceres iniciáticos y astrales, cuando nace Zoroastro. De hecho, todo parece indicar que Zaratustra vio la luz entre el 21 de marzo y el 20 de abril, en el signo solar de Aries, como más tarde Alejandro Magno, que seguirá sus huellas. El equinoccio de primavera señala en efecto el principio del año solar y el reformador del Irán hará del Sol el principio luminoso que anima Ormuz o Ahura-Mazda, el Dios bueno. A. Volguine subraya los rasgos característicos dado por el primer signo del Zodíaco que corresponden perfectamente a la personalidad de Zoroastro: «El carácter que da este ascendiente es entero, ambicioso, viril, generoso, esforzado, que gusta de las situaciones claras, abocado a entusiasmarse fácilmente, ardiente e independiente.» Añadamos que si cada signo gobierna una parte del cuerpo, Aries corresponde a la cabeza, que es la parte más noble del individuo.

Pero dejemos una vez más la palabra a los textos antiguos:

En el momento que la mañana del tiempo derramó la luz, el bienaventurado Zaratustra vino al mundo. Reía al abandonar el vientre de su madre, y de su risa el palacio quedó henchido de luz. Maravillado de aquella risa y de la radiante belleza de su hijo, el padre comprendió que ello era la gloria de Dios, pues salvo él todos los niños, al nacer, lloran. Le dieron el nombre de Zaratustra y todo el mundo supo lo que había sucedido.

Las mujeres, envidiosas de la risa y de la belleza radiante del niño, se apasionaban en el temor que éste les inspiraba. Nunca, según decían, se han visto cosas semejantes. ¡No sabemos qué saldrá ni qué resultará de ellas en el mundo, pues jamás se vio un niño parecido. ¡En la Tierra no tiene igual en belleza!

Pronto el rumor de la belleza y de la risa del niño cundió en la ciudad y todos aquellos que eran impuros y partidarios de la mala ley, sintieron por ello como un dardo en el corazón.

Este hecho extraordinario impresionó vivamente la imaginación de los contemporáneos, pues el mismo Plinio, mucho más tarde, escribe (*Historia Natural*) «que Zoroastro fue el único hombre que haya reído el día en que nació».

Por supuesto, las fuerzas del mal, representadas por los defensores de la antigua religión, trataron de desembarazarse del niño y seis veces intentaron hacerlo desaparecer, pero por seis veces fracasaron. En primer lugar, Durasrab, un noble dado a la magia, quiso apuñalar a Zaratustra:

Había en aquellos tiempos un rey llamado Durasrab; era el jefe de los magos y un hombre extraviado. Cuando hubo sabido la noticia del nacimiento de Zaratustra, su rostro se puso instantáneamente amarillo como la paja. Acto seguido, montó a caballo y se dirigió a la casa de Purishaspa. Acercándose al lecho del niño de pecho, vio, semejante a la joven primavera, una cara de la que emanaba la Gloria de Dios. Comprendió el misterio y, poniéndose lívido como la hiel, ordenó a uno de sus servidores que se apoderase de Zaratustra y que lo quitase de su presencia. Así se hizo, y aquel ser inmundo asió una reluciente espada a fin de cortar en dos a Zaratustra y librar a su propio corazón del temor y de la angustia, pero de pronto, por la voluntad del Señor de la vida, del Benévolo, su brazo se tornó seco y su cuerpo fue invadido de sufrimientos. Hubiérase dicho que luchaba contra la muerte. De mala gana, y aquejado de dolencia, Durasrab se alejó acto seguido del lecho de Zaratustra. ¡La vida de aquel que tiene a Dios por protector y amigo está asegurada contra todos los males!

Este hecho se ha de relacionar una vez más con la Historia Sagrada. En efecto, MARÍA tuvo que esconder a JESÚS para sustraerlo al degüello de los Inocentes ordenado por Herodes, que se había enterado por los magos del nacimiento del Niño-Dios.

Otra vez, los enemigos del bien trataron de suprimir al hijo de Dughdhova.

Presa de gran turbación, los hechiceros raptaron a Zaratustra a su padre. Después se fueron al desierto donde apilaron una montaña de leña que impregnaron de betún negro y de azufre amarillo. Después de encender una llama enorme, arrojaron en ella a Zaratustra. Pero, por orden del Dios victorioso, no le ocurrió ningún daño; las llamas ardientes se volvieron para él suaves como el agua y se quedó dormido en medio de ellas.

Esta aventura hace aparecer a Zoroastro como el fénix que renace de sus cenizas, ave victoriosa ligada a la epifanía del astro del día.

Los brujos tuvieron la idea de robar el bebé y hacerlo pisotear por una manada de vacas, dejando al niño en un recinto para ganado. Pero la estratagema falló porque el primer animal de la manada protegió al niño con sus flancos. «Hasta que todos se hubieron marchado, la vaca protectora no se movió de su sitio, y después, como el halcón que vuela hacia su nido, se reunió con la manada.»

La quinta tentativa fue idéntica, pero tuvo lugar con caballos. Tampoco dio resultado, lo cual significaba que el joven Zoroastro no podía ser afectado por las fuerzas de la tierra simbolizadas por la vaca fecunda, figura del elemento femenino, como tampoco por las fuerzas del aire, activas y masculinas, simbolizadas por el caballo, animal ligado al «carro del Sol». El hombre había venido para reconciliar a las dos fuerzas antagonistas, el logos creador y el universo creado (5).

En el último caso, el milagro tuvo por causa el hecho de que el espíritu de Dios y Scaocha el Obediente «trajeron una *oveja lanuda* con una ubre llena de leche a la caverna, y ella dio leche a Zaratustra en sorbos vivificantes, hasta la aurora». Si se añade que el niño, al nacer, fue puesto sobre una piel de *carnero*, este bestiario simbólico refuerza la tradición que hace del niño un ser marcado por Aries «a lo vellocino de oro».

Como a Buda, que predicó la «doctrina del despertar» en la India, le ocurrió a Zoroastro, de pequeño, el «mirar mucho tiempo hacia lo alto, luego hacia abajo y luego a su alrededor». Este hecho, que parece insignificante, reviste sin embargo un sentido oculto de la mayor importancia. Al volver su mirada hacia el Sur, el Norte, el Oeste y el Este, Zoroastro se propone tomar posesión de todas estas partes, en el plan espiritual. Este abarcamiento de los cuatro puntos cardinales forma gráficamente una cruz, símbolo del centro del mundo que no debe confundirse con la cruz cristiana, instrumento de suplicio del Salvador.

A la edad de la razón, Zoroastro fue confiado a un preceptor religioso que le dio el primer grado de iniciación, tal como se acostumbra, aún hoy, en la India, con el nombre de *Upanayana*. Zaratustra mostró muy

pronto disposiciones religiosas y fue encaminado hacia la casta de los sacerdotes. Cuando el padre entregó el niño para que lo educaran, el escogido como «maestro espiritual» declaró: «Confíame a Zaratustra, *este Sol del cielo*, a fin de que lo eduque con amor. Lo cuidaré como un hijo muy amado, como a las niñas de mis ojos, y lo preservaré de todo mal. Entrégame este digno hijo, que yo sea el custodio de esta alma preciosa.»

Hacia la edad de catorce años, la ciencia del adolescente era tal que un día confundió a los doctores de la ley, exactamente como los Evangelios refieren el hecho como ocurrido a Jesús, a pesar de haber sido escrito mucho más tarde.

Desde luego, aquellos sacerdotes practicaban ritos mágicos y se enorgullecían de su poder. Zaratustra confundió a los magos indicando que semejantes prácticas eran cosas del demonio: «¡El fin de los brujos es el infierno! ¡El resultado de sus obras, desgracia y miseria!»

A la edad de quince años, dice el poeta, el santo Zaratustra no se relajaba ni una hora del respeto y del temor de Dios. Noche y día permanecía prosternado ante el Autor de la creación. No atando su alma a las cosas de este mundo perecedero, se atormentaba el cuerpo y lo hacía en el ejercicio de su devoción. Hizo mucho bien en el mundo, tanto en público como en secreto. Si en alguna parte había un hombre privado de todo medio de subsistencia, Zaratustra lo hacía venir en secreto, lo llamaba a su lado, lo cuidaba y le daba muchas cosas. Si había alguien en la miseria, afectado por el sufrimiento y por la adversidad, Zaratustra le daba con qué vestirse y lo que necesitaba para vivir y le arreglaba sus asuntos. Para él, el mundo y las cosas de este mundo no tenían gran importancia. Día y noche no tenía otro cuidado que adorar al Dios creador. Y su buena gloria se extendió en el mundo para los grandes y para los humildes.

A partir de aquella época el joven tomó la costumbre de retirarse frecuentemente en la soledad de las montañas del Irán oriental. Allí, meditando en una gruta, Zoroastro recibió la visita de un sabio que le instruyó en las doctrinas y las ciencias secretas, y le hizo conocer los más altos grados de la iniciación, preparando su alma a la «gran revelación» que había de venir más tarde. El mismo nombre de Zaratustra, que significa «estrella de oro», o «splendor del Sol», ¿acaso no anunciaba el destino prodigioso del profeta de Irán, puesto bajo la protección del astro que preside las grandes iniciaciones?

El patriarca declaró al joven: «¡Serás el apóstol de Ahura-Mazda que es la aureola del Omnisciente, el Espíritu viviente del Universo!»

Entonces, no teniendo ya nada más que aprender, Zoroastro se retiró en la soledad, esperando la iluminación de Ahura-Mazda, el supremo logos. Viviendo en las cavernas montañosas, como un yogui de la India,



se alimentaba exclusivamente de raíces y de queso, practicando el ascetismo vegetariano que procura la iluminación. Las pruebas se sucedieron, enviadas por el espíritu del mal, Ahrimán. Después de la tentación de la mujer, hubo el asalto de los espejismos y de las alucinaciones demoníacas. Por último, después de haber triunfado de todas aquellas pruebas, Zoroastro recibió un día la iluminación de Ahura-Mazda. Ormuz, el Verbo solar, se le apareció en forma humana.

Vestido de belleza, de fuerza y de luz, fulguraba sobre un trono de fuego. Un toro y un león alados soportaban su trono por los lados y un águila gigantesca extendía sus alas bajo su base. A su alrededor resplandecían, en tres semicírculos, siete *kerubim* de alas de oro, siete *elohim* de alas de azur y siete *arcángeles* de alas purpúreas. De instante en instante, un relámpago partía de Ormuz y penetraba los tres mundos con su luz. Entonces los *kerubim*, los *elohim* y los *arcángeles* relucían como el mismo Ormuz con el brillo de la nieve para recobrar acto seguido su propio color. Anegados en la gloria de Ormuz, manifestaban la unidad de Dios. Y Zoroastro oyó una voz formidable, pero melodiosa y vasta como el Universo. Decía: «Soy Ahura-Mazda, el que te ha creado, el que te ha elegido. Ahora, escucha mi voz, oh Zaratustra, el mejor de los hombres. Mi voz te hablará día y noche y te dictará la palabra viviente.»

Entonces hubo una fulguración cegadora de Ormuz con tres círculos de *arcángeles*, de *elohim* y de *kerubim*. El grupo, vuelto colosal, ocupaba toda la anchura del abismo y tapaba las cimas erizadas del Albordj. Palideció mientras se alejaba e invadía el firmamento. Durante unos instantes, las constelaciones centellearon a través de las alas de los *kerubim*, y luego la visión se diluyó en la inmensidad. Pero el eco de la voz de Ahura-Mazda retumbaba aún en la montaña como un trueno lejano y se apagó con el estremecimiento de un escudo de bronce (6).

En el transcurso de diez años consecutivos, como Moisés en la montaña, Zoroastro recibió la ciencia de Ahura-Mazda que le enseñó las verdades de la buena religión.

Tan sólo entonces el profeta descendió de las montañas hacia las llanuras para enseñar su doctrina, en oposición con las creencias de su tiempo. El misionero tenía ahora su biblia, libro de la sabiduría celeste, llamado más tarde el *Avesta*.

Al principio, Zaratustra fue mal acogido y hasta echado a pedradas. Los sacerdotes del culto oficial, los *karpanes*, veían con malos ojos a aquel reformador, que predicaba la vida sencilla y despojada, en comunión con la naturaleza luminosa, a los pobres y a los reyes. Obligado a huir a regiones cada vez más lejanas, Zoroastro ganó el Seistán, región situada en los confines del Afganistán, donde intentó vanamente ganar a su fe a un príncipe llamado Parshat. ¿Por qué el nuevo «evange-

lio» del sabio persa suscitó la incompreensión o el odio de sus contemporáneos?

Es fácil contestar a este problema. Buda, Jesús y todos los grandes reformadores religiosos chocaron, al principio de sus predicaciones, con la hostilidad del clero de su tiempo, aferrado a sus privilegios y preocupados en conservar su influjo sobre las multitudes sometidas. Pero, como la claridad del Sol rasgando las nubes, el mensaje de Zaratustra había de triunfar de sus enemigos.

La enseñanza del sabio era sencilla y genial a la vez. Zoroastro proscribía los sacrificios sangrientos de animales como indignos del pueblo ario. Un Dios único, representado por la luz solar de Ahura-Mazda, no podía aceptar holocaustos en su favor. Se acabó el panteón innumerable de los antiguos dioses y se acabaron los *daevas* múltiples a los cuales se dirigían las quejas y las súplicas. Relegados al rango de las entidades demoníacas, se habían despojado de todo su poder protector y únicamente Ormuz, el Dios bueno, merecía las oraciones de los fieles. Las divinidades malas, sedientas de sangre, desaparecían en el infierno del mal, representado por Ahrimán, el príncipe malo que luchaba contra el bien en este mundo.

No obstante, Zoroastro no repudiaba el marco general de la religión antigua. Podían conservarse los antiguos ritos, a condición de que se dirigiesen a un solo dios, Ahura-Mazda, cuya grandeza era simbolizada por el culto del FUEGO, expresión de la «santidad radiante» del Señor sabio. Así como el fuego cósmico renueva el Universo en este crisol gigantesco que es nuestra galaxia, también el fuego espiritual de la religión nueva debía cuidar de la purificación de las antiguas creencias: *igne natura renovatur integra*, el lema de los alquimistas, no es nuevo, tan verdad es que el simbolismo es el arca sagrada del conocimiento tradicional.

En la doctrina zoroastriana, la lucha entre el Bien y el Mal, que desembocará más tarde en el maniqueísmo y en el catarismo, es representativa de una concepción dinámica del mundo, de acuerdo con los datos de la ciencia moderna que enseña la ronda incesante de los átomos en el seno de la materia, calificada antaño de «inanimada e inerte». La acción del Universo trae consigo la existencia de un polo positivo, pero hay también un polo negativo, que es su réplica, en este espejo gigantesco que es el Cosmos. Quien se fía de la imagen invertida, espejismo engañoso, cede a las fuerzas del mal y se convierte en mago, absorbido por el torbellino de la ilusión kármica. En pocas palabras, Zaratustra explicaba al pueblo esta dualidad del Bien y del Mal e instaba a sus oyentes a escoger entre uno y otro. Se comprende que algunos se quedasen bastante perplejos delante de esta elección, cuando no habían optado ya por la «magia negra», plaga de todos los tiempos.

A pesar de ello, no debe creerse que esta doctrina rechazase la vida

y el mundo. Muy al contrario, Zoroastro hacía hincapié en la belleza de la existencia, al servicio de Dios, exaltaba todo cuanto, en la Naturaleza, recordase el triunfo de la luz sobre las tinieblas: el Sol en primer lugar, fuente de todo gozo y de toda vida; la Creación luego, que exalta la gloria de Ormuz, como más tarde san Francisco de Asís, el santo continuador de los trovadores, Zoroastro se apoyaba en los recién nacidos, las flores, las plantas, y profesaba una ternura particular a los animales domésticos, salvaguardia del hogar: «Es el deber del fiel velar por todo ser fecundado, tenga dos pies o cuatro patas, por toda mujer o toda hembra encinta» (*Vendidad*) y también esto: «El que mate a un perro, mata su alma por nueve generaciones» (*Vendidad*). La creencia en la reencarnación de las almas después de la muerte, tradicional en los antiguos (la encontramos en el budismo, en los pitagóricos, y hasta en el catarismo y la Rosa-Cruz), era respetada como una verdad eterna.

En los ritos preconizados por el reformador iranio encontramos el simbolismo inherente a la lucha de Ahura-Mazda, potencia luminosa, contra Ahrimán, potencia de las tinieblas. Mitra, el dios-Sol, lejos de ser expulsado, fue adorado a la vez como fuego celeste y alabado en la mayor parte de los himnos sagrados. Haoma, el toro cuya sangre generosa penetraba en la planta que daba el *Soma*, brebaje sagrado, sobrevivió a través del rito del cáliz, antepasado remoto del mito del Grial. Fue además prescrito el orar hacia Oriente contemplando el esplendor del astro del día, y el arco iris, ese símbolo hiperbóreo, era visto igual que en el *Génesis*, como «un signo dado desde lo alto por los seres espirituales a los seres terrestres». La costumbre de conservar un fuego perpetuo en el hogar se convirtió en obligación para los zoroastrianos fieles en una religión que glorificaba a la familia planetaria y a la familia terrestre.

En cuanto al mensaje moral de Zoroastro, es asequible a todos. Los buenos serán recompensados y los malos castigados. La familia es glorificada como base de las instituciones sociales, y el país de los arios: *Airvana Vaejo*, es considerado como el más bello de todos los países, obra de Ahura-Mazda, cuyos hijos son los iraníes. El entierro es considerado como una abominación, pues la carne se corrompe y debe ser consumida en el fuego purificador.

Por último, el deber del hombre consiste en ser piadoso, en fundar un hogar y en honrar a su Señor.

Esta teología se expresa en himnos, los *Gatas*, recogidos de boca de Zoroastro, pero escritos posteriormente.

Los nueve (cifra sagrada) atributos de Dios son:

- Los dos *Manus*: confieren «la iniciación»;
- *Rta*: orden y justicia (que corresponde a la soberanía divina);
- *Manas*: «pensamiento» (corresponde a soberanía humana);

- *Kshatra*: el imperio;
- *Sarvatat*: la integridad;
- *Amrta*: la inmortalidad;
- *Aramati*: la devoción;
- *Agni*: el fuego.

Estas nociones reflejan la concepción jerarquizada del orden divino según Zoroastro. Nobleza, honor, conducta recta y leal, son signos distintivos de la «doctrina».

Dios no puede ser representado con imágenes, salvo el disco solar. Y el profeta comienza con estas palabras:

*Quiero adoraros alabándoos, ¡oh Señor sabio!,  
al mismo tiempo que la justicia, el mejor pensamiento y el imperio  
que son deseados por los ardientes.  
Los actos que haré y los que he hecho antes  
y lo que, por el buen pensamiento es precioso para los ojos:  
La luz del Sol, el amanecer resplandeciente de los días,  
todo esto os alaba con justicia, ¡oh Señor sabio!*

La justicia, el imperio y el buen pensamiento forman la tríada sagrada en la que se apoya Ahura-Mazda y sus tres atributos principales. Una estrofa recuerda a los iniciados que tienen un papel particular que desempeñar, intermediarios entre Dios y los otros hombres:

*Para el iniciado, la mejor de las doctrinas  
es la que enseña, en tanto que justicia,  
el benéfico señor santo que tú eres,  
Tú que también sabes, ¡oh, Sabio!  
por la fuerza del buen pensamiento, las doctrinas secretas.*

Zoroastro, en efecto, no podía ni quería revelar a las masas que enseñaba la totalidad del mensaje que había recibido y que no habría sido comprendido si lo hubiera hecho. Su «doctrina secreta» fue transmitida a los «hierofantes» y a los guardianes de los misterios, escogidos entre los fieles más dignos. Igual sucedía en Egipto cuando Akenatón lanzó la gran reforma de Atón.

A todo lo largo de ese poema que se desarrolla como un río majestuoso, el autor de los *Gatas* exalta la obra divina y en particular el FUEGO, que es la emanación directa de la energía del logos:

*Tu fuego, Señor, deseamos que, por la justicia,  
muy rápido, agresivo, sea para quien lo exalte.  
Un asilo resplandeciente, pero que sea para el enemigo, ¡oh, Sabio!,  
según los poderes de tu mano, ¡la iluminación de sus faltas!*



En cuanto a la brujería, a los sacrificios y a la magia negra, Zoroastro manifiesta su cólera y su reprobación:

*¿Los falsos dioses han sido, pues, buenos maestros?  
Lo pregunto a quienes, en culto a aquéllos,  
contemplan al sacrificador y al usig entregar el buey al furor  
Y al príncipe-brujo hacerlo gemir en su alma,  
y que no riegan de fiemo el prado para hacerlo prosperar por la justicia.*

Antes de reanudar su andadura infatigable hacia comarcas que esta vez le depararán una acogida favorable, el profeta fue, no obstante, asaltado por el desaliento y lo expresa en este poema:

*¿Hacia qué país huir? ¿Adónde huir, dónde ir?  
Me separan de mi familia y de mi tribu.  
Ni la aldea ni los jefes malvados del país me son favorables.  
¿Cómo puedo, Señor, asegurarme tu favor?*

Tomando su bastón de peregrino, a pie, caminando en medio del frío y de las borrascas, Zoroastro, vestido con una túnica de lana blanca, indumento de los iniciados, sus largos cabellos flotándole en los hombros, gana, a través de caminos escarpados, las regiones montañosas de su Bactriana natal donde por fin sus esfuerzos hallarán recompensa.

### La conversión de Persia a la religión del fuego

En la ciudad de Bactras (Balj) reinaba el noble príncipe Vishtapa, quinto soberano de la dinastía de los Kayánidas. El destino de Zaratus-tra iba a jugarse allí y allí se iba a decidir su suerte:

Ahora bien, el santo Zaratustra, el puro, se puso en camino para Balj, con el propósito de instalarse en la Corte del rey Vishtapa. Llegó a ella en una época afortunada, descansó algún tiempo en el palacio real y después de haber invocado con fervor el nombre de Dios, trató de acercarse al rey. Altivamente, entró en la sala de audiencia y fijó su mirada en el rey, en la diadema y en el trono. Vio en primer lugar a los jefes del reino alineados en dos filas, de pie y con los flancos ceñidos, a los grandes del país del Irán y a los de todas las otras regiones, jefes o príncipes. Hubiérase dicho que Venus, el Sol y la Luna llenaban el palacio con su luz. Ante ellos, vio, sentados en dos filas, llenos de dignidad y de nobleza, a los doctores y luego, alrededor del trono del rey Vishtapa dos filas más de cortesanos. Se distinguía la valía en cada uno de ellos y si poseía mucha o poca ciencia, y disputaban unos con otros delante del triunfal rey de reyes; el más sabio de ellos estaba más cerca del rey, y el rey de reyes, con la frente ceñida con la corona de turquesas, estaba sentado en el trono de marfil.

Al penetrar en aquella asamblea que le era hostil, Zoroastro sabía que tendría que luchar con los sacerdotes y los teólogos más elocuentes del reino que tratarían de confundirle ante el soberano. Pero el profeta era también un sabio muy grande y, en el curso de sus iniciaciones, había aprendido muchos secretos que ignoraban los hombres de su tiempo. El monarca bactriano hizo, pues, acercar a Zaratustra:

El rey de reyes, tras haber llamado a Zaratustra, le hizo sentar a su lado y le dirigió varias preguntas sobre las tradiciones y las ciencias antiguas. Zaratustra dio la debida respuesta sobre todo y contentó grandemente el corazón del rey, y el monarca le dio una fortaleza, cerca de su residencia. Todos los sabios, con el corazón oprimido y turbados ante el rey de reyes, se fueron, contando con volver la mañana siguiente, a fin de reanudar la discusión con el hombre de la ley y cubrirlo de oprobio delante del rey. No comprendían que era Dios quien hacía su gloria resplandeciente.

Zaratustra volvió varias veces a la Corte y, ridiculizando a los *karpans*, convirtió al rey a la nueva fe:

Como de todos los sabios no quedaba ninguno que se atreviera a decir palabra delante de Zaratustra, éste, lleno de grandeza y de dignidad, situándose por encima de todos, habló a Vishtapa:

¡Oh, Señor del mundo! Soy el profeta que Dios ha enviado a ti, Dios por cuya voluntad los siete cielos y la Tierra aparecieron, y que creó los astros tal como son ante los que los contemplan; Dios que dio la vida y que distribuye el pan cotidiano, sin reprochar este beneficio a esas criaturas; Dios que, sin que tú te des cuenta, te ha conferido la realeza, el trono y la corona; que, de la nada, te ha llamado a la existencia, y por orden del cual te ha correspondido reinar sobre todos los hombres.

La conversión del rey trajo consigo la de su pueblo. En lo sucesivo, Zoroastro contaba con un territorio suficientemente grande para que la religión reformada del Sol se desparramase, como mancha de aceite, por todo el Irán. La ambición suprema del profeta era ver la patria entera de la raza aria, desde las estribaciones del Cáucaso hasta el macizo del Hindu Kush, abrazar el monoteísmo. Unificado en aquel molde de bronce —la creencia en un dios único— que formaba un pueblo único y un imperio único, dominado sólo por un rey, el antiguo pueblo del Irán podría entonces, reflejo luminoso de la creación divina, ganar el mundo entero a la nueva verdad. Esta unión del poder civil y religioso en manos de un soberano ilustrado, rodeado por un consejo de sabios y de prudentes, igual que el Sol en el cielo rodeado por los planetas, fortalecería la «religión de los arios» y aportaría la felicidad a su pueblo.

Pero, por el momento, Zoroastro debía enfrentarse con problemas

más inmediatos que la organización del planeta, y aquel sueño de unidad humana, siempre repetido en la Historia, desde Akenatón, distaba aún de realizarse.

Como privilegio de su función de profeta, Zaratustra recibió primeramente el derecho de predicar la «buena ley» en todo el reino.

Luego, Vishtapa se comprometió a convertir, en caso de necesidad con la «guerra santa», a los reyes de los alrededores.

Por último, el rey proclamó la nueva fe religión oficial en sus Estados.

Si reflexionamos en la segunda promesa del rey, percibimos más claramente los propósitos del hijo espiritual de Ahura-Mazda: voluntad de cimentar, por la fuerza de ser necesario, la unión de las tribus numerosas de Persia, y, más allá, voluntad de crear un Estado fuerte, baluarte inexpugnable de la «ley». Por lo que Zoroastro no se muestra solamente como un reformador religioso, inspirado por el espíritu, sino como un hombre de acción y hasta un conquistador que abre la vía a los futuros emperadores aqueménidas y hasta semejante, en ciertos aspectos, a un Alejandro Magno y, más próximo a nosotros, a un Federico II: Sería erróneo ver en el homenaje rendido al Sol por todos estos hombres, trátase de Juliano o de Napoleón, únicamente el signo de una confianza ciega en su destino; el brillo del astro del día, y, más allá, las fulguraciones del Sol negro, resplandecían para todos los pueblos y alentaban una mística colectiva del devenir susceptible de forjar una Humanidad nueva a imagen de los imperios difuntos del Hiperbóreo y de la Atlántida.

Ello es tan cierto en lo que se refiere a Zaratustra, que la leyenda, que siempre contiene una profunda verdad, reporta sobre el rey Vishtapa una parte de los favores otorgados a Zaratustra, signo de unión sagrada del sacerdocio y del imperio.

El soberano, efectivamente, pidió a Zoroastro cuatro cosas: «La primera —dijo— es que mi alma esté informada acerca del sitio que ocuparé en el otro mundo; la segunda, que mi cuerpo se torne tal que no cuide del ataque de los enemigos, que ningún arma tenga presa en él en el tumulto de los combates, pues, *para propagar la ley, tendré que hacer todavía muchas guerras*. En tercer lugar, es menester que sepa lo que va a ocurrir en este mundo, bueno o malo, manifiesto u oculto, que sepa todos los acontecimientos futuros y el porvenir del mundo, exactamente. El cuarto deseo, es que, hasta la resurrección, mi alma no huya de mi cuerpo.»

Zaratustra aceptó, pues de lo contrario hubiera hecho de Vishtapa el igual de Dios, realizar sólo uno de los ruegos. El rey escogió el primero. De los cuatro deseos, Vishtapa había elegido el más noble, lo que era digno de un verdadero mazdeísta.

Zoroastro satisfizo el anhelo del rey y éste tuvo después dos visiones extáticas. En la primera, fue puesto en presencia de dos arcángeles:

el Espíritu Santo, la Orden sagrada que acompañaba al Sol invisible y el «Fuego del Señor». Otra vez, el rey se vio arrebatado al cielo, en el curso de la celebración de un sacrificio. Después de haber bebido el vino ofrecido por Zaratustra, el rey cayó en éxtasis.

En lo sucesivo, la religión mazdeísta iba a ganar todo el Irán y hasta la Media. Los magos, al principio encarnizados en perder al profeta, se adhirieron a la «religión de luz» y los altares del fuego, dedicados a la gloria solar del logos, se alzaron como otras tantas antorchas vivientes del Espíritu, reflejos terrestres de las luces del Cosmos.

Ahrimán, el dios del Mal, no estaba desarmado sin embargo y permanecía agazapado en el reino tenebroso del caos y de la oscuridad. Los enemigos del Irán custodiaban las fronteras, y los turanios de ojos oblicuos, antepasados de los turcos y de los tártaros, hechiceros e idólatras, codiciaban las ricas tierras de los arios.

Zoroastro sabía que toda obra humana se perezca, y su meta secreta, por encima de las conquistas temporales y espirituales, era preparar los tiempos futuros. Ormuz, su dios, le había predicho en el curso de su iluminación que el ciclo presente de la Humanidad se aproximaba a su término. Pronto finalizaría la Edad de Hierro, la edad oscura, y de aquella alquimia planetaria nacería la renovación del mundo. Preparar los tiempos futuros, formar una selección inquebrantable, una roca en medio de la tempestad, tal era la misión de Zoroastro y del pueblo iranio que le obedecía.

Ante las nubes preñadas de amenazas que se acumulaban en el cielo del Irán, Zaratustra sentía que el Señor no tardaría en llamarle a sí. Los turanios, cada vez más amenazadores, invadieron el reino de Vishtapa y, penetrando en la ciudad de Bactras en el momento en que Zoroastro oficiaba personalmente ante el fuego sagrado, le traspasaron la espalda con una espada.

Era el año 533 y Zaratustra tenía sesenta y siete años.

## Persia después de Zoroastro. El Imperio del disco solar

Después de la muerte del profeta, aureolado con la palma del martirio, los magos, convertidos al mazdeísmo, adquirieron una importancia cada vez mayor entre los soberanos medos y cuando el gran conquistador persa Ciro, unificando al Irán, puso fin a la dinastía de los antiguos reyes e instauró el Imperio aqueménida, apeló al clero de Zoroastro como a la fuerza espiritual existente.

Tras la conquista por Ciro II (en 539 a. de J.C.) de las provincias de Palestina y de Babilonia en el Oeste, el monoteísmo de los adeptos de Zoroastro se extiende por toda el Asia anterior.

El edicto de Darío I había proclamado ya el zoroastrismo religión



del Estado en el Imperio aqueménida, y esta profesión de fe se parece a la revolución amarniana de Akenatón barriendo el antiguo culto de Amón. En los palacios y en los templos grandiosos construidos por Ciro, Cambises y Jerjes, el disco alado del Sol proclama, como un motivo central obsesionante, el triunfo de la «religión de la luz» y la gloria del Imperio ario. El calendario zoroastriano, que funda el cálculo de los días en la epifanía solar y que rechaza así el antiguo cómputo lunar, es adoptado por Jerjes y el fuego sagrado acompaña ya en todas partes a los reyes persas en sus expediciones guerreras mientras que los magos astrólogos, antes de la batalla, entonan el himno sagrado a Ormuz.

Una inscripción antigua nos recuerda la fe mazdeísta del gran rey Jerjes:

Quando fue rey, unos disturbios agitaban a ese país que acabo de enumerar. Entonces Ahura-Mazda me prestó ayuda. Según la voluntad de Ahura-Mazda, vencí a estos países y los repuse en su sitio. Y en estos países había un lugar donde antes los DAIVA (7) eran adorados. Entonces destruí, por la voluntad de Ahura-Mazda, aquel santuario de *daiva* y ordené: «Que los *daiva* no sean adorados.» Allí donde antes los *daiva* eran adorados, adoré a Ahura-Mazda.

Cuando, casi trescientos años más tarde, Alejandro Magno, penetra en el corazón del Imperio del Sol, se interrogará sobre la significación de estos altares del fuego elevados en el desierto, los magos le responderán revelándole el mensaje luminoso de Zoroastro y el macedonio se maravillará al constatar la similitud existente entre los grandes dioses solares Amón-Ra, Zeus y Ahura-Mazda, pues, en el origen, tal como estaba dicho, existía solamente «la luz de la Luz, semejante a una antorcha encerrada en un cristal» y de aquella fuente primordial emanaron otras entidades luminosas, arcángeles o eones que crearon, a su vez, las miríadas de estrellas centelleantes que forman el Zodíaco y el Sol al cual debemos la vida. Frente a las «grandes luces», en la imagen invertida del Cosmos reinaban los «receptáculos tenebrosos», las fuerzas negativas del polo inferior.

Alejandro podía pensar en Homero, hermano helénico de Zoroastro, pues ambos dieron a su pueblo una «tradición de oro». Así, la mística de los nombres, presente en la *Iliada* y la *Odisea*, alcanza en la «perfección una» desarrollada por Pitágoras, la esencia del logos solar. Orfeo, el divino músico, que vivió como un Cristo en el país natal de Alejandro, ha inspirado con sus acordes líricos el arpa del poeta ciego. En la cercana India, Buda es un contemporáneo segundón de Zaratustra y, en China, Confucio predica su admirable filosofía. En cuanto a los *Gatas*, esos poemas sagrados, las primeras estrofas comienzan con estas palabras: «Te lo suplico, respóndeme en verdad,

joh, Señor!» Y encontramos la misma fórmula en el poema nórdico del *Edda*, transposición remota del «mito primordial» grato a la tradición «indoeuropea» y —añadiremos nosotros— atlante.

El gran conquistador empuña de nuevo la «antorcha de la iniciación» cuando los reyes persas han fracasado, con toda evidencia, en su misión imperial de COSMOCRATOR. Después, la cadena permanece intacta con los Tolomeos de Egipto, que consagran la misión de Roma antes de que la púrpura solar se abisma por un tiempo en la noche de la «Edad oscura».

Sin embargo, habrá sido menester la invasión árabe del siglo VII para que se vea el derrumbamiento del último Imperio persa sasánida y desaparezca la religión mazdeísta en Oriente.

La religión de Ormuz había cumplido, sin embargo, su misión extendiéndose como el fuego de una antorcha en el mundo antiguo. ¡Cuál no sería el éxito de Mitra, dios iranio, viviente encarnación del «Sol vencedor de la noche», entre las legiones romanas, hasta el punto de que el emperador Juliano hará de Helios-rey el dios oficial de Roma, resucitando el mazdeísmo en Occidente, con este tauróbolo o sacrificio de la «sangre pura» que no es otro que la religión de la Atlántida, cuna presunta de nuestras civilizaciones!

Cuando Alejandro, en un gesto de inspiración genial, se proclama rey de Asia, soberano de Oriente y de Occidente cubriéndose con la tiara de Darío, se convierte por este hecho en protector de la «religión del fuego», tan verdad es que a través de todo un linaje de destinos se manifiesta el brillo de una estrella que jamás palidece: el Sol.

Todavía hoy, el mazdeísmo primitivo no ha desaparecido completamente (8) y sigue viviendo, disminuido, pero tenaz, en el seno de las pequeñas comunidades religiosas desperdigadas en el Irán y en la India, principalmente alrededor de Bombay, donde puede verse todavía arder la llama sagrada, fascinante en su pila de cobre, en el corazón de los templos parsis. Siguen leyéndose, en los santuarios, los *Gatas* o textos sagrados recogidos por «Spitama» que evocan las divinas palabras del maestro:

*Aquel que, el primero, por el pensamiento, llenó de luz los espacios*  
[bienaventurados,  
*es quien, por su fuerza mental, ha creado la justicia...*

## NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. PIERRE LOTI, *Hacia Ispahán*.
2. La dificultad en cuanto a la fijación de la fecha de la venida de este gran instructor de la Humanidad proviene del hecho de que la tradición sabe

de TRES Zoroastros diferentes que vivieron, según esta hipótesis, en una época distinta. El personaje que evocamos aquí sería el último de dicho linaje espiritual. En una obra precedente, *Hitler y la tradición cátara* (Lafont, 1971), hemos referido la vida legendaria del primer Zaratustra cuyo nacimiento se sitúa hacia 4500 antes de nuestra era. Sabemos muy poco del segundo Zoroastro, que habría aparecido en el Irán hacia 1500 a. de J.C., y únicamente conocemos su existencia por los griegos. Annie Besant, uno de los jefes de la Sociedad teosófica entre 1914 y 1930, evoca esta trilogía en su obra *L'Homme, d'où il vient, où il va* (Ediciones Aryar, París, 1917).

3. GOBINEAU, *Trois ans en Asie*, Plon, París.

4. Esta confusión es debida al hecho de que hubo tres Zoroastros, el primero considerado como mito.

5. Esta leyenda no es más que la transposición de los siete grados de un ritual iniciático.

6. ÉDOUARD SCHURÉ, *L'Évolution divine*, páginas 199 y 200.

7. *Daiva* o *devas*. Antiguos dioses de la mitología irania.

8. Perseguido por el islam, el mazdeísmo disminuyó poco a poco, hasta refugiarse en las regiones montañosas donde subsiste a duras penas. Antes que abjurar su ley, la mayor parte de mazdeístas emigró a la India donde el poder se mostraba tolerante

### CAPÍTULO III

#### ALEJANDRO MAGNO O EL «HIJO DE AMÓN»

##### Introducción

¡Alejandro! Este nombre, todavía hoy, resuena en nuestros oídos como el símbolo eterno de la juventud y de la victoria, y, en efecto, el destino de un hombre tal es tan excepcional que parece surgir directamente de la leyenda y no de la Historia. Los mismos contemporáneos de Alejandro se maravillaron tanto que, para distinguirlo de todos los demás personajes que habían llevado este nombre, le llamaron MAGNO y este espléndido epíteto, mejor que todos los elogios, corona la frente del prestigioso héroe que, igual que Jasón, partió a la conquista del maravilloso VELLOCIÑO DE ORO.

Y, sin embargo, este semidiós, este ser que diríase bajado del Olimpo, inmortalizado por la estatuaría antigua en el resplandor de sus veinte años, tan hermoso que más bien parece la figuración de algún Apolo hiperbóreo que un simple mortal, pertenece a la Historia. Los hombres que se acercaron a él y lo conocieron, y las descripciones que nos han dejado resucitan para nosotros al joven rey de Macedonia, lo cual no es el menor prodigio. A través de una sucesión ininterrumpida de victorias fulminantes, el hijo de Zeus logró, en los albores de su trigésimo aniversario, a orillas del Hidaspes, tener a su alcance el Imperio del mundo. Un supremo esfuerzo, y sin duda la India milenaria abriría sus puertas al hijo del Sol revelándole las fuentes de la luz. El abismo de la muerte se tragó aquel sueño desmesurado. Fulminado por la enfermedad, apenas cumplidos los treinta y tres años, cifra fatídica, Alejandro se llevó el secreto de su genio al mausoleo de cristal y de oro que acogió su cadáver en Egipto.

No es releyendo a los historiadores modernos del gran capitán, obstinados en hallar, en el desarrollo de la política y el torbellino de las batallas, la clave de un destino incommunicable, como podremos respon-



der a la última interrogación: ¿QUIÉN FUE VERDADERAMENTE ALEJANDRO?

La respuesta a esta pregunta única que las contiene todas, no puede ser encontrada en un horizonte racional. Librémonos un instante de las imágenes preconcebidas y de los clisés convencionales que nos trazan el retrato tranquilizador de un Alejandro teatral cuajado en el cartón insípido de un tapiz de los Gobelinos. Los hechos, por importantes que sean, no son el espejo de la verdad. Por encima de los acontecimientos políticos, de las conquistas militares y de todos los hechos, grandes o pequeños, que llueven sobre nosotros como un granizo de tormenta, hemos de poner al descubierto la mágica esencia de la divinidad que se presenta ante nuestros ojos como la luz rasgando las tinieblas.

Alejandro fue un gran espíritu *místico*, profundamente penetrado del sentimiento de su origen suprahumano y de las consecuencias que se desprendían de una creencia semejante. Hijo espiritual de Amón-Ra, el dios supremo que sostenía en sus manos los atributos cósmicos del FUEGO CREADOR, el RAYO y el SOL, el más grande héroe de la Antigüedad se inscribe efectivamente en ese linaje de criaturas divinas engendradas por la voluntad del logos.

Y si, como vamos a verlo, el destino de Alejandro fue el de un meteoro, ¿podía haber sido de otro modo?

### La tumba de Alejandro

«¿Dónde se encuentra, decidme, la tumba de Alejandro?», preguntaba ya, a finales del siglo IV de nuestra era, san Juan Crisóstomo, y hoy muchos turistas que visitan Alejandría hacen ingenuamente esta pregunta, como si la presencia del cuerpo del gran conquistador en esa «megalópolis» fuese natural.

No obstante, los restos mortales de Alejandro fueron efectivamente enterrados en esa ciudad de Egipto, pronto hará veintitrés siglos. Al morir, Alejandro Magno se llevó consigo el SECRETO DE SU PRODIGIOSO DESTINO y la llave del misterio quizá quedó enterrada en su tumba. Pero antes de llegar a ello, sin duda es menester explicar por qué camino el cuerpo del héroe pasó de las orillas del Éufrates a las márgenes del Nilo. La idea de ser enterrado en Egipto, ¿venía del propio Alejandro, deseoso de encontrar para la eternidad la tierra sagrada de su dios tutelar, Amón-Ra, el Sol viviente? El historiador griego Luciano le atribuye estas palabras en respuesta a una pregunta de Diógenes: «Va para tres días que permanezco en Babilonia, pero Tolomeo ha prometido hacerme llevar a Egipto para ser sepultado allí y puesto en el rango de los dioses.» Verdaderas o falsas, estas palabras corres-

ponden en cualquier caso a los sentimientos profundos del joven rey, muerto en su trigésimo tercer año. Su visita al oráculo de Amón, que le había prometido el Imperio del Universo, le había marcado demasiado para que no anhelase descansar en la tierra de los faraones. Varias veces ya, en el curso de su vida, había confiado a sus allegados el deseo de ser inhumado, si no en la misma Alejandría, ciudad que él había fundado, al menos en el santuario que le recordaba su fulmínea ascensión, en el corazón del oasis libio rodeado por todos lados por las luces del dios-Sol.

A pesar de esta voluntad bien determinada, la disputa fue grande en el campo de los herederos para saber quién, de los macedonios, los sirios o los egipcios tendría el cuerpo de Alejandro. Los primeros lo reclamaban con insistencia, como por derecho propio, puesto que se trataba de su rey. Querían, pues, depositarlo en su capital de Aegae, en Macedonia. Finalmente, Tolomeo, uno de los generales de Alejandro que se había apoderado de Egipto, robó el cadáver y lo hizo transportar a Alejandría, después de haberlo embalsamado, en medio de una pompa grandiosa que nos ha descrito muy fielmente el escritor de la antigüedad Diodoro de Sicilia:

Aquel año (1), Arrideo, encargado de transportar el cuerpo de Alejandro, había hecho construir el carro que había de servir para dicho traslado, y había rematado los preparativos de aquella solemnidad, digna de la gloria de Alejandro. Se distinguía de todas las solemnidades del género, tanto por los enormes dispendios que ocasionó como por la magnificencia que fue desplegada en ella. Creemos, pues, conveniente entrar aquí en algunos detalles. Antes que nada se construyó un primer féretro, cubierto de oro laminado y lleno de plantas aromáticas, tanto para procurar un buen olor como para conservar el cadáver. Aquel féretro estaba cerrado con una tapa de oro, que se adaptaba perfectamente a la parte superior de la superficie. Sobre aquella tapa había un bello tejido de oro y de púrpura, sobre el cual estaban puestas las armas del difunto, a fin de que éste no careciese de nada de lo que puede impresionar la imaginación en unas circunstancias parecidas. Después de esto, se ocuparon de la construcción del carro que había de transportar el cuerpo: la cima representaba una bóveda de oro, adornada con mosaicos dispuestos en escamas, de ocho codos de largo. Debajo de la bóveda estaba situado un trono de oro que ocupaba el espacio de toda la obra; era de forma cuadrada, adornada con hocicos de cabras monteses (2), a los cuales estaban sujetas unas grapas de oro de dos palmos de espesor. De estas grapas colgaba una guirnalda fúnebre cuyos colores brillantes imitaban flores naturales. En lo alto estaba atada una red que contenía unas grandes campanas que con su ruido anunciaban a distancia la proximidad del convoy. En cada esquina de la bóveda se elevaba una victoria de oro que portaba trofeos. Toda la bóveda con sus dependencias descansaba sobre unas

columnas de capiteles jónicos. En el peristilo se veía una red de oro cuyos hilos, del grosor de un dedo, portaban cuatro cuadros de la misma altura que el peristilo y paralelos a las columnas.

El primero de estos cuadros representaba un carro adornado con cinceladuras sobre el cual estaba sentado Alejandro empuñando un cetro bellísimo. Alrededor del rey estaba colocada en armas su casa militar, compuesta por macedonios y persas melóforos, precedidos por los escuderos. El segundo cuadro representaba, como séquito de la casa militar, unos elefantes equipados para la guerra, montados delante por conductores indios y detrás por macedonios revestidos de sus armas ordinarias. En el tercer cuadro, figuraban unos escuadrones de caballería haciendo evoluciones y maniobras militares. Por último, el cuarto cuadro representaba naves de guerra, dispuestas para un combate naval. En el borde de la bóveda se veían unos leones de oro fijando sus miradas en los que se acercaban al carro. En los intersticios de las columnas se veían acantos de oro cuyo dorso se elevaba casi hasta los capiteles de las columnas. Sobre el dorso de la bóveda se extendía un tapiz de púrpura en la que descansaba una inmensa corona de olivo de oro. Los rayos del sol que daban sobre aquella corona producían a lo lejos, con su reflejo, el efecto de deslumbrantes relámpagos. Todo el tren descansaba sobre dos ejes alrededor de los cuales giraban cuatro ruedas pérsicas cuyos cubos y radios eran dorados y cuyas llantas estaban guarnecidas de hierro. Los extremos de los ejes eran de oro y portaban fauces de león que sostenían con los dientes hierros de lanza. En medio del fondo del carro, a un lado, y en medio de la bóveda, en el otro, estaba fijado en toda la altura del monumento giratorio para proteger la bóveda de las sacudidas que hubiera podido imprimirle el carro rodando sobre un terreno desigual y escabroso. Cuatro lanzas estaban fijadas al carro, y en cada lanza un tren de cuatro yugos, compuesto de cuatro mulos, escogidos entre los más vigorosos y más esbeltos. Cada uno de aquellos animales llevaba en la cabeza una corona de oro y de sus mandíbulas colgaban dos campanillas de oro, y el cuello se adornaba con collares de piedras preciosas.

Tal era el atavío de aquel carro, más hermoso de ver que lo que puede hacerse comprender por una simple descripción. Grande era el número de espectadores atraídos por la magnificencia de aquel convoy fúnebre.

El gentío acudía de todas partes a las ciudades por las cuales debía pasar, y no podía saciarse de admirarlo. Y aquel gentío, confundiendo con los viajeros, los artistas y los soldados que seguían al cortejo, aumentaba aún la pompa de los espléndidos funerales. Arrideo, que había empleado casi dos años en los trabajos de aquellas exequias, se puso, pues, en marcha para transportar, de Babilonia a Egipto, los restos mortales del rey. Tolomeo, para rendir los honores a Alejandro, fue con su Ejército al encuentro del convoy hasta Siria. Recibió al cuerpo con las mayores muestras de respeto. Juzgó muy conveniente transportarlo por el momento, no al templo de Júpiter-Amón, sino a la ciudad fundada por Alejandro,

que casi se había vuelto ya la más célebre del mundo. Hizo construir allí un templo que, por su grandiosidad y su belleza, era digno de la gloria de Alejandro y celebró en él un servicio fúnebre con sacrificios heroicos y solemnidades de concurso. Tolomeo fue recompensado por los hombres y por los dioses por haber honrado así la memoria de Alejandro. La generosidad y la grandeza de alma de Tolomeo hicieron acudir a Alejandría multitud de extranjeros ansiosos de servir en su Ejército; y aunque pronto hubieran de combatir al Ejército real y no ignorasen los peligros a los cuales se exponían, estaban muy dispuestos a dar su vida por Tolomeo. Los dioses, en recompensa a tantas virtudes, salvaron inútilmente a Tolomeo de los más grandes peligros.

Este valor profiláctico de la tumba de Alejandro, destacado por Diodoro, había hallado crédito entre el Ejército y el pueblo desde la muerte del conquistador. Los magos referían que la tierra que cobijaba el cuerpo de Alejandro gozaría de la protección eterna de los dioses y, de hecho, de todos los reinos helenísticos, el Egipto de Tolomeo fue el más próspero y el más duradero, y la estrella de Alejandro, destinada por la leyenda a una apoteosis mística, brilló mucho tiempo aún, iluminando a toda la Antigüedad.

En cuanto a la tumba en sí, según nos dan a entender los autores antiguos, era de un esplendor todavía inigualado. Rematada por una cúpula de mármol ricamente incrustada de ónice y de jade, la sala funeraria, de forma octogonal, era sostenida por un bosque de esbeltas columnas, y su superficie entera estaba revestida de mármol negro, ligeramente vetado de blanco, de un efecto espléndido. Un féretro de oro macizo, forrado de púrpura, soportaba la momia real. El sarcófago estaba colocado sobre un pedestal de jade blanco, enviado de la India por el rey Chandragupta, símbolo de las cualidades ideales y de las perfecciones inaccesibles del difunto. Los restos del conquistador fueron rodeados de un mobiliario fúnebre de una riqueza inaudita, cofres de maderas preciosas, tronos incrustados de marfil y de gemas, jarrones de perfumes, estatuas de Apolo, de Zeus y de Amón de criselefantina o de alabastro y objetos de culto y alhajas de oro. La riqueza de la sepultura era tal que uno de los Tolomeos (Tolomeo X, rey de 107 a 90 a. de J.C.), soberano ávido de riquezas, saqueó la tumba en un ataque de codicia. Sustituyó el sarcófago de oro macizo por un féretro de cristal en el cual pudo admirarse desde entonces a Alejandro, perfectamente conservado y petrificado en un sueño eterno.

Aquí es donde interviene una tradición muy antigua que pretende que Alejandro, en el momento de morir, hizo poner alrededor de su cuello un tubo de oro que contenía un papiro muy valioso que le habrían dado los sacerdotes de Amón en el oasis de Siauxh. Aquel manuscrito, de esencia mágica, ¿contenía el secreto del Universo, lo cual habría hecho de Alejandro el igual de un dios?



¿Qué hay de ello en realidad? ¿No se trataría más bien de una especie particular de talismán que tenía por efecto hacer invencible a su portador? El texto grabado en el papiro hubiera sido en tal caso un arcano hermético comprensible tan sólo para los iniciados. Sea lo que fuere, no sabremos la verdad hasta el día en que los arqueólogos encuentren el emplazamiento del mausoleo de Alejandro, cuya situación exacta ignoramos hasta la fecha.

No siempre ha sido así, aunque las visitas a la sepultura real hubiesen cesado completamente a partir del siglo III d. de J.C. Desde aquella época, al parecer, permanece olvidado el emplazamiento de la tumba. ¿Cómo pudo producirse un hecho semejante? En la Antigüedad, efectivamente, la visita a la tumba de Alejandro, célebre en todo el mundo grecorromano, era una peregrinación sumamente conocida, y el privilegio de acercarse a los restos del conquistador era considerado como un inmenso honor, otorgado únicamente a los más grandes personajes.

Los emperadores romanos, por su parte, como restauradores del Imperio universal, se consideraban los herederos espirituales de Alejandro Magno. Así, Augusto, fundador de la primera dinastía romana de césares, quiso visitar el *Sema* (3) y pudo ver y tocar el cuerpo del conquistador, con el cual se sentía unido por profundos vínculos. ¿Acaso no era también él un adorador del dios Sol, Apolo-Helios?

En prueba de veneración, Augusto depositó una corona de oro y de flores al pie del sarcófago, rehusando con desdén ver al mismo tiempo la tumba de los Tolomeos: «He venido —dijo— a ver un rey, no a unos muertos.» Posteriormente, Calígula y Septimio Severo acudieron a inclinarse, cuando fueron coronados emperadores, ante los restos reales. Septimio Severo no fue el último visitante del mausoleo, puesto que su hijo, Caracalla, había de ser, en efecto, el último emperador romano que pudo contemplar los restos mortales. Dícese de él que, siendo niño, acompañó a su padre en su visita y pudo ver a Septimio Severo sollozando de emoción y dejado su manto de púrpura sobre el féretro de cristal. En aquella ocasión, el emperador sirio, que era igualmente un ferviente adorador del Sol, a través de Júpiter heliopolitano de Baal'Beck y de Antioquía, dejó en la tumba gran número de manuscritos preciosos, que contenían los principales secretos de la sabiduría antigua, pues pensaba que nadie sería capaz de comprender su sentido oculto. Caracalla quedó a su vez tan afectado por aquella entrevista solitaria con la momia y perdió un poco el seso llegando incluso a tomarse por la reencarnación de Alejandro. Ordenó que después de él, fuese sellada la tumba, a fin de ser el último mortal que se habría encontrado cara a cara con el dios. Y aquella voluntad halló su cumplimiento menos de cincuenta años después, cuando un terremoto sacudió Alejandría, trastornando el barrio del *Sema*. A partir de entonces se pierde el rastro de la tumba, lo cual justifica el interrogante de Juan Crisóstomo. Cabe suponer, sin embargo, que los cristianos, que acaba-

ban entonces de triunfar sobre el paganismo en toda la cuenca del Cercano Oriente, no hicieron grandes esfuerzos para encontrar la sepultura de aquel que los sectarios del antiguo culto adoraban como a un dios. Los nostálgicos acusaron incluso a los «galileos» de haber construido una basílica sobre el emplazamiento del mausoleo a fin de borrar toda huella. El arquitecto encargado de la construcción del edificio religioso (4), Juan de Corinto, era, sin embargo, un admirador secreto de la antigua religión, lo cual ha hecho decir que, excavando los fundamentos de la iglesia, había encontrado, ocultas bajo la tierra, las murallas de la tumba, tan gruesas, que resistieron el antiguo seísmo.

Juan trasladó entonces ligeramente el emplazamiento de la iglesia modificando su orientación e hizo excavar, a partir de las criptas de la basílica, una galería en pendiente que conducía a la tumba de Alejandro y a las de los Tolomeos que habían desaparecido al mismo tiempo. Éstas pasaban por estar repletas de riquezas acumuladas en el curso de siglos y se conocía, por los antiguos, la reputación de la tumba de Estratónice, hecha de ágata y de cristal.

Sea lo que fuere, no estamos en condiciones de comprobar si tales obras tuvieron realmente lugar, puesto que ignoramos el lugar exacto donde fue edificada la iglesia de San Marcos.

Los árabes, convertidos en dueños de Egipto en el siglo VII, conocían el personaje legendario de Alejandro al que veneraban con el nombre de Ishkandar, pero no parece que hubiesen hallado el famoso *Sema*, a menos que los califas de Egipto, envidiosos de la gloria del conquistador, hubieran mandado hacer búsquedas fructíferas guardando el secreto para ellos. Esto parece ser confirmado por el hecho de que es en el «barrio de Alejandro» donde fue construida la mezquita Nabi Daniel que encierra la tumba de Said bajá, del príncipe Hassán y de los diferentes miembros de la familia real. Ahora bien, de creer a los astrónomos árabes, la leyenda del profeta Daniel, que dio su nombre a la mezquita, presenta curiosas coincidencias con el destino de Alejandro:

Un joven judío, Daniel, expulsado de Siria por los idólatras a quienes quería convertir, vio en sueños a un anciano que le ordenó hacer la guerra a aquellos incrédulos, prometiéndole la victoria sobre toda Asia. Daniel se ganó numerosos partidarios en Egipto, donde se había refugiado, edificó Alejandría y, tras una feliz expedición, volvió a Alejandría donde murió muy viejo. Su cuerpo fue puesto en un féretro de oro y de piedras preciosas, pero los judíos lo robaron para acuñar moneda y lo sustituyeron por un sarcófago de piedra.

A través de esta historia, muy deforme, encontramos el recuerdo del féretro de oro y de la violación de la sepultura por Tolomeo X, lo cual prueba que la tradición del *Sema* no estaba perdida. Aquella mez-

quita edificada en el siglo XVIII, fue restaurada en 1823 por el sultán Mohamet-Alí sin que hubiera traslucido nada del secreto.

Creemos por nuestra parte que el mausoleo fue efectivamente descubierto por los sultanes, que continuaron haciéndolo visitar a sus huéspedes distinguidos. Si no, ¿cómo explicar las palabras del geógrafo árabe León el Africano que escribía en 1517:

Los mahometanos afirmaban que, en cierta casita en forma de iglesia, situada entre ruinas, se conservaba el cuerpo de Alejandro, gran profeta y rey, tal como se lee en el *Corán*. Y muchos extranjeros acudían incluso de muy lejos para ver y venerar dicha sepultura dejando en aquel lugar cuantiosas limosnas.

El asunto fue puesto de nuevo sobre el tapete en 1850, apasionando a la élite de los sabios del mundo entero, cuando un tal Ambroise Schilizzi, dragomán del consulado de Rusia en Alejandría, confió al historiador Max de Zogheb la aventura siguiente:

Aquel hombre, después de haber bajado y seguido por un corredor se encontró delante de una puerta carcomida a través de cuyas rendijas pudo percibir, en una especie de jaula de cristal, un cuerpo humano cuya cabeza estaba coronada de una diadema, y que parecía medio doblado sobre una especie de elevación o de trono y con una cantidad de libros y de papiros esparcidos a su alrededor. Le faltó tiempo para darse más exacta cuenta de lo que excitaba tan fuertemente su curiosidad, pues en seguida fue echado hacia atrás por uno de los religiosos de la mezquita, que se negaba a dejarle gozar del espectáculo. No obstante, según dice él, tuvo empeño en consignar el resultado de la visita en un informe detallado, cuya copia mandó tanto al cónsul general de Rusia, al lado del cual ejercía un cargo honorífico, como el patriarca griego ortodoxo, su jefe espiritual. Pero, a pesar de sus gestiones ulteriores, nunca le fue dado poder abordar el misterioso panteón y se hizo el silencio sobre aquel suceso.

Esta curiosa historia es corroborada por el arquitecto Mahmud el-Falaki, que visitó las salas subterráneas de la mezquita Nabi Daniel durante los sondeos efectuados para el trazado del plano de Alejandría, en 1861. Nos ha dejado la siguiente narración:

Cuando efectué mi visita a las criptas de este edificio, entré en una gran sala abovedada construida sobre el piso de la ciudad antigua. De aquella sala enlosada partían, en cuatro direcciones diferentes, unos pasillos abovedados que no pude recorrer enteramente a causa de su longitud y de su mal estado. La riqueza de las piedras empleadas en la construcción y bastantes indicios más me confirmaron en la idea de que aquellos subterráneos debían desembocar en la tumba de Alejandro Magno por lo que me propuse llevar

más lejos otra vez mis investigaciones, pero desgraciadamente una orden superior mandó tapiar todas las salidas.

Aquí también, el muro del silencio resultó más fuerte. Es menester, pues, que hubiera existido un interés muy grande para que se mantuviese secreto el emplazamiento del hipogeo, llevando incluso la cautela hasta hacer tapar todas las salidas del mausoleo, a fin de prohibir definitivamente el acceso hasta allí. Y este misterio suplementario viene a añadirse a los que reinan en torno del personaje de Alejandro Magno.

Cierto que se llevaron a cabo sondeos posteriormente, en 1931, pero sea que se hicieron apresuradamente, sea *que se hubiera querido demostrar que no había nada*, su resultado fue completamente negativo.

Actualmente, y en el estado de los conocimientos arqueológicos, *es posible localizar el emplazamiento de la tumba de Alejandro*. Aunque sería menester que un equipo competente y serio pudiera iniciar excavaciones metódicas en el antiguo barrio del Sema, sin trabas venidas de lo alto.

En cuanto a la historia de la tumba de Alejandro, que quizá no ha terminado, prueba el apego místico, sensible aún hoy, de los hombres a aquel que fue un héroe en vida y un dios después de su muerte. A través de los episodios más salientes de la vida de Alejandro, cabe preguntarse qué estrella sino el Sol podía presidir un destino semejante.

## El destino de Alejandro

En el siglo IV antes de nuestra era, Macedonia no era muy diferente de lo que es hoy, es decir, un país grandioso y salvaje hecho de montañas cubiertas de bosques y de valles profundos, sembrados de praderas o de pastizales, en el fondo de los cuales discurrían impetuosas aguas procedentes de las cumbres. Esta comarca, que hoy forma parte de Yugoslavia, se extiende entre Albania, al Oeste, y Bulgaria, al Este. Grecia delimita su frontera meridional.

En la época del reino macedonio, esta región formaba un Estado poderoso que ya hacía temblar a las ciudades griegas, preocupadas por aquel turbulento vecino nórdico.

La leyenda que refiere el nacimiento del reino de Macedonia vale la pena de ser contada. Indica, en efecto, un parentesco de sus soberanos con el Sol, parentesco que el joven Alejandro había de hacer resplandecer a la luz del día.

En lo más recóndito de la bárbara Iliria, hacia finales del siglo VIII antes de J. C., tres hermanos de raza griega, llamados Gayanes, Aeropos y Perdicas, procedentes de Argos (ciudad del Peloponeso) se afincaron en la Alta Macedonia, donde fueron pastores. Descendientes lejanos del



poderoso Heracles (o Hércules), a su vez hijo de Zeus, nuestros tres héroes no podían conocer un destino ordinario.

Un día, uno de los hermanos, que era de gran belleza, sedujo a la esposa de un jefe de rebaños, en cuya casa los tres jóvenes estaban empleados. El marido, sospechando el enredo, montó en terrible cólera y echó a nuestros héroes. Como éstos reclamaban que les fueran abonados sus salarios, el jefe, designando al Sol que lanzaba sus rayos por la abertura de la vivienda, les respondió irónicamente: «He aquí todo el salario que os merecéis. Tomad ese Sol, os lo regalo.» Perdicas, que tenía la réplica pronta, arguyó que aceptaba el pago y, trazando un círculo en el espacio delimitado por la luz del astro, proclamó que se consideraba en adelante como dueño y rey de aquella tierra y, uniendo el gesto a la palabra, avanzó hacia el Sol y le ofreció por tres veces su pecho desnudo en señal de gratitud.

Posteriormente, Perdicas, ayudado por sus hermanos, fue el primer rey de Macedonia, cumpliendo así su palabra. A este primer monarca sucedió Amintas I, seguido por toda una estirpe regia ininterrumpida hasta Filipo, futuro padre de Alejandro Magno.

Grandes admiradores de la civilización helénica, los soberanos macedonios adoptaron la lengua y la cultura griegas y las impusieron a sus súbditos. También mandaron llamar arquitectos y artistas de Atenas y otras ciudades para edificar una capital sobre el modelo griego. Aquella ciudad tomó el nombre de Aegea. Su emplazamiento, en pleno corazón del reino, sobre un promontorio rocoso que dominaba las llanuras circundantes, hacía de ella un punto estratégico y una plaza militar de primera importancia.

Desde lo alto de los baluartes, podía contemplarse hasta perder la vista la sucesión de bosques que se decían poblados de ninfas y de sátiros. A lo lejos se perfilaba, hacia el Sur, la silueta majestuosa del monte Olimpo, que alzaba a tres mil metros de altitud su corona nevada, morada de Zeus y de los doce grandes dioses (5).

En aquella comarca circundante, denominada Pieria, en las laderas septentrionales del Olimpo, se extendía el Imperio de las divinidades mitológicas, la morada tradicional de las Musas, que albergaba la tumba de Orfeo, el dios músico, en medio de un florecer de rosaledas silvestres de las que se escapaba el canto armonioso de los pájaros. Aunque macedónica, es decir, casi bárbara, aquella tierra era venerada por los griegos que la consideraban como inviolable. No lejos de allí se extendía la villa de Heracleia (la ciudad de Heracles). A sus pies discurría un riachuelo cuyas aguas eran tenidas por más espirituosas que el vino.

La realidad, igual que la leyenda, ¿era tan seductora? El clima de Macedonia, en cualquier caso, no corresponde con esta descripción edénica. Muy rudo en invierno, con lluvias de primavera abundantes, tenía unos veranos ardientes, entreverados de terribles tormentas.

El país, aunque salvaje, era bastante fértil, a pesar de sus grandes extensiones incultas y, en el fondo de los valles o en las pendientes de las colinas, se cultivaba trigo o avena en unos campos salpicados de higueras y de olivos.

Los macedonios, pueblo tosco y guerrero, pertenecían a los pueblos dorios, aquella raza indoeuropea intrépida que había ido a conquistar Grecia muchos años antes. Físicamente, los hombres eran altos, vigorosos, de ojos casi siempre azules y cabellos rubios que les caían sobre el cuello en tupida melena. Alejandro heredará este físico nórdico y su bella prestancia no contribuirá debidamente a su éxito, pues los griegos admiraban mucho a los hombres rubios, de los cuales habían hecho el tipo ideal de la belleza.

Alejandro, primero de este nombre (6), hizo reconocer su ascendencia helena y trasladó su capital a Pella, más al Sur, que vio afluir pronto una pléyade de escritores y de artistas célebres, de modo que el rey Aquelao, hijo de Perdicas II, dio asilo al gran dramaturgo Eurípides que pudo escribir allí sus *Báquicas*. Vivieron igualmente en Pella Timoteo, músico y poeta que fue un tiempo el ídolo de Atenas, y el brillante Agatón, compañero del *Banquete* (7) de Platón.

Cuando Filipo, que había de ser el padre de Alejandro Magno, subió al trono a la edad de treinta y tres años, pudo admirar a placer las instituciones políticas y militares de Grecia, puesto que había pasado tres años de su juventud en Tebas, ciudad célebre por su organización militar y su disciplina marcial. El nuevo rey era no menos apasionado que sus predecesores por la cultura ateniense, y el hecho de que él fuese de origen montañés acentuaba su veneración por la ciudad-Estado.

Filipo era un hombre ambicioso, con cualidades de inteligencia y de coraje y cierta tendencia a la impulsión y a las corazonadas. No dudaba, como cumplido deportista, en participar en los concursos de juegos y de luchas, y sus borracheras, acompañadas de terribles cóleras, inspiraban temor a sus allegados. Gran mujeriego, tenía otra pasión, el Ejército, que reorganizó según el modelo tebano de austeridad y de disciplina, fundando un cuerpo de caballería: los «Compañeros» o *Hetaroi*, reclutados entre los jóvenes de la aristocracia. La infantería fue a su vez ampliada y adiestrada en combatir en formación cerrada sobre el modelo de las «falanges» griegas.

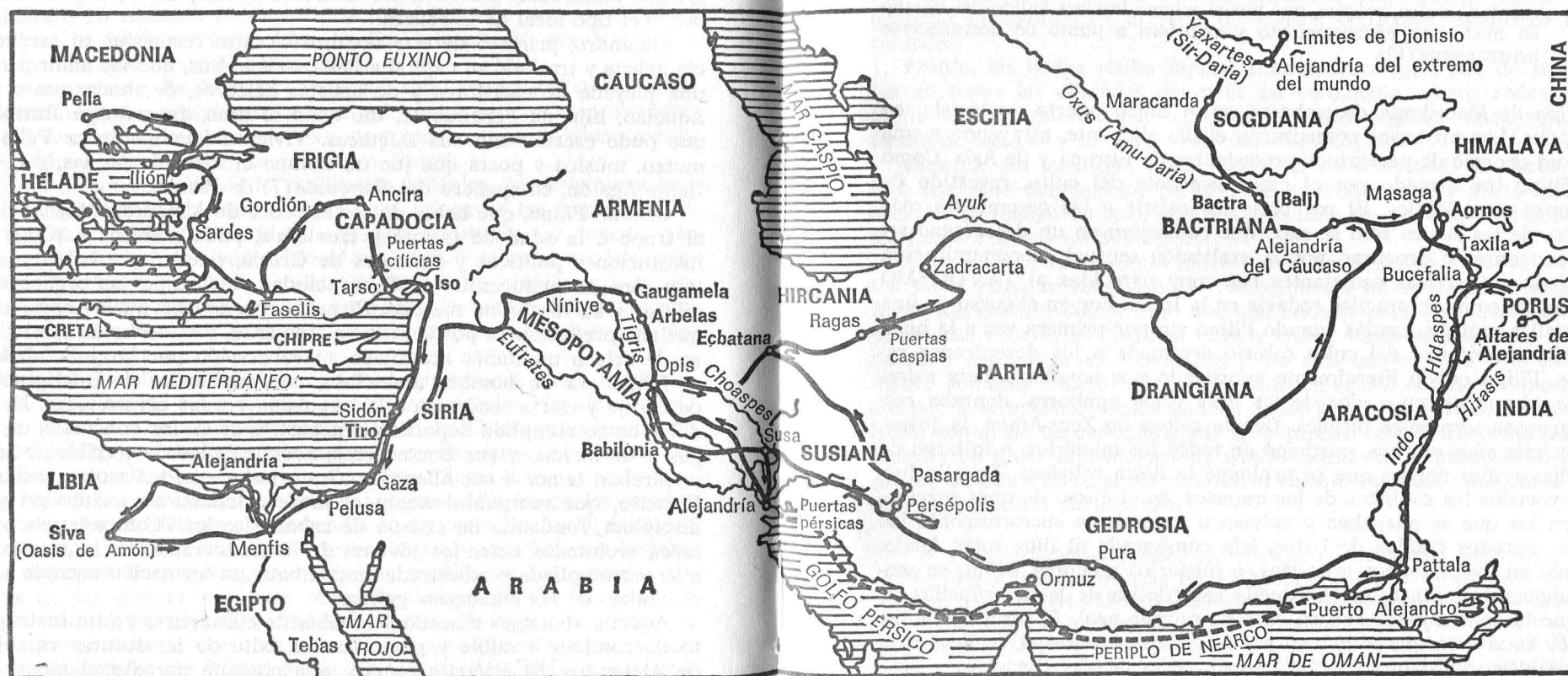
Aquella «falange» macedónica había de convertirse en un instrumento de combate temible y garantizar el éxito de las futuras campañas de Alejandro. El Ejército entero, que contaba aproximadamente con diez mil hombres bien adiestrados, lleno de ardor patriótico, formado por soldados profesionales, estaba totalmente entregado a su rey y no pedía más que servir.

En el año 357, cuando iniciaba su vigésimo quinto año de reinado, Filipo tuvo uno de esos súbitos arrebatos religiosos que suelen asaltar a los espíritus apasionados. Presa de una exaltación digna de un griego,

se fue a la isla de Samotracia, en el mar Egeo, cuyos prodigios le habían alabado, para asistir a los misterios religiosos que se celebraban una vez al año y eran conocidos en toda Grecia. Esta isla era, en efecto, la sede del culto de los cabirios (8), aquellos seres misteriosos que, según Estrabón, eran nietos de Vulcano, el dios subterráneo que forjaba sus armas en el fuego de los volcanes, según siendo, a los ojos de to-

tante, una semejanza tal, que podríamos llevar muy lejos, no es tan sorprendente si pensamos que nos hallamos ante un acervo común a la familia indoeuropea que invadió Europa y el Cercano Oriente en un pasado remoto. Aquellos dioses «enanos» fueron sucesivamente considerados como los patronos de la Fertilidad y como los genios tutelares de la Navegación que se manifestaban a los marinos desamparados en

### CAMPAÑAS Y EXPEDICIONES DE ALEJANDRO



dos, los habitantes semidivinos de los mundos subterráneos, oscuros genios de la Tierra, expulsados de la superficie luminosa (9). Estos gnomos son bien conocidos por las leyendas germánicas relatadas en el Edda islandés y no es la cosa menos extraordinaria constatar este parentesco entre la mitología nórdica y la de la antigua Grecia. No obs-

forma de resplandores espectrales que coronaban los mástiles de las naves las noches de tempestad, más conocidos por el nombre de «fuego de san Telmo».

Si se cree al historiador Weigall:



Los ritos secretos y las orgías de los cabirios eran de los más famosos «misterios» de la Antigüedad, y a pesar de que eran muchos los sitios donde se cumplían —principalmente en la isla volcánica de Lemnos, a un día de navegación al Sur—, Samotracia era el centro real del culto, donde los misterios se cumplían en un templo cerca de la ciudad principal, cuyas casas se aferraban como lapas a las rocas de la costa norte. La pequeña isla parecía destinada por la Naturaleza a ser el señorío de aquellas ceremonias esotéricas, pues sus riberas inhóspitas y sin abras surgían de las olas del Egeo en una poética magnificencia. Las abruptas pendientes y los precipicios se superponían hasta una cima central que alcanzaba más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar. La isla entera parece una montaña única, mágica, que por sí misma hubiera salido del océano en misterioso encantamiento y estuviera a punto de desvanecerse bruscamente (10).

Filipo de Macedonia desembarcó en el único puerto de la isla, en Paleópolis. Los misterios comenzaron el día siguiente, atrayendo a una multitud enorme de peregrinos procedentes de Europa y de Asia. Como rey, Filippo fue acogido por el gran sacerdote del culto, revestido de sus ropas sacerdotales. El rey pudo así asistir a las ceremonias más secretas de las cuales sólo se sabe que consistían en un desenfreno sexual, con miras a procurar, por la exaltación sensual, la comunicación con el dios. Prácticas semejantes son muy parecidas al TANTRISMO asiático, tal como se practica todavía en la India. Fue en el curso de una de aquellas orgías sagradas cuando Filippo vio por primera vez a la bella Olimpia, sacerdotisa del culto cabirio destinada a los desenfrenos sagrados. Filippo quedó literalmente subyugado por aquella belleza salvaje que, al son estremecedor de las liras y los tambores, danzaba con monstruosas serpientes pitones. Devota celosa de Zeus-Amón, la joven, de dieciséis años escasos, participó en todos los misterios, a lo largo de diez días y diez noches que se prolongó la fiesta religiosa. En ella fueron invocados los espíritus de los muertos, en el curso de unas ceremonias en las que se apagaban y volvían a encenderse sucesivamente los fuegos sagrados traídos de Delos, isla consagrada al dios solar Apolo. Iniciado en los pequeños misterios, o misterios menores, Filippo se sentía indisolublemente ligado a aquella sacerdotisa de largos cabellos de oro que lo contemplaba con su extraña mirada azul. Al término de los últimos sacrificios que le habían purificado de toda culpa, se llevó a la joven consigo bajo promesa de hacerla reina de sus Estados.

Olimpia no esperaba menos del monarca, pues era de raza principesca, hija del difunto rey Neptolemo I de Epiro, que hacía remontar su origen al hijo de Aquiles, héroe inmortal de la *Iliada*. Esta filiación semidivina impresionará al joven Alejandro que tomará por modelo y por guía, en sus primeras conquistas, al gran héroe de la guerra de Troya.

El Epiro, patria de origen de la futura reina, era entonces una comarca más salvaje aún que la tosca Macedonia. Era la tierra de elección de aquellos seres semilegendarios, las «Bacantes», mujeres alocadas que celebraban en el curso de las ceremonias frenéticas, ritos asociados a los desenfrenos sexuales de toda naturaleza. De creer al romano Plutarco, Olimpia era una «celosa devota de estos ejercicios desenfrenados y orgiásticos», lo cual dice mucho sobre su carácter desequilibrado. Participando en el culto de la Naturaleza, ofreciendo su cuerpo al Sol, fuente de toda vida, era una mística sincera para quien los desbordamientos de los sentidos se asociaban estrechamente a los transportes religiosos, en una *magia sexualis*, cuyas inmensas posibilidades no se han acabado de agotar, en el seno de ciertos cenáculos esotéricos muy cerrados.

Pronto, las bodas reales fueron anunciadas a gran son de trompetas en todas las ciudades del país. La ceremonia estuvo rodeada de todos los esplendores que merecía un acontecimiento semejante, en medio de festines y de juegos ofrecidos con largueza.

Olimpia, sin embargo, a los fastos un poco fríos de la Corte y al lujo envarado del palacio, prefería los encinares de su Epiro natal y añoraba el tiempo en que, adorada por todo un pueblo, celebraba los misterios cabirios de Samotracia.

Al tener en lo sucesivo por horizonte las fortificaciones de Pella, nuestra joven reina se refugió en el culto místico de su dios de elección: Amón-Ra, destinándole el hijo que ella deseaba más que todo poner en el mundo. ¡Qué lejos quedaba el país frío y ventoso, amigo de la tormenta y los antepasados pelasgos, tribu aria que se detuvo al pie del monte Tomaros a la voz del propio Zeus, en medio de las encinas agitadas por la tempestad! Desde aquella época lejana, el oráculo de Dodona había adquirido un renombre que muy pronto rebasó las fronteras del Epiro y de todos los rincones de Grecia acudieron a consultarle. Olimpia, en su infancia, solía visitarlo en el recinto sagrado, pues era la hija del rey, protector del oráculo.

En Dodona —escribe un mitógrafo— había una encina consagrada a Zeus, y en dicha encina había un oráculo cuyos profetas eran mujeres (las Pléyades). Los consultantes se acercaban a la encina, y el árbol se agitaba un instante, tras lo cual las mujeres tomaban la palabra diciendo: «Zeus anuncia, escúchale.» Si se exceptúa Delfos, Dodona, en Epiro, y Siauah, en Egipto, eran los dos oráculos más frecuentados por los griegos, que los consideraban como gemelos, pues a las dos instituciones se les suponía un origen idéntico, y el procedimiento oracular en ambos parajes era muy análogo. Así como el santuario de Dodona estaba situado en los bosques, también el santuario de Siauah —el que visitará Alejandro Magno— se encontraba en un oasis umbrío conocido por los egipcios con el nombre de Sejet-Yemy, «el paraje de los árboles». Amón era el dios del

santuario de Siauah, y Zeus, la divinidad que presidía en Dodona, estaba identificado con él en toda Grecia con el nombre de Zeus-Amón o, en la terminología latina que nos es más familiar, de Júpiter-Amón (11).

Zeus representaba el elemento cósmico divino presente en el rayo y el trueno mientras que Amón simbolizaba el lado luminoso de la divinidad figurado por el Sol iluminando al Universo. Ambas divinidades asociadas completaban el logos o principio superior.

No es de extrañar, por tanto, que Egipto fuese contemplado por los griegos como la tierra sagrada por excelencia, dotada de una inmensa sabiduría, puesto que los grandes espíritus de la Hélade, tanto Platón como Pitágoras, fueron iniciados en sus templos, y este recuerdo de Egipto, hija de la Atlántida y madre de las civilizaciones, aparece muy claramente en la mitología griega, en medio del episodio que vio desarrollarse el enfrentamiento entre Zeus y el gigante Tifón. Huyendo de este monstruo, demonio salido del Tártaro, los dioses del Olimpo, al ver el gigante que atacaba al cielo, ganaron la tierra de Egipto donde se metamorfosearon en animales.

El ruego de Olimpia no se quedó sin eco. El dios grecoegipcio de Dodona y de Siauah, aquel dios místico de la Fecundidad cuyo poder se manifestaba por las estrellas fugaces y por los rayos, y cuya voz, oída en forma de viento en los árboles, había aconsejado a sus antepasados desde tiempos inmemoriales (12), le dijo, durante un sueño, que iba a quedar encinta. En aquel sueño, Zeus se le apareció en forma de rayo cayendo del cielo y el fuego celeste que descendía sobre ella la abrasó enteramente como una antorcha. El niño que debía nacer bajo tales auspicios sólo podía tener un destino excepcional.

La noche siguiente a la celebración de la boda, Filipo, por su parte, tuvo otro sueño, tan inquietante como el de su esposa. En sueños, él cerraba el sexo de su mujer con un sello que llevaba el signo de Leo (13). Ahora bien, es sabido que este emblema solar es reservado a los dioses y a sus descendientes. Aristandro de Telmesos, mago de la Corte, interpretó aquel sueño como el anuncio de un feliz acontecimiento. «No se lacra un odre vacío», declaró, y esta frase gráfica significaba que Olimpia estaba encinta y que traería al mundo un niño con corazón de león.

Y, pronto, Olimpia dio a luz un hijo al que ella no dudó en considerar como un «ser fatídico», hijo de Amón-Ra, dios tutelar del Egipto oculto. En el instante del nacimiento, signos prodigiosos se manifestaron sobre la Tierra y en el cielo: terremotos sacudieron el suelo y tempestades se abatieron sobre las olas, haciendo retumbar la voz de Zeus en medio de los resplandecientes relámpagos. Durante el parto, dos águilas, según se dice, permanecieron encaramadas juntas en el tejado de las habitaciones de la reina, presagio anunciador de que el niño reinaría un día en dos imperios. El recién nacido recibió el nombre de Alejandro,

en recuerdo de los reyes de Macedonia que habían llevado este nombre.

Filipo, ausente de la capital, se enteró del nacimiento mientras guerreaba en sus territorios. Casi al mismo tiempo le notificaron que Parmenión, uno de sus lugartenientes, acababa de alcanzar una aplastante victoria sobre los ilirios, que la colonia griega de Potidea se había rendido a sus tropas y que un caballo de sus cuadras acababa de ganar una carrera en Olimpia. Estas tres noticias triunfales fueron interpretadas por los adivinos como el anuncio de un brillante destino para el niño recién nacido. La misma noche, el gran templo de Artemisa en Éfeso, santuario venerado entre todos, fue asolado por un gran incendio que destruyó el edificio hasta los cimientos. Y los magos, al enterarse de la noticia, exclamaron: «Esta noche se ha encendido en alguna parte una antorcha que incendiará a todo el Oriente.» Alejandro iba a llevar la llama de aquella antorcha hasta el corazón de Asia y, avivándola en el fuego sagrado de Zoroastro, iluminaría el mundo con su luz solar.

Antes de abordar la vida de Alejandro, hay que explicar la significación legendaria de su parentesco divino. Si Zeus-Amón fue el padre espiritual del héroe, esta protección se extendió sobre toda su vida. Y, desde este instante, debe analizarse el comportamiento de Alejandro a través de la mitología sagrada de Grecia y de Egipto.

En la religión griega, Zeus es el rey de los dioses, residente en el Olimpo. Su historia parece ser el modelo del destino de Alejandro. Educado por su madre, Rea, Zeus luchó por destronar a su padre, el dios Cronos, y, en aquel combate, tuvo que enfrentarse con los Titanes, aliados contra él. Para acabar con ellos, Zeus liberó a los cíclopes y a los gigantes, hasta entonces encerrados bajo tierra en una especie de infierno, el Tártaro. Con ayuda de aquellos seres monstruosos, logró su plantar a su padre Cronos y los Titanes fueron a su vez encadenados y arrojados al Tártaro. Así finalizó «aquella TITANOMAQUIA, o guerra de los Titanes, que expulsó del poder a la generación primordial e instaló en él a los primeros olímpicos» (14).

Pero Zeus no era todavía el señor incontestado. Los gigantes que le habían ayudado en su conquista se volvieron contra él y empezaron a lapidar el cielo. Zeus, armándose entonces del rayo, forjado por los cíclopes, fulminó a aquella primera generación mortal sublevada contra los dioses.

No obstante, antes de asentar definitivamente su poder, Zeus había de sufrir aún una prueba, la lucha contra Tifón. Más alto que los gigantes, este monstruo tocaba las estrellas con la cabeza. «En lugar de dedos, poseía, en las manos, cien cabezas de dragones. A partir de la cintura hasta los pies, su cuerpo estaba rodeado de víboras. Tenía alas y sus ojos lanzaban llamas.»

Después de muchos episodios, Zeus acabó por triunfar de Tifón, a quien aplastó bajo el Etna, en Sicilia.

Tifón fue el último adversario de Zeus. La edad de los monstruos



había caducado. Entonces fueron creados los hombres moldeados en arcilla. Prometeo, que se hizo protector de la raza humana, quiso, para darlas a los hombres, sustraer a Zeus las «simientes del fuego» salidas de «la rueda del Sol». Esta vez, la venganza del dios fue terrible. Prometeo fue encadenado en el Cáucaso y un águila, ave vengadora del Sol, le devoró el hígado, siempre renaciente. Luego, Zeus pidió a Hefastos que crease la mujer, lo cual tuvo lugar. La mayoría de los grandes dioses del Olimpo, en número de doce, son hijos o hijas de Zeus, lo cual le valió el nombre de «padre de los dioses».

Las divinidades salidas de Zeus son Afrodita, Apolo, Artemisa, Hefastos, Atenea, Hermes y Dionisos.

Zeus se presenta así como un dios guerrero, superior a todos los demás, señor del cielo, poseedor del arma celeste, el rayo, nacido del Sol. Es, efectivamente, para Alejandro un parentesco real en el orden divino. Vamos a ver cómo su réplica egipcia, Amón-Ra no le es inferior.

Amón es el dios tutelar del Imperio Antiguo egipcio. A través de la monarquía faraónica, simboliza la supremacía del principio divino superior, inexpresado e inexpresable. Su nombre es sacado de la raíz *'imm* que significa el ser oculto. Derivado del antiguo dios Atum, adorado en Heliópolis, Ra vino a completar el principio único figurado por Amón, simbolizando el lado aparente de la potencia divina, obrando sobre la materia, frente a la significación oculta de su gemelo. La gloria de Ra está enteramente contenida en la epifanía del Sol, significando por esto el triunfo definitivo de la luz sobre las tinieblas.

Como hijo de Amón, el faraón se identificó con la «divinidad del cielo» que había descendido a la Tierra para llevar a cabo la apoteosis de Ra. Como hijo de Ra, el faraón se identificaba con el Sol, soberano de todos los astros y, como él, se proclamaba inmortal, triunfador de la oscuridad y de la muerte. Hijo de Amón-Ra, el rey reunía en su persona la concepción escatológica heroica, iniciática, de las divinidades «solarizadas». Estas cualidades, primordiales respecto a los antiguos, Alejandro las reunió sobre su cabeza cuando fue coronado faraón, en virtud de una tradición que se pierde en la noche de los tiempos.

La infancia de Alejandro fue tranquila y feliz. Repartiendo su tiempo entre la Palestra (15), la marcha y el estudio, el hijo de Olimpia y de Filipo pronto se convertiría en un adolescente vigoroso, adiestrado en los ejercicios físicos y ducho en la gimnasia intelectual bajo la dirección de su maestro el gran filósofo y médico griego Aristóteles. Leónidas, un rígido oficial de la guardia de su padre, fue su preceptor militar, educando al muchacho a la dura manera espartana. En aquella escuela, Alejandro templó su carácter, que pronto había de afirmarse con fuerza. En lo físico, el adolescente de tez clara y cabellos de oro llevaba ya en su rostro, iluminado por sus ojos azules, el prestigio natural y el buen semblante que son patrimonio del héroe antiguo. En resumen, Alejandro era un escolar dulce y estudioso, que se apasionaba por la

mitología, se sabía a Homero de memoria. Su héroe preferido era el hermoso Aquiles, personaje central de la *Iliada*, cuya vida pondría en paralelo con la suya. Su pedagogo, Lisímaco, estimulaba esta tendencia a la asimilación heroica haciéndole observar que la familia de su madre hacía remontar su origen hasta el famoso guerrero.

Hijo del rey de Tesalia, Peleas, y de la reina Tetis, Aquiles el «de los pies alados», había sido educado por el pedagogo Fénix, a quien Lisímaco no dejaba de comparar consigo mismo, y, de niño, le anunciaron que superaría a su padre en hazañas y en heroísmo, profecía que se reveló exacta. La analogía era tentadora entre Tetis y Olimpia, tanto más por cuanto ésta, como la reina legendaria, era abandonada por su esposo que la temía como a una maga, desde que vio deslizarse una serpiente cierta noche en el lecho regio. El nombre mismo de Aquiles, cosa notable, es derivado de la palabra *echis* que significa «serpiente» y podría designar, por lo tanto, al héroe de la guerra de Troya como el hijo «nacido de la serpiente». Olimpia, con su temperamento exaltado y místico, estaba persuadida e hizo circular el rumor en palacio de que Filipo no era el verdadero padre del niño. Zeus-Amón, visitándola bajo la apariencia de un reptil, había fecundado a la reina que, por lo tanto, fue la madre de un niño divino. En su amor de las cosas esotéricas, Olimpia transmitió su entusiasmo profético y su pasión religiosa a su hijo. Así, lo envió, a los trece años de edad, a la ciudad sagrada de Mecia donde fue iniciado en la gruta de las Ninfas en los misterios órficos. Es indudable que tales ceremonias produjeron al adolescente una profunda impresión y ejercieron una influencia decisiva en la formación de su sensibilidad. Por esto, a tan temprana edad, Alejandro «estaba pronto a creerse el hijo del destino, nacido entre los signos y los prodigios para cumplir los designios de los dioses» (16). Es hacia esa época cuando se sitúa el episodio más característico y más célebre de la juventud del héroe.

Filipo había comprado a un mercader tesaliano un magnífico corcel negro de una talla excepcional, llamada *Bucéfalo*. Ahora bien, el animal se mostró indomable y todos cuantos intentaban montarlo, hasta los más aventajados jinetes, eran arrojados al suelo. Alejandro pidió permiso a su padre para intentarlo a su vez. Filipo, entre burlón y curioso, se lo concedió. Acercándose entonces al caballo, Alejandro le volvió la cabeza hacia el Sol y mientras le acariciaba dulcemente con la voz, saltó sobre la montura y la puso a todo galope. El adolescente acababa de ganar la apuesta. Tan pronto hubo descabalgado, su padre lo abrazó diciéndole: «Hijo mío, busca en otra parte un reino digno de ti. ¡Macedonia es demasiado pequeña y no te bastará!»

Durante todo aquel período, Filipo, intrépidamente, prosiguió las guerras de conquista que debían hacer de Macedonia un Estado griego de pleno derecho destinado a someter a su autoridad la Hélade entera. ¿Podía ser de otro modo para un país en el que había nacido el hijo

de un dios solar?

Precisamente, y en ello puede verse algo más que una coincidencia, el rey de Macedonia pronto participó en una guerra impuesta por motivos religiosos, aunque tuvo por consecuencia fortalecer el poderío de Filipo. La génesis de aquel conflicto merece ser explicada, pues arroja sobre la Historia una luz sobrenatural enviada por el Sol de Apolo. Poco después del nacimiento de Alejandro, sucedió que los focenses, pueblo vecino meridional de los tesalios, cuyo territorio lindaba con el dominio sagrado de Delfos, se apoderaron, en una incursión sacrilega, de los tesoros encerrados en el santuario de Apolo en Delfos.

Indignada, la Anfictionía, especie de parlamento que agrupaba a todos los Estados griegos en un simposio religioso, declaró la «guerra sagrada» contra los focenses. Invitado a participar en la coalición, Filipo aceptó con entusiasmo, contentísimo de ser admitido en el seno de la comunidad helénica. El rey de Macedonia se erigió en seguida en campeón de las tradiciones griegas y fue puesto al frente de las tropas destinadas a echar a los sacrílegos focenses. Vencido en una primera batalla, Filipo volvió a la carga, tras haber hecho ruegos e invocaciones al dios Apolo a fin de que le concediese la victoria. Engalanó sus estandartes y los cascos de sus soldados con hojas de laurel, como en una ceremonia delfica, y dirigiéndose a sus tropas, en un discurso inflamado, les pidió que se pusieran todos bajo la protección del Apolo solar porque así se tornarían invencibles. En efecto, los soldados, galvanizados, arremetieron contra el enemigo cantando himnos en honor de su dios, bajo la dirección de Filipo, que en la circunstancia tenía el aspecto de un profeta vengador. La victoria de los macedonios fue completa.

Filipo hubiese querido llegar hasta Delfos para recibir con gran pompa el agradecimiento de los sacerdotes de Apolo, en medio de las aclamaciones de la multitud entusiasta, al son de las trompetas de bronce resonando a través de valles y precipicios, pero los atenienses no tenían ningún interés en ver a Filipo instalarse tan cerca de sus territorios y apostaron tropas en el desfiladero de las Termópilas. El rey de Macedonia no insistió, pero se consideró, sin embargo, como el protector de los templos de Delfos, y Alejandro, con su mente exaltada y mística, iba a seguir brillantemente las huellas de Apolo, aquel hijo amado de Zeus, configurando el esplendor de Helios.

Llegado a la edad de llevar armas, el hijo de Filipo, ¿había recibido la educación que deseaba su padre? Podemos, sin miedo a equivocarnos, contestar negativamente. Filipo, buen vividor y aunque de espíritu religioso como todos los griegos, no gustaba demasiado de la magia en la que se complacía Olimpia y veía con malos ojos al joven Alejandro asistir asiduamente a los sacrificios en los templos, estudiando bajo la dirección de su madre «el arte misterioso del augurio y de la adivinación, cuya forma más conocida era el examen de las entrañas de las aves sacrificadas y la observación de sus señales, colores y circun-

voluciones que tenían todas una significación reconocida». El joven aprendió así la EMPIROMANCIA, o adivinación por el fuego, y la ORNITOMANCIA, arte de interpretar el vuelo de las aves. Estudió, además, ASTROLOGÍA, esa ciencia de los caldeos que le precedía una ascensión fulminante. Su tema de nacimiento estaba bajo el signo de Aries, primer signo del Zodíaco simbolizado por el animal solitario de Amón. Cuando el astro del día lo cruza, la Naturaleza despierta y renace a la vida, exaltada por el fuego del cielo. Al nacimiento de Alejandro, entre las diez y medianoche, el Sol entraba en Leo y el signo ascendiente en el horizonte oriental era Aries. Esta doble paternidad correspondía efectivamente a la vocación del niño: la de un conquistador y la de un espíritu místico bajo el doble signo de Amón-Ra.

Estaba «educado» como un futuro gran sacerdote o profeta, y leemos que, desde su más tierna infancia, se complacía adorando a los dioses y ofreciéndoles opulentos sacrificios. Su madre le rellenaba el espíritu con la magia y el misticismo que para ella era como comer y beber. Leónidas lo instruía en la subordinación del cuerpo a la inteligencia y ambos lo mantenían todo lo posible apartado del círculo que formaban en torno de Filipo sus oficiales y sus compañeros, sólidos guerreros, sólidos trabajadores y sólidos bebedores.

No obstante, y contrariamente a lo que podría pensarse, esta educación no perjudicó a Alejandro y convenía perfectamente a su carácter orientado a la vez hacia los sueños celestes y las ambiciones terrestres. En el año 340 a. de J. C., Filipo, entregado lejos a una guerra contra los Estados del Norte, confió la regencia a su hijo. Era para Alejandro una ocasión de mostrar su valía política y militar. A los dieciséis años de edad entonces, empezaba a sentir un cierto desapego por su padre, que encontraba burdo y libertino, cuando él vivía casi ascéticamente. La revuelta de una tribu del norte de Macedonia, los medaros, fue la señal del comienzo de la campaña. Alejandro, al frente de sus tropas, salió de Pella, su capital, en el esplendor nuevo de su atuendo guerrero. Antes, no había omitido sacrificar a los dioses, invocando la ayuda del poderoso Amón, en medio de los encantamientos y de las nubes de incienso.

La expedición militar fue coronada por el éxito. No referiremos los episodios de la guerra que hubieron de librar Alejandro y Filipo contra las ciudades griegas que se negaban a someterse a la supremacía macedónica. Es sabido que finalmente, aquella resistencia, conducida por Atenas, terminó con el desastre de Queronea, que consagró la gloria de las falanges macedónicas y puso punto final a las guerras entre ciudades vecinas.

Alejandro, en el curso de aquella batalla, manifestó una bravura sin par. En cuanto a Filipo, se mostró generoso con los vencidos, presentándose como el unificador de Grecia y no como un conquistador. La Hélade, por primera vez, se había convertido en una nación. Esta



vez, Filipo podía por fin prepararse a poner en ejecución su gran proyecto, a saber, la invasión de Persia, aquel Imperio que, desde las guerras médicas, amenazaba la independencia de los helenos.

Mientras tanto, Filipo murió en 336, asesinado por uno de sus compañeros de libertinaje, Pausanias, a quien la reina Olimpia, cada vez más abandonada, había armado secretamente.

Al ser proclamado rey de Macedonia, Alejandro, que no había cumplido veinte años, iba a dar la medida de su genio. Los preparativos de la expedición contra los persas fueron apremiados y el joven rey, que se veía como el nuevo Aquiles, una especie de Christos, ungido por los dioses para cumplir la voluntad del cielo, se embarcó, al frente de una flota importante, con rumbo al Asia Menor... Contemplando las olas del mar Egeo, Alejandro se acordaba de la respuesta del oráculo de Delfos (17), al que consultara algún tiempo antes. Como él apremiase a la pitonisa que le respondiese sin demora, ésta, en una frase que ha permanecido célebre, le contestó: «¡Hijo mío, eres invencible!»

El Imperio persa, al que atacaba Alejandro, era el más vasto conjunto territorial gobernado por una testa coronada. El «Gran Rey» Darío, de la dinastía de los aqueménidas, podía así contemplar con satisfacción su inmenso reino edificado por todo un linaje de conquistadores prestigiosos, Ciro, Cambises y Darío I. Desde las riberas del Mediterráneo hasta el océano Índico, desde Egipto hasta el Afganistán, todo estaba bajo la dominación de los persas.

La posesión de un imperio tan vasto estaba a la medida de los proyectos de Alejandro, pero, ¿deseaba verdaderamente en aquel tiempo conquistar todos aquellos territorios? Sería erróneo creer que Alejandro estuviese solamente impelido por una sed de conquista desmesurada. En verdad, la sed de conocer, el deseo de dios, esa pasión del alma, eran sus guías. Su padre espiritual, Amón-Ra, le había inspirado aquella campaña y era su deber obedecerle. El santuario de Amón, ¿acaso no se encontraba en el corazón de Egipto, aquella tierra sagrada entre todas, humillada y escarnecida en sus creencias milenarias por la dominación insoportable de los persas? Había que libertar a Egipto, ceñir la doble corona de los faraones y proclamar la victoria del dios-Sol. Tan sólo entonces, Amón se calmaría y Alejandro podría emprender la conquista del mundo.

La ruta de Egipto pasaba por el Asia Menor. El conquistador debía, por lo tanto, atacar cuanto antes y derrotar a los ejércitos persas en las costas del mar Egeo, antes de iniciar su gran movimiento envolvente hacia Palestina y el valle del Nilo.

El historiador Weigall destaca este pensamiento de Alejandro:

La ÚLTIMA THULE de su presente visión de conquista no residía en el Lejano Oriente donde el destino lo arrastró posteriormente; residía, en mi opinión, en el desierto al oeste de Egipto, a doscientos

cuarenta kilómetros atrás de la costa del Mediterráneo. Allí estaba el oasis de Siauxah, morada del dios Amón, del cual, en un sentido místico, se creía hijo. Con aquella conquista del litoral del Mediterráneo jalonada de ciudades griegas, girando desde la sacrosanta Siauxah al Sur hasta Macedonia al Norte, y de aquí a Dodona, morada de Zeus-Amón, lugar santo de los compatriotas de su madre.

Al mismo tiempo, Alejandro, al desembarcar en aquella tierra de Asia, hollada ya por los guerreros de Homero, seguía los pasos de Aquiles a quien se parecía asombrosamente, con el brillo de sus veintiún años, revestido de su coraza que lanzaba mil destellos al sol, tocado con un casco de plata de alto plumero blanco, que le hacía ser reconocido desde muy lejos por sus soldados. A bordo de la galera real, un sacrificio fue ofrecido a Poseidón, dios de los mares, y la sangre de un toro blanco enrojeció la espuma de la orilla. Así se rendía homenaje a Tetis, la ninfa de las aguas, madre de Aquiles y antepasada de Alejandro.

Tan pronto la nave hubo tocado la arena de la costa, Alejandro saltó a la orilla. El joven rey se puso a recitar versos de la *Iliada* y luego declaró que iba a tomar posesión del país por el derecho de las armas.

Nuevos altares fueron levantados a Zeus, Atenea y Hércules. Por último, Alejandro, en la ausencia de enemigos, deseó visitar el paraje de la antigua Troya o Ilión, que había visto desarrollarse las hazañas del heroísmo griego. En el templo de Atenea, el joven rey se apoderó de las armas que, según se dice, habían pertenecido a Aquiles y, en su lugar, dejó su escudo incrustado de oro. Posteriormente, aquel armamento troyano le acompañó siempre durante las batallas «como un símbolo mágico de su afinidad con los héroes homéricos de antaño» (18).

La tumba de Aquiles fue luego el objeto de su visita. Lloró ante el recuerdo del héroe y, depositando flores sobre el mármol, escanció una libación en una copa de oro.

Los persas esperaban a Alejandro a orillas del río Gránico, pero él no les dio tiempo a desplegarse. Avanzando su caballería escogida, cruzó el río y cortó en dos las líneas adversarias, transformando pronto la derrota de los persas en desastre. Alejandro, durante toda la batalla, tuvo el sol de espaldas. El astro del día estaba con él para concederle la victoria.

Arremetiendo rápidamente hacia el Sur, el conquistador se apoderó de Frigia y luego, atravesando las «Puertas de Cilicia», desembocó en Siria, se adueñó de Tarso y se encontró ante Soches. Allí, Darío le esperaba con un ejército considerable, mucho más numeroso en cualquier caso que la pequeña tropa macedónica. Se estiman los efectivos del Gran Rey, mercenarios incluidos, en doscientos mil. Enfrente, Alejandro sólo alineaba treinta mil.

Al llegar a la llanura de Issos, el Conquistador tomó otra vez la iniciativa de las operaciones. En una carga irresistible, Alejandro alcanzó el centro del dispositivo enemigo y se encontró a tiro de lanza de Darío.

Este, viendo el giro de los acontecimientos, emprendió la huida en un carro. Pronto el Ejército griego hizo trizas a los persas. El desastre fue mucho peor que en Gránico, y la batalla de Issos queda como una de las más fulgurantes victorias de Alejandro.

Las puertas de Egipto quedaban abiertas en adelante.

Alejandro halló todavía resistencia ante el puerto de Tiro, cuyo asedio duró seis meses, de enero a julio de 332, y que él no quiso dejar atrás. Ocurrió entonces un hecho extraordinario: la toma de la ciudad correspondió con la fecha astronómica de la salida heliaca de Sirio, la estrella del Can, lo cual significa que el astro, ausente del cielo durante todo un período del año, reapareció en el horizonte oriental para señalar la victoria de Alejandro y anunciarle que pronto llevaría la tiara de los faraones. En la astrología egipcia, Sirio reviste, en efecto, una importancia de primera magnitud, y la «Gran Proveedora» es constantemente evocada en los textos de las pirámides: «Isis viene a ti (Osiris) gozosa de tu amor. Tu simiente sube en ella, penetrante como Sirio, Horus penetrante sale de ti en su nombre de: Horus que está en Sirio.» (Pir, 1635-1636.)

Sirio, en el esoterismo del Templo Egipcio, hace el papel del Gran Fuego Central para nuestro Sol. Ahora bien, la ciencia moderna nos enseña que esta estrella doble cuya densidad es sumamente pesada podría perfectamente sugerir la existencia de un sistema atómico cósmico que tenga por núcleo la antigua «Sothis» (o Sirio). ¿Se trataría del Sol Intermediario anunciado por Yámblico?

Como fuere, Alejandro Magno, como hijo piadoso de Amón, modificó el calendario griego a fin de que en lo sucesivo el instante de la salida de Sirio señalase el comienzo del año nuevo, tal como se hacía en Egipto.

Prosiguiendo su marcha, el ejército macedonio conquistó Gaza, el cerrojo del valle del Nilo. Comprobando que toda resistencia era inútil, el gobernador persa rindió el país sin combate.

Es como liberador, en medio del entusiasmo popular, como Alejandro hace su entrada en Egipto. El ejército de tierra y el ejército de mar, al mando de Hefestion, se reúnen en Heliópolis, la ciudad del Sol, símbolo de victoria, y en Menfis, la capital de los reyes, donde ha fijado su residencia, Alejandro acoge al colegio sagrado de los sacerdotes de Amón (su protector) que acuden a ofrecerle la tiara de los faraones.

En el templo de Ptah, en el curso de una ceremonia, accesible únicamente a los iniciados, tiene lugar la coronación. El gran sacerdote de Ptah ha despojado a Alejandro de sus vestiduras y entonces éste se purifica en un baño de agua lustral. El gran sacerdote le ha impuesto las manos y luego lo unge con el óleo santo, en todas las partes del cuerpo que son los centros ocultos de vida (19). Después le revisten con el ropaje de la realeza. Se ha sentado en el trono dorado, se cubre con la mitra blanca del Bajo Egipto y el birrete rojo del Alto Egipto; la corona *Atef* del dios Ra, la venda de cabeza *Seshed*, la corona de piel

azul o *kheperesch*, la corona *ibes* y por último la diadema hecha de altas plumas de avestruz. Entonces Alejandro lleva a cabo la «subida regia», penetrando en un gran «maos» de granito rosa, puesto sobre un zócalo de gres y rodeado al Este y al Oeste de los colosos osiriacos. En la impresionante penumbra, es denominado el «hijo de Amón» y, gracias a éste, reinará en todos los dominios del Sol (20). Por último le entregan los signos de la realeza: el cetro con asas, símbolo de toda vida y el *flabellum*, o látigo, signo de omnipotencia. Tan sólo entonces, es investido con el *gran nombre* y enumeran el enunciado de su titulación real: «hijo de Horus, rey del Alto y del Bajo Egipto, elegido del dios-Sol, Alejandro, muy amado de Amón, señor de las ascensiones como el dios-Sol para toda la eternidad».

Reconociéndose como heredero del último faraón, expulsado por los persas, Alejandro se prosterna ante la estatua de Nectanebis, al que besa en la boca para recoger el último aliento de su predecesor.

Visitando su nuevo reino, decide edificar un gran puerto en el delta del Nilo, que se llamará Alejandría, en recuerdo suyo. Los planos son encomendados al gran arquitecto griego Dinocrato y la ciudad se convertirá en la capital de la cultura helénica. Aprovechando la tregua que le daba la interrupción de la guerra, Alejandro quiso entonces cumplir una peregrinación que hacía mucho tiempo meditaba: la visita al oráculo de Amón. Antes del combate decisivo contra Darío, necesitaba estar a solas con su «padre espiritual».

Acompañado solamente por algunos fieles, Alejandro se puso en camino para el oasis de Siauah que se hallaba en el desierto de Libia, a trescientos kilómetros en el interior de las tierras. No era un paseo, sino un viaje que duraba ocho días, a pie —no se utilizaban camellos en aquella época— a través de un desierto de arena ardiente. Alejandro se encontró cogido en una tempestad de arena que le hizo perder su ruta, pero el vuelo de las aves guió a la pequeña tropa hasta el oasis. La sed se hizo sentir también, pues no había agua, pero Alejandro no se daba cuenta de nada: estaba transportado por su ensueño y como en un segundo estado, y cuando llegó al pie del pequeño templo, escondido en un palmar, cayó de rodillas dando gracias al cielo. Alejandro fue recibido por los sacerdotes de Amón e introducido solo en el santuario. Pudo contemplar en él la barca simbólica que contenía la imagen divina. Diodoro de Sicilia habla así de ello:

El ídolo del dios Amón está cubierto de esmeraldas y de otros adornos, y pronuncia oráculos de una forma muy particular. Es llevado sobre una barca de oro por ochenta sacerdotes. Estos, sosteniendo a su dios sobre sus hombros, se dirigen automáticamente hacia donde les empuja la voluntad divina. Y detrás de ellos va la procesión de las muchachas y las mujeres que cantan durante todo el camino peanes e himnos.



La imagen de Amón no era una estatua, como se ha pensado a menudo, sino un meteorito, una piedra caída del cielo, según la expresión de los antiguos. Estos betilos fueron venerados siempre en la Antigüedad porque presentaban, dado su origen, un carácter sagrado. Aquellas «piedras de rayo» eran para los griegos el atributo de Zeus que gobierna al cielo y, por tanto, en lo que concierne al oráculo egipcio, este poder se confundía con el de Amón, dios cósmico del panteón agipcio. Mircéa Eliade considera, además, que estos meteoritos «representan el centro del mundo», a la vez «símbolos y emblemas». Su carácter sagrado supone una teoría cosmológica al mismo tiempo que una concepción precisa de la dialéctica hierofánica (21). Estas piedras representan, en efecto, la «casa de Dios», provenientes de un fragmento desprendido de la divinidad central, el Sol.

Alejandro pidió al gran sacerdote que fuese su intérprete con Amón, y luego hizo la pregunta que le quemaba los labios. ¿Sería el dueño del mundo? Le contestaron que sí. Después preguntó si todos los asesinos de su padre (Filipo) habían sido castigados y el oráculo respondió: «Exprésate mejor, pues ningún mortal puede matar a tu padre (que es Amón), pero todos los asesinos de Filipo han sido castigados.» Alejandro hizo otras preguntas más cuyas respuestas mantuvo en secreto.

Los sacerdotes le entregaron asimismo un manuscrito mágico, talismán que había de protegerlo toda su vida y revelarle el secreto del Universo. Este papiro, encerrado en un tubo de oro, fue enterrado con la momia de Alejandro (22).

Adornado desde entonces con la aureola divina, el conquistador volvió a Egipto donde prosiguió activamente los grandiosos proyectos que había concebido para Alejandría: fundación de una biblioteca inmensa, elevación de un faro gigantesco, construcción de un puerto en aguas profundas y apertura de grandes avenidas rectilíneas.

A partir de aquella fecha, la «divinidad» de Alejandro fue aceptada por los griegos si no por los macedonios. El oráculo de Apolo en Bránquidas y el de Eritrea le reconocieron como un dios y él mismo no dejó ya de considerar que tenía por padre a Zeus-Amón, llegando incluso a dirigirse a los atenienses en estos términos, haciendo alusión a Filipo como a alguien «que en el pasado fue llamado mi padre». A contar de aquel instante, Alejandro empezó a llevar en torno de su cabeza la red-cilla de oro adornada con dos cuernos de carnero, emblema solar de su divinidad, pareciéndose así, con sus cabellos rubios, al propio dios Amón.

El joven rey podía ya consagrarse por entero a su proyecto supremo: conquistar el imperio de Darío y alcanzar los límites del mundo civilizado.

En el momento de emprender su gran aventura oriental, Alejandro tenía el sentimiento de atravesar las puertas del misterio, ya que, en resumen, ¿qué sabían a punto fijo los griegos y con mayor motivo los

macedonios sobre el Imperio de los aqueménidas? Pocas cosas, en verdad, y las más de las veces historias transmitidas de palabra, bastante alejadas de la realidad. Se contaba, por ejemplo, que los persas eran unos bárbaros, apenas capaces de construir casas de adobe, adoradores del fuego dedicados a un culto primitivo y esclavos dominados por un tirano asiático despótico y cruel.

Los soldados helenos apenas conocían el nombre de Babilonia, aquella enorme metrópoli veinte veces mayor que Atenas, y Susa, Persépolis y Ecbatana, opulentas y vastas ciudades, seguían siendo para ellos nombres desconocidos. ¿Sospechaban siquiera la inmensa extensión de los territorios dominados por los monarcas aqueménidas? Aparte el Asia Menor y la Babilonia, ¿qué representaban para ellos estas provincias tan vastas como mundos, Susiana, Media, Hircania, Bactriana, Sogdiana? Comarcas desconocidas y casi míticas arrojadas en un espeso misterio.

Guiados solamente por el sentimiento de superioridad que les daba la calidad de ciudadano griego y confiados en la estrella de su general, al que admiraban más que nada, aquellos hombres se lanzaron al asalto de un mundo que sin duda jamás hubieran afrontado de haber sabido la verdad.

Cuarenta mil infantes y ocho mil jinetes se pusieron en marcha hacia el Éufrates. Cruzando luego el Tigris por sorpresa, el Ejército griego se encontró de pronto ante una tropa innumerable. Darío había reagrupado en la llanura de Gaugamela un ejército inmenso compuesto de persas, bactrianos y hasta de indios, de escitas, de partos y de medos, contingentes de leva de todas las partes de su inmenso imperio. En total, el Gran Rey alineaba lo menos doscientos cincuenta mil hombres. Además, Darío contaba con sus elefantes de guerra y sus carros de combate armados de hoces cortantes como navajas. Pero estaba escrito que aquel despliegue de fuerzas no serviría de nada. Alejandro era el enviado de los dioses y los astrólogos de Menfis que el conquistador había traído consigo debían pronunciarse. Ahora bien, aquel mismo día se produjo un eclipse de luna. Es sabido que la Luna, en forma de diosa Astarté, era venerada en Babilonia. Aquel oscurecimiento del astro nocturno pasó, a los ojos de Alejandro, por una señal de su padre Amón-Ra, el dios-Sol, que le anunciaba la victoria, y los adivinos dijeron que así era.

Por lo tanto, Alejandro no vaciló. De madrugada, reunió su ejército y, repitiendo la maniobra de Issos, arremetió con su fogosidad habitual, conduciendo a su caballería sobre el centro del dispositivo enemigo mientras sus falanges sostenían el choque de la caballería persa. Llegando en su magnífico corcel, *Bucéfalo*, Alejandro se encontró frente a frente con Darío quien, presa de un terror loco, saltó de su carro y montando a caballo se alejó al galope. Al enterarse de la huida del rey, el Ejército persa se desbandó o se rindió a discreción. Recibido con todos los honores por los dignatarios civiles y religiosos, Alejandro hizo su entrada en Babilonia por calles sembradas de flores. Ante aquella acogida, el con-

quistador decidió respetar la ciudad y no entregarla al saqueo. Los macedonios quedaron estupefactos de ver, no una extensión de casuchas, sino una ciudad de gigantescas murallas erizadas de torres monumentales. Con sus jardines colgantes, sus palacios decorados con cerámicas y oro, la ciudad eclipsaba todo cuanto los soldados habían visto hasta entonces. En el corazón de Babilonia se alzaba, torre inmensa y multicolor, el ziggurat central, aquella «torre de Babel» bíblica que parecía querer escalar el cielo.

Sus siete pisos, cada uno de un color diferente, simbolizaban, espejo terrestre del más allá, los siete días de la semana y «recordaban» la ascensión del alma humana durante toda la evolución planetaria, desde su salida del caos durante el período saturniano, hasta su retorno al Sol divino a través de las metamorfosis de nuestro mundo. Y la pirámide, camaleón de colores cambiantes, parecía participar a su vez en aquella depuración gradual, pues pasaba del negro de Saturno a la blancura de alabastro de Venus, y, por el rosa pálido de Júpiter, por el azul tornasolado de Mercurio al rojo oscuro de Marte, para acendrase en el templo plateado de la Luna y en la capilla dorada de Bel (28).

El propio Alejandro, desde el principio de la campaña, iba de asombro en asombro. Ahora, ya no se consideraba como un invasor, sino como un profeta y un liberador venido a traer al Asia entregada el mensaje griego de la libertad. En cambio, empezaba a ver toda la belleza y la riqueza espiritual de Oriente y se puso a estudiar la religión y la filosofía de los persas.

Después de Babilonia, las otras grandes ciudades, Susa, Pasagarda y Persépolis, la capital, caían en manos del conquistador. Pero Ecbatana, residencia de verano de Darío, había de deparar a los macedonios una última sorpresa. En un marco deslumbrante de montañas azuladas coronadas por cimas nevadas, la rica ciudad, capital de la Media, extendía sus palacios y sus jardines.

La ciudad, nos dice Heródoto, constaba de siete recintos concéntricos, cada uno rebasando al otro en la altura de sus almenas. Las del primer recinto eran hechas de piedras blancas; las del segundo de piedras negras; las del tercero eran de color púrpura; las del cuarto azules y las del quinto de rojo. En cuanto a los dos últimos muros, estaban chapados de plata y oro. En el centro de todo se hallaba la residencia del rey.

Encontramos de nuevo aquí, en los persas, la cosmogonía planetaria de Babilonia, pero mientras que entre los semitas asirios la Luna es exaltada, entre los arios del Irán, penetrados por la doctrina de Zoroastro, es el sistema heliocéntrico el que se encuentra exaltado y, al igual que el Sol en el Cosmos atrae a los otros planetas, el rey de Persia, en

medio de su palacio, luz de su imperio, atrae a todos los pueblos alrededor de su omnipotencia.

Alejandro comprendió esta fabulosa enseñanza y, al proclamarse rey de Asia, teniendo vocación de gobernar todos los territorios de este inmenso continente, se propuso reunir a todos los pueblos bajo una misma ley y una misma religión, la de Ormuz, la de Zoroastro, la de Amón-Ra. Sucediendo a Darío que acaba de ser asesinado por sus propios oficiales, deja su manto de púrpura sobre el cuerpo del rey y se proclama su heredero. Lleva la tiara de los medos y se reviste el traje oriental, exigiendo que en lo sucesivo se prosternen a sus pies, en esa *proskinesis* que es una prueba de adoración.

Soldados y oficiales persas son introducidos en la infantería y la caballería. El Ejército puramente griego se transforma en un gigantesco mosaico militar que agrupa a todos los pueblos del imperio, y puesto que Alejandro es el sucesor de Darío, los asesinos del Gran Rey serán castigados. Besso, uno de los sátrapas que participó en el complot, es perseguido, detenido y condenado a muerte. Alejandro se identifica totalmente con el antiguo rey y pretende reinar sobre todos los territorios del imperio reconciliando el Oriente y el Occidente, siempre antagonistas. El Sol naciente y el Sol poniente, ¿acaso no difunden la misma luz? Alejandro sentía ahora toda la profunda sabiduría de Asia, hecha de intuición y no de razón lógica.

Su propósito, escribe Plutarco, no fue acudir a registrar Asia, como un capitán de ladrones, ni saquearla y devastarla, como si una felicidad inesperada hubiese residido en el estrago y el botín... Su voluntad fue hacer que toda la tierra habitable estuviese sujeta a la misma razón, y que todos los hombres fuesen ciudadanos de un mismo Estado y un mismo Gobierno. Si el gran dios que había enviado el alma de Alejandro a este mundo no le hubiese reclamado súbitamente, no habría habido, en el porvenir, más que una sola ley rigiendo a todos los vivos y el Universo entero habría sido gobernado bajo una misma justicia como bajo una misma luz. La forma como realizó su expedición nos muestra que obró como verdadero filósofo, no ya para conquistar abundantes riquezas, sino por hacer que reinase la paz universal, la concordia y la unión y asegurar la comunicación de todos los hombres unos con otros. Estimándose enviado por el cielo para ser el común reformador, el gobernador y el reconciliador del Universo, juntó el todo en uno, de todos lados, haciéndoles beber a todos, por decirlo así, en una misma copa de felicidad. Mezclando juntas las vidas, las costumbres, los usos y los maridajes, ordenó a todos los hombres vivientes considerar la totalidad de la tierra habitable como patria suya e invitó a todas las gentes de bien a sentirse parientes unos de otros, excluidos únicamente los malvados.

A fin de marcar bien a los ojos de todos esta voluntad de continuidad, Alejandro visita el mausoleo del gran conquistador Ciro, que todavía hoy



puede ser contemplado en la llanura de Pasagarda. Penetra en la tumba por una estrecha abertura y, en esta soledad que le pone frente a frente con la muerte, Alejandro descifra la inscripción del sarcófago que le causa una gran turbación:

*Soy Ciro, que conquistó este Imperio a los persas. No me envidies el infimo puñado de tierra que cubre mi cuerpo.*

En efecto, no sólo existen reinos materiales y el nuevo «rey de Asia» comprende que ha de ser un «cosmocrátor», es decir, un monarca que domine el Universo material y un jefe sacerdotal, intermediario entre Dios y los hombres situándose bajo la doble protección de Ciro y de Zoroastro, ese instaurador de la religión de luz cuyas huellas sigue él, el hijo del Sol por la gracia de Zeus-Amón.

Ahora bien, de conquista en conquista, de Media a Hircania, de las arenas ardientes de la Gedrosia a la Partia verdeante, el disco de oro del Sol, cada vez más brillante y más caliente, llama a proseguir la ruta hacia las fuentes luminosas. Este inmenso periplo conduce a Alejandro hacia tierras cada vez más lejanas y se adentra hacia el Norte, en esas *terrae incognitae* de Bactriana y de Sogdiana donde la población le opone una resistencia feroz, cuya rebelión consigue con dificultad romper, él, el vencedor de incontables combates. En estas comarcas montañosas, cada picacho rocoso es una fortaleza que ha de ser asediada. Diríase que se concentra en este paraje una postrer resistencia que encubre algún impresionante secreto.

Pero esta vez también, Alejandro está decidido a vencer, empujado por una angustia misteriosa. Siente la llamada del Sol, y porque la Bactriana y la Sogdiana son los países de Zoroastro, donde el profeta enseñó su religión grandiosa, necesita estas provincias impregnadas de influencia espiritual. Una vez ocupada aquella tierra sagrada, Alejandro sabía que ya no podía ser vencido, y fue igualmente por motivos religiosos y místicos que los últimos lugartenientes de Darío, los generales y sátrapas de Oriente, opusieron al conquistador una resistencia feroz. Sabían el envite de la batalla, la posesión de Bactras, ciudad natal de Zoroastro, la ciudad mágica visitada por los «superiores desconocidos» de la India, la ciudad magnética ligada al corazón del mundo, que constituía una de las entradas del reino subterráneo del Agarta, ese imperio misterioso donde tiene su sede el «rey del mundo», bajo las montañas del Asia central.

Alejandro entra en Bactras en 329 y permanece en ella dos años que aprovecha para estudiar la doctrina de los «maestros de sabiduría» de los cuales ya no sabemos nada.

La antigua ciudad sigue todavía en pie hoy y sus vestigios, que se alzan en un marco salvaje, contienen una majestad que ha impresionado a todos los visitantes. Toynbee, que visitó la ciudad en 1960, nos dice:

Hoy, he visto Balj con mis propios ojos y he podido recoger de ella una colección de imágenes. La primera fue la de su muralla meridional tal como se percibe desde la carretera viniendo del Sur. La segunda fue el vasto espacio interior de la ciudad, contemplado desde lo alto del Bordj-I-Ayran, un pabellón encaramado en el ángulo sudoeste de sus murallas. La tercera fue tomada desde la ciudadela (que es, por sí sola, una ciudad en la ciudad). La cuarta fue tomada desde la cima de la ciudadela, desde donde la mirada descubre no tan sólo el contorno de la ciudad y la mayor parte del circuito de sus baluartes, sino también una dilatada porción de la campiña circundante. La quinta fue de nuevo el baluarte meridional, pero visto esta vez desde la última terraza de uno de los dos templos de Zoroastro que flanquean en ambas partes los accesos de la ciudad cuando es abordada por ese lado. La última imagen fue la cara sudeste de sus murallas, vislumbrada por encima de mi hombro, mientras mi coche abandonaba Balj siguiendo la nueva carretera que conduce a Mazar-I-Sharif.

Cierto que el perímetro encerrado en los baluartes exteriores de Balj es irrisorio si se le compara con la superficie construida de Chicago o de Los Angeles, donde cada punto está separado de los otros por unos cincuenta kilómetros.

Y, sin embargo, Chicago y Los Angeles me han dejado frío, mientras que Balj —esta concha vacía de una ciudad difunta— me ha fulminado literalmente. Sin embargo, yo estaba sobre aviso. Esperaba quedar impresionado por su grandeza. Me había fijado largamente en fotografías y mapas. Había leído todas las descripciones que pude proporcionarme. Pero la imagen que me había hecho de ella no respondía en nada a la realidad. Que les sirva de ejemplo a los turistas que se extasían al ver Chicago. Estoy seguro de que los alejandrinos que visitaban Balj cuando era la capital del Imperio grecobactriano quedaban mudos de estupor. Y estoy seguro de que los romanos que la visitaron cuando era una de las capitales del Imperio de Kuchán tuvieron la misma sensación. Por mi parte, me ha dejado pasmado. Esas murallas ciclópeas, esas torres, esos amontonamientos de tierra, hasta su estado de desmoronamiento actual, dan una elevada idea de la majestad que puede alcanzar un esfuerzo humano sostenido sin desfallecer a través de doce siglos... ¿Cuál es la edad de Balj? Nadie sabría decirlo. Se enorgullecía de ser la madre de las ciudades. Pero nada permite verificar este aserto. Puede datarse un período de civilización griega con un solo tiesto de ánfora. Pero las murallas de tierra, aunque alcancen proporciones tan colosales, no revelan su secreto a los arqueólogos. Los ladrillos secados al sol no tienen edad. Tanto pueden pertenecer a un milenio como a otro.

De modo que todo cuanto podemos saber del pasado de Balj, interrogando a los vestigios titánicos de sus murallas, es que fue una de las más grandes metrópolis del Universo, durante el ochenta y cinco por ciento del tiempo transcurrido desde la aparición en la tierra de eso que llamamos civilización. Sólo en el transcurso de los

setecientos cincuenta últimos años Balj se sumió en las tinieblas del olvido (26).

Pero una vez más la «gran luz» estaba más lejos. Los sacerdotes de Zoroastro habían explicado al rey cómo, en el origen, todo era luz «semejante a una antorcha encerrada en un cristal». En el lado opuesto estaban los «receptáculos tenebrosos» o fuerzas del mal. Pero, si Alejandro quería saber más, decían que tenía que ir hasta la India, a orillas del río Ganges, donde se encontraban los «hombres sabios» meditando en sus templos en forma de loto. Allí, Alejandro conocería la sabiduría suprema enseñada por Sakiamuni, el Buda, muchos años antes.

¡La INDIA! Así, pues, había otra cosa más allá del Imperio persa, y el Gran Océano burbujeante que rodea la tierra debía estar situado más lejos. Alejandro decidió invadir la India fabulosa.

El Ejército, engrosado con los contingentes extranjeros ahora asimilados en el crisol militar, se puso en marcha hacia el Sur. El rey de Persia y de Asia iba a cumplir treinta años y quería festejar este aniversario en la capital del reino hindú, después de haber fundado, a todo lo largo de su camino, ciudades que llevasen su nombre (25).

Un obstáculo enorme cerraba el paso hacia las llanuras del Indo: el Hindu Kush, el macizo montañoso que se alza a las puertas del Afganistán. Los griegos, al salvar el puerto de Kahybar, siguiendo en sentido contrario la ruta de las grandes migraciones arias, se preguntaban qué iban a encontrar al otro lado. Los rumores más extraordinarios circulaban sobre aquel país; hablábase de hombres con dos cabezas, de seres andróginos y de pájaros multicolores a los cuales se les enseñaba la palabra. ¿No se servían de elefantes para llevar cargas y de leones para custodiar las casas? Los palacios de los reyes estaban, al parecer, incrustados de piedras preciosas y los templos poseían techumbres de oro macizo.

No obstante, la verdadera riqueza no estaba allí, sino entre los hombres de cabeza rapada, revestidos de la túnica amarilla de Buda.

Ya los signos del destino se acumulan, invitando a la antigua tribu aria de los macedonios a reunirse con sus hermanos de raza. Al apoderarse de la fortaleza de Aornos, que le corta el paso, Alejandro se entera de que había resistido victoriosamente a Krishna. Ahora bien, aquel profeta y mensajero de la India fue al mismo tiempo un guerrero y un jefe espiritual, y esta figura heroica impresiona al «rey de Asia y de Persia», como la imagen de un destino paralelo al suyo, y ello tanto más cuanto que los griegos, recordando el tiempo en que hindúes y helenos formaban un solo pueblo que dominaba las grandes estepas del Asia central, asimilan Krishna, el héroe solar, con Heracles, que llevó a cabo sus famosos doce trabajos en favor de los hombres.

En su camino, Alejandro percibe las primeras ermitas habitadas por los brahmanes, esos sacerdotes poseedores de una sabiduría milenaria.

El rey les interroga y ellos le responden mostrando los libros sagrados. La *Baghavat-Gita*, el *Mahabharata*. Estos textos han irradiado ya sobre toda Asia. Por Krishna el Verbo solar se ha extendido en Persia a través de Zoroastro que enseña el culto de un dios único de luz, y Mitra por sus misterios gana ya el Cercano Oriente. En Egipto, Akenatón, único descendiente de príncipes arios, los mitanienses, ha restaurado el culto del disco de oro y la Grecia antigua a Apolo, el dios del Sol y de la Lira mientras que Dionisos, el triunfador de la muerte, resucita las almas. ¿Acaso éste no recorrió Egipto y Siria para ganar finalmente la India donde se pierde su rastro, de creer a la mitología griega? Y he aquí que el milagro se repite. Siguiendo el río Indo, Alejandro descubre una misteriosa ciudad llamada Nysa, y cuando el jefe de los Ancianos le cuenta la historia de la ciudad, ya no duda. Es, en efecto, un fresco mitológico grandioso el que se desarrolla ante él, y Dionisos, Heracles, Amón y Ormuz se le aparecen como otros tantos símbolos múltiples, otras tantas imágenes diversas enviadas por el principio luminoso que se oculta en el Sol. La ciudad fue fundada por el propio Dionisos en la montaña que se llama monte Meru, el *Meros* griego. Ahora bien, este lugar es igualmente la montaña sagrada que vio la apoteosis de Krishna. Los macedonios están maravillados. La hiedra y la viña crecen sobre esta tierra como en los bosques de Dionisos en Grecia; se cubren de guirnaldas y de pámpanos, celebrando durante diez días una increíble bacanal que regocija a Alejandro. Algunos se ponen a profetizar y caen en éxtasis. Ya no es un ejército, sino un coro de hierofantes que por fin se pone en marcha y se apresta a cruzar el Indo para entrar en el país de Taxila, comarca amiga cuyo soberano ha establecido una alianza con el conquistador.

En la primavera de 326, Alejandro celebra juegos y sacrificios en la capital del Estado vasallo, preludio de una nueva campaña. Poro, el mahrajá que reina al otro lado del Hidaspes, ha rehusado someterse y reta a los griegos. Un ejército de elefantes es su arma secreta. Pero Alejandro no se deja sorprender; cruza el Hidaspes con el grueso de su ejército y toma de revés a las tropas enemigas que pronto quedan copadas. Poro combate hasta el fin con coraje y Alejandro le deja al frente de sus Estados (26).

Pero esta vez, el ejército del invasor está agotado. Los macedonios ya no tienen ímpetu y sólo piensan en regresar a su patria donde podrán disfrutar de un reposo bien ganado, y cuando Alejandro, prosiguiendo su sueño eterno de conquista, se dispone a invadir la llanura del Ganges atravesando el Hifases, sus tropas, por primera vez, se niegan a seguirle. Es un quebranto para el conquistador y su corazón se lacera de dolor. General siempre victorioso, rey absoluto de un inmenso imperio, elegido del dios-Sol, Alejandro se ve detenido por la inercia de su ejército, que ya no le entiende. Los hombres ya no están a escala de sus proyectos. Por haber creído que su destino era igual al de un dios, el hijo de



Olimpia descubre que tiene hombres y no titanes a su mando. No conocerá los templos de los «hombres sabios», no será huésped del «rey del mundo» en la ciudad de Schamballah, y su sueño inacabado deberá proseguir otro sin poder ponerle fin. Juliano, *hijo de Helios-rey*, seguirá las huellas de Alejandro llamado por la voz tonante del Sol.

Menos de tres años después, en 323, Alejandro se extinguía, fulminado por el paludismo, en la ciudad de Babilonia. Como fieras, sus lugartenientes se disputaron su imperio del que finalmente se repartieron los jirones. En su morada celestial, Alejandro se había reunido con el Sol (27), aquellas peripecias ya no le interesaban. Grecia había caducado. Roma iba a recoger la antorcha y, en su sueño universalista, seguiría dando fe del «Único».

### NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. Los preparativos fúnebres tardaron dos años. Por lo tanto, la fecha del traslado de las cenizas es 321.

2. En la simbología de los animales, el carnero es la representación tradicional del dios Amón, padre espiritual de Alejandro. En Astrología, ciencia particularmente apreciada en la Antigüedad, el signo del carnero es un signo de aire y, en lo que concierne al conquistador, representa la carrera del Sol, Ra, en el tiempo de Aries. En numerosas monedas, Alejandro es representado con la frente adornada con los cuernos sagrados del carnero solar.

3. Nombre griego de la tumba de Alejandro.

4. Iglesia de San Marcos, según creemos.

5. Destaquemos, aquí también, el parentesco con los doce signos del Zodiaco.

6. Que no debe ser confundido con Alejandro Magno o Alejandro III de Macedonia.

7. Para la importancia de *El Banquete*, véase nuestro capítulo relativo a Akenatón.

8. El origen de los cabirios va unido a los pelasgos, pueblos prehelénicos cuya historia se pierde en la noche de los tiempos. Su presencia en la isla de Samotracia es destacada por la leyenda según la cual es en esta isla del mar Egeo donde fueron iniciados Jasón, los argonautas, Pitágoras y Orfeo. Los cabirios son considerados como «teurgos del FUEGO» y como precursores en el trabajo de metales (o «metalurgos») y padres de la ALQUIMIA.

9. Las fraguas de Vulcano simbolizan el Sol interior de la Tierra, doble del Sol celeste.

10. A. WEIGALL, *Alexandre le Grand*, páginas 46 y 47.

11. A. WEIGALL, *op. cit.*, página 51.

12. A. WEIGALL, *op. cit.*, página 52.

13. Comparación con el nacimiento de Jesucristo y la virginidad de María.

14. PIERRE GRIMAL, *La Mythologie grecque*, P.U.F., París, 1953, página 25.

15. Estadio donde se practicaban todos los deportes.

16. A. WEIGALL, *op. cit.*, página 94.

17. El oráculo de Delfos era el más célebre de Grecia. Los consultantes que llegaban al santuario de Apolo debían hacer ante todo una ofrenda al dios y efectuar un sacrificio. Si los augurios se mostraban favorables, los sacerdotes admitían al consultante a penetrar en el templo e iban a buscar a la Pitonisa a fin de «introducirlo». Esta Pitonisa había de tener lo menos cincuenta años, aunque vestía como una muchacha. Era elegida entre todas las delfianas por la pureza de sus costumbres, pues, a partir de su entrada en funciones, se convertía en esposa del dios. Antes de cada consulta, la Pitonisa se dirigía a la fuente Castalia donde procedía a las abluciones rituales que habían de hacerla absolutamente pura. Ganaba luego la gran sala (*cella*) donde se alzaba el altar de Poseidón y el célebre Onthalos, aquel ombligo del mundo hecho con una piedra «caída del cielo» que los antiguos llamaban «betilo». La profetisa se retiraba entonces al «sancta sanctorum» tras haber procedido a unas fumigaciones consagradas con laurel. La pieza subterránea donde ella «comunicaba» con Apolo sólo estaba guarnecida de un trípode sobre el cual se ponía la Pitonisa y de una estatua de oro del dios solar. Allí, respirando las emanaciones de la tierra, entraba en «entusiasmo», es decir, en un delirio sagrado. La respuesta oracular era interpretada por los sacerdotes que la entregaban al consultante en forma de tablilla redactada en verso. El oráculo no podía ser consultado más que determinados días. Alejandro se presentó un día «nefasto», por lo que la Pitonisa no quiso darle una respuesta. Impresionada por el aspecto del joven príncipe, no pudo reprimir, sin embargo, la célebre frase que ya conocemos.

18. A. WEIGALL, *op. cit.*

19. Los *chakras* son los centros de fuerza en el hombre. El término es hindú y significa «rueda». En número de siete (cifra sagrada), estos centros, conocidos por los iniciados desde la más alta Antigüedad, han sido redescubiertos en Occidente el siglo XX por la práctica del yoga. Los diferentes chakras son, empezando por abajo: el chakra raíz (en la base de la columna vertebral), el chakra del bazo, el chakra umbilical, el chakra del corazón, el chakra de la garganta, el chakra de la frente y por último el chakra del loto (cima del cráneo). Cada centro es un punto de energía, sol en miniatura situado a lo largo de la corriente de energía vital formado por la «serpiente de fuego» que circula a lo largo de la espina dorsal. El despertar de los diferentes chakras, según técnicas secretas, entraña la aparición de unos poderes supranormales ligados a una progresión espiritual correspondiente. En cuanto al origen de esa corriente de energía verdaderamente prodigiosa, sólo puede explicarse por la condensación en el hombre de las FUERZAS SOLARES transportadas por el éter. (Para más amplios desarrollos, véase la obra de C. W. LEADBEATER, *Les centres de forme dans l'homme*, Adyar, París, 1927.)

20. C. DESROCHES-NOBLECOURT, *Vie et Mort d'un Pharaon*, Hachette, 1968, página 175.

21. MIRCÉA ELIADE, *Traité d'histoire des religions*, Payot, 1970, página 197.

22. Algunos no han dudado en pensar que este «talismán» llevado por Alejandro Magno no era sino la TABLA DE ESMERALDA, de Hermes Trismegisto, iniciador de Egipto.

23. ÉDOUARD SCHEURÉ, *L'évolution divine*, L.A.P., página 222.

24. ARNOLD TOYNBEE, *Entre l'Oxus et la Jumna*, Oxford, 1961, págs. 92-95.

25. Alejandro llegó al Norte hasta el Kazajstán actual, al norte del río Yaxartes, que desemboca en el mar de Aral. Esta estepa era surcada entonces por guerreros nómadas, los escitas. Fue en las orillas de este río donde el conquistador fundó «Alejandría-del-extremo-del-mundo».

26. En la capital del reino de Poro, Taxila, Apolonio de Tiana, el teurgo pitagórico que vivió en el siglo I, descubrió con alegría entreverada de sorpresa que el recuerdo de Alejandro seguía siendo vivo al cabo de tres siglos. «Apolonio y Damis entraron en un templo que se alzaba muy cerca, pero fuera del recinto amurallado. Columnas de pórfido rodeaban una *cella* central cuyas paredes cubiertas de bajorrelieves de bronce perpetuaban el recuerdo de las hazañas que hicieron la memoria de Poro inseparable de la de Alejandro. Sobre un fondo negro, el oro, el latón y la plata hacían destellar, con un arte suntuoso del color y una ciencia perfecta del relieve y del hueco, cascos, armaduras y escudos de guerreros. *Aquel templo magnífico había sido construido a la gloria de Alejandro por el propio Poro.* Era el insigne monumento de una gratitud perenne.» Así, hasta en la India, Alejandro fue venerado como un dios y, cosa más asombrosa, como un dios solar. En el templo del Sol de la misma ciudad, Apolonio pudo contemplar además la momia de un elefante de guerra que Alejandro, en recuerdo del héroe de la *Iliada*, había llamado Ajax y consagrado al Sol. En una anilla de oro que rodeaba un colmillo, podía leerse: *Alejandro, hijo de Zeus, consagró Ajax al Sol.* Y, hecho más significativo aún, la estatua de Alejandro había sido colocada en aquel último santuario. (*En: Apollonius de Tyane*, por MARIO MEUNIER, Grasset, 1936, página 75.)

27. La leyenda releva aquí a la Historia y consagra la «ascensión de Alejandro» hacia el Sol. Numerosas escenas, esculturas, pinturas y hasta joyas representan esta apoteosis. Roma elevará a su vez a Alejandro al rango de los dioses y el gran macedonio poseerá sus templos en la Ciudad Eterna. Volviendo a las representaciones de la «ascensión» del héroe, las más de las veces se ve a Alejandro de pie en el carro de Helios (el Sol) tirado por grifos o leones. Otro tipo de representación le muestra raptado en su trono. Un tercer grupo hace raptar a Alejandro por unas águilas que lo llevan hacia el astro eterno. En todas estas figuraciones, brilla una estrella sobre la cabeza del personaje, símbolo astrológico evidente de Sirio, el astro que preside los destinos de los reyes, según los egipcios y caldeos que lo llamaron *Sarrus*, el rey o el «señor de los cielos». Su aparición en el cielo, como hemos explicado, corresponde a la epifanía del sol en el solsticio.

*Soy, en efecto, el adepto del rey Helios.*

JULIANO

## CAPÍTULO IV

### JULIANO O «HELIOS-REY»

Si el azar de un viaje a la Ciudad Eterna os impele a visitar el museo del Capitolio, sin duda observaréis, en medio de esculturas espléndidas que recuerdan los fastos de los mecenas romanos, un busto de mármol en el que el cincel del escultor ha querido plasmar los rasgos austeros del emperador Juliano, que reinó de 361 a 363, y queda como una de las más bellas figuras de la Antigüedad, pese a todas las calumnias que han envuelto su memoria y le han valido el injusto sobrenombre de «Apóstata».

Mirando la máscara impassible del César que, mejor que las más bellas estatuas, evoca la grandeza de Roma, vi al filo de mediodía el rostro del emperador nimbarse del halo dorado enviado por los rayos del astro de la luz y, ante aquel milagro solar, apoteosis renovada del glorioso Helios-Rey, mi espíritu se encontró transportado a mil seiscientos años atrás, cuando la antorcha de la religión antigua arrojaba sus últimas luces sobre un mundo extenuado y próximo a sumirse en el largo sueño de la decadencia.

Es de noche. En el palacio de Constantinopla, sede del Imperio romano restaurado por Constantino, unos guardias avanzan sigilosamente. Tienen la horrible misión de degollar por sorpresa a los miembros de la familia real y exterminarlos hasta el último. La orden ha sido dada personalmente por el emperador Constancio, que quiere desembarazarse así de todos sus rivales en potencia, pues este gran soberano, este cristiano piadoso, se ve rodeado de puñales. Habiendo usurpado el trono, tiene miedo de ser derrocado por un golpe de fuerza que llevaría al poder a un representante legítimo de la familia imperial.



Los soldados penetran repentinamente en las habitaciones, deslumbrando a los durmientes con antorchas encendidas y, sin dejarles siquiera tiempo a implorar clemencia, se abalanzan, espada en alto, sobre niños y ancianos cuyos gritos se apagan en un estertor sangriento. Pronto el pavimento de mármol se cubre de un denso charco de sangre en el que se debaten las víctimas agonizantes. Se ha acabado la gloriosa dinastía de los Flavios, pero no por completo. No obstante, en su prisa homicida, los verdugos han olvidado dos niños, lívidos y temblorosos, escondidos detrás de un cortinaje. Cuando los guardias palatinos se percatan de su olvido, la sed de crimen les ha pasado y no se atreven a matar a sangre fría a los dos pequeños que se estrechan uno a otro a fin de protegerse mutuamente, en el colmo del terror.

De esta espantosa noche, Juliano se acordará toda la vida y seguirá oyendo, en una pesadilla sin fin, los gritos de sus parientes cuando los degollaban. Era en 337. No obstante, el asesino era tío de Juliano, y éste, en una carta a los atenienses, declaró más tarde:

Es cosa notoria que mi origen proviene del mismo linaje paterno que Constancio. Mi padre (Julio Constancio) y el suyo (Constantino) eran hermanos consanguíneos. Y no obstante, pese a los lazos de íntimo parentesco que los unían, he aquí cómo nos trató aquel soberano tan humano. Seis de mis primos y de los suyos; mi padre y otro tío común por parte de mi padre fueron ejecutados por orden suya sin otra forma de proceso. En cuanto a mí y a mi hermano (Galo), quería matarnos también. Pero prefirió, a fin de cuentas, condenarnos al exilio.

En efecto, tras el degüello de su familia, Juliano y Galo fueron desterrados a la ciudad de Nicomedia, no lejos de Constantinopla, pero en la orilla asiática de la Propóntida.

Nicomedia fue en cierta época la capital del Imperio oriental. Cuando Juliano llegó a ella, no era más que una ciudad en decadencia que aún conservaba, de su grandeza pasada, el sobrenombre de «Perla de Asia». Su rada maravillosa siempre teñida de un azul violeta que parece sacado de la paleta de un pintor de esmaltes, sus templos de dorados mármoles, sus baños y sus termas inmensos y fastuosos, el circo de montañas azulencas que cortaba el horizonte de sus palacios recordaban demasiado los fastos imperiales y la belleza de un paraje que no podía sino herir al muchacho, secuestrado en las habitaciones de una villa de las afueras. Juliano se escapaba a veces de la tutela de su tutor Eusebio, que más bien estaba considerado como un espía colocado por Constancio para retozar en la campiña circundante o a orillas del mar de Mármara. Juliano ha descrito personalmente la casa de Bitinia donde vivió algún tiempo:

Esa campiña se halla a veinte estadios escasos del mar, y en ella no se es importunado por el mercader o el marinero charlatán e insolente. Sin embargo, el paraje no está privado del todo de los favores de Nerea. A veces se encuentra pescado fresco y palpitante en él y si, saliendo de casa, trepas a un pequeño cerro, percibirás el mar Propóntida, sus islas, y la ciudad que lleva el nombre del gran emperador. No caminarás sobre algas y musgos... Sólo pisarás zarzaparrilla, tomillo y céspedes fragantes. Hallarás una profunda calma, y si quieres te tumbarás a hojear un libro. Luego, para descansar los ojos, nada más agradable que el espectáculo de las naves y del mar. Cuando era jovencuelo, aquella morada de verano me parecía deliciosa. Tiene aguas excelentes, un baño encantador, un jardín y árboles. Hombre hecho, sigo prendado de ese viejo asilo del pasado. He vuelto a él con frecuencia, y no volví a verme sin que lo mencionase en mis cartas durante mis ocios (1).

Lo que Juliano no confiesa en esta carta, es la experiencia inicial que recibió del logos solar, signo de un destino fijado por los astros, cuando, de chiquillo, descansaba en las colinas que dominan el mar. Mecido por el ruido monótono de la resaca, Juliano se durmió. Sintióse así transportado sobre las olas y aspirado por una gran fuente luminosa: el Sol. Entonces retumbó la llamada cien veces repetida de su nombre: Juliano... Juliano... ¡Juliano!, y este sonido iba *in crescendo*, rugiente como la voz del trueno. Helios, el Sol-dios de Oriente, llamaba a su hijo muy amado. Y en sus venas, el niño sintió pasar el fluido ardiente de la divinidad. Era el descendiente de un linaje de emperadores devotos del culto del Sol, padre de las grandes iniciaciones. Aquella claridad cegadora le aturdió y se sintió aspirado por un abismo vertiginoso. Entonces, despertó. El astro se hundía en las olas, lanzando sus últimos fuegos sobre el horizonte teñido de púrpura. Transfigurado, Juliano regresó despacio a la villa blanca rodeada de laureles y de olivos, que le servía de prisión dorada.

¿Pensaba el chiquillo de doce años, en aquel instante, en la antigua tradición del culto solar, cuya revelación acababa de tener? Ya, en los primeros tiempos del Imperio romano, Augusto, apasionado por la Astrología y las ciencias ocultas (no olvidemos que era nativo de Capri-cornio, ese signo grato a los iniciados), veneraba en Apolo al dios-Sol, padre de la Roma eterna, e hizo traer de Egipto, para marcar esta protección de Helios, un obelisco de piedra negra que, desde hacía muchos siglos, se alzaba en la ciudad sagrada de Heliópolis, erigido por orden del faraón Amenofis III, padre de Akenatón que fue el primero en consagrar la preeminencia del dios solar Atón. Alzado sobre el foro romano, el monolito recordaba a todos los emperadores las obligaciones sagradas debidas al divino logos.

Posteriormente, el emperador Adriano se hizo iniciar en los misterios de Mitra, el Sol resucitado, y Septimio Severo adoraba a Zeus-

Helios, en el templo de Baal'Beck, en Siria, recuerdo emocionante de la «religión de luz» instaurada en Oriente por Zoroastro. Más tarde, había ya el Bajo Imperio y el cristianismo comenzaba a triunfar de los antiguos cultos. Aurelio, que era hijo de una sacerdotisa del Sol, cuando fue el primer emperador de la dinastía iliria expresó su devoción proclamando la realeza del INVENCIBLE SOL (*Sol invictus*). Veía en este culto el bien del Imperio y la garantía de su unidad, amenazada por los «galileos». Los cronistas refieren que Aurelio, antes de librar combate al enemigo, vio la aparición del dios-Sol en persona que le dio la victoria. A fin de señalar aquel triunfo, el Augusto hizo elevar un templo del Sol en Roma mismo enriquecido con los despojos de Palmira que acababa de ser vencida. Se instituyó un colegio de sacerdotes para servir a la deidad omnipotente y fueron creados juegos cuatrienales en su honor.

En realidad, tal como lo pone de relieve Stewart Perowne, todo fue puesto a contribución para instaurar una religión oficial que diese satisfacción a las aspiraciones del monoteísmo.

¿No era igualmente el sentido de la reforma religiosa de Akenatón y de Zoroastro cuyo objeto oculto era la creación de una fraternidad de iniciados, los «Hermanos de Heliópolis»? Más cerca de nosotros, ¿no había seguido Alejandro las huellas de los «inspirados» al proclamarse COSMOCRATOR, llamado a gobernar el Universo por la gracia de Zeus-Amón?

El paganismo romano, así como las viejas religiones de Oriente, estaba todo penetrado de esta concepción solar de la iniciación que encontramos en los ROSA + CRUZ y en la FRANCMASONERÍA, prueba de una tradición inmemorial. Léon Homo lo ha percibido muy bien cuando escribe:

Las divinidades separadas, Júpiter, Apolo, Marte, Serapis, Atis, los Baales orientales y Mitra, aparecen todas cada vez más como otras tantas encarnaciones, otras tantas reproducciones exactas de una divinidad superior, es decir, del Sol.

El mismo Constantino *el Grande*, que se adhirió al cristianismo, dudó mucho tiempo entre el culto de Mitra y la religión de Cristo. Hasta el final de su vida no promulgó su famoso edicto que hacía del cristianismo la religión oficial del Imperio, sin proscribir por ello el antiguo culto romano del que siguió siendo gran pontífice; porque, en efecto, aquellos emperadores ilirios, descendientes de príncipes germánicos adheridos a Roma, llevaban en su sangre esa comunión con la naturaleza que se exalta en el panteísmo solar y Juliano dejaba hablar en él la voz imperiosa de su raza.

Pronto, estimando peligroso un exilio tan cercano de la capital, Constancio hizo trasladar a Juliano y su hermano a una región más lejana, en

el corazón de la salvaje Capadocia, una comarca montañosa cubierta de espesos bosques. Allí se alzaba la fortaleza imperial de Macellum. En ella, al menos, los jóvenes rehenes no sentirían la tentación de conspirar contra el príncipe. Aislados del mundo exterior, la única distracción de los prisioneros era la caza que abundaba en los bosques circundantes.

La educación de Juliano había de ser cristiana, puesto que el emperador había adoptado aquel nuevo culto. A este efecto, el obispo Jorge de Capadocia se encargó de su educación. En la rica biblioteca del prelado, el muchacho, muy despierto a la cultura helénica, halló un alimento a su gusto. Aparte los autores cristianos, Orígenes, Luciano de Antioquía y Eusebio de Cesarea, Juliano descubrió a los filósofos neoplatónicos, Plotino, Porfirio y por último Yámblico, cuyos *Misterios de Egipto* habían de producirle una profunda impresión. Aparentemente sumiso y catecúmeno dócil, Juliano comenzó a bosquejar una concepción del mundo hartamente distante, en realidad, de los principios cristianos. Sin embargo, en el pensamiento de sus educadores, el joven príncipe tenía que ser orientado hacia la carrera eclesiástica. La Teología le apartaría de la política.

Después de algunos años de vigilancia, Juliano fue juzgado inofensivo. Le permitieron, por tanto, ir a Constantinopla donde podría continuar sus estudios. Escuelas y bibliotecas rivalizaban en riqueza en la metrópoli oriental, que se jactaba de poseer algunos de los mejores retóricos del mundo antiguo: Nicóles y Libanio. Escuchando los comentarios de Homero y de Hesíodo, que le arrebatában, Juliano se impregnaba cada vez más del espíritu helénico, tan distante como cabe de los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

El príncipe seguía frecuentando, no obstante, las iglesias y asistía regularmente a los oficios. Se empezaba a conocer al nieto de Constancio Cloro, y en los medios eruditos como en el pueblo, el joven príncipe gustaba por su inteligencia y su sencillez:

Con el más sencillo atuendo, sin otra escolta que la de austeros pedagogos, se le veía acudir puntualmente a sus clases. Él, el nieto de Constancio Cloro, el sobrino de Constantino, el primo del Emperador reinante, no tenía ningún afán de mantener su rango. Respondía a las invitaciones y en ninguna reclamaba la prelación. En la escuela, obedecía con la misma premura que los demás; se marchaba a la misma hora que los demás. No pedía nada más que los otros. Si, bruscamente, se hubiese irrumpido en la sala donde se encontraba, ya se hubiera podido buscarlo con los ojos entre los alumnos, no se habría podido reconocerlo por ninguna de las marcas con que suelen afirmarse las situaciones eminentes... No obstante, pese a su recogimiento deliberado, lo que había de regir en su naturaleza se revelaba mediante indicios impresionantes (2).



Físicamente, el historiador Bidez nos traza del joven príncipe un retrato viviente:

Juliano, en efecto, se acercaba a su vigésimo año, y se hallaba en toda la belleza de su adolescencia. De estatura mediana, tenía la espalda ancha, el cuerpo bien formado y, sobre todo, una fisonomía atractiva. Sus ojos estaban llenos de brillo y tenía la mirada conmovedora de una juventud ardiente y pronta a exaltarse por cuanto parecía justo y noble. Si se añade que era abierto, vivaz y jovial, así como sencillo y afable y que en la calle se dejaba abordar por los más humildes sin mostrar la altivez, la rigidez hierática que Constancio cuidaba de prestar a su actitud cuando aparecía en público, se explicará el malestar y la alarma del emperador cuando se enteró por delaciones de la popularidad creciente de su primo (3).

En efecto, Juliano recibió pronto la orden de abandonar Constantinopla para regresar a Nicomedia, donde había pasado la primera parte de su juventud. Afortunadamente para él, la metrópoli de Bitinia acababa, en la persona del retórico Libanio, de alcanzar una gloria nueva. Al contacto del maestro, Juliano recibió las lecciones de dialéctica que le faltaban y adquirió ese buen gusto, ese tono justo que son el signo de una educación perfecta. Además, Libanio era pagano, lo cual no podía desagradar a su nuevo discípulo.

La venida del joven príncipe a Nicomedia era una instigación discreta a las asociaciones secretas paganas que frecuentaba Libanio y que no iban a tardar en atraer a Juliano, a pesar de la estrecha vigilancia ejercida por la Policía imperial. Aquella llegada, por repetir los términos del propio Libanio,

fue el principio de los mayores bienes, tanto para él como para toda la Tierra. En efecto, había aún en aquel lugar un destello de arte adivinatoria, que había escapado con dificultad a las manos de los impíos. Aquel resplandor permitió a Juliano buscar el rastro de lo que le tenían escondido. Reprimió su odio violento contra los dioses y se dejó ablandar por las predicciones de los oráculos (4).

¿Cuál era entonces aquella «teurgia» o «magia ceremonial» practicada por las sociedades secretas de la época? ¿Cuál era el secreto de aquellas reuniones esotéricas que finalizaban con la celebración de misterios a los cuales Juliano pronto iba a ser iniciado? El que, por amor del helenismo, quería realzar el prestigio de la antigua religión a las luces de la filosofía neoplatónica, veía ya los progresos extraordinarios del cristianismo, cuyo éxito estaba asegurado entre las masas.

La línea trazada al esoterismo, saber reservado a una élite, ¿podía crear una aristocracia que se tornase la ciudadela inexpugnable del mundo romano batido por las olas de la desesperación?

Resulta harto difícil responder en la hora presente a una pregunta

como ésta que pone en entredicho muchas de las enseñanzas recibidas.

En cualquier caso, se puede constatar que la última época del paganismo romano, antes de su derrota total ante la Iglesia de Pedro, debía contar con los filósofos más brillantes de la Antigüedad, desde la muerte del divino Platón.

Pero, volviendo a lo que los Padres de la Iglesia han llamado «sectas» y «templos de Satán», poseemos algunos datos acerca de ello.

Aparte los oráculos propiamente dichos, muy numerosos en la Antigüedad, los más célebres de los cuales fueron los de Delfos, bajo la protección del Apolo solar, y de Amón en Egipto, sin evocar las profecías de Dodona y de Trofonio, hubo santuarios reputados por los «milagros» que se desarrollaban en ellos ocasionalmente y de los cuales la predicción no estaba excluida. En el espíritu de los antiguos, los dioses vivían casi junto a los humanos, interviniendo constantemente para influir en su destino, de modo que la providencia se les antojaba como un fenómeno natural ligado al orden del mundo.

En esta categoría viene a situarse el templo de Heliópolis en Baal'Beck, recordando la teología solar muy apreciada en aquella época. Macrobio dice al respecto:

La estatua de oro del dios es llevada en angarillas por los notables del país, que tienen la cabeza rapada y se han purificado por una continencia prolongada. Les mueve un espíritu divino y entonces van, no adonde les agrada, sino allí donde el dios les impulsa.

Igual que en Hierápolis, en Siria, donde, según el pseudo-Luciano,

el Apolo sirio se mueve solo y da personalmente sus oráculos. He aquí cómo. Cuando quiere hablar (es decir, evidentemente su estatua), comienza por agitarse en su trono. Acto seguido, los sacerdotes lo alzan. Si no lo hacen, se agita y suda cada vez más. Cuando lo transportan a hombros, les hace girar sobre sí mismos y pasar de un sitio a otro. Por último, el gran sacerdote se presenta a él y le dirige toda clase de preguntas. Si el dios desapueba, retrocede; si aprueba, hace andar a los portadores hacia delante y los guía como con riendas. Así es como se recogen sus oráculos, sin los cuales no se emprende ningún acto religioso o profano.

Para creer en semejantes cosas, cabe suponer que los fieles habían de estar sumidos en un estado de éxtasis hipnótico.

Sentado esto, conviene observar que el Evangelio no es el único texto sagrado que refiere la existencia de milagros. El propio Jesús tuvo un contemporáneo en la persona del taumaturgo y filósofo Apolonio de Tiana que llevó a cabo numerosos prodigios y cuyo renombre sobrevivió mucho tiempo a su desaparición, hasta el punto de que Napoleón, adolescente aún, escribió, en el colegio de Bienne, una apología del cé-

lebre «mago». Juliano, todavía bastante más, veneraba a aquel discípulo de Pitágoras, iniciado en numerosos «misterios».

Respecto a ello, sería menester evocar tres «cofradías» de la Antigüedad, bastante secretas, es cierto, en las cuales Juliano, aparte la afiliación mitriaca bien conocida, recibió la iniciación reservada a los mejores de entre los fieles. Citemos los nombres de Atis, de Serapis y de Isis. No conocemos, por desgracia, las ceremonias y los ritos de aquellos cultos en apariencia tan diferentes, pero en realidad muy aproximados, sino por testimonios indirectos, pues la revelación de los «misterios» a los profanos se castigaba con la muerte. Lo que sabemos es la experiencia prodigiosa que constituía la iniciación tradicional. El neófito pasaba por varios estados, el primero de los cuales era la muerte espiritual, muy próxima, por sus angustias, de la desaparición física. El segundo estado era la resurrección del discípulo seguida de su «regeneración» por la luz divina. Entrar en contacto con nuestro «yo profundo» que participa de la sustancia cósmica, tal era el objeto de aquellas pruebas y de aquellas prácticas religiosas destinadas a desprendernos, mediante una catarsis liberadora, de nuestro viejo cuerpo, tal como hace la serpiente en el momento de la muda. En menor grado, es lo que hace el psicoanalista con su paciente. A la luz de tales enseñanzas debe comprenderse la teosofía antigua y los cultos que vamos a evocar.

El culto de Atis y de Cibeles fue el primero que se extendió desde Grecia por el Imperio romano. Con ocasión de las guerras contra Cartago, el oráculo sibilino prescribió el transportar a Roma la «Gran Diosa» (Cibeles), que se hallaba en el monte Ida. Cosa curiosa, el símbolo de la diosa estaba encerrado en Pérgamo (Asia Menor), en forma de meteorito negro o betilo, es decir, una piedra caída de los cielos: *lapis ex coelis*. Aquí encontramos una analogía con el mito del Grial, piedra celeste caída de la frente de Lucifer, el demiurgo. Cuando se sabe que Cibeles es considerada como la «madre de los dioses», se comprende mejor esta significación solar ligada a la aparición del «huevo del mundo» y de la «Vía Láctea»; el fuego de la tierra y el fuego del cielo han surgido de la misma fuente divina, a la vez macho y hembra, o andrógino, cualidad del ser primordial. La piedra fue conducida a Roma en 205 a. de Jesucristo, en medio de grandes solemnidades. La cosecha fue aquel año en extremo abundante, lo cual pone de relieve el poder creador y fecundante de la diosa. Un templo le fue alzado en Roma, en el monte Palatino, y cada año se celebraron juegos en honor suyo. En relación con el simbolismo andrógino de la divinidad, los sacerdotes de Cibeles hacían el sacrificio de su virilidad tornándose eunucos y se vestían de mujer. El personaje central del mito, Atis, era, según la leyenda, hijo o amante de Cibeles, elemento masculino de la díada. Los fieles, multilándose en el curso de ceremonias orgíacas, ofrecían a la Gran Madre su fuerza generatriz, esperando que aquella sangrienta ofrenda estimularía las fuerzas vitales de la Naturaleza.

Paralelamente a estas manifestaciones exteriores, en los templos se desarrollaban ceremonias mucho más secretas. Aquella asociación cerrada reproducía los ritos del culto frigio antiguo. A esta «secta» estuvo afiliado Juliano.

A fin de guardar el secreto, un ala entera del santuario era reservada a estas misteriosas prácticas religiosas. Allí, en una gran sala, se encontraba un trono sobre el cual se alzaba la estatua del dios Atis representado en forma de un hermoso joven. Los «misterios» constaban de dos grados, igual que en los «grandes misterios» de Eleusis. El primer grado se llamaba «iniciación», y el segundo, «umbral del templo». El candidato al primer grado recorría un largo pasillo sumido en la oscuridad y luego, tras diferentes purificaciones, desembocaba en el centro de la sala por alguna bóveda y se presentaba ante el trono del dios donde era sometido a diferentes ritos que ignoramos, simbolizando su unión con la divinidad y por lo mismo su propia divinización. Una de las viejas fórmulas utilizadas en esta ocasión nos ha sido conservada: *Feliz y bendito, serás dios en lugar de mortal*.

Parece ser que el candidato, en el curso de la prueba, bebía en una copa un brebaje sagrado análogo al *Soma* de Zoroastro. Aquel «oro líquido», o «licor de los dioses», permitía «visualizar» el mundo divino.

Juliano quedó tan arrebatado por estos «misterios» que escribió en una noche su famoso *Discurso sobre la Madre de los dioses*, en el que exalta a Cibeles. El príncipe filósofo concibe a Atis como

la sustancia de la inteligencia fecunda y creadora que engendra todo hasta el último grado de la materia, que contiene todas las razones y todas las causas de las formas materiales... Pues causas primeras no contienen las formas de los elementos últimos... Emanación de Helios —el tercer creador—, Atis desciende hasta la Tierra, por efecto del excedente de su fecundidad (5).

El «gorro con adorno de estrellas» con el que Cibeles cubre a Atis (el gorro frigio) simboliza el cielo aparente y el *gallos*, la Vía Láctea, «donde se efectúa la mezcla del cuerpo apacible y del movimiento circular del quinto cuerpo»; Atis desciende entonces en el antro donde tiene comercio con la ninfa, la cual representa el «principio humano de la materia». En cuanto a la madre de los dioses, «madre y esposa de Zeus, dueña de toda vida», lleva en sí misma, según una expresión de Gabriel de Rochefort, las causas de todos los dioses inteligibles o hipercósmicos, es la «fuente de los dioses intelectuales», y dado que posee «las causas de las formas materiales, ordena a su ayudante que dé a luz en lo inteligible, para evitar su progresión hacia la materia». Atis prosigue no obstante su descenso hasta las extremidades de ésta; es descubierto por el LEÓN —principio ígneo— y se mutila en un ataque de locura, señalando así la detención de su «carrera al infinito». La madre le llama por



último a sí, y él recibe por escolta las Coribantes, que son *las tres hipótasis soberanas de las razas superiores que vienen después de los dioses*.

No era de extrañar que esta interpretación «gnóstica» del hombre-dios grata a Juliano hallase un eco favorable en un autor moderno como Rosenberg, filósofo oficial de Hitler que hará de Juliano, en su *Mito del siglo XX*, uno de los héroes de la epopeya aria. Estas correspondencias, a dieciséis siglos de intervalo, no tienen por qué extrañarnos si es cierto que existe, a lo ancho del mundo, una cadena de «iniciadores» que se sitúan más allá de las tiempos.

### Los misterios de Serapis

Si ha lugar a evocar ahora los misterios de Serapis, es porque este dios está ligado una vez más a la teología solar elaborada por la escuela neoplatónica y continuada por Juliano.

Serapis es un dios grecoegipcio, formado de Osiris, dios de los muertos, y de Apis, el toro fecundo. En relación con el culto de Mitra y del Sol, la adoración de este dios fue muy extendida en la Antigüedad romana. Los Tolomeos fueron los primeros en proteger este culto en el Cercano Oriente.

Es sabido que Osiris es el guía de los muertos en el reino de las tinieblas, es la luz divina, el «Sol tapado», símbolo de la carrera oculta del astro en el reino de la noche. Apis, el dios-toro, representa el elemento vital de la diada, por el valor santificador y fecundante de la sangre que sacraliza el sacrificio divino al concentrar en su esencia la irradiación del logos solar, así como el Grial, o vaso de la sangre pura, exalta la comunión mística con Dios.

Apis fue asimilado a Osiris en los misterios y su cuerpo embalsamado fue enterrado en las cámaras subterráneas del *serapeum* de Menfis, donde se celebraba el culto de Osiris-Apis.

Serapis se convirtió entonces en el dios principal del panteón egipcio hasta transformarse, según la expresión de O. E. Brien, en una deidad universal, que absorbía por asimilación a los otros dioses. «Fue el soberano supremo, *apto para asegurar el poder mundial a los príncipes que lo veneraban*.» (Esto explica la devoción de los Tolomeos por este dios, ellos que reinaban en Egipto, y más cerca de nosotros la de Juliano, llamado a gobernar el Imperio romano.) Cabía aplicar al monarca protegido por Serapis

las palabras que el viejo soberano del panteón egipcio Amón había pronunciado dirigiéndose al faraón Tutmés III: «Te doy el poder y el triunfo sobre todos los países. Todos los pueblos tendrán pavor en presencia de tu alma, y te temerán hasta en los extremos más

remotos del mundo, donde están las cuatro columnas que soportan el cielo.» Fue para sus adoradores el dios único, calidad constantemente puesta de relieve en todas las alabanzas que le eran otorgadas, y una fórmula de los actos oficiales proclama: «Uno es Zeus-Serapis.» Igual que antes en la vieja religión egipcia, Osiris había sido asociado al Sol y Serapis fue identificado con Helios. Esta concepción concordaba bien por lo demás con el panteísmo solar que se extendió a favor del helenismo en todo Occidente y que se convirtió, como hemos visto, en el nervio de la doctrina teológica del paganismo expirante (6).

Abordemos, por último, los misterios de Isis, cuyo interés es muy grande, pues resucitan la atmósfera teúrgica del paganismo en el siglo IV. Apuleyo nos hace una descripción maravillosa de una ceremonia de iniciación; y ante todo nos muestra la diosa en su santuario:

Largos cabellos muy tupidos, ensortijados y sueltos, flotaban blandamente sobre una nuca divina. Bajo una corona de flores diversas, sobre la frente, un disco plano en forma de espejo, imagen de la Luna, irradiaba blanca luz. En soporte de este atributo, a derecha y a izquierda de la cabeza, unas víboras erguían su cabeza flexible y unas espigas de trigo se balanceaban. El color cambiante de la túnica de lino era sucesivamente blanco como el lirio, dorado como el azafrán, encarnado como la rosa. Y lo que me impresionó más vivamente fue un gran manto absolutamente negro, de un negro resplandeciente, que ceñía el cuerpo de la diosa, pasando de la cadera derecha a la izquierda, como un escudo, con un pico que caía en mil pliegues graciosos, y alrededor un lindo flotar de flecos. Tanto en los ribetes como en el tejido brillaban miles de estrellas, en medio de las cuales una luna llena lanzaba miradas de fuego. Pero había más: un bordado ininterrumpido, en el que todas las flores estaban con todos los frutos, daba la vuelta al manto. Además, ¡cuántos atributos diferentes! En la mano derecha, un sistro de bronce cuya delgada placa curvada en forma de tahalí, el golpeo de algunos palillos, cuando la diosa movía el brazo, tintineaba con agudo sonido. De la mano izquierda pendía una lámpara de oro, cuya asa, en su curva más hábil, portaba un áspid que erguía la cabeza e inflaba el cuello. Por último, las sandalias que calzaban los pies de la inmortal estaban tejidas de fibras de palmera, árbol de victoria. Así era la diosa soberana, y olía a perfumes de Arabia.

Después de esta evocación de la «gran diosa», Apuleyo nos hace asistir a la procesión ritual en las calles de Isis, patrona de los navegantes.

Mujeres con espléndidas vestiduras blancas y gozosas con sus varios atributos, coronadas con los colores de la primavera, llevaban brazadas de florecillas con las que sembraban el camino por donde avanzaba la procesión. Otras mujeres caminaban portando a la espalda espejos que precedían inmediatamente a la diosa y en los

cuales ésta podía contemplar la continuación del cortejo. Las había que manejaban peines de marfil y por el movimiento de sus brazos y por la inflexión de sus dedos parecían peinar a su reina. Otras aún, provistas de bálsamos y de perfumes, rociaban en ellos el suelo gota a gota.

Todo un gentío de hombres y de mujeres seguía con linternas, antorchas, velas y toda clase de luces por ganarse el favor de la diosa que ha creado los astros del cielo.

Los pontífices, esos grandes maestros del culto, revestidos con una gran túnica de lino blanco ceñida en el talle y que les llegaba a los pies, portaban las insignias augustas de las omnipotentes divinidades. El primero sostenía una lámpara de viva claridad, muy diferente de las lámparas con las que alumbramos nuestras cenas; de oro, hueca como una barca, una gran llama brotaba de sus flancos. El segundo, parejamente vestido, aguantaba con ambas manos unos altares llamados «socorros», nombre que deben a la vigilancia socorredora de la diosa soberana. Un tercero avanzaba alzando un ramo de oro artísticamente cincelado y el caduceo de Mercurio. El cuarto mostraba a todos el emblema de la justicia que era una mano izquierda abierta; una pereza natural, ninguna prontitud, ninguna habilidad habían hecho seguramente preferir la mano izquierda a la derecha para simbolizar de una manera congruente la justicia. El mismo pontífice sostenía también un pequeño jarro de oro en forma de seno y sacaba de él libaciones de leche. Un quinto cargaba con un jarrón de oro en el que se hacinaban ramas de oro. Y otro más, por último, portaba un ánfora.

El cuadro al cual acabamos de asistir nos da una idea de lo que podían ser la riqueza y la magnificencia de las fiestas de Isis. Pero no hemos llegado al final de nuestros descubrimientos. Cuando el neófito deseaba ser iniciado en los misterios de la diosa, se dirigía al gran sacerdote, y si éste le juzgaba digno le daba tiempo a reflexionar conduciéndolo a una pieza donde el aprendiz meditaba sobre su condición. En la masonería, ese lugar se llama hoy «gabinete de reflexión». Después de esto, el neófito se purificaba con baños de agua lustral que le libraban de las malas influencias y, revestido sólo con la túnica de lino, era conducido al santuario.

Por desgracia, Apuleyo, que fue un iniciado, estaba obligado al secreto y nos advierte que sólo podrá revelarnos las ceremonias exteriores, no los ritos iniciáticos:

Sin duda vas a interrogarme ansiosamente, lector atento, por saber qué se dijo después, qué se hizo. Lo diría si pudiera ser, lo sabrías si estuviese permitido decirlo. Pero para los oídos y para la lengua, sería una falta pareja tan temeraria curiosidad. No obstante, quizá sea un piadoso deseo el que te tiene en suspenso, por lo que no haré durar mucho tiempo tu impaciencia. Escúchame, pues, pero créeme, pues digo la verdad. *He alcanzado los confines de la muerte,*

*he pisado el umbral de Proserpina y he regresado llevado a través de todos los elementos.* En medio de la noche, he visto resplandecer el Sol con puro brillo. He visto también los dioses infernales y los dioses celestes, *he podido contemplar su faz*, y de cerca los he adorado. He aquí lo que puedo referirte. Pero por mucho que hayas oído mis palabras, ignorarás su sentido: el destino lo quiere. (...) Así es que todo cuanto puede ser comunicado sin sacrilegio a espíritus profanos es lo que voy a referiros. La mañana brilló, las ceremonias terminaron y entonces me adelanté revestido de doce ropajes sacerdotales. Por ritual que fuese aquel atavío, nada me impide hablar de ello, pues en aquel momento, todo el gentío lo vio. En el centro mismo del templo, delante de la estatua de la diosa había sido colocada una alta tarima de madera y fue sobre ella donde me hicieron poner. Una vestidura de lino, de flores pintadas, me designaba. De mis hombros colgaba sobre la espalda y hasta los talones una soberbia clámide. De cualquier lado que me mirasen, se me veía decorado con animales de todos colores: aquí dragones de la India, allí grifos *hiperbóreos*, esos cuadrúpedos alados como las aves y que produce otro mundo. Esta clámide es lo que los sacerdotes llaman estola de Olimpia. En mi mano derecha llevaba una antorcha encendida, tenía la cabeza ceñida por una corona de palma cuyas hojas apuntaban como rayos. *Así ataviado a imitación del Sol* (7), puesto allí como una estatua, aparecí cuando de golpe recorrieron las cortinas, a los ojos ardientes del gentío. Posteriormente, aquel hermoso día, el día aniversario de mi renacimiento en el seno de los misterios, lo he celebrado siempre con delicados manjares, con alegres banquetes. El tercer día se desarrollaron las mismas ceremonias, y luego tuvo lugar el almuerzo sagrado. La iniciación estaba cumplida.

El segundo grado de los misterios de Isis estaba formado por «los misterios nocturnos del dios supremo», lo cual nos conduce de nuevo a Serapis-Osiris, dios supremo, elemento masculino de la diáda. Por esto el politeísmo de los antiguos aparece mucho más formal que real. La unidad trascendente del «Innominado», es lo que Juliano, filósofo clarividente, había comprendido. A su juicio, el cristianismo representaba más bien un empobrecimiento comparado con la riqueza simbólica de los antiguos cultos, muy bien diversificados y adaptados a la mentalidad de cada pueblo y hasta de cada individuo.

Ya Pitágoras, en el siglo VI a. de J. C., enseñaba la unidad de dios y la doctrina de la reencarnación predicada por el brahmanismo y el budismo. A esta concepción muy elevada, el filósofo matemático añadía un conocimiento profundo de la naturaleza vegetal y animal, progresando hasta la realidad del Cosmos. Juliano se proclama muy a menudo, en sus cartas, el heredero de Pitágoras, como sus maestros venerados, Proclo y Yámblico. Platón y más tarde su discípulo tardío Plotino se valdrán del filósofo de Crotona y de su revelación astral. En Occidente, el teurgo y mago iniciado en Egipto puede ser considerado como el padre de la



ciencia esotérica tradicional griega y romana. Louis Rougier escribe al respecto en su librito *La religión astral de los pitagóricos* (pág. 100, P.U.F., 1959):

El cosmos bipartito de Pitágoras, de Platón y de Aristóteles era un marco maravillosamente apropiado para acoger la visión del mundo de las economías de salvación y de las religiones de misterios del Oriente mediterráneo: astrolatría caldea, mazdeísmo, cultos anatólios y sirios, gnosticismo, hermetismo, judaísmo de la *Diáspora* y judaísmo palestino, esenismo, mitriacismo, cristianismo, neoplatonismo, maniqueísmo, teurgia, alquimia y astrología que, tras la conquista de Alejandro, irrumpieron en oleadas místicas sucesivas sobre el mundo grecorromano.

El pitagorismo introducía, además, una mística de los números atribuyendo a las cifras un valor sagrado correspondiente a un color, una nota musical y una vibración cósmica. De esta suprema «armonía», de esta «música de las esferas», elevándose hasta la escala divina, lo ignoramos todo en la hora actual, pero en la época de Juliano, estos conocimientos todavía estaban extendidos entre los iniciados de «alto grado», y Juliano, antes de ser emperador, fue uno de ellos, lo cual explica su fulminante ascensión y su elevación a la magistratura suprema.

Por el momento, el príncipe no abrigaba proyectos tan ambiciosos y se contentaba con estudiar, con todo su juvenil ardor, «la ciencia de los maestros de sabiduría», en primera fila de los cuales figuraba Yámblico *el Egipcio*. Detengámonos un instante sobre la teología solar del filósofo alejandrino que Juliano había de magnificar algunos años más tarde en su *Discurso sobre Helios-rey*.

Yámblico, el filósofo neoplatónico del siglo IV, discípulo de Porfirio, renovó enteramente la metafísica del paganismo dejando un amplio espacio a los dioses tradicionales de la Antigüedad y a la ciencia de Egipto.

En su obra capital, *Misterios de Egipto*, el filósofo de Alejandría estableció una especie de sincretismo religioso a base de teurgia, astrología y conocimientos esotéricos.

Rechazando o, mejor dicho, sobrepasando las viejas mitologías, Yámblico aporta una explicación del mundo, una cosmogonía y una cosmogénesis que ilustra la espiritualidad a la luz del conocimiento.

Ya Plotino había situado en sus *Enéadas* en la cima del COSMOS, el LOGOS divino, emanación del DIOS ÚNICO E INNOMINADO hacia el cual todas las almas arrojadas al mundo aspiraban a retornar en una ascensión gradual a través de los mundos cada vez más sutiles de la MATERIA, del AIRE y del ÉTER.

Porfirio completaba esta concepción afirmando que los numerosos dioses de la mitología griega no eran más que los atributos y las apariencias múltiples de una realidad divina una en su principio. Una jerar-

quía se establecía naturalmente entre estas apariciones simbólicas y los «grandes dioses», tales como Júpiter o Apolo ligados a la epifanía del Sol, principio activo de nuestro Universo, en el que ambos ocupaban el primer puesto.

Yámblico aportó su remate a esta obra grandiosa que, en numerosos aspectos, ofrece un lazo de parentesco con la concepción GNÓSTICA cuya influencia conocemos sobre las «herejías» cristianas, principalmente el CATARISMO.

La frase de Platón: «Convendrás en que el Sol confiere a los objetos visibles no sólo la facultad de ser vistos sino también la génesis, el acrecentamiento y la vida, AUNQUE NO SEA ÉL MISMO LA GENESIS», había impresionado al alejandrino y conducido a pensar que el Sol que nos alumbra no era el verdadero Sol, principio activo de nuestro COSMOS, sino más bien su espejo o su imagen.

Este astro superior, «trascendente» e «intemporal», conducía a la creencia en dos mundos paralelos y distintos. Yámblico reduce esta antinomia imaginando un tercer mundo intermediario guiado por un mediador. En el interior y al frente de cada uno de estos tres mundos se encuentran entidades espirituales distintas.

Volvemos aquí a la TRINIDAD adoptada tanto por el cristianismo como por la filosofía céltica de los druidas (la TRÍADA) o los pitagóricos.

El mundo más bajo estaba constituido por nuestro Universo visible con sus planetas y su SOL FÍSICO.

El mundo PROCÓSMICO formaba el Universo intermediario, gobernado por un MEDIADOR surgido de la esencia fecunda del BIEN.

Por último, el mundo HIPERCÓSMICO coronado por el Sol negro (8), principio supremo de toda la creación, formaba la esfera superior de esta trilogía. El mundo intermediario impedía toda ruptura entre el hombre y Dios, asegurando la continuidad del SER.

Juliano quedó seducido por esta construcción que hablaba tanto a su ardiente deseo de misticismo como a su inteligencia, ávida de comprensión y de conocimiento. La HELIOLATRÍA natural del príncipe hallaba, por fin, un alimento a su ardor. En lo sucesivo, la imagen de Cristo se borra para dar paso a un monoteísmo de esencia solar, único capaz a sus ojos de reavivar este cuerpo exangüe que se ha vuelto el Imperio romano.

Pero comprender no lo es todo; es preciso también «vivir» las creencias. Esto es lo que Juliano sintió antes que nada. Por esto quiso hacerse iniciar en los «misterios esenciales» del culto HELÍACO, a saber, los misterios de Mitra (9).

De Nicomedia, Juliano podía fácilmente trasladarse a las provincias limítrofes del Ponto Euxino, a Bitinia y Capadocia. El semidestierro que sufría le permitía visitar las ciudades de Éfeso y de Pérgamo, donde pudo ponerse en relación con sectarios de Mitra.

Un día, Máximo de Éfeso, teurgo célebre con quien el príncipe Flavio había trabado amistad, le convidó a celebrar el primer grado de iniciación mitríaca. Fue un gran día para Juliano.

Le llevaron al borde de las rocas que dominaban el mar, a algunas leguas de la ciudad de Pérgamo. Allí un anciano vestido de blanco le aguardaba y le invitó a seguirle. Los dos hombres penetraron en una gruta que se abría sobre un promontorio rocoso que dominaba el mar. El sol poniente acariciaba con sus últimos rayos la entrada de la caverna. Entonces el anciano, que era el gran sacerdote de Mitra, invitó a Juliano a despojarse de sus vestiduras y le dio una túnica de lino blanco, pues la lana de origen animal es impura. El hierofante precedió a Juliano en un subterráneo más angosto, especie de pasillo que desembocaba en una vasta sala abovedada tallada en la roca, que se parecía extrañamente a una cripta o una tumba. La claridad vacilante de una lámpara de bronce, daba a todas las cosas un fulgor espectral. Juliano fue presa de una angustia súbita. ¿No iría aquella estancia a ser su última morada? El anciano le preguntó con voz grave si estaba dispuesto a conocer la iniciación... ¡y morir! Superando un temor creciente, el joven respondió que sí. Entonces, el sacerdote se retiró, dejando a Juliano en la soledad. Una pesada piedra fue colocada delante del orificio. Luego reinó el silencio. Sobrecojido de intenso pavor y creyendo llegada su última hora, el neófito se abalanzó sobre el muro, que se puso a golpear con los puños, pero únicamente le respondía el eco de sus gritos. Entonces, calmándose poco a poco, se abismó en la meditación, comprendiendo el sentido de aquella prueba. Al cabo de un día el aceite de la lámpara se agotó y la caverna quedó sumida en la oscuridad. En las tinieblas que le rodeaban, Juliano ya no se sentía solo. Una luz azulada y centelleante brillaba ahora al fondo de la caverna..., pero él no hubiera podido decir si aún seguía encerrado, tan ligero se sentía y librado de toda traba física. El ayuno prolongado purificaba su cuerpo y su espíritu, y una gran sensación de paz penetraba todo su ser. Se sentía leve como una pluma y su cuerpo le pareció flotar en el aire. Permaneció así, habiendo perdido la noción del tiempo, tres días y tres noches, con el agua de un cántaro de barro por todo alimento. Por fin, al término del tercer día, la luz inundó el sepulcro y Juliano conoció un nuevo nacimiento en la matriz de la Tierra. El anciano condujo el joven al aire libre y luego lo hizo entrar en una pieza muy clara: el templo de Mitra. Al fondo del santuario se alzaba una estatua de mármol blanco del dios-Sol representado con los rasgos de un joven tocado con el gorro frigio, que sostenía dos antorchas. A su alrededor estaban los hierofantes, silenciosos y dignos, revestidos con la toga blanca de los iniciados.

Por orden del pontífice de Hécate, Juliano se tendió en el suelo, con los brazos en cruz y el rostro vuelto hacia el cielo. En aquel momento un himno muy dulce se hizo oír, cantado por el coro de los hierofantes, y Juliano cayó en éxtasis y oyó de nuevo la voz potente que le llamaba:

«¡Soy Helios, tu padre!» El dios le pidió que restaurase el culto de los dioses y de Roma y que CONSERVARA LA FE. Juliano prometió CONSERVAR LA VÍA ABIERTA AL SOL.

Cuando, recobrado de su éxtasis, abrió los ojos, el nuevo iniciado percibió los semblantes radiantes de sus «hermanos» en Mitra. Los miembros de la comunidad, sucesivamente, lo abrazaron y el pontífice le murmuró al oído: «¡Conserva la vía abierta!»

Entonces, la ceremonia finalizó y Juliano fue llevado de nuevo al aire libre, fuera del santuario, y reemprendió el camino de Pérgamo.

En lo sucesivo, el príncipe Flavio sería enemigo del cristianismo y aquella lucha no terminaría hasta la derrota del adversario.

Más tarde, Juliano, acordándose de aquella jornada, referirá a sus amigos el mensaje de Helios:

¡Observa lo amenazado que está el Imperio, lo afectada que está la dinastía que lo gobierna! Es porque el verdadero dios, el Sol invencible, el salvador que derrama sus liberalidades sobre el Universo entero y cuyo esplendor brilla en todas partes a nuestros ojos, el que produce el verano y el invierno, y los animales y las plantas, el que conduce el coro de los astros y dirige la divina armonía de las esferas, el jefe de la ciudad del mundo, Helios, está despreciado y sus sacerdotes son deshonorados. Ahora bien, ¿y tú quién eres, tú al que un odioso perseguidor ha rebajado en las filas de una vil clericalura? El último representante de la más divina de las dinastías, de aquellas a las que un cetro glorioso está destinado. Tu alma ha descendido a este mundo con una chispa de fuego divino, señor de la vida y PADRE DEL SOL VISIBLE. El dios tiene su mirada fija en ti. A la hora en que haga falta salvar al helenismo y al Imperio, quizá te llamará.

Y esta hora iba a sonar pronto. Mientras tanto, Constancio vigilaba cada vez más a su primo por tener algunas dudas en cuanto a su perfecta ortodoxia cristiana.

Finalmente, tras haberlo convocado en Italia, volvió sobre su decisión y permitió a Juliano frecuentar Atenas, pensando que la retórica era un mal menor que la política.

Juliano veía así satisfecho, por un capricho del emperador, su más caro deseo. Conocer la capital del pensamiento antiguo, la ciudad de Platón y de Pericles, la ciudad de la sabiduría, que irradiaba como un faro de cultura sobre el mundo romano. ¡Qué felicidad ante esta idea, largo tiempo acariciada como una quimera! Aquel favor era en realidad debido a la emperatriz Eusebia, que le había cobrado afecto a Juliano ante el enunciado de sus desdichas familiares.

En el transcurso del verano de 355, la nave que conducía a Juliano fondeó en el puerto de El Pireo. Un patricio de Antioquía, llamado Celso (10), acogió a Juliano en su elegante morada.



Aunque no fuese un habituado de las salas de lecciones, Juliano halló en Atenas un alimento al fuego interior que le devoraba. Leyendo mucho, sobre todo las lecciones de los profesores más notorios, Juliano, al mismo tiempo, hallaba en la ciudad del Ática una atmósfera apacible, un espíritu sutil que aún no habían transformado los ataques del cristianismo, apenas conocido por los atenienses, que manifestaban poco interés por él.

Juliano gustaba de pasear en la maravillosa campiña que rodeaba la ciudad, en medio de las colinas que llevaban los dulces nombres de Himeto, de Pentélico y de Licabeto. El camino de los ocios era, a veces, el de la filosofía.

La ruta que siguió con preferencia fue la de los jardines de Academo, cuyas avenidas se alargaban al norte de la ciudad, en dirección de Colona. La escuela de Platón, en efecto, perduraba allí, semejante a una especie de instituto monástico, con sus vastas instalaciones y sus «sosegadoras umbrías» (11).

Independiente financieramente, aquella escuela podía dar libremente una enseñanza desprendida de toda traba.

Una vez al menos, por la puerta de Dipilon, y la vía sacra, Juliano se dirigió hacia Eleusis, pasó por los olivares que cantara Sófocles, desembocó en el golfo de Salamina y penetró en el templo de las diosas. En Éfeso, efectivamente, Máximo le había prescrito ir a terminar su iniciación con el hierofante de Deméter, asegurándole que allí aprendería mucho (12).

Después de haberse preparado, delante del templo, con las abluciones y las purificaciones rituales,

el Príncipe, coronado de mirtos, penetró en el venerable santuario de las divinidades subterráneas. Fue admitido a contemplar todos los símbolos contenidos en la misteriosa cesta; vio la serpiente familiar de Triptólemo deslizarse en medio de las granadas y de las ramas de higuera; tomó parte en los yantares simbólicos; bebió el ciceon y probó los pasteles sagrados. En la sombra de la noche, vio iluminarse las estatuas milagrosas, asistió a las representaciones y a las danzas, oyó al hierofante con su larga túnica y los cabellos flotantes bajo la diadema de púrpura recitar los mandamientos impuestos a los iniciados. Juliano tuvo largas conversaciones con aquel «divino maestro» y bebió abundantemente en las fuentes de su sabiduría (13).

Recomendado por Máximo de Éfeso, el príncipe Flavio conoció a un renombrado teurgo de Atenas, Prisco.

Aparte el Ática, Juliano visitó igualmente las otras ciudades de Grecia y, en una carta a la emperatriz Eusebia, confesaba:

La filosofía no ha abandonado Atenas, ni Esparta, ni Corinto, y sus fuentes riegan abundantemente Argos la sedienta, brotando en la ciudad misma o delante de la ciudad, cerca de la antigua Meses, su puerto.

Siempre, según Libanio, veíase arremolinar en torno de Juliano, en Grecia, enjambres de jóvenes, de viejos, de filósofos y de retóricos. Los mismos dioses dirigían sobre él sus miradas, sabedores de que restablecería en su favor las tradiciones ancestrales. Si bien todos los hombres apreciaban su dulzura, solamente los mejores recibían sus confidencias (14).

La estancia de Juliano en Atenas fue sin historia, pero su carácter jovial, su sencillez, su carencia de orgullo le ganaban todos los sufragios, y aquella popularidad naciente hacía sombra a Constancio.

Pronto llegó una orden que instaba al príncipe a dejar Atenas y reunirse con el emperador en Milán.

Muy preocupado por su suerte, pues acaba de enterarse de que su hermano Galo, elevado por Constancio a la dignidad de César, había caído bruscamente en desgracia, Juliano obedeció al decreto imperial. En su zozobra, dirigió a Palas Atenea, la diosa protectora de Atenas, una ferviente plegaria:

Cuántos torrentes de lágrimas derramé, escribe en su epístola a los atenienses, cuántos gemidos, las manos alzadas hacia la acrópolis de vuestra ciudad, llamando a Atenea, exhortándola a salvar a su servidor y no abandonarlo. Muchos lo vieron y pueden dar fe de ello. La misma diosa, mejor que nadie, sabe que en Atenas le pedí morir antes que volver a la Corte. Pero ella no traicionó a su suplicante; no lo entregó; los hechos lo prueban. Me guió en todas partes; en todas partes me envió ángeles custodios, facilitados por Helios y Selene (15).

Durante el viaje, el joven príncipe tiene noticia de la muerte de Galo, decapitado como un malhechor en el fondo de una húmeda mazmorra. ¿Qué suerte le depara ahora el tortuoso Constancio, asaltado por una desconfianza enfermiza?

En el fondo de su corazón, el emperador comienza a arrepentirse de su gesto criminal. Por lo demás, ¿acaso es de buena política exterminar a los miembros de su familia, cuando los militares siguen conspirando contra él? Constancio reflexiona y aplaza su decisión. Antes verá a Juliano y decidirá de su suerte después.

Llegado a palacio, Juliano, muy preocupado, pasa por las manos de masajistas, peluqueros, barberos, que proliferan en la Corte como una nube de parásitos. Le maquillan, le perfuman, le ponen una rica dalmática de seda bordada y lo calzan con unas sandalias doradas. Con este atavío, es introducido en la inmensa sala de gala donde se halla el

augusto, brillante de pedrerías, tocado con la diadema imperial, arropado en un manto de púrpura, que resplandece de bordados y de oro.

Juliano se arrodilla ante el señor del mundo. Constancio le pone en pie y empieza a hablar. Con gran sorpresa suya, Juliano se entera por boca del mismo augusto que es nombrado César en reconocimiento a su abnegación filial.

El 6 de noviembre tuvo lugar en el campo de Marte la ceremonia de la investidura. Allí, en una inmensa explanada, estaban reunidas todas las legiones de Italia. Más de veinte mil hombres, cuyos cascos y corazas centelleaban al sol, estaban formados al pie de la tribuna imperial.

Constancio tomó la palabra, presentando al Ejército la gravísima situación que amenazaba al Imperio presionado por los bárbaros.

He aquí a Juliano, hijo del hermano de mi padre. Su modestia me le hace tan querido como los lazos de la sangre. Su juventud estudiosa ha hecho brillar su ardor en el trabajo. Deseo adjuntármelo, elevándole al rango de César. Si la elección os parece acertada, os pido ratificarla con vuestra aprobación (16).

Un murmullo de satisfacción acogió estas palabras. El Ejército pensaba que un decreto divino y no la voluntad humana era la causa real de aquella decisión.

El emperador prosiguió entonces:

que acababa de hacer su emperador, hizo resonar estrepitosamente de júbilo que acabo de oír. Que sea, pues, elevado a este honor insigne el joven en quien la sangre fría se alía al vigor. Más vale imitar la reserva que es el fondo de su carácter que pronunciar su elogio.

Y el augusto concluyó con estas palabras:

Con la elección que he hecho de él, he rendido plenamente homenaje a las cualidades que posee por naturaleza y por una educación excelente. Así es que, con el consentimiento del dios del cielo, voy a cubrirlo con el manto principesco (17).

Y, uniendo la acción a la palabra, reviste a Juliano con la púrpura y lo proclama César.

Una aclamación universal acogió estas palabras. La tropa, con escasas excepciones, para testimoniar su entusiasmo por la elección que acababa de hacer su emperador, hizo resonar estrepitosamente el escudo sobre la rodilla, lo cual expresaba en el soldado el colmo del contento. Una justa admiración acogió al joven César, radiante de esplendor en la púrpura imperial. Nadie se cansaba de contemplar aquellos ojos a la par terribles y llenos de encanto, y aquella fisonomía a la cual otorgaba gracia la emoción. Los soldados sacaban de ello el HORÓSCOPO del Príncipe, como si hubieran estudiado

los viejos libros en los que se aprende a discernir en los rasgos del cuerpo los secretos de las almas.

Tan apocado todavía no hacía mucho, el joven César, transfigurado, se sentía arrebatado por el entusiasmo de los soldados y ganado por una energía extraordinaria.

Finalizada la ceremonia, Juliano se sentó al lado de Constancio en el carro imperial, y así llegó al palacio.

Aquello acontecía el 6 de noviembre de 355 y Juliano contaba entonces veinticuatro años de edad.

Después de la proclamación, Juliano se puso en camino para la Galia invadida por los bárbaros, donde había de ejercer oficialmente sus funciones de César, pues en secreto Constancio había dado órdenes a sus subordinados para que el cometido de Juliano se limitase a una demostración protocolaria desprovista de la efectividad del poder.

El nuevo César no lo veía de la misma manera, y lo hizo saber. El prefecto del pretorio para la Galia, Florentius, hubo de inclinarse el primero ante la autoridad de Juliano. Éste, en algunas semanas, tomó realmente el mando de la provincia y decidió marchar sobre el Rin, en cuanto el Ejército estuviese reagrupado.

Mientras tanto, Juliano se sometió a la dura disciplina de los campamentos, obligándose a aprender esgrima y a marchar al paso al son de la pírrica. Murmuraba entonces: «¡Oh, Platón, si me vieras!»

Pero los germanos no le dieron tiempo a organizarse, irrumpiendo en la Galia, saqueando y devastando ciudades y campiñas.

Hacía falta más para desalentar al César de los galos. Encima, Juliano tuvo la suerte de hallar, entre los militares que lo rodeaban, a un oficial de gran talento, totalmente adicto al paganismo y a la causa imperial, Salustio, a quien debemos un viviente relato de la vida de Juliano.

En el solsticio de verano, el príncipe se reunió con sus legiones en Autun, de donde, no llevándose consigo más que una tropa de catafractarios (jinetes) y de balistarios (artilleros), ganó rápidamente Auxerre, que liberó, dispersando importantes bandas de alemanes.

Después, torció hacia Reims, donde se enteró de una nueva desgracia: la ocupación de Alsacia y de sus principales ciudades, Estrasburgo, Saverna, Brumath, así como de toda margen izquierda del Rin con Maguncia. Poniéndose seguidamente en campaña, las legiones romanas barrieron las tribus de invasores; tras lo cual, Juliano, feliz por su éxito, estableció sus cuarteles de invierno en Sens. Sin embargo, Estrasburgo seguía en manos de los bárbaros, por haber escapado al cerco.

El año 357, Juliano salió de Sens con unas fuerzas considerables. Dos ejércitos, procedentes uno del Oeste y el otro del Sur, habían de coger a los bárbaros en una tenaza y aniquilarlos. Complicando las cosas, los reyes germanos del otro lado del Rin acudieron en auxilio de sus



congéneres en apuros.

Empleando juiciosamente sus tropas, Juliano, hábil estratega, supo evitar lo peor y, tras algunas vacilaciones, aplastó a los bárbaros coaligados no lejos de Estrasburgo, donde hizo una entrada triunfal. Los germanos derrotados fueron perseguidos por Juliano más allá del Rin. Las operaciones finalizaron en el mes de enero.

En París (Lutecia), donde había fijado sus cuarteles, el César esperó el fin del invierno. Lejos de abandonarse a una engañosa despreocupación tras sus resonantes victorias cuyo rumor había llegado a la Corte de Constancio, Juliano desplegó en la administración de la Galia devastada una actividad febril. Se reinstalaron colonos en los campos, la tributación, demasiado pesada, fue reformada y desgravada, los abusos de los gobernadores fueron castigados y las bandas de saqueadores que asolaban la provincia fueron puestas en vereda de modo que la Galia entera, al cabo de un año, recobró una prosperidad que llevaba mucho tiempo sin conocer. En cuanto a los soldados, reconocían los méritos de su jefe, y la popularidad de Juliano aumentaba en la tropa no sin inquietar a Constancio, informado por numerosos relatos.

En 359, Juliano hubo de poner otra vez en estado de defensa a siete ciudades del Limes (18). Luego, cruzó de nuevo el Rin y sometió a los príncipes germánicos Vadamir, Ursicin y Valestrap, que imploraban la paz. Juliano refiere personalmente un balance de aquellos años de esfuerzos coronados por el éxito:

Siendo todavía César, he cruzado tres veces el Rin, y he hecho devolver por los bárbaros veinte mil prisioneros que estaban al otro lado del río. Dos batallas (la de Estrasburgo y la de Toxandria) y luego la toma de una fortaleza me han proporcionado un millar de cautivos, capaces de servir y en la flor de la edad. He enviado a Constancio cuatro cohortes de infantes excelentes, otras tres más ordinarias, y dos escuadrones de jinetes de élite. Con la ayuda de los dioses, he recuperado en el presente todas nuestras ciudades y, no siendo aún más que César, había reconquistado ya cerca de cuarenta (19).

Era en Lutecia donde todo iba a decidirse para Juliano.

A consecuencia de las malversaciones de Florentius, prefecto del pretorio y protegido de Constancio, Salustio, el mejor consejero del príncipe, nombrado cuestor, fue llamado a Italia, pues una maquinación urdida por la camarilla servil e intrigante del emperador veía en la acusación hecha contra Florentius una bofetada en la cara de la Corte.

Juliano se apesadumbró mucho de aquella llamada que le privaba de una amistad preciosa y de un consejo eficaz. Los agravios se acumulaban así contra la camarilla del agosto, y el propio Constancio, culpable de interesarse más en desbaratar imaginarios complots que en emplear sus fuerzas para salvar al Imperio acaparrado por una nube

de obispos y de clérigos ávidos de funciones lucrativas y honoríficas.

Entretanto, la popularidad del César aumentaba en la Galia, donde los «paganos» seguían en mayoría en aquel pueblo galorromano, amigo del orden y respetuoso de la grandeza del Imperio. Incluso en Oriente, los partidarios de un retorno al helenismo se regocijaban secretamente y reclamaban con todos sus deseos el respeto de la tradición.

Los ribereños del Orontes se alegraban de saber que el Rin estaba de nuevo abierto a las flotas romanas. Cada cual, o bien en privado, o bien en las asociaciones que agrupaban a las mismas voluntades, no paraba de rogar a los dioses que pusieran término a la plaga que arruinaba al mundo, y concediesen al resto de la Tierra una parte de los beneficios concedidos a los galos (20).

Juliano fue alentado en sus ambiciones por su médico y confidente, Oribases, que había creído reconocer presagios amenazadores para el emperador. El César aspiraba ya a ocupar el sitio del déspota.

Por su parte, Constancio veía con aprensión destacar la poderosa personalidad de Juliano, a quien al principio juzgaba insignificante. Tomando por motivo una campaña contra los persas en Oriente, el agosto mandó a la Galia un plenipotenciario, Pectentius, con orden de retirar a Juliano todas las tropas que tenía bajo su mando. El Ejército debía reunirse con el emperador en Constantinopla y marchar sobre Mesopotamia. El César sólo conservaría tropas auxiliares, con excepción de los hérulos, los batavios, los petulantes y los celtas, aquellas tribus adictas que formaban la armazón de su cuerpo de batalla.

Llegado a la Galia en enero de 360, Decentius chocó en seguida con la hostilidad de los germanos, que no se habían adherido al Imperio porque se veían trasladados lejos de sus tierras a una comarca desconocida.

En Lutecia hubo un motín. El edicto del emperador fue quemado por los oficiales y pronto, a la caída de la noche, un inmenso cortejo de soldados portadores de antorchas se puso en marcha hacia el palacio de Juliano, situado en la isla de la Cité, para pedirle que anulase la decisión de llevar el Ejército a Oriente. Pero por qué a estos soldados victoriosos, se decía en las filas, «se les relegaba al extremo del mundo como malhechores, como condenados. De nuevo, el yugo del enemigo iba a pesar sobre quienes ellos amaban y que, a costa de tantos sangrientos combates, habían liberado de una primera cautividad».

Pronto, Juliano, que velaba en su gabinete de trabajo, oyó los gritos de los legionarios y, al percibir aquella muchedumbre enorme en medio de la cual brillaban las armas y los cascos, creyó al pronto en una revuelta, pero, enterado del motivo de aquella aglomeración, quedó sumido en la perplejidad. ¿Debía ceder a las instancias de sus oficiales y dejarse proclamar emperador? Ya fuera, los soldados aclamaban su

nombre y pedían ver al nuevo agosto. Esperar, tergiversar, era tomar partido por Constancio y arriesgar un trastorno sangriento, tal vez un golpe de Estado. La tropa comenzaba ya a impacientarse y se hacía cada vez más apremiante, amenazando con invadir el palacio.

Desde entonces, la decisión de Juliano estaba tomada. Puesto que el destino apelaba a él, no se hurtaría y ratificaría aquella sentencia querida por los dioses.

Llegado el día, saliendo del edificio, Juliano quiere hablar a los soldados, pero su voz es cubierta por atronadoras aclamaciones y, como cuando su elevación a la dignidad de César, los legionarios hacen resonar sus escudos de bronce en señal de júbilo. Juliano, a la manera germánica, es alzado sobre el escudo de un infante, es elegido sobre el pavés y, como no se encuentra una corona para cubrir al nuevo emperador, un soldado desprende de su cuello el collar de abanderado y lo coloca sobre la cabeza del nuevo agosto. Los ritos están cumplidos. Los dados están echados. Helios vela por su protegido.

Constancio, al tener noticia de la sublevación, se pone rabioso y se dispone a defender su trono. Reúne unas tropas fieles en los Alpes y se precave de un ataque en dirección de Italia.

Por su parte, Juliano está muy tranquilo, confiando en los dioses, aunque sus fuerzas sean inferiores a las de su rival. Se pone en camino después de un sueño extraño y profético que le asaltó una noche. Un brillante fantasma se le presentó en forma del GENIO DE ROMA repitiéndole los versos del oráculo anunciando la muerte de aquel que ahora es su enemigo:

EN EL MOMENTO QUE JÚPITER (EL PLANETA REAL) ESTÉ A PUNTO DE SALIR DE ACUARIO Y SATURNO CAMINE POR EL VIGÉSIMO QUINTO GRADO DE VIRGO, ENTONCES, EL EMPERADOR CONSTANCIO, EN EL SUELO DE ASIA, ALCANZARÁ DE SU VIDA EL TÉRMINO TEMIBLE Y DOLOROSO.

La fortuna, desde el principio, sonrió a Juliano y, con sólo el rumor de que se acercaba, Taurus, prefecto de Italia, huyó, arrastrando en su terror pánico a Florentius, nombrado por Constancio prefecto de Iliria. La población de las provincias, agolpada junto a las carreteras, aclama a este joven emperador de veinticinco años que viene a restablecer el orden en un Imperio exhausto. El objetivo de este avance a marchas forzadas es Constantinopla, donde impera aún el orgulloso Constancio rodeado de su corte de eclesiásticos que le exhortan a vencer en nombre de la cruz.

El Danubio es alcanzado y salvado muy pronto, como en sueños. Es una «antorcha», un «torrente de fuego», un «hachón incendiario». Esta loca expedición es puesta bajo el signo de HELIOS EL REY INVENCIBLE.

Juliano llega a Sirmium, llave del Imperio de Oriente, sin avisar, y

la población le abre las puertas de la ciudad acogiéndole con collares de flores.

Apresurándose en hacer la paz con el rey persa Sador, Constancio vuelve a toda prisa sus fuerzas hacia Oriente. Pero la estrella del agosto está en su ocaso. Cerca de Antioquía, Constancio es presa de una fiebre abrasadora que le retiene en cama. Tras una larga agonía, expira el 3 de noviembre. Antes, ha querido *in extremis* recibir el bautismo cristiano.

Juliano, muy preocupado, se entera de la sorprendente noticia. El camino de Constantinopla queda abierto y el «Mundo Romano» entero le reconoce como el sucesor legítimo de Constancio.

Cuando la noticia de su llegada se supo en Constantinopla, la población de todas edades y sexos se desparramó fuera de las murallas, como para ver un mensaje del cielo. Juliano hizo su entrada solemne en la ciudad el tres de los Idus (el 11) del mes de diciembre, saludado por el homenaje respetuoso del Senado y las aclamaciones unánimes del pueblo, feliz de festejar el primer emperador nacido en Bizancio. Un concurso prodigioso de tropas y de ciudadanos lo escoltaba, mientras las miradas de la multitud se fijaban sólo en él, con una admiración profunda. Y, efectivamente, este príncipe, hombre apenas, de baja estatura, con sus gigantescas hazañas de domador de reyes y de naciones y sus súbitas apariciones de ciudad en ciudad, donde el Conquistador se hacía con recursos y fuerzas nuevas. Esta dominación se propagaba como una llama, y el Principado, por fin ocupado como por una gracia divina, sin que ello costara ninguna ruina al Estado, todo parecía la ilusión de un sueño (21).

Esta marcha triunfal, añadiremos nosotros, ¿acaso no se parecía al «vuelo del águila», cuando Napoleón, bastantes siglos más tarde, marchará sobre París, protegido por la misma divinidad SOLAR?

En el *mithreum* del palacio de Constantinopla, Juliano, nuevo emperador, ya no tuvo motivos para disimular su devoción a Mitra y, en su calidad de agosto, recibió sucesivamente los grados de OCULTO, SOLDADO, LEÓN y PERSA. La primera iniciación, la de CUERVO, le había sido conferida en Pérgamo, por lo que fue elevado a la dignidad de CORREO DEL SOL (*Heliódromos*) y se preparó en el ayuno y la soledad para recibir este grado.

La ceremonia del TAURÓBOLO que perpetuaba la victoria de Mitra y el sacrificio solar de la sangre era muy impresionante.

El santuario subterráneo estaba formado por una cripta profunda sostenida por dos hileras de siete columnas simbolizando los siete grados de iniciación. Al fondo de la nave estaba situada una estatua de Mitra en la posición de sacrificador del toro sagrado.

El sacrificio del toro, atributo del *Heliódromos*, tenía lugar en



una salita octogonal análoga a los antiguos baptisterios de nuestras iglesias.

Tras haber sufrido las pruebas de purificación y las abluciones rituales, Juliano fue afeitado completamente, con excepción de los cabellos, y luego bajó a un oscuro tabuco por una escalera que conducía exactamente debajo de la sala octogonal. Una claraboya dejaba filtrar un poco de luz.

Arriba se atareaban hombres, empujando un toro blanco, purificado por siete baños lustrales. El animal soltó de pronto un terrible mugido y se desplomó sobre el cañizo que servía de techo.

En el mismo instante, Juliano sintió resbalar sobre su rostro un líquido denso y tibio y luego un verdadero chorrear. Un vestido de púrpura envolvió todo su cuerpo, purificándolo y regenerándolo, como si la sangre del toro contuviese alguna energía secreta y de esencia divina. Era un líquido viviente, chorreante y luminoso, como el zumo de la vid y la luz solar. Una alegría dionisiaca se apoderó de todo su ser vuelto a un tiempo sacrificador y víctima.

Por fin, el animal expiró y el río de sangre decreció y cesó del todo. Los sacerdotes penetraron en la *cella* y sumergieron al iniciado en una piscina de agua clara donde Juliano sintió un reposo benéfico.

Cuando volvió a la luz, Juliano había recibido un nuevo bautismo que borraba el bautismo cristiano.

### Juliano y el retorno al paganismo

El primer acto del emperador revistió una significación simbólica. El altar de la Victoria, signo de la gloria del Imperio romano, se alzaba antes a la entrada de la curia, y los senadores, al entrar, quemaban un grano de incienso reverenciando la estatua del Genio de Roma. En 357, Constancio había mandado quitar el altar, con una gran indignación de los senadores, que veían en aquel culto rendido a la Victoria un testimonio de prosperidad y de grandeza para todo el Imperio. Juliano mandó colocar de nuevo el altar en su primitivo lugar, reanudando así la tradición antigua.

Nuevas leyes siguieron, restaurando la libertad de todos los cultos y quitando al cristianismo su posición privilegiada. Los templos paganos transformados en iglesias tuvieron que ser devueltos al antiguo culto y los edificios sagrados dismantelados fueron reconstruidos a expensas de los demoledores. Las expoliaciones en provecho de las propiedades de la Iglesia habían sido numerosas en un siglo que veía la decadencia de las antiguas divinidades. Empobrecidos, los sacerdotes paganos abandonaban sus templos o descuidaban sus cargos para ganarse la vida.

Juliano estableció la dignidad de su oficio sin ceder a ningún sentimiento de parcialidad:

Por medio de unos decretos claros y sin reservas, mandó abrir los templos y ofrecer víctimas en honor de los dioses y sobre los altares. Y, a fin de garantizar el efecto de estas decisiones, convocó en palacio a los obispos disidentes de los cristianos y a la multitud de sus fieles, y les exhortó con dulzura a renunciar a sus discordias y a beneficiarse de la tolerancia que les era ofrecida para practicar cada cual su religión sin ningún temor. Y si insistió de esta manera, fue con la esperanza de que la licencia favorecería las disputas y de que, en lo sucesivo, él no tendría que temer la unanimidad del pueblo. La experiencia le había enseñado que no hay fieras más peligrosas para los hombres como a menudo lo son los cristianos para sus correligionarios (22).

Promulgando su EDICTO DE TOLERANCIA, Juliano permitía a los cristianos juzgados heterodoxos, arrianos, gnósticos y demás, predicar libremente su doctrina y practicar su culto sin ser molestados.

Aquella política pacificadora tuvo felices resultados y, si bien después se mancilló con saña la memoria de Juliano, tratándolo injustamente de APÓSTATA, han quedado testimonios grabados en piedra en honor de este príncipe «nacido para el bien del Estado, siempre invicto, perpetuo triunfador, extirpador de los vicios de tiempos pasados, destructor de la superstición, restaurador de los templos y del reino de la libertad».

Pues Juliano era popular, incluso entre sus súbditos cristianos, gracias a sus numerosas reformas que no se limitaron al terreno religioso.

Rompiendo con el despotismo oriental de sus predecesores, el emperador reformó tanto la Corte como la administración de las provincias, el Ejército como la justicia.

Desde Constantino, y aun antes, los emperadores romanos habían tomado la costumbre de hacerse adorar como dioses, envueltos en un ceremonial complicado que exhibía su majestad divina revestida de los atributos sagrados: el globo, la diadema y la púrpura. En torno del emperador, adornado con el título de DEUS y DOMINUS, saludado a la oriental por la *proskinesis* (genuflexión acompañada del beso al manto imperial), se movía una nube de personajes oficiales con rimbombantes títulos, cualificados, según su rango, de NOBILÍSIMOS, PATRICIOS, ESPECTABLES, CLARÍSIMOS y muchos más. Además, la Corte estaba atestada de eunucos y de servidores, más ocupados en redondear su patrimonio explotando las finanzas imperiales que en rendir servicios auténticos.

Juliano puso término a todos estos abusos, a esta pompa dispendiosa que contrastaba con la sencillez de la antigua Roma, y la casi totalidad de aquella domesticidad parasitaria fue despedida sobre la

marcha. La situación del tesoro resultó considerablemente mejorada.

En la administración, la reforma no fue menos importante. El nepotismo y el favoritismo que causaban estragos en los empleos públicos fueron proscritos. El Senado, venerable institución romana, recobró los honores y la dignidad, y Juliano no admitió más que los ediles permaneciesen de pie en su presencia como se hacía por orden orgullosa de Constancio.

El correo público era explotado por los notables, que lo utilizaban con el único fin de evitar un gasto. Aquella práctica generalizada arruinaba al Estado y acumulaba las lentitudes en el envío de mensajes y correspondencia imperiales. Los funcionarios perdieron el derecho de extender permisos de transporte gratuito y mandatos en blanco. Al multiplicarse los edictos de Juliano, la autoridad de los municipios fue restablecida y el éxodo hacia el campo que despoblaba las ciudades quedó atajado.

A golpes redoblados y de todos los lados a la vez, sus decretos se esforzaban en tapar las grietas de un sistema a punto de derrumbarse (23).

El Ejército fue muy particularmente objeto de los desvelos del emperador, que mejoró las condiciones de vida del soldado, situó todas sus legiones en un pie de igualdad y sustituyó el *Labarum* de Constantino, marcado con el monograma de Cristo, por el estandarte de Mitra con la inscripción AL SOL INVICTO (*Soli invicto*). Todos los domingos, por último, los soldados, como bajo Aureliano, promotor del culto helíaco, tuvieron que dirigir una plegaria «al dios que da la victoria», es decir, al Sol.

Por último, para reprimir todos los abusos debidos principalmente a la corruptela, Juliano instituyó en Calcedonia un tribunal de justicia y, sobre este capítulo, se mostró implacable. Los enemigos del Imperio, Eusebio, Florentius y otros, fueron ejecutados.

La obra emprendida fue gigantesca y, cabría decir, desmesurada. Un viento de reforma y un espíritu de rejuvenecimiento soplaban sobre el viejo Imperio romano, pero el breve reinado de Juliano, de 361 a 363, no pudo poner en pie una obra duradera, como vamos a comprobar.

No obstante, la actividad infatigable del emperador, servido por colaboradores celosos y eficaces llamados del exilio a su lado, se desplegaba en todos los terrenos y particularmente en materia de FILOSOFÍA y de RELIGIÓN, pues Juliano, recordémoslo, era un excelente escritor a la vez que un espíritu místico dedicado a las más altas especulaciones metafísicas. «Devolver la salud a las almas» era a sus ojos una tarea aún más exaltante para el médico que había devuelto ya la vida a aquel gran cuerpo exangüe que se había vuelto el Imperio.

### Juliano, emperador del Sol. El discurso sobre «Helios-Rey»

El sucesor de Constancio, según nos recuerda Benoist-Méchin, se hizo habilitar un oratorio privado en el palacio imperial, especie de Vaticano anticipado, donde celebraba cada mañana el oficio de la TRINIDAD SOLAR. Se opuso a que el Senado le llamase «señor y dueño», pero tuvo empeño en conservar el título y las prerrogativas de PONTIFEX MAXIMUS, que le permitía tener vara alta en toda la vida religiosa del Imperio. Por lo que no promulgó como emperador toda una serie de reformas en este terreno, sino en su calidad de SOBERANO PONTÍFICE, de VICARIO DEL SOL (24).

En Antioquía, antes de salir de expedición hacia este Oriente que ve nacer al astro, Juliano compuso su famoso *Discurso sobre Helios-Rey*, en diciembre de 362, en homenaje a Roma, la ciudad soberana que celebraba entonces, el 25 de diciembre, las fiestas en honor del Sol. Ninguna polémica en esta obra, sino una exposición filosófica, una síntesis poderosa de todas las creencias del emperador sobre el DIOS-SOL concebido como la divinidad suprema. Todas las mañanas, Juliano se pasea a orillas del Orontes hacia el templo del monte Cassios para presenciar la salida del astro del día, y en un estado de exaltación mística escribe febrilmente en algunas noches estas páginas luminosas.

Hay en el *Discurso* de Juliano toda una cosmogonía sagrada que coincide en bastantes puntos con la explicación de los textos védicos de la India y de Zoroastro. Es la más grandiosa explicación del mundo que haya sido intentada en el marco del paganismo y en la línea del pensamiento platónico. Por lo que, subrayémoslo, existe un espigón inatracable en el ensayo de Juliano y esta verdad

permanece inquebrantable en el corazón del fiel. Existe un dios único en tres hipóstasis. El disco luminoso, el Sol del mundo sensible, que vivifica la Tierra y tras el curso alterno de las estaciones, está en el grado más bajo de la jerarquía. La más sublime hipóstasis, la que preside las esencias inteligibles, escapa inefablemente al espíritu humano. En consecuencia, Helios mediador, demiurgo y rey omnipotente de todas las fuerzas sobrenaturales donde la fábula ha reconocido a sus dioses, representa, a juicio de Juliano, la más alta forma de divinidad que sea dado concebir a la inteligencia (25).

Para probar plenamente la calidad de este neoplatonismo que ofrece un resumen asombroso del pensamiento antiguo desde Platón hasta Yámblico pasando por Plotino, Proclo y Porfirio, sería menester citar larguísimo pasajes del *Discurso sobre Helios-Rey*. Séanos permitido, sin embargo, extraer de él algunas cortas citas que nos recuerdan el



origen común de la TRADICIÓN PRIMORDIAL, surgida del Hiperbóreo y de la Atlántida, esos continentes «míticos» del «hombre primero».

La luz aparece así como el primer atributo de la divinidad, pues alrededor de Helios el mundo aparente ha existido siempre, y desde siempre, la LUZ que rodea este mundo está establecida de una manera estable, sin alternación ni variación, constantemente idéntica (26).

Más cerca de nosotros, Juliano se une, en el simbolismo que anima su obra, a la tradición que hace de Thule el centro solar del mundo y que será reanudada más tarde por los teóricos nazis discípulos del sabio Horbiger, y no es éste el acercamiento menos interesante que podamos hacer. En efecto, para Juliano, es precisamente en el océano, de donde justamente surgió el Hiperbóreo, en el que ha nacido la VIDA, y el autor lo explica:

...para no entretenernos más sobre el mismo tema, digamos también que el SOL, por sus conversiones solsticiales es, como sabemos, el padre de las horas, y que, COMO NO ABANDONA NUNCA LOS POLOS, ES SIN DUDA EL OCEANO, reinando sobre una doble sustancia.

Pero el iniciado no puede declararlo todo, por lo que añade acto seguido dirigiéndose a los «entendidos»:

¿Sería yo aún oscuro en mis palabras? ¿Acaso antes de nosotros la misma idea no ha sido emitida en este verso de Homero:

*El océano que dio la luz a toda cosa,*

a los hombres y a los dioses bienaventurados, por emplear su lenguaje? Sí, en verdad, no hay nada en el Universo que no deba su origen a la esencia de ese océano. ¿Qué relación, se dirá, con los Polos? ¿Es preciso que me explique? Aunque el silencio quizá sea preferible, atrevámonos a hablar (27):

Y he aquí que Juliano nos explica las leyes divinas de la ASTROLOGÍA donde el Sol ocupa una posición central y, sin entrar en el secreto del esoterismo pitagórico, el Sol «no ocuparía el centro de los planetas, sino el de los tres mundos. Así lo pretenden las hipótesis místicas...» (28).

Por último, Juliano considera que Helios es, en verdad, el dios protector de Roma y su salvaguardia, y escribe:

¿Debo también invocar en apoyo de estos decires, la obra del rey Numa? A la custodia de la eterna llama surgida de Helios se destinan entre nosotros vírgenes consagradas, comparables a las horas

incorruptibles que velan por el fuego divino, del cual la Tierra, debajo de la Luna, está rodeado. Además estoy en condiciones de facilitaros una prueba más fuerte de la acción ejercida entre nosotros por nuestro dios. Se trata de otra realización del divino Numa: en tanto que los demás pueblos cuentan los meses ajustándose, por decirlo así, a la Luna. Nosotros somos desde aquel rey, LOS ÚNICOS, CON LOS EGIPCIO, EN MEDIR LOS DÍAS DE CADA AÑO SEGÚN LOS MOVIMIENTOS DEL SOL. Si después de esto declaro que veneramos a Mitra y que, en honor de Helios, celebramos juegos cuatrienales, me juzgarán demasiado moderno... (29).

Este himno al Sol, remate de toda una vida pasada en estudiar la filosofía esotérica y en sondear los misterios, debía ser para Juliano su «canto del cisne». La muerte, en forma de acero arrojado por un traidor, aguardaba al emperador en la otra orilla del río. Siguiendo los pasos del mago Apolonio de Tiana, el genial taumaturgo contemporáneo de Cristo, imitando la marcha triunfal del divino Alejandro, a quien admiraba tantísimo, Juliano alcanzó, en la «cadena de los muertos», el alma esotérica de sus gloriosos antecesores, el faraón Akenatón, el divino Zoroastro y Alejandro Magno, pues fue el último hombre de Occidente que pudo adorar al Sol a la luz del día. Después de él, «la gran luz» queda definitivamente tapada por el cristianismo triunfante, y no es ninguna sorpresa para nosotros constatar que el EMPERADOR DEL SACRO IMPERIO ROMANO GERMANICO, FEDERICO II, sucesor espiritual de la Roma solar y pagana, tuvo que luchar sañudamente contra el PAPADO, enemigo de un reino universal que se estableciese sin él. La Iglesia ha impedido así a Europa el hacerse bajo el signo del león y del águila que se encarnará de nuevo en NAPOLEÓN, ese meteoro que cruzará el cielo de nuestro continente.

En cuanto a Juliano, muerto en pleno cielo de gloria cuando acababa de aplastar al Ejército persa de Sapor I, recordemos simplemente su fin conmovedor y el relato legendario de sus últimos instantes (30).

Mientras la batalla arremecía a su alrededor, Juliano recibió en mitad del pecho una jabalina lanzada por la mano malvada de un hombre «que se negaba a honrar a los dioses», según la expresión del historiógrafo Libanio.

Cuando transportaron al emperador a su tienda, Juliano preguntó el nombre del lugar donde se hallaba. Un centurión le respondió que estaban en los «Campos frigos». Ahora bien, una predicción del mago Máximo de Efeso había anunciado al emperador que jamás debería dirigirse hacia aquel lugar. ¡Todo se cumplía en su momento! Y el príncipe no se extrañó de ello. Pues, según una frase de Chateaubriand, «Juliano se hizo aniquilar por las generaciones que él pretendía retener. Lo arrojaron al suelo y pasaron por encima de su pecho».

Los amigos de Juliano, el prefecto Salustio, el teurgo Máximo y todos los oficiales de su guardia acudieron a la cabecera del agonizante.

«Es una humillación para nosotros todos —dijo— que lloréis a un príncipe cuya alma pronto va a subir al cielo y a confundirse en él con la luz de las estrellas.» Los últimos momentos de Juliano son empleados entonces en disertar con Máximo y Prisco sobre la vida futura y la inmortalidad del alma, y este texto fue leído al moribundo por sus «directores espirituales»:

Cuando a tu cetro hayas sometido la raza de los persas,  
hasta Seleucia persiguiéndolos con la espada,  
entonces hacia el Olimpo subirás en un carro de fuego  
que la región de las tempestades agitará en sus torbellinos.  
Librado del doloroso sufrimiento de tus miembros mortales  
llegarás a la luz etérea de la regia corte de tu padre  
de donde te extraviaste antaño cuando viniste a morar  
[en el cuerpo de un hombre.

Cuando el emperador exhaló su postrer suspiro, la leyenda nos dice que se vieron dos almas escapar de su cuerpo, la suya y la de Alejandro, reencarnada en Juliano. Semejantes a dos bolas de fuego, se elevaron, en la noche, estrellas fugaces uniéndose a la «gran luz».

#### NOTAS DEL CAPÍTULO IV

1. *Lettres écrites en Gaule*, 4, Édition des Belles-Lettres, t. I, 2, páginas 12-13.

2. LIBANIO, *Obras*.

3. J. BIDEI, *Vie de l'empereur Julien*. Édition des Belles-Lettres, París, 1930, páginas 53-54.

4. LIBANIO, *Orat.* XII, 11.

5. *Discours sur la mère des dieux*, 161 C, 161 D y 162 A.

6. O. E. BRIEM, *Les Sociétés secrètes de mystères*, Payot, páginas 352-353.

7. El Sol evocado aquí por Apuleyo no es el Sol físico, sino su doble etéreo, situado en el Universo espiritual, invisible a la mirada ordinaria. El Sol visible es, en efecto, según la tradición oculta, una emanación del Sol central, que es la fuente escondida de todo lo que ES en nuestro sistema solar. Nuestro Sol visible no es más que el espejo en el cual se reflejan los rayos de energía emanados del Sol espiritual. El Sol real es tan invisible como el hombre real a los ojos del profano.

8. *El Sol negro y la Ciencia*. La existencia del Sol negro no es negada por todos los sabios, algunos de los cuales no dudan en darle un valor objetivo al margen de su significación oculta. Así, para Louis Claude Vincent y el doctor Rousseau, que han pasado gran parte de su existencia observando el Sol y realizando experimentos sobre la luz, la luz terrestre provendría de la iluminación electromagnética de la ionosfera solar: «El Sol sería un astro frío y congelado, de naturaleza ferromagnética; el verdadero Sol no emitiría

ni luz ni calor, sino ondas electromagnéticas. Estaríamos entonces en presencia de un fenómeno de ionización y todo ocurriría como en un tubo de neón, pues el Sol se traslada en espiral alrededor de un circuito eléctrico equipotencial de la Galaxia, el cual es perpendicular al eje magnético. El Sol NEGRO Y REAL, situado a 149.500.000 kilómetros, en el frío absoluto, emitiría rayos electromagnéticos que provocarían sobre la punta de la ionosfera solar una imagen luminosa situada a 800.000 kilómetros aproximadamente de distancia. Así, según Louis Claude Vincent, sólo vemos una imagen del Sol a través de nuestra atmósfera.» (JEAN-PIERRE BAYARD, *Le Monde souterrain*, Flammarion, 1961, página 170.) La alquimia evoca también al Sol negro que estaría situado en oposición con el Sol brillante, en el segundo foco de la elipse, y por tanto invisible. Detrás de este «disco oscuro» se encontraría la verdadera y suprema fuente luminosa que emana el RAYO VERDE, color sagrado enlazado con el GRIAL y la RAZA PRIMORDIAL, pretendidamente originaria de Venus, el «planeta verde». Observemos que la luz coronal de nuestro Sol es precisamente verde, tal como lo han observado los científicos (en cuanto al espacio, es frío y oscuro, tal como lo han constatado los astronautas), y se sume «en el arrebato». En los *Upanishad* hindúes, hallamos un eco del «doble Sol» en este himno:

¡Oh! Sol, presente en todas partes, hijo del Señor de la Creación, manda a tus rayos, retira tu luz. Quita el velo a fin de que pueda ver su raza; su faz velada por tu disco de oro. Pues aquel que está allí, ese ser, es yo mismo.

9. Oriundo de Oriente, el culto de Mitra se remonta a la época remota en que la India y el Irán comulgaban en la misma religión. Posteriormente, este culto subsistió en la Persia mazdeísta, pues Mitra fue considerado por Zoroastro como uno de los IZED (genios de los cuatro elementos).

En su primera forma, Mitra es asimilado al Sol, Señor del día y de la luz celeste. También es el «dios de las promesas, pero su función esencial es la de un gran dios vital principio de la vegetación y de la fertilidad. Enemigo del mal en todas sus formas, Mitra aparece como el Sol al alba, en su carro tirado por cuatro caballos blancos, y cruza el firmamento. El día en que el Sol se halla más alto en el cielo (21 de junio) le está consagrado. Tras la caída del Imperio persa, vencido por Alejandro, el culto mitríaco conoció un nuevo impulso en los reinos helenísticos, y luego en Roma. Los mitos que rodean el nacimiento del dios son significativos de su supremacía sobre cualquier otra divinidad.

Asociado a la luz, Mitra ha salido de la roca surgida de la bóveda celeste (*petra genitrix*). Esta «piedra fecunda» era venerada simbólicamente en los templos. Descansando en los árboles sagrados y las plantas, Mitra, tocado con el gorro frigio, fue adorado por los genios de la Tierra. Combatiendo al toro, lo venció y lo mató. Del flanco del animal se escaparon toda suerte de hierbas y de plantas, pero sobre todo la sangre del toro FUE TRANSFORMADA EN VINO. Del toro resucitado nació la potencia de Mitra, que cobra figura de regenerador de la vida terrestre. Sobre esta leyenda se instauró el culto de SOL INVICTUS MITHRA, muy extendido entre los soldados en las legiones romanas. Su éxito fue tal que estuvo a punto de ganar al cristianismo. Algunos grados iniciales parecen revestir un carácter puramente militar, cosa normal en una religión viril que exalta la acción y la pureza. El culto fue propagado principalmente por el Ejército que dejaba veteranos instalados en todas las provincias conquistadas. Los emperadores ro-



manos tenían a Mitra en favor particular y Cómodo, Diocleciano y Aureliano fueron fervientes adoradores de este dios, proclamado «protector del Imperio mundial romano».

Los «misterios» de Mitra constaban tradicionalmente de siete grados, cifra de la iniciación. Los neófitos eran sucesivamente CUERVO (*Corax*), OCULTO (*Cryphius*) SOLDADO (*Liles*), LEÓN (*Leo*), PERSIA (*Pereas*), CORREO DEL SOL (*Heliódromos*) y PATES (*Padre*). Estos nombres correspondían a un simbolismo rico en significación. Los tres primeros grados correspondían a escalones preparatorios. Con el tercer grado, el misto comenzaba a penetrar en el arcano de los misterios. Llegado a soldado, el iniciado recibía la corona de Mitra que debía abstenerse de llevar. En el curso del cuarto grado, el misto era ungido de miel con miras a apartar de él la impureza. El adepto se tornaba entonces «participante». En el escalón siguiente, revestía un ropaje persa y se tocaba con el gorro frigio. Llegado al grado de *Heliódromos*, se convertía en «compañero del Sol». El ceremonial del último grado (*Pater*) nos es desconocido. En la cima se hallaba el «padre de los padres» revestido de altas funciones eclesiásticas.

Los sacerdotes de Mitra eran a la vez oficiantes y conductores de almas. Por la mañana, a mediodía y por la noche, daban gracias al Sol, respectivamente vueltos hacia el Oriente, el Sur y el Occidente. El santuario de Mitra siempre era subterráneo. Comprendía un vestíbulo, especie de «sala de espera» para los candidatos a la iniciación, un Pronaos o umbral del templo que daba acceso a la «sala de los misterios». Se bajaba a ésta por una escalera. Aquella «cripta» simbolizaba al Universo y su bóveda estaba guarnecida de estrellas. Al fondo de la cripta estaba la estatua de Mitra en forma de joven inmolando un toro. Tras la ceremonia, los mistos comulgaban en un ágape sacramental, bajo la forma del PAN y del VINO. El nombre de la ceremonia, *Epifanía*, tiene relación directa con el culto solar en recuerdo del último yantar efectuado por Mitra en compañía de Helios.

La religión de Mitra era una verdadera FE, comparable con la metafísica del cristianismo, lo cual hace decir a Renan: «Si el cristianismo hubiese sido detenido en su crecimiento por alguna enfermedad mortal, el mundo habría sido mitriasta.»

10. Filósofo neoplatónico, célebre por sus controversias con los Doctores cristianos que le tenían por muy peligroso.

11. J. BIDEZ, *op. cit.*, página 114.

12. J. BIDEZ, *op. cit.*, página 115.

13. J. BIDEZ, *op. cit.*, página 115.

14. *Orat.* XVIII, página 29 y siguientes.

15. JULIANO, 274 B, 275 B.

16. AMIANO, XV, 8, 4 ss.

17. *Idem.*

18. Frontera fortificada del Imperio romano.

19. JULIANO, 280 CD.

20. LIBANIO, *Orat.* XIV, 41.

21. AMIANO, XXII, 2, 4.

22. LIBANIO, *Orat.* XVIII, 162 y XVII, 17.

23. J. BIDEZ, *op. cit.*, página 237.

24. BENOIST-MÉCHIN, *L'Empereur Julien*, Clairefontaine, Lausana, 1969, página 249.

25. JULIANO, *Œuvres*, *op. cit.*, página 88, Christian Lacombrade (noticia).

26. JULIANO, *Œuvres*, II, 2.<sup>a</sup> parte, página 121, Édition des Belles-Lettres, París, 1964.

27. *Idem*, página 123.

28. *Idem*, página 124.

29. *Idem*, página 134.

30. JULIANO murió exactamente el 27 de junio de 363, a la edad de treinta y dos años.

## SEGUNDA PARTE

### EL SOL DE LOS MUERTOS

*El Sol del mundo, que lucía sobre los pueblos, se ha  
el Sol del derecho, el asilo de paz. [puesto;  
(Carta de Manfredo a Conrado después de la muerte  
de Federico II.)*

*Nuevo Lucifer, ha intentado escalar el cielo.  
(ALBERT DE BAHAM, abogado pontificio, confidente del  
Papa.)*



El visitante que se extravía en el sur de Italia a la búsqueda de maravillas arquitectónicas, no deja de quedar intrigado por una construcción excepcional que se alza en el municipio de Andria, situada en la provincia de Apulia.

Este castillo, como su nombre no lo indica (Castel del Monte viene a significar: «castillo roquero»), no responde, en efecto, a ninguna consideración estratégica ni militar. Y lo que es más, la visita de los lugares no revela ninguna pieza habitable, y, con gran desesperación, el visitante busca en vano una sala en ángulo recto.

¿Qué quiso demostrar entonces y qué buscaba Federico II, aquel soberano prestigioso, emperador de Alemania, rey de los romanos, de Sicilia y de Jerusalén, erigiendo este castillo, testigo de las Cruzadas y del oscurantismo medieval?

La personalidad de aquel monarca, que se atrevía a declarar públicamente que «Moisés, Jesús y Mahoma eran tres grandes impostores» (!), es como para preocupar a los modernos exegetas, para quienes el poder pontificio parecía hacer en torno suyo la unanimidad del mundo medieval.

En la historia humana, Federico II aparece en verdad como el más independiente de los soberanos que conociera Europa. Contemporáneo del catarismo y de san Luis, hacía falta una singular dosis de valentía y de originalidad para interesarse, por ejemplo, por la exploración submarina o para tratar pacíficamente con los «infieles» musulmanes con miras a reconquistar la Tierra Santa sin derramar una gota de sangre.

De raza germánica, pero latino de formación, este monarca del siglo XIII prefigura en verdad nuestra Europa en gestación y una individualidad tal merecía mucho más que un capítulo en nuestra galería de místicos.

No es culpa nuestra, sin embargo, si en la mente de numerosos contemporáneos lo confunden demasiado a menudo con Federico II de Hohenzollern, rey de Prusia, cinco siglos posterior a él. ¡Qué diferencia, sin embargo, entre ambos alemanes!

Por ahora, Federico II de Hohenstaufen se parece más, a nuestros ojos, a Alejandro (1) y a Napoleón, y el sueño de los tres de unificar Oriente y Occidente bajo un cetro común se ha desvanecido para siempre.

Los tres marcharon sobre la tierra de Palestina, a la búsqueda de una tradición primordial cuyo depósito sagrado, lamentablemente, parece haya de buscarse en Oriente y, más precisamente aún, «entre los sabios del Tibet y de Tartaria», como María Catalina Emmerich tuvo la deslumbrante visión de ello cuando evocaba a Cristo caminando, «entre los dieciocho y los treinta años», hacia la morada de los maestros de sabiduría.

Esta visión no tiene nada de sorprendente si pensamos que Apolonio de Tiana, el «segundo Cristo», anduvo tras las huellas de su predecesor sin llegar a traer un mensaje inteligible a los ojos de los profanos de entonces.

Puede juzgarse, a la luz de estas líneas, qué sueño insensato perseguían nuestros místicos dirigiéndose hacia la fuente del Sol. Sus sueños destrozados no se explican de otro modo: las fuentes de la gran tradición habían retrocedido sin cesar y sus esperanzas calcinadas han ido a parar para siempre en las ciudades tragadas por las arenas del desierto.

De Napoleón, que proclama que «la India y el Tibet están por redescubrir», a Alejandro, que marcha al frente de su ejército hacia los sabios de vestiduras color azafrán, de Juliano (2), que cae atravesado por una flecha en el momento que cree alcanzar su sueño, a Federico II, que se hace coronar *Imperator Mundi* por las órdenes de Caballería

agrupadas alrededor suyo en San Juan de Acre, no queda nada, a no ser la imagen eterna del «rey del mundo» que pondrá a los pies del próximo conquistador los presentes del Preste Juan (3).

### Castel del Monte, el castillo del misterio

Castel del Monte fue erigido en 1233 (algunos dicen en 1239), en la fecha sagrada del solsticio de verano (ocupa el antiguo emplazamiento de un castillo que le era anterior de muchos siglos). Es de resaltar que la ASTROLOGÍA había conquistado un gran lugar en la Corte de Federico II. Éste no había recibido del sultán de Egipto la novela *Sidrach* («El libro del saber») que había «cambiado» contra las profecías de Merlín traducida al árabe.

Por lo demás, cuando su matrimonio con Isabel de Brienne (heredera del trono de Jerusalén), los cronistas nos refieren que el emperador no se había dignado consagrar su unión hasta por la mañana temprano de su noche de bodas, porque los astrólogos le habían indicado las horas favorables para la procreación.

Asimismo, tenía en su Corte al más famoso astrólogo de su tiempo, el monje Miguel Scott, de quien algunos no han dejado de hacer el «gemelo psíquico» del emperador. Este mago oficial del régimen compuso, con su *Liber introductorius* y su *Liber particularis*, una maravillosa enciclopedia de los conocimientos astrológicos y astronómicos de su tiempo. En fin, dondequiera que se mostrase Federico II, iba acompañado por una muchedumbre de astrólogos que le indicaban las horas favorables para la fundación de una ciudad o la salida de una expedición militar.

La SOLATIA del emperador (o morada solar de Castel del Monte) se presentaba como un octógono regular hecho de piedra sillar caliza amarillenta esmeradamente labrada y sin ranuras, eficaz como un monolito.

La diferencia con la construcción del gran castillo de Foggia, del que Federico había hecho su residencia imperial, aparece claramente en la disposición octogonal de todo el edificio. A cada una de las OCHO aristas de las murallas corresponde una torre de OCHO ángulos de altas paredes lisas. En el patio interior, de OCHO ángulos igualmente, adornado con esculturas antiguas, se alza un gran estanque de mármol de OCHO lados. Más sintomáticamente aún que la composición octogonal de este castillo inhabitable son las grandes salas en forma de trapecio que componen las dos plantas del edificio. Hallamos, en efecto, OCHO piezas en cada piso, y cuando hayamos dicho que debían acoger a los grandes maestros de las OCHO Órdenes de Caballería existentes en la Edad Media, habremos terminado con la descripción propiamente



exotérica del plano del edificio.

La decoración interior propone una íntima mezcla del Oriente y el Occidente con un portal Renacimiento, ventanas góticas y, entre las murallas, espacios abovedados con pavimentos de mosaico. Esta decoración es maravillosamente completada con paredes revestidas de planchas de porcelana roja de Brescia y de mármol blanco soportadas por medias columnas de capiteles corintios en los que se mezclan pilastras de mármol blanco. Es de suponer que aquel lujo debía deslumbrar a los visitantes ocasionales y hacerles olvidar un poco la falta de confort utilitario, puesto que en ningún lugar se encuentran cocinas o dormitorios (5).

Narraciones y cuentos nos refieren por lo demás cómo centenares de caballeros de todas las naciones fueron recibidos por el emperador en tiendas de seda, por tanto fuera del recinto del famoso edificio, cuya utilidad, a fin de cuentas, cabe preguntarse cuál era...

Una crónica, no obstante, da fe de las fiestas dadas en el recinto de Castel del Monte para celebrar la iniciación conferida a numerosos participantes. Nos perdemos en conjeturas sobre aquellos ritos de iniciación, marcas de obtención de una dignidad secreta cuyo significado se perdió para siempre. La descripción que de ello nos ha dejado el cronista es, sin embargo, explícita:

Todas las categorías de regocijos solemnes se expresaban en Castel del Monte y se festejaba descubriendo el brillo de los coros y el cortejo púrpura de los juglares. Gran número de participantes fueron armados caballeros, otros condecorados con el signo de una dignidad secreta... Todo el día se festejó alegremente, y cuando éste tocó a su fin, se continuó. La noche se pasó en concursos de lucha entre los rivales alumbrados con antorchas...

Hasta el propio Ricardo de Cornualles, hijo del rey de Inglaterra, según dice el mismo cronista, participó en aquellos «banquetes de iniciación»:

Le solazaron con toda clase de juegos... Oyó toda clase de extrañas melodías interpretadas con extraños instrumentos, vio a los juglares mostrar su arte y se regocijó contemplando las muchachas saracenas apenas formadas que giraban al ritmo de címbalos y tambores sobre el pavimento liso y coloreado del vestíbulo...

Estos ritos de iniciación, de los cuales el banquete es como el remate, ¿acaso no eran de esencia solar? Pensamos contestar afirmativamente y vemos una confirmación de esta hipótesis en el blasón del edificio donde se desarrollaban aquellas misteriosas reuniones. La puerta de acceso a Castel del Monte está, en efecto, rematada por un blasón que representa (entre los escudos de armas de los caballeros teutónicos y

los leones de la casa de Suabia), una cabeza de mármol rodeada de rayos: el símbolo del LOGOS solar, del señor del mundo...

## El castillo del señor del mundo

Si nos apartamos un poco de la interpretación estricta de nuestra descripción, nos percataremos de que la cifra OCHO se repite como un leitmotiv en la construcción del edificio de Castel del Monte.

OCHO es un cuaternario doble. Desarrolla la significación de CUATRO. No enseñaremos nada a nadie diciendo que cuatro representa el cuadrado, que a su vez representa dos binarios, por lo tanto dos oposiciones; así, cuatro ha significado en todo tiempo ESTABILIDAD e INMUTABILIDAD (6).

El número OCHO, naturalmente, se debe relacionar con las OCHO bienaventuranzas del «Sermón de la montaña», con el camino de OCHO senderos de la enseñanza de Buda y con los OCHO trigramas de Fu-hi. Así, en un resumen impresionante, el número OCHO, símbolo de EQUILIBRIO y de INFINITO, se presenta en todas las tradiciones (judeocristiana, budista y china), como un rasgo común para la realización de «la gran obra» espiritual.

El destino de Castel del Monte se explica entonces naturalmente si queremos admitir que, ilustrándolo mediante el simbolismo sagrado de las cifras, nos encontramos en presencia de un lugar de equilibrio perfecto, de un verdadero «Atanor» alquímico para la obtención de la piedra de sabiduría.

Tendremos ocasión de evocar aquella arma nueva que representaba la alquimia en la Edad Media, pero no debe hacerse abstracción de la atmósfera mística de la época. Algunas décadas antes, un ermitaño calabrés llamado Joachim de Fiore, tras haber dedicado numerosos años al estudio de las Sagradas Escrituras, tuvo la revelación de que contenían un sentido esotérico de un valor profético inestimable (7).

La tierra de Apulia estaba, pues, toda impregnada de las visiones milenaristas del autor del *Evangelio eterno*. En la época de Federico, o sea, cincuenta años después de aquel descubrimiento, la expresión misma de «Evangelio eterno» se había tornado el santo y seña de un inmenso movimiento mesiánico de liberación intelectual.

Mediante este ensayo de retorno a la pureza original de la Iglesia, Joachim de Fiore, profetizando el advenimiento de la era del Espíritu Santo, que naturalmente había de seguir a la del Padre y del Hijo, iba a ocasionar la liberación total de los instintos antipontificales.

Hemos desmenuzado ya, en nuestro trabajo precedente (8), la génesis del carácter explosivo de esta doctrina bajo cuya bandera encontramos mezclados a gibelinos, cátaros, «Imperiales», valdenses y franciscanos.

canos, que abogaban por la reforma religiosa y la purificación por el diluvio de la «Iglesia de Satán».

No es en vano que se encuentre la huella de san Francisco de Asís en el palacio imperial de Foggia donde él había ido a visitar al emperador de Occidente, Federico II. Respecto a san Francisco, que regresaba de misión en país musulmán, y por quien Federico sentía una gran estima, cuentan que la curiosidad insaciable del soberano se desató...

Mandó introducir una cortesana en las habitaciones que le había hecho preparar para la noche. Aquella entrevista fue observada por Federico, que estaba apostado detrás de una mirilla para constatar los parámetros del estado de santidad...

En Castel del Monte, por su parte, si bien se consigue penetrar su simbolismo cifrado y los móviles místicos que presidieron a su construcción, se muestra más reticente para declarar los móviles de las reuniones misteriosas que se celebraban en él.

Los turistas «interesados» que visitan todavía hoy el pequeño museo de este severo castillo, se detienen con avidez ante uno de los curiosos bajorrelieves que reproduce una mujer delante de un rey acompañado de sus capitanes y sobre el cual se lee grabada la enigmática inscripción siguiente:

D<sup>8</sup> I D C<sup>a</sup> D D<sup>10</sup> C L P S H A<sup>2</sup>

Este misterioso grafito, que quizá da la clave de las reuniones ocultas, algunas de las cuales se prolongaban varios días y varias noches consecutivas y a las que asistía todo el estado mayor de Federico, ¿no representa a la Iglesia, poder espiritual, de rodillas ante el Sacro Imperio Romano Germánico, poder temporal? Esta suposición no nos satisface mucho y nos inclinamos más bien por la significación «dantesca» de esa mujer, significación de la que deberemos hablar otra vez cuando evoquemos las relaciones del Imperio y del Papado. Tengamos en cuenta, por el momento, el hecho, significativo en sí, de que Dante situara a Federico II en el sexto círculo de su *Infierno*, aquel donde gimen los fundadores de sectas y los heresiarcas.

En esta efervescencia artística, cultural y religiosa, servida y magnificada por el milenarismo apocalíptico de Joachim de Fiore es donde hemos de reponer, si queremos comprenderla, la práctica alquímica y ocultista de aquel emperador fuera de lo común que fue Federico... Ya los astrólogos de Toledo —sede principal de la adivinación en la Edad Media— habían predicho a su antepasado, Federico Barbarroja:

UN EMPERADOR DEL OESTE SE REUNIRÁ EN JERUSALÉN CON EL EMPERADOR DEL ESTE Y EL ÁRBOL SECO REVERDECERÁ TAN PRONTO EL EMPERADOR OCCIDENTAL SUSPENDA SU ESCUDO EN SEÑAL DE SU DERECHO.

Julius Evola, ocultista contemporáneo de talento y ardiente defensor de la romanidad, pone de relieve este intento de retorno al origen solar del Imperio romano:

A la edad de oro, sucede la edad de plata, que corresponde a un tipo de espiritualidad sacerdotal, más femenino que varonil. Cualificamos esta espiritualidad de lunar porque, tradicionalmente, el símbolo de la plata sigue estando en la misma relación, respecto al del oro, que la Luna respecto al Sol, y esta correspondencia es particularmente evidente aquí. La Luna es el astro femenino que ya no lleva en sí, como el Sol, el principio de su propia luz...

La búsqueda del ORO filosófico y de la piedra de sabiduría, en el caso bien preciso de Federico II, hay que reponerla, siempre según Evola, en esa CONTRACORRIENTE ESOTÉRICA que apunta a restablecer la iniciación solar de origen hiperbóreo o atlante... Pero dejemos la palabra a nuestro autor:

Ya, bajo Juliano *el Apóstata*, el retorno al culto pagano de esencia SOLAR pareció significar para muchos un despertar de la edad de ORO cuyo rey Cronos fue concebido como viviente aún, *adormecido en la región hiperbórea*. Así es como César Augusto concibió una filiación SOLAR remontando al Apolo hiperbóreo y como los emperadores Adriano y Antonino eligieron por símbolo el fénix solar renaciendo de sus cenizas...

Durante el período bizantino, el MITO IMPERIAL recibe de Método una formación que, más o menos enlazada con la leyenda de Alejandro Magno, repite algunos de los temas ya mencionados. Hallamos en ellos, entre otros, el de un rey tenido por muerto, que despierta de su sueño y crea una Roma nueva, pero, después de un reinado de corta duración, las gentes de GOG y MAGOG, a las que Alejandro había atajado el camino, hacen irrupción, y la ÚLTIMA BATALLA se entabla. Es el mismo tema que, en la EDAD MEDIA GIBELINA, será reanudado y *ampliamente desarrollado*. El emperador esperado, escondido, jamás muerto, el emperador que se había retirado en un centro INVISIBLE o INACCESIBLE, se transforma aquí en uno de los más grandes representantes del Sacro Imperio Romano: Carlomagno, Federico I y Federico II. Y el tema complementario, de un reino devastado o convertido en estéril, que espera la restauración, halla su equivalente en el tema del ÁRBOL SECO. El árbol seco, asociado a una figuración de la residencia del «rey del mundo», REVERDECERÁ cuando la nueva manifestación imperial y la victoria sobre las fuerzas de la edad oscura, presentadas, de una manera conforme a la nueva religión, en una forma bíblica y cristiana, como las gentes de Gog y Magog irrumpiendo en la época del anticristo. Esto no impide que la imagen de Federico II o del rey Arturo en la montaña, igual que la de los caballeros de Arturo que surgen de la montaña para cazar, nos devuelvan A LAS ANTIGUAS CONCEPCIONES NÓRDICO-PAGANAS, al Walhalla, en tanto que



residencia montañosa de Odín, jefe de los «héroes divinos» y a la falange de las almas de los héroes elegidos por las mujeres —las valkirias— que, de horda salvaje, de cazadores, se transforman en ejército místico para librar, conducidos por Odín, la postrera batalla contra los SERES ELEMENTALES.

A través de innumerables variantes, esta leyenda reaparece durante el período de ORO de la caballería occidental y del gibelinismo. En el seno de la fermentación profética, avivada por la idea de la venida del «tercer Federico», halla su conclusión en la fórmula enigmática del EMPERADOR VIVIENTE Y NO VIVIENTE: «Vive, no vive.» Esta fórmula sibilina contiene el misterio de la civilización medieval en el momento de su ocaso. El rey herido, el rey en letargo, el rey que está muerto aunque parezca vivir, y que vive aunque parezca muerto, etc., son temas equivalentes o concordantes, temas exactamente semejantes a los que encontraremos en el CICLO DEL GRIAL, animado de una vida particular y de una fuerza sugestiva en el instante final del supremo esfuerzo de Occidente por reconstruirse como una gran civilización ESPIRITUAL Y TRADICIONALMENTE IMPERIAL (9).

Al leer estas líneas no nos asombrará, por tanto, que las crónicas de la época medieval se refieran a un PACTO SECRETO, llamado todavía *Pactio secreta*, con vistas a hacer de Federico II el *imperator mundi*, el emperador del mundo. Tampoco es de extrañar ver en primera fila de los signatarios de este Pacto a los caballeros teutónicos y a los templarios... Los teutónicos, sobre todo, que tuvieron un papel de primer plano en el acceso de Federico II a aquel cometido de «Mesías imperial» prometido a la cristiandad. Su gran maestre se presentaba con frecuencia al emperador y se hacía voluntario para todas las «misiones especiales» que éste se dignaba encomendarle. Es él, Hermann de Salza, gran maestre de los teutónicos, quien se encargó en particular de la temible misión de abrir el camino a la reconquista pacífica de Tierra Santa, tratando con los jefes musulmanes... Para agradecerle aquel éxito diplomático, Federico obtuvo del Papa el derecho a llevar, para los caballeros teutónicos, el mismo manto blanco que los templarios (10). En lo sucesivo éstos no disfrutarían ya de aquel monopolio vestimentario y la posición social de los teutónicos se vería fortalecida en proporción.

Hacia aquella *Pactio secreta* queremos conducir al lector, que así comprenderá mejor por qué la única puerta de entrada de Castel del Monte, que lleva al patio octogonal central, llamado «cámara del señor», está orientado según el eje Andria-Jerusalén.

### La «Pactio secreta»

En la época de Federico, las Órdenes de Caballería, a pesar de que la Tierra Santa se hubiese perdido cobraron una importancia considerable.

Al lado de los TEMPLARIOS, penetrados de influencias árabes y judías y que sueñan con erigir el TEMPLO que acerque Oriente a Occidente, están los TEUTÓNICOS salidos de la fusión de los caballeros de las Dos-Espadas y de la ORDEN DE LOS PORTAESPADA.

En el siglo XIII fueron los teutónicos los que invadieron Prusia y se dedicaron a hacer que desapareciese de ella el paganismo bárbaro. Eran los mismos caballeros que llevaban en su gran manto blanco la cruz de sable negra que hoy es llamada cruz de Malta (11).

La alianza de ambas Órdenes de Caballería bajo los auspicios de Federico prometía ser una operación ventajosa para los participantes.

El simbolismo de ambas órdenes militares evoca por lo demás la doble noción témporo-espiritual y podemos encontrar un ejemplo patente de ello en el famoso BEAUSÉANT, o estandarte de los templarios, que era mitad negro y mitad blanco, símbolo del ANDRÓGINO PRIMORDIAL o del hombre universal. De la misma manera, la cruz de OCHO puntas que adornaba el manto, añadía el simbolismo mediador del número OCHO a la significación central de la cruz. No olvidemos que los altos grados de los caballeros del Temple eran iniciados y alquimistas para quienes el simbolismo tradicional no tenía secretos. El hecho que se encuentre sin cesar el número OCHO en Castel del Monte, así como que la cruz de los templarios sea de OCHO puntas, nos permite referir una conferencia dada en 1962, sobre este tema, por Berger:

La bandera de los templarios era simplemente la representación simbólica del templo... Su campo estaba jaquelado de 81 piezas de sable y de plata... Este campo era, pues, en realidad, lo que el Oriente denomina un *mandala* (dibujo sagrado de esencia mágica). Los *mandalas* más clásicos son los que contienen grandes cuadrados divididos en cuadrados menores de números determinados... 64 u 81. El cuadrado de 81 que se compone de  $9 \times 9$  y consta de una casa central, es un CUADRADO CELESTE; el de 64 se forma de  $8 \times 8$ ... Está dedicado a la Virgen Eterna, madre de todas las tradiciones. Es un CUADRADO TERRESTRE.

Nos hallamos aquí en contacto con iniciados alquimistas (12) que manejan perfectamente el simbolismo de las cifras para despistar, pues la multiplicación del número 8 por sí mismo corresponde a la transformación, a la mutación, en lenguaje alquímico: la obtención de la «piedra filosofal». La alianza de aquellos caballeros, tanto templarios como teutónicos, al lado de Federico encubría algo más

importante, de ser cierto, como lo ha subrayado el escritor René Brist, que «los templarios pasaban por ser los custodios y continuadores de un misterio de capital importancia y del cual todo profano, aunque fuese rey de Francia, debía estar informado».

¿Era el Grial, símbolo del conocimiento, primera etapa hacia la dominación del mundo?

Parece, en efecto, que el sueño mayor de la Orden, la meta suprema de sus actividades fue el resurgimiento del concepto de Imperio: especie de federación de Estados autónomos puestos bajo la dirección de dos jefes, uno espiritual, el Papa, y el otro político, el emperador, ambos elegidos e independientes uno de otro.

Por encima del Emperador y del Pontífice, una autoridad suprema misteriosa (13).

A esta autoridad suprema, misteriosa, Federico y sus aliados se sometieron mediante un pacto secreto, en 1228, en San Juan de Acre. Durante una verdadera conferencia a la cual asistían los jefes de la caballería de aquel entonces, Federico fue elegido GRAN MAESTRE y representante de aquel misterioso Preste Juan a quien algunos calificaban de «Rey del Mundo».

Se habían hecho representar en San Juan de Acre los famosos «asesinos» musulmanes (14), los «rabitas» de España, los «fatas» turcos, los templarios, los hospitalarios y los teutónicos.

A menos de suponer que todas aquellas gentes soñaban, nos vemos llevados naturalmente a plantearnos la cuestión de saber quién era pues aquel famoso Preste Juan cuya existencia desplazaba a la flor y nata de la caballería.

### El Preste Juan y el «rey del mundo»

Una vieja crónica italiana refiere que el Preste Juan, muy noble señor de la India, mandó una embajada a Federico para entregarle presentes y, en particular, tres piedras de maravillosas propiedades.

Una de ellas tenía, al parecer, el poder de hacer INVISIBLE, y se decía «que valía más que todo el Imperio de Federico». Notemos con respecto a las otras dos piedras que una tenía la virtud de «hacer vivir bajo el agua», y la otra «de hacer INVULNERABLE». Las tres piedras estaban montadas en un anillo, lo cual no ha de extrañarnos (véase el anillo de los Nibelungos). Según otra crónica, conservada por Oswald Schreiber, al emperador le fue ofrecido un vestido de piel de salamandra cuya principal propiedad habría sido la de permitirle atravesar el fuego sin quemarse...

Los historiadores de la época situaban el REINO DEL PRESTE JUAN en una de las regiones montañosas del Asia central: Mongolia, la India o

Tibet. Hasta el siglo xv no empezó a confundirse este reino con el de Etiopía.

A los lectores que pudieran asombrarse de las facilidades de comunicación en aquella época de la Historia del mundo, les recordaremos que en 1245 varias embajadas del Papa salieron de Europa para ir al país de los tártaros, en misión de representación diplomática cerca de la Horda de oro (15).

No hay, por lo tanto, nada de sorprendente, y cabe pensar en un viaje «en sentido inverso» del Preste Juan en la misma época, sobre todo si admitimos que su existencia se doblaba de un mito universalmente reconocido: el de CENTRO SUPREMO o «residencia del Preste Juan» (16).

Ese MITO se refiere, en todas las tradiciones, a algo que está perdido o escondido. Las leyendas relativas a los mundos subterráneos son comunes a gran número de pueblos y se les puede relacionar el CULTO DE LAS CAVERNAS. Este culto está ligado al de CENTRO SUPREMO, o LUGAR CENTRAL, cuyo ejemplo más célebre es la famosa Agarta tibetana o «estancia de la paz» cuya significación es la inaccesibilidad... Desde tiempos inmemoriales, se ha aludido a esta «central del secreto» de la que saldrían consignas y contraseñas para los iniciados.

Según numerosos ocultistas, para mantenerse en relación con el «señor del mundo», residente en este «centro supremo», Federico II de Hohenstaufen hizo construir el Castel del Monte a mitad de camino entre Jerusalén y la isla de Avalón, cuna de la tradición celta, cuyo lugar algunos no tardaron en situar en Glastonbury, en el Somersetshire (17).

En este paraje, efectivamente, es donde se ha descubierto el mayor zodíaco Solar de la Humanidad y donde, curiosamente, hubo de establecerse José de Arimatea a su llegada a Gran Bretaña. Cuando hayamos precisado que la TRADICIÓN CRISTIANA Y OCCIDENTAL hace de José de Arimatea el depositario del SANTO GRIAL (en el cual él habría recogido la sangre del Crucificado), veremos qué importancia representaba Castel del Monte, situado entre los dos POLOS de la tradición occidental: JERUSALÉN y GLASTONBURY.

René Guénon, apoyándose en los trabajos de K. E. Matwood (18), nos ha descrito esta TIERRA DEL SOL, cuya importancia esotérica y religiosa rebasa en mucho el marco británico:

Glastonbury y la región circundante del Somerset habrían constituido, en una época muy remota y que puede decirse PREHISTÓRICA, un inmenso templo ESTELAR, determinado por el trazado en el suelo de efigies gigantescas que representan las constelaciones y dispuestas en una figura circular que es como una imagen de la bóveda celeste proyectada en la superficie de la Tierra. Si estas figuras han podido conservarse de forma que aún son reconocibles en nuestros días, es, se supone, porque los monjes de Glastonbury, hasta la época de la Reforma las cuidaron con esmero, lo cual implica que



*debían haber guardado el conocimiento de la tradición heredada de sus lejanos antepasados, los druidas y sin duda de otros más remotos aún*, pues si las deducciones sacadas de la posición de las constelaciones representadas son exactas, el origen de estas figuras se remontaría a casi tres mil años antes de la era cristiana.

En su conjunto, la figura circular en cuestión es un INMENSO ZODÍACO en el cual el autor quiere ver el prototipo de la Tabla Redonda y, de hecho, ésta, alrededor de la cual se sientan 12 personajes principales, está realmente ligada a una representación del ciclo zodiacal, pero ello no quiere decir en absoluto que estos personajes no sean otra cosa que las constelaciones, interpretación demasiado «naturalista», pues lo cierto es que las constelaciones mismas sólo son SÍMBOLOS, y conviene también recordar que esta constitución ZODIACAL se encuentra muy generalmente en los centros espirituales que corresponden a formas tradicionales diversas.

Y René Guénon, desarrollando las investigaciones de K. E. Matwood sobre Glastonbury, se lanza en la explicación HIPERBÓREA Y POLAR del paraje en cuestión:

Importa subrayar que el zodiaco de Glastonbury presenta algunas particularidades que, a juicio nuestro, podrían ser contempladas como marcas de su «autenticidad» y, en primer lugar, parece ser que el SIGNO DE LIBRA esté ausente de él. Ahora bien, como hemos explicado ya en otra parte, la LIBRA CELESTE no fue siempre zodiacal, sino que primero fue POLAR, nombre aplicado primitivamente sea a la OSA MAYOR, sea al conjunto de la OSA MAYOR y de la OSA MENOR; constelación a cuyo simbolismo, por una notable coincidencia, el nombre de Arturo se relaciona directamente... Por otra parte, lo cual es particularmente digno de consideración, el símbolo de la LIBRA POLAR está en relación con el nombre de Tula (Thule) dado originariamente al centro hiperbóreo de la tradición primordial, centro del cual el TEMPLO ESTELAR en cuestión (el de Glastonbury) FUE SIN DUDA UNA DE LAS IMAGENES CONSTITUIDAS, al correr de los tiempos, como SEDE DE PODERES ESPIRITUALES emanados o derivados más o menos directamente de la misma tradición...

Desarrollando su tesis hiperbórea, Guénon ajusta sus cuentas a la hipótesis rival —¡y tan de moda!— de los «fenicios», aquellos intrépidos navegantes:

(...) Estas consideraciones nos llevan a otras comprobaciones tal vez más extrañas aún. Una idea aparentemente inexplicable a primera vista es la de reportar a los fenicios el origen del zodiaco de Glastonbury. Verdad es que se suele atribuir a este pueblo muchas cosas más o menos hipotéticas, pero la afirmación misma de su existencia en una época tan remota se nos antoja más discutible aún. Sólo que, lo cual es de destacar, los fenicios habitaban la Siria «his-

tórica». ¿Acaso el nombre del pueblo habría sido objeto de la misma transferencia que el del propio país? Lo que cuando menos haría suponerlo es su conexión con el simbolismo del fénix. En efecto, según Josefo, la capital de la Siria primitiva era Heliópolis y no la de Egipto a la cual este simbolismo cíclico del fénix y de sus renacimientos debería ser relacionado en realidad. Ahora bien, para Diodoro de Sicilia, uno de los hijos de Helios o del Sol, llamado Actis, fundó la ciudad de Heliópolis, y ocurre que *este nombre de Actis existe como nombre de lugar cerca de Glastonbury*, y en condiciones que lo ponen precisamente en relación con el fénix, en el cual, según otras similitudes, el propio príncipe de Heliópolis se habría transformado. Naturalmente, el autor, engañado por las aplicaciones múltiples y sucesivas de los mismos nombres, cree que se trata aquí de la Heliópolis de Egipto, como cree poder hablar literalmente de los fenicios «históricos», lo cual es en suma tanto más excusable por cuanto los antiguos, en la época clásica, hacían ya bastante a menudo confusiones semejantes. ÚNICAMENTE EL CONOCIMIENTO DEL VERDADERO ORIGEN HIPERBÓREO DE LAS TRADICIONES, que él no parece sospechar, puede permitir RESTABLECER el sentido real de todas estas designaciones.

Veremos, en nuestro capítulo sobre «Los Polares», con qué corriente conviene relacionar estas últimas líneas... Séanos permitido, entretanto, subrayar un hecho que tiene su importancia. En efecto, al parecer los templarios tuvieron cierta parte en la conservación del paraje de Glastonbury, lo cual nos lleva de nuevo, naturalmente, a nuestra hipótesis de partida según la cual los TEMPLARIOS y los CABALLEROS DE LA TABLA REDONDA (depositarios de un antiguo secreto sobre nuestros orígenes) no formarían más que una ORDEN.

Partiendo de ahí, se comprueba con sorpresa que las encomiendas templarias están frecuentemente situadas en la vecindad de PARAJES MEGALÍTICOS, llamados «prehistóricos», lo cual no es ninguna trivial coincidencia. Así ocurre con el alto lugar del culto solar europeo, situado a su vez en Gran Bretaña, en el Wiltshire. Nos referimos a STONEHENGE (19).

No es de extrañar, pues, que hace apenas algunos años, un investigador de la Universidad del Estado de Nueva York, L. B. Borst, dedicado a hacer curiosas comparaciones entre los edificios megalíticos y determinadas catedrales inglesas, haya hallado una *reproducción exacta* en la CRIPTA DE CANTERBURY, con los monumentos megalíticos de Stonehenge.

Una «coincidencia» tal, aparte de que permite suponer un depósito de la «ciencia eterna», prueba (si ello fuera necesario) la existencia de civilizaciones anteriores a la nuestra. Civilizaciones cuyas bases religiosas debían ser de características SOLARES.

Julius Evola repone a Federico II de Hohenstaufen en este ensayo

de RETORNO AL CULTO SOLAR, simbolizado por la búsqueda del Grial:

La Edad Media esperaba al héroe del Grial, a fin de que el jefe del Sacro Imperio Romano se convirtiese en una imagen o una manifestación del «rey del mundo» mismo, de modo que todas las fuerzas recibiesen un nuevo impulso, QUE EL ARBOL SECO REFLORECIERA, que una acción basoluta triunfase de todas las usurpaciones, de todas las discordias, QUE EXISTIERA VERDADERAMENTE UN ORDEN SOLAR, que el emperador invisible fuese también el emperador visible y que la «edad de en medio» —La Edad Media— tuviese también el sentido de una EDAD DEL CENTRO (20).

Este período de decadencia que ha de superarse, este ensayo de restauración del águila imperial, adquiere un sentido netamente apocalíptico. En *Hitler y la tradición cántara*, hemos evocado ese mito de la ETERNIDAD del «Reich de mil años» que es el semejante de la INMORTALIDAD en el mito del laurel que reverdece después de la caída de Montségur.

Ahora bien, esta sublimación del Imperio en el Reich eterno es esperada AL FIN DE LOS TIEMPOS, pues se apoya en el famoso mito del REBROTE o del ETERNO RETORNO hacia el punto de partida de la tradición. Es la imagen bien conocida ahora de la «serpiente mordiendo la cola». A la edad oscura, o edad de HIERRO por la que atravesamos en nuestra época de materialismo frenético, es llamada a suceder una nueva edad de ORO, edad en cuyo transcurso la ESPIRITUALIDAD volverá a servir de motor a la civilización. Para subir de nuevo a la superficie, necesitamos desgraciadamente TOCAR EL FONDO. Es el sentido de los trastornos de todos órdenes que empezamos a atravesar...

Esta mitología es igualmente común a Francia. La encontramos, propiamente nacional, en la profecía del GRAN MONARCA de quien los tradicionalistas franceses han hecho el unificador de nuestra civilización occidental, durante la edad oscura que estamos llamados a atravesar y que los hindúes, en su sabiduría milenaria, denominan *Kali-Yuga* (21).

Este retorno al orden SOLAR, al verdadero sentido de la ETERNIDAD, es decir, al conocimiento del destino humano, no es nuevo, como sabemos. La cuestión de nuestro origen y de nuestra finalidad son dos palabras mayores con las que han tropezado y tropezarán todavía las civilizaciones terrestres. ¿Qué podemos responder al angustioso interrogante planteado en forma de tríada: «¿Quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos»...? Nada, por supuesto. ¿Cómo, entonces, concebir un posible retorno de esta tradición, si es que admitimos (como todos los tradicionalistas de buena fe) la partida de Europa de las «organizaciones regulares» de esencia solar, en el siglo XVIII?

¿Cómo concebir un posible retorno de esta tradición, si admitimos

que el filón secreto de la iniciación con carácter solar se ha agotado para siempre? Este «filón» solar iniciático, que, como hemos visto, tiene su fuente en las civilizaciones egipcia e irania, revistió posteriormente la forma de los misterios mitríacos y después hermético-alquímicos bajo Federico II.

Iniciación solar cuya meta sigue siendo idéntica. En la época de Federico, leemos que los ROSA+CRUZ de entonces apuntaban «a reducir a polvo la triple diadema del Papa». Aquellos R+C, que reivindicaban para sí mismos y para sus representantes la verdadera ortodoxia espiritual, consideraban a Federico como *imperator* suyo, o representante del «rey del mundo» y no le escatimaron su apoyo.

Es lo que explica la inmortalidad del culto que se hizo suyo a Federico II y del cual hablaremos de nuevo más adelante en el cuerpo de este capítulo. Limitémonos a constatar que aquel ensayo de retorno a la tradición de origen solar no pudo ser realizado bajo el emperador de la casa de los Hohenstaufen. En esta fase, podemos considerar que su fracaso final no es imputable a sus aliados, sino al ideal que él perseguía y que era superior a las fuerzas humanas.

No obstante, los éxitos iniciales de Federico II hubieran podido hacerle esperar en la inmortalidad histórica y no ya mítica. Su CRUZADA IMPOSIBLE nos lo recuerda.

## La cruzada imposible del emperador Federico II

La Iglesia presentía la talla de su adversario. Es justo rendirle este homenaje. Instintivamente, había reconocido el peligro de aquella fuerza que ganaba terreno a su retaguardia apoyándose en el espíritu caballeresco y el ideal imperial del Grial. Es este instinto seguro que permitió al Papado, de la misma manera, aniquilar a los caballeros del Temple cuya potencia y organización militar lo asustaban. Todo el drama de los templarios proviene de esta incertidumbre en cuanto a los objetivos que ellos perseguían realmente.

En la misma mentalidad, las relaciones de Federico II con el Papado son reveladoras de este espíritu de competencia para la dominación del mundo.

En efecto, aunque excomulgado por la Iglesia, Federico había de conducir a buen término la única cruzada lograda y llevar a cabo la hazaña, única en los anales, de reconquistar el reino de Jerusalén sin derramar una gota de sangre.

Por recibir la diadema imperial, había prometido, en julio de 1215, «tomar la cruz» e ir a combatir a los infieles mahometanos en Tierra Santa. Pero, primeramente, hizo reconocer a su joven hijo Enrique como duque de Suabia y luego virrey de Borgogna, antes de hacerle ele-



gir «rey de los romanos» el 26 de abril de 1220. Todo ello le hubiera sido imposible sin las promesas reiteradas y sin cesar referidas de partir inmediatamente después para la cruzada.

Por lo demás, algunas vanguardias de ésta habían salido ya al mando del rey de Hungría y lo que debía producirse se produjo. Insuficientes en número y mal sostenidos, los cruzados fueron aplastados en Mansurah y tuvieron que reembargar en julio de 1221. Entretanto, ¿qué hacía Federico?

Demoraba sin cesar la fecha de salida de su expedición. Del 24 de junio de 1219, la aplazó primero al 29 de setiembre y luego al 21 de marzo del año siguiente. Pero no bastaba, puesto que la pospuso al otoño de 1220 y después a la primavera de 1221.

El Papa, que se había dejado manejar, no sabía ya a qué santo encomendarse ante la evidente mala voluntad del emperador. Mientras tanto, el Vaticano se enteró de la increíble noticia de que el perjuró iba a Italia para la coronación imperial... El Papa le esperaba a pie firme, muy decidido a hacerle doblegar y arrancarle una fecha a la cual él se atuviese.

El perjuró llegó, como quien nada, a la vista de la Ciudad Eterna. Pero, ¿qué hacer frente a un soberano que hace protestas de buena fe y habla sin parar de su futura cruzada? Nada, desde luego, más que entregarle la corona que ha venido a buscar. Finalizada la ceremonia, Federico partió inmediatamente para Sicilia a fin de proseguir la asimilación de su inmenso reino.

Para agradecer a la Iglesia sus bondades y su apoyo en la consecución de la púrpura imperial, pasó a la acción de forma inesperada. Para empezar, sustituyó la autoridad pontificia en Città di Castello por la suya propia, tras lo cual desencadenó tranquilamente, en 1222, una revuelta en Viterbo, ciudad que era feudataria del Papa, como se decía entonces... Y así, por el rodeo de usurpaciones sucesivas y de intromisiones progresivas, hizo desaparecer del ducado de Espoleto y de la marca de Ancona todo rastro de la administración pontificia. El método carece de elegancia, pero es eficaz: es la del bombero incendiario.

«En lo sucesivo, su táctica en los tratos con la Santa Sede es simple: Si el papa Honorio III se extraña y protesta, cede, da órdenes de las que el Papa se declaraba satisfecho y después vuelve en seguida a la carga cada vez con menos discreción. A principios de 1226, en vísperas de partir para Lombardía, notifica a las gentes de Viterbo, «en nombre de la fidelidad que le deben», que tengan listo para mandarle al primer llamamiento un destacamento de caballería. Luego se pone en camino, cruza el ducado de Espoleto y, sin otra forma de proceso, exige tropas para su escolta. Como algunos habitantes se resisten recordando que son súbditos del Papa y que han recibido del Soberano Pontífice órde-

nes contrarias, responde con fingida indignación que no dejará pisotear así los derechos de que dispone sobre todo el territorio pontificio en su calidad de «procurador de la Iglesia» (23).

Nos encontramos en 1226 y pronto hará nueve años que los primeros miembros de la cruzada «imperial» han regresado de Egipto, derrotados por completo... Pero, ¿qué hace entonces Federico? ¿Se decidirá por fin a partir para Tierra Santa?

Todavía no. Se ocupa de la Liga lombarda, que se le muestra demasiado independiente y amenaza con cortar sus comunicaciones con las posesiones germánicas de su inmenso imperio.

Mientras tanto, el Papa Honorio III muere el 18 de marzo de 1227 y su sucesor, Gregorio IX, parece hacerle cumplir su promesa de partir para los Santos Lugares. Entonces, el milagro tan esperado parece perfilarse por fin.

Al casarse con Isabel de Brienne, Federico II hace gala del título de «rey de Jerusalén» y anuncia de repente a bombo y platillo que saldrá para Tierra Santa a tomar posesión de su pertenencia. Y, de hecho, el 8 de setiembre de 1227, la flota imperial leva anclas de la rada de Brindisi y zarpa hacia el Mediterráneo oriental, al que no llegará...

Dos días después, en efecto, la misma flota recalca en Otranto, donde el emperador declara que la cruzada queda en suspenso «por causa de enfermedad y del calor».

La reacción del nuevo Papa ante aquella «falsa salida» fue brutal. La comedia había durado demasiado y, el 29 de setiembre, Gregorio IX excomulgó al Emperador y reforzó esta medida en marzo de 1228 poniendo en entredicho todos los lugares donde residiera el excomulgado.

Federico se veía promovido al rango de ANTICRISTO, pero esto no era como para asustarle y se revolvió hacia los musulmanes.

En efecto, al llegar a Sicilia, Federico había topado con los sarracenos que ocupaban en masa su reino. Su reputación de guerreros temibles ya estaba hecha. Tenían en jaque a un capitán tan célebre como Enrique de Malta y, para acabar con ellos, Federico no tuvo otro recurso que deportarlos a la llanura de la Apulia. Aquella política sagaz de traslado de la población había de dar sus frutos, puesto que permitió la creación de una colonia musulmana que se dedicaba a la artesanía de metales en torno de la ciudad de Lucera. Pero Federico II fue más lejos. Para representar su papel de «protector de los árabes», enroló en su ejército una legión musulmana, inaugurando con ello la técnica de las futuras «tropas coloniales». Poco cuesta imaginar la estupefacción del Occidente cristiano ante el anuncio de semejantes realizaciones (24).

Aquella política hábil tuvo un resultado inesperado. A finales del año 1226, una importante embajada musulmana, conducida por el emir Fahr al-Din, que representaba los intereses del sultán Al-Camil (sultán

de Egipto contra el cual Federico había hecho voto de «cruzarse»), se presentó en el palacio imperial de Foggia. Pero cedamos la palabra a Pierre Boulle:

Era una bella estampa de señor árabe la que cruzaba el mar para saludar al Emperador de Occidente, aquel fin de año de 1226, a la vez guerrero («El jefe más apreciado de toda la "paganería"», nos dirá de él Joinville, algunos años más tarde) y diplomático sagaz. Hombre de gran cultura igualmente, como su soberano Al-Camil y como el mismo Federico, gustaba rodearse de sabios y de filósofos y se deleitaba discutiendo con ellos durante largas horas. Además de esto, magnífico jinete, apasionado de caballos, y experto en caza con halcón y en cetrería. El sultán había acertado en la elección de su embajada. Nadie mejor que el emir podía granjearse el favor del Emperador (25).

Vemos que los temores de la Santa Sede de una posible «traición» del Emperador podían estar justificados. Más aún, la aprensión de una alianza cualquiera con los infieles, por parte de Federico, pareció recibir confirmación cuando el emir Fahr al-Din volvió a Foggia en 1228 y se vio armar «caballero cristiano» por el propio Emperador, quien le autorizó, además, a llevar las armas de los Hohenstaufen a guisa de blasón.

Para la Santa Sede, la copa estaba a punto de rebosar, y Gregorio IX tronaba contra el Emperador excomulgado que llegaba, en su exageración, hasta a armar caballero a un infiel musulmán.

En la delicada situación en que se encontraba por la excomunión papal, amenazado de una posible revuelta de sus súbditos, Federico, con la audacia que le caracterizaba, decidió inmediatamente embarcar para Jerusalén.

El 28 de junio de 1228, las naves abandonaron la rada de Brindisi y arribaron, sin tropiezo esta vez, a San Juan de Acre, el 7 de setiembre del mismo año. A los ojos de la cristiandad y del mundo musulmán comenzaba la aventura que la Historia ha registrado con la denominación curiosa pero evocadora de *Stupor mundi*.

### Stupor mundi

El Emperador dio en su palacio de Acre un banquete a los sarracenos y mandó que fueran varias cortesanas cristianas para bailar y jugar ante ellos. Se asegura que incluso hubo en aquella ocasión numerosos y vergonzosos libertinajes. Ha despojado a los canónigos del Santo Sepulcro de todas las ofrendas hechas a dicho Sepulcro, al patriarca, de las ofrendas al Calvario y al Gólgota, a los canónigos del Santo Templo, de las ofrendas hechas en este lugar (26).

(Carta apostólica de Gregorio IX; Mathieu, París. *La Grande Chronique*.)

leyendo estas pocas líneas, nos percatamos de que a Federico no le estorbaba nada el entredicho que pesaba sobre él. Sin embargo, aunque reconocido en San Juan de Acre, nueva capital de su reino, Federico pudo darse cuenta de la excomunión lanzada contra él. Las autoridades religiosas, con el patriarca de Jerusalén al frente, se apartaban de él de acuerdo con las instrucciones que habían recibido de Roma.

Del lado musulmán, por último, el porvenir no parecía mucho más brillante. La muerte del hermano rival del sultán Al-Camil resultó muy intempestiva. Es justo subrayar que Federico II no se enteró de la enfadosa noticia (que le privaba de un medio de presión) hasta su llegada a San Juan de Acre... Además, la muerte de su mujer, Isabel de Brienne, complicaba las relaciones, tirantes ya, con su suegro. Pero, ahí también, Federico debía aportar la prueba de su diplomacia sagaz, puesto que fue concluida una tregua de diez años el 18 de febrero de 1229.

Con aquella tregua, el Emperador alcanzaba un éxito político de primera magnitud. Aprovechando la rivalidad del emir de Damasco y el sultán de El Cairo logró sus propósitos, sin efusión de sangre. El sultán, dueño entonces de Palestina, restituía al reino de Jerusalén (cuyo nuevo soberano era Federico) la propia Ciudad Santa. Se imagina sin dificultad la sorpresa y el entusiasmo de la cristiandad al anuncio de aquella noticia inesperada, pero esto no era todo. Por aquel tratado, el sultán restituía igualmente al rey de Jerusalén la ciudad de Belén y la carretera estratégica e histórica de Jerusalén a Acre con las poblaciones que la bordeaban, entre las cuales estaba Nazaret. Además, también eran entregadas las ciudades de Jafa, Cesarea y Sidón, así como su región vecina.

Y, a cambio, ¿qué pedían los musulmanes? Pocas cosas, en verdad: el derecho de reservar dos mezquitas de la Ciudad Santa al ejercicio de su culto, la de Omar y la de El-Aqsa, ésta edificada en el emplazamiento del antiguo templo de Salomón (27).

El reino de Tierra Santa tenía una vasta base territorial, y ello sin que se hubiese librado ni un solo combate. Es más, la posesión de Jerusalén, ciudad por la cual los ejércitos cristianos habían batallado en vano durante casi medio siglo, era un logro moral considerable.

Aquellas cesiones territoriales estaban reforzadas por la *Pactio Secreta* que hemos evocado ya, pacto secreto que ligaba a los enemigos irreconciliables del ayer, reunidos después bajo los auspicios del Emperador. Éste ya no tenía más que abandonar San Juan de Acre para hacer una entrada triunfal en su nueva capital de Jerusalén.

Federico entró en ella el 17 de marzo de 1229 y se dirigió inmediatamente a la iglesia del Santo Sepulcro que había hecho restituir al culto cristiano. Allí efectuó el gesto que Napoleón efectuará algunos siglos



después de él, cogiendo la corona real y poniéndosela personalmente, sin ayuda de nadie. Luego pronunció un discurso comedido, en el que se defendió de las acusaciones que pesaban sobre él. Pero los efectos de la excomunión se hacían cada vez más desagradables. Era deplorable, en efecto, ver todo un cortejo de eclesiásticos, que seguían las huellas del Emperador rociándolas de agua bendita a su paso y salmodiando letanías. Y, sobre todo, el acceso a las misas le estaba vedado y resultaba un espectáculo lastimoso el del Emperador que, habiendo devuelto las iglesias al culto, tenía prohibida la entrada en ellas durante la celebración de los sacrificios divinos.

Los choques se multiplicaron, por consiguiente, y es muy probable que Federico perdiera su sangre fría. Vemos una prueba de ello en el incidente referido por *El collar de perlas* (28).

Un día en que el Emperador se paseaba por los alrededores de la célebre mezquita de la Roca, vio (¡espectáculo indigno!) a un monje cristiano apostado a la entrada del edificio (29) que se hacía entregar dinero por los visitantes. Presa de rabia ante aquella visión, Federico lo molió a golpes gritando: «¡Cerdo! El sultán nos concede gratuitamente el derecho de peregrinaje, y tú, miserable sacerdote, ¿te atreves a obrar así? Si vuelvo a pillar a uno de vosotros en el mismo sitio, lo mando ejecutar.» Y, al guarda de la Roca, que le daba las gracias —de quien tenemos los detalles de aquel suceso—, Federico le preguntó para qué servían las rejas de las incontables aberturas de la mezquita, y al contestarle éste: «Son para impedir que entren los pájaros», el rey de Jerusalén le había respondido: «¡Dios Nuestro Señor ahora hace que entren cerdos!»

Entretanto, el Papa no permanecía inactivo y ya se forjaba la leyenda de Federico II, viva encarnación del anticristo, contra el cual la cristiandad entera había de unirse. En la encíclica *De mari*, Gregorio IX llegaba a declarar:

¿VEIS LA BESTIA QUE SUBE DEL FONDO DEL MAR CON LA BOCA LLENA DE BLASFEMIAS? CON LAS ZARPAS DEL OSO Y LA RABIA DEL LEÓN, EL CUERPO IGUAL AL DEL LEOPARDO. ABRE SUS FAUCES PARA VOMITAR EL ULTRAJE CONTRA DIOS.

La marcha de Federico para Palestina no había calmado ni mucho menos el resentimiento del Papa Gregorio IX, cuyo furor había aumentado a consecuencia del descubrimiento de las cartas-misivas del Emperador.

Este, antes de abandonar Occidente, había dejado tras de sí un documento explosivo, en el cual acusaba al Papa de excitar a sus súbditos a la desobediencia y al desorden. Federico, en una segunda misiva, revocaba solemnemente los «beneficios» que había tenido la bondad de conceder a la Iglesia romana. En su última carta, nombraba a su «que-

rido y fiel» Rainaldo, duque de Espoleto, «legado de Imperio», con poder de «restablecer el orden» en sus provincias de Italia, es decir, con la misión de continuar la «roedura» de los Estados pontificios.

El Papa contraatacó frente a aquella suprema insolencia relevando de su fidelidad a todos los habitantes del Imperio y del reino de Sicilia (30). El oro corría a manos llenas para propagar el rumor según el cual las tropas sarracenas del anticristo marchaban contra los Estados del Papa.

Y esta suprema paradoja tenía un fondo de verdad, pues el legado imperial Rainaldo mandaba tropas sarracenas enroladas en Sicilia. Siguiendo el viejo adagio, según el cual *la mejor defensa siempre es el ataque*, había iniciado su marcha militar a través de Umbría y alcanzaba numerosos éxitos. El Papa tenía mucho trabajo contra la persona de Federico, que, por una parte, devolvía Jerusalén al seno de la cristiandad, pero que por otra parte, empujaba a sus tropas musulmanas contra la misma cristiandad...

Aquel papel de *imperator*, de representante del «rey del mundo», que Federico se había asignado, era no obstante una carga demasiado pesada frente a la potencia pontificia, sin la cual ninguna obra perdurable podía ser edificada en la Edad Media. De todas partes, en efecto, llegaban refuerzos a Roma. Ni siquiera los países escandinavos dejaron de enviar voluntarios al Padre Santo. El Ejército pontificio, al mando de Juan de Brienne, ex suegro de Federico, marchó, en enero de 1229, contra el reino de Sicilia y lo devastó parcialmente.

Mientras tanto, Federico, enterado de la situación inquietante en que se debatía su lugarteniente, zarpó de Acre en medio de los abucheos de un populacho soliviantado contra él y desembarcó en Brindisi el 10 de junio de 1229. Encontró una situación más catastrófica aún de lo que podía haber imaginado (31). Sin embargo, con su arrojo y su originalidad habitual, se puso al frente de sus tropas para liberar su reino de Sicilia y lo consiguió tras largos meses de combates ininterrumpidos.

Los preliminares de paz que siguieron incluían graves obligaciones para el Emperador, que debía renunciar a proseguir sus objetivos ambiciosos sobre los Estados del Papa. Los historiadores modernos encuentran esta prohibición completamente natural, excepto que el Sacro Imperio romano-germánico, si ha de ser considerado como sucesor del Imperio romano de Occidente, no podía tener sino una capital: LA CIUDAD ETERNA. Los emperadores, entre ellos Federico II, trataron de recuperar «su» ciudad con frenesí.

El caso de Federico II es característico de este combate de las DOS ESPADAS, pero, a la ESPADA ESPIRITUAL del Papa se aliaba la potencia TEMPORAL de los Estados de la Iglesia, apoyada por la Liga lombarda y el espíritu de independencia de los romanos. La tarea de unificación de las dos porciones del Sacro Imperio no era cosa fácil y, por lo demás, los Hohenstaufen se agotaron en ella excesivamente.

No obstante, al firmar la paz con Gregorio IX, Federico no se dio aún por vencido, pues «no sólo le era concedida la absolución, sino que la reconciliación con el Pontífice era total y sin reserva». El 1.º de septiembre se produjo en Anagni el espectáculo de Gregorio recibiendo al Emperador como amigo y, a solas, sentándole a su mesa. La cruzada que todavía la víspera era tratada de simple guerra de piratería y de empresa anticristiana, era ahora considerada como una obra pía; el tratado firmado con el sultán de El Cairo era aprobado oficialmente y el patriarca de Jerusalén recibía de Roma la orden de hacerlo respetar; el gran maestro del Temple era invitado en términos severos a aceptarlo y el entredicho impuesto a la iglesia del Santo Sepulcro a consecuencia de la ceremonia de coronación del 17 de marzo de 1229 quedaba levantado. Por otra parte, las más solemnes promesas de amnistía no impidieron que Federico tomara, en 1231, en su reino de Sicilia, medidas draconianas para evitar la repetición de los disturbios que la diplomacia pontificia había fomentado allí poco tiempo antes. Las famosas constituciones promulgadas en Melfi, el mes de agosto de 1231, muestran un señor imperioso ante quien el feudalismo ha de doblegarse y la pena de muerte que prevé uno de los primeros artículos contra todo «conde, barón, caballero o contra quienquiera que haga públicamente la guerra en el reino», indica desde el principio que si el soberano ha doblado la rodilla ante el representante de Dios, no está todavía ni vencido ni desarmado (32).

Y el milagro de la reconstrucción del Sacro Imperio, sin cesar dismantelado, sin cesar reconstituido, va a reproducirse. Federico se persona en 1232 en Alemania, donde se dedica a reparar los estropicios de la propaganda del Papa, pero pronto ha de regresar a Italia, donde ha estallado una revuelta a sus espaldas, revuelta sin duda alimentada por el oro pontificio o lombardo...

Entonces, en 1235, Federico decide acabar de una vez para siempre con ello. Pacifica totalmente la parte germánica de su inmenso dominio y emprende la sumisión definitiva de la Italia del Norte, donde, por tres veces, la Liga lombarda le ha cortado el paso. El 27 de noviembre de 1237, se registra la batalla de Cortenuova, cerca de Bérgamo, donde la Liga deja en el terreno 6.000 muertos y 5.000 prisioneros, entre los cuales figura el podestà de Milán y el famoso *Carroccio*, o carro portestandarte de la ciudad, símbolo y orgullo de sus habitantes.

Sin tardanza, Federico lo manda «al Senado y al pueblo romano», hacia los que se dirige, según explica, para devolver a la Ciudad Eterna, «sede de nuestro Imperio», el lujo y la gloria de antaño.

Esta vez, Federico piensa haberlo previsto todo. Roma será efectivamente la última etapa de su marcha triunfal, después de Jerusalén y Milán. Además, ¿acaso no tiene fieles partidarios en la capital de los Estados pontificios? Gregorio IX es viejo y está enfermo... Otro pequeño esfuerzo y el *Imperium mundi*, el Imperio del mundo, es suyo...

### La alquimia contra la cruz

En lo sucesivo ya no había duda posible. Federico II entablaba la lucha en el plano espiritual: el Sol de los magos y de los alquimistas se alzaba contra la cruz.

Marchando sobre Roma para destruir el poder pontificio, cometía un sacrilegio y él no lo ignoraba. Únicamente Napoleón obrará igualmente, expulsando al Papa de sus Estados. En cambio, Hitler, a despecho de todas sus amenazas verbales, nunca se atreverá a franquear la frontera «simbólica» de la Ciudad del Vaticano.

El arma mágica, forjada en la «fortaleza alquímica» de Castel del Monte, iba a entrar en acción contra el mantenedor de la cristiandad. Ésta se acordaba, ahora con espanto, de las profecías que habían acompañado el nacimiento y la infancia de Federico.

Estaba en primer lugar Pedro de Éboli, que, ya en la Navidad de 1194, acogió al recién nacido con unas palabras proféticas. Había después el encantador bretón Merlín, que predijo el «maravilloso e inesperado» nacimiento del niño y también su carácter de LEÓN RABIOSO. Estaba sobre todo Joachim de Fiore, que había reconocido en aquel príncipe de los Hohenstaufen al futuro dominador del mundo y al anticristo que había de sumir a la Humanidad en la confusión. El ermitaño calabrés había recordado al Emperador el carácter sagrado de su nacimiento y el embarazo «misterioso» de Constanza de Sicilia, que él comparaba con los de Olimpia, madre de Alejandro Magno, y de Atia (madre de Augusto), las cuales también soñaron haber cobijado un dragón en su seno.

Pero todas estas profecías no eran nada comparadas con el discurso sibilino de Godofredo de Viterbo, preceptor de Enrique VI, que había alabado al niño como un futuro liberador, como el César cabal de aquel tiempo: había prevenido a su señor imperial que aquel hijo sería EL TAN ESPERADO REY DEL MUNDO, destinado a REUNIR EL ORIENTE Y EL OCCIDENTE, como había anunciado Tiberio.

Estas reacciones a destiempo de la cristiandad no han de extrañarnos, pues es cierto que no se recuerdan las profecías hasta que tienen posibilidad de realizarse.

Su sobrenombre de ANTICRISTO lo debía Federico a las prácticas alquímicas con que gustaba de rodearse. El «genio malo» del Emperador habría sido el monje Michel Scott, del que no se sabe a punto fijo si era escocés, irlandés o francés, pero lo poco que de él sabemos basta sobradamente para iluminarnos sobre el personaje. Verdadera «enciclopedia ambulante» (33), redactó una compilación de todos sus conoci-



mientos secretos en el terreno del ocultismo y sobre los temas más peligrosos.

Así fue como nos llegó su *Liber perditionis animae et corporis*, que contiene los nombres, madrigueras y poderes de los demonios... Autor de obras de hechicería, con cuya ayuda invocaba, según se dice, a las potencias infernales, Scott ocupa el primer puesto en la Corte imperial de Federico. Así es como las crónicas dan cuenta de manjares que surgían «espontáneamente» sobre la mesa absolutamente vacía del castillo de Foggia a una simple demanda del monje demoníaco... De la misma manera se evocan experimentos de «lluvias artificiales» ante los pasmados espectadores. Estas diabluras iban unidas a un talento profético del cual la Historia sólo ha querido retener dos ejemplos, confirmados por los hechos.

La primera de estas profecías tiene relación con el lugar de la muerte de su soberano y señor: el propio Federico. Éste había pedido al extraño mago que le indicase el sitio de su fallecimiento y aquél respondió que tendría lugar en SUB FLORE, es decir, en una ciudad o un lugar consagrado a la flor. Desde entonces, el Emperador evitó cuidadosamente tales ciudades o tales lugares, como Florencia, lo cual no le impidió, en su lecho de muerte, comprobar con espanto el temible poder de su adivino, puesto que la aldea donde se estaba muriendo en 1250 se llamaba Fiorentino.

El segundo ejemplo de este extraordinario don de adivinación se aplica al propio Scott, quien había predicho que su muerte se situaría en una iglesia. Fue, efectivamente, así. Tan sólo hubo la pequeña diferencia de que el cielo pareció vengarse de una forma ejemplar de aquel «mago negro» haciéndole perecer de una manera violenta e inesperada. Mientras se encontraba en Escocia, en la pequeña capilla de Holme-Coltrame, donde oraba, un lienzo entero de pared cayó encima de él y lo aplastó... Dícese que su muerte estuvo acompañada de tales prodigios que prefirieron enterrar sus obras en su tumba, a fin de que su ejemplo no fuese seguido.

La marcha de Federico sobre Roma, al frente de una escolta tal de magos, adivinos, astrólogos y alquimistas, adquiría un sentido terrible para las mentes cultivadas. Era Lucifer, que marchaba contra Dios al frente de su legión de arcángeles desposeídos. Y, como para demostrarlo, los castillos imperiales se vaciaban de su extraña colección de brujos que acudían en pos del Emperador para «ayudar» al cumplimiento de sus profecías. Desde Castel del Monte hasta el castillo de Cortopasso, donde había unos extraños mapas del cielo y símbolos alquímicos en la «sala reservada», los iniciados y los profetas acudían en socorro de su soberano. Incluso entre los allegados al Papa, las traiciones se multiplicaban, como si un plan demoníaco se hubiera puesto en marcha.

La lucha entre Federico y Gregorio IX fue terrible. Los dos adver-

sarios rivalizaban en habilidad, pero ni la excomunión, ni las luchas desesperadas de las dos repúblicas de Génova y de Venecia al lado del Papa, ni las llamadas a la rebelión contra el anticristo en Alemania y en Sicilia parecía alcanzar la decisión. Entretanto, el Pontífice se decidió a asestar un gran golpe: la reunión de un Concilio general para poner al Emperador al margen de la cristiandad.

Pero Federico, enterado de esta decisión, capturó a la mayor parte de los prelados en un encuentro naval frente a la isla de Montecristo. Las naves pisanas y sicilianas hicieron prisioneros a más de 4.000 marinos genoveses, 3 legados, 12 prelados y varios obispos y arzobispos de Italia, que fueron conducidos a Nápoles, bajo una fuerte escolta. El emperador Federico parecía concretar las profecías de sus magos y alquimistas, puesto que había hecho prisionero al Concilio o poco faltaba.

El efecto moral de la derrota pontificia fue considerable. Confinado de su palacio de Letrán, el desdichado Gregorio IX no podía por menos que condenar a la execración pública al «perseguidor de la Iglesia» que aplastaba en Pavía a sus legados y sus aliados milaneses.

Federico, por su parte, no perdía el tiempo. Por consejo de sus magos, había reanudado su marcha sobre la Ciudad Eterna y cruzaba los Estados del Papa como el rayo. Se adueñaba de Espoleto, de Terni, y el mes de agosto había alcanzado el curso del Tíber y acampaba en Tívoli. Se hallaba, pues, a las puertas de Roma, en los montes Albanos, cuando le llegó una noticia asombrosa. Sucumbiendo a la emoción, Gregorio IX acababa de exhalar el último suspiro. Era el 22 de agosto de 1241.

El oráculo de los magos había pronunciado su veredicto. El Emperador salía victorioso de su lucha contra el Papado y éste debería en adelante subordinarse al «rey del mundo» y a su representante terrestre: el *Imperator mundi* Federico II de Hohenstaufen...

Con Gregorio IX desaparecía el último obstáculo opuesto a la absorción de Italia entera por el Imperio. El aura de invencibilidad y de inmortalidad comienza a tejerse en torno del personaje de Federico, poseedor de unos poderes sobrenaturales. El aplastamiento de Gregorio no es más que un signo aislado entre las profecías que Scott hace circular por toda Italia, ayudado en ello por toda una red de iniciados, pacientemente situados en el transcurso de las décadas precedentes. Numerosos centros de propaganda, entre los cuales cabe citar sin temor a equivocarse los cátaros, los gibelinos, los teutónicos y, en menor grado, los templarios, empiezan a funcionar para imponer la imagen de Federico como la del «mesías» imperial que Joachim de Fiore había anunciado con gran acopio de precisiones medio siglo antes.

Pero faltaba entrar en Roma, lo cual no era grano de anís, pues la detención de los prelados había conmovido a la cristiandad, que empujaba a los romanos a la resistencia hasta que se eligiera otro Papa. El

Emperador intentó entonces, sin éxito, bloquear a Roma haciendo pasar hambre a los habitantes para obligarles a ceder. Llegó incluso a devastar la campiña circundante y, alternando la mano dura con la mano suave, se decidió a reponer en libertad a los prelados que tenía presos. La elección del nuevo Papa, vista así, se le antojó como un triunfo personal y definitivo.

El 25 de junio de 1243, el cardenal Sinibaldo Fieschi, genovés de origen, fue elegido Papa con el nombre de Inocencio IV. La elección de aquel «viejo amigo» pareció, a los ojos de muchos, como un triunfo personal de Federico, y el anuncio del fin de la preponderancia pontificia.

Si Federico había esperado esta interpretación de la realidad, pronto hubo de desengañarse. La nominación del nuevo Pontífice marcaba para él el fin de sus esperanzas: LA ALQUIMIA IBA A SER BARRIDA POR LA OMNIPOTENCIA DE LA CRUZ.

### Muerte y resurrección del anticristo

*La muerte de Federico II.* El arzobispo de Maguncia, Siegfried de Epstein, alzó el primer estandarte de la revuelta contra Federico. Fue seguido por su colega de Colonia, mientras que el papa Inocencio IV, con todo y prometer la absolución al Emperador, le quitaba la ciudad de Viterbo y huía a Génova, fuera de su alcance. La explicación final entre el sacerdocio y el imperio comenzaba.

Por consiguiente, todo el edificio con paciencia construido por Federico II se viene abajo. Los musulmanes recuperan Jerusalén y aplastan a las tropas cristianas en la batalla de Gaza.

El Papa, por su parte, no permanece inactivo. Ha reunido, el 24 de junio de 1245, el Lyon, un concilio de 150 obispos que condena solemnemente al Emperador por «perjurios, sacrilegios, crímenes de lesa majestad, usurpación de territorios y violencias para con el clero y complacencia y complicidad con el sultán de Egipto». Pero hecho más grave, este concilio de Lyon libera a los súbditos del Imperio y del reino de Sicilia de sus deberes de obediencia y de fidelidad. Los monjes mendicantes se desparraman entonces por toda Europa para llevar la buena palabra y predicar la rebelión contra el nuevo anticristo.

Los resultados no se hacen esperar mucho. En 1246, el Emperador está a punto de ser asesinado y se descubren complots en su camarilla. El nombramiento de un antirrey en Alemania y la amenaza de los lombardos en sus retaguardias le impiden recobrar el dominio de la situación. De julio de 1248 a enero de 1249 permanece al pie de los Alpes con la esperanza insensata de una reconciliación con el Papa, pero éste finge ignorarle. Los complots y las tentativas de asesinato se suceden

sin interrupción a todo lo largo del año 1249.

Es en esta atmósfera de traición cuando Federico vuelve a Nápoles y a su reino de Sicilia, donde se entera del rapto de su hijo Enzo por los habitantes de Bolonia (26 de mayo de 1249), pero por mucho que se indigne y amenace, los habitantes de dicha ciudad se limitan a hacerle contestar que lo esperan para devolverle su bien. Esta vez, el león de Suabia tiene las garras demasiado gastadas por sus continuas carreras a través de Europa...

Todas las ciudades italianas, alentadas por el ejemplo de Bolonia, se sublevan como por encantamiento. Por doquier, el poderío de los Hohenstaufen se viene abajo como castillos de naipes. En Alemania, dos antirreyes están frente a frente y se disputan el trono dejado vacante por Federico. Espectáculo lamentable el de la desaparición del Sacro Imperio romano-germánico.

Federico, minado por las preocupaciones y la enfermedad, se retira deliberadamente a uno de sus castillos, haciendo cundir el rumor de que sale de cacería. Lo cierto es que el Emperador ya no puede más. El nombre de la fortaleza es Castelfiorentino y los astrólogos le habían predicho un día que moriría «bajo la flor», por lo que, durante toda su vida, evitó ir a Florencia. Pero ha llegado el día y Federico sabe que ha de morir aquí. La disentería le debilita cada vez más y el 10 de diciembre, el «Rey de los romanos» convoca a los grandes dignatarios del reino y, con voz apagada, dicta sus últimas voluntades. La Iglesia debe restituir las tierras que ha tomado al Imperio. Los templarios, esa orden ejemplar, recibirán en cambio un considerable legado. Pronto el «león de Sicilia» entra en agonía. Pregunta el porqué de haber colgado un tapiz en la pared de su habitación. Le contestan que oculta una puerta de hierro condenada desde hace mucho tiempo. Simbolismo de la vía iniciática: la puerta estrecha. Federico se acuerda de las palabras proféticas de su mago, el famoso Michel Scott: «Bajo la flor y cerca de una puerta de hierro.» El oráculo se ha cumplido.

Antes de exhalar el último suspiro, el 13 de diciembre de 1250, pide que le pongan el hábito CISTERCIENSE, ropaje del iniciado DRUIDICO san Bernardo, abad del Císter y reformador de los benedictinos.

Pero, al morir, lo arropan con un espléndido tejido oriental, signo de su magnificencia pasada, símbolo de la grandeza imperial. Un rey de Asia lo había regalado al emperador Otón IV. En esta mortaja de púrpura, filigranada de oro y bordada de animales simbólicos que configuran un fantástico ZODÍACO, Federico II alcanza el mundo hipercósmico de los sabios y de los dioses (34).

Sobre su tumba que todavía puede contemplarse en la catedral de Parma, el arzobispo Bérard ha grabado este epitafio:

*Si la probidad, el talento, la gracia de todos los dones,  
la magnificencia, la nobleza de la raza,*



*pueden resistir a la muerte,  
Federico que yace aquí, no ha muerto.*

El mundo rehusará creer durante mucho tiempo en esta muerte, y aquí es donde comienza la leyenda del «Gran Emperador», el mito del «Mesías Imperial» llevado por las alas de la poesía mística.

*Federico II, mecenas de los trovadores y «protector» de los cátaros.* Los trovadores no son ajenos a esta transfiguración de Federico. Hemos señalado ya la existencia de aquellas centrales misteriosas, repartidas por toda Europa, y en las que se hallaban mezclados cátaros, gibelinos y órdenes de caballería. Es justo otorgar un lugar destacado a los trovadores medievales por el apoyo que aportaban a su mecenas.

A Federico le gustaba rodearse de los artesanos del «gay saber». La Corte de Palermo recibía ilustres trovadores: Pons de Chaptueil, Ghilhem Auger Novella y Folquet de Romans por los provenzales, y Róstico del Filippi y Cecco Angioleri por los italianos. Ni siquiera el famoso Walter de Aquitania dejó de ser visto en la Corte del emperador. Para atraérselo, éste le propuso incluso uno de sus más hermosos castillos, pero Walter lo rechazó. Prefería conservar el más preciado bien del trovador: su libertad.

Los poetas faranduleros amaban a aquel soberano también trovador, pues se le debe haber dado forma al aparato «erotoplático» con su canciller Pierre de Vignes. Comparada con la poesía materialista y con frecuencia obscena de los troveros, esos bárbaros del Norte, la poesía trovadoresca e italiana de la época se muestra casta e idealista. Se reviste de sobrentendidos políticos y esotéricos que apuntan a la omnipotencia pontificia.

Hallamos un ejemplo perfecto de ello en el tema de LA DAMA misteriosa, tema celebrado a cual mejor por Ranieri de Palermo, el siciliano Inghilfred, Hugues de Massa, Dante Alighieri y muchos más. Y hallamos de nuevo aquí el bajorrelieve evocador de la dama arrodillada ante los caballeros, escultura de las cuales hemos hecho mención en nuestra visita a Castel del Monte. Esta dama misteriosa, que los trovadores llaman «la Rosa», o «la Flor», «la flor de lo alto», «la flor de las flores» (35) sigue siendo comparada a la estrella de Oriente, por el epíteto de «Siria» que le es otorgado. Hallamos de nuevo aquí (lo cual no debe extrañarnos), al santo Grial o «estrella del conocimiento», cuyo estuche es Montségur.

La importancia oculta del paraje de Montségur no tiene por qué demostrarse aquí. Es de la región ariegense, y de Toulouse más particularmente (verdadera Meca de los trovadores), de donde salían y llegaban las consignas «antirromanas». Nos basta como prueba la fecha misma de la caída de la fortaleza cátara (en 1244) y las esperanzas que los sitiados abrigan de una próxima venida del propio Federico, al que es-

peraban como un mesías.

René Nelli nos ha descrito la esperanza que su venida liberadora había hecho nacer:

(...) Federico II adquirió, a los ojos de los últimos defensores de Montségur, las proporciones de un verdadero mito: mito de esperanza y de salvación. Cundía el rumor, efectivamente, en Occitania, de que el conde de Tolosa acudiría a liberar la fortaleza sitiada con ayuda de un ejército de socorro enviado por Federico. Aquel rumor no carecía de fundamento. El trovador Uc de Saint-Circ, francófilo y adicto a la Iglesia, había compuesto, hacia 1240, un serventesio —que los cátaros debían conocer— en el que suponía a Federico, ocupado entonces en el sitio de Fayenza, la intención de «vengar al condado de Tolosa, a Béziers y al país de Carcasona». De hecho, en 1243, Federico había devuelto a Raimón VII el marquesado de Provenza y el Venaissin. Una campaña en Occitania no parecía demasiado inverosímil. Es seguro que la muerte de Federico, sobrevenida en 1250, desalentó, con razón o sin ella, a los últimos patriotas occitanos (36).

No podemos más que suscribir sin reservas la tesis de nuestro amigo René Nelli, cuya reputación y seriedad en materia de catarismo son universalmente reconocidas, tanto más cuanto, en nuestro último trabajo, habíamos escrito por nuestra parte:

En la lucha gigantesca que opone al Emperador con el Papa, dos clanes, en los que encontramos mezclados cátaros, valdenses, gibelinos y templarios, se enfrentan durante los cuatro siglos que van del año 1000 a 1400. Federico Barbarroja I (1152-1190) tuvo grandes dificultades con el Papa, pero no supo como sus predecesores transponer la lucha al plano de las ideas. Federico II, emperador de 1220 a 1250, siguió el camino más sutil del esoterismo... Por el esoterismo, busca, a su vez, la clave de las cosas ocultas yendo en pos del conocimiento a través de la historia de Merlín *el Encantador* y del Grial.

Esta búsqueda solar del Grial (búsqueda solar por su carrera en torno de los doce signos del Zodíaco) hallaba su originalidad, en el caso de Federico, por el hecho de que se trataba, como hemos visto con Castel del Monte, de una búsqueda alquímica. Los versos del gran alquimista Raimon Llull, nos trazan esa estrecha dependencia:

*Con una onza  
de este polvo de proyección  
harás soles  
en número infinito.*

Nada tiene de extraño, en esta óptica, que la Historia nos refiera la negación de la muerte de Federico por la mayoría de sus contemporáneos. Numerosas versiones circulaban acerca de su desaparición. Para unos, había sido deportado por el Papa, para otros, se había marchado voluntariamente por consejo de su astrólogo.

Los trovadores divulgaban las más locas suposiciones, y esto no puede extrañarnos si queremos imaginar el desastre que representaba a sus ojos la desaparición de su mecenas. Igual ocurría en lo que respecta a cátaros y gibelinos, y no hablemos de los templarios...

*La resurrección de Federico.* Tan sólo algunos meses después de la desaparición de su Rey, los sicilianos empleaban la fórmula sibilina: «Vive, no vive», lo cual, en lenguaje claro, pareció significar que el Emperador se había ido a un «centro» oculto a las miradas de los humanos.

La noticia tomó una dimensión muy distinta cuando un monje refirió haber visto a Federico, al frente de una legión de caballeros, hundirse en las entrañas del Etna. ¿Acaso no era una prueba evidente de que había ido a los infiernos, para reunirse con Lucifer, su señor?

No fue tal la interpretación de todo el mundo. El Etna pasaba por ser la morada de los héroes difuntos y principalmente la del rey Arturo... ¡El pobre monje había elegido muy mal su ejemplo!

En 1260, un impostor plantaba su tienda en la misma falda del volcán, entonces inactivo. Se presentaba como el «tercer Federico» y, por supuesto, atrajo una multitud de discípulos, pues el rumor de SU resurrección no podía sino fascinar a los partidarios de la causa imperial. El abuso de confianza duró hasta 1262, fecha en la cual el pseudoemperador resucitado juzgó más prudente desaparecer.

El mito de la resurrección imperial viaja entonces a través de Europa. En 1284, encontramos a Federico en Worms, Alemania, y luego en Lübeck, donde el gentío le depara una acogida delirante de entusiasmo. Volvemos a encontrarlo, el mismo año, en las cercanías de Colonia, en Neuss concretamente. Embajadas de Europa entera son enviadas al «nuevo» Federico hasta el momento en que, descubierta la superchería, «Federico» sube a la hoguera por crimen de brujería.

En la misma época, otro impostor era quemado en Holanda... Las llamas de su hoguera, en Utrecht, acababan apenas de extinguirse cuando volvieron a encenderse en Wetzlar para un nuevo resucitado... Leyendo estas líneas podemos darnos cuenta de la magnitud del fenómeno.

Pero, más significativo aún, el mito político comienza a hacer su aparición y el hitlerismo es descrito con siete siglos de adelanto. Así leemos en el *Gamaleón* (panfleto a la gloria de Federico):

El Emperador germánico derribará la Monarquía francesa y el Papado. Cumplida su misión, hasta el recuerdo de lo que fue Fran-

cia quedará borrado. Húngaros y eslavos serán totalmente avasallados y los judíos aplastados para siempre. Los alemanes, al contrario, serán exaltados por encima de todos los pueblos. Una vez despojada la Iglesia de Roma de sus bienes, todos los sacerdotes serán exterminados. En vez del Papa, un patriarca alemán reinará en Maguncia sobre una Iglesia renovada y subordinada al Emperador, «águila de la raza de las águilas», nuevo Federico cuyas alas se extenderán de mar a mar hasta los confines del Globo. Entonces vendrán los últimos días, luego el segundo advenimiento y el juicio final (37).

La aplicación de este programa fue descrita en detalle por el «revolucionario del Alto Rin», anciano fanático e iluminado que nos ha dejado el famoso *Libro de los cien capítulos* (38), en el cual nos expone la conspiración judeocristiana y los remedios propuestos. Así, este «santo varón» prevé la eliminación física de 2.300 eclesiásticos diarios durante cinco años... Luego se pasará a los usureros, prestamistas y «capitalistas» de todo pelaje. Entonces tan sólo cabría ocuparse de los pueblos meridionales para avasallarlos, un programa profético como puede verse.

Pero en Francia también se esperaba el advenimiento de un nuevo Federico. Hubo Juana de Arco... ¡La habían esperado tanto! El mito recobrará una segunda juventud con la profecía del «gran monarca» grata a Nostradamus.

En espera de este acontecimiento, vemos que los últimos cátaros militanes, agrupados en 1310 alrededor de Belibasto, seguían esperando la llegada de Federico. El mito perdura y hasta renace: se confía en la venida de un nuevo Federico, de un TERCER Federico.

Creen haberlo hallado en la persona de don Fadrique de Aragón, entonces en guerra contra la Santa Sede y Francia por la posesión de Sicilia. «Un descendiente de la raza del rey de Aragón, profetiza Belibasto, dará de comer a su caballo en el altar de Roma...» (39).

La resurrección de Federico adquiere, naturalmente, una actitud antipontificia y, más concretamente aún, antirromana. Encontramos una confirmación de ello en las profecías que anuncian la Reforma protestante y, a más largo plazo, el anuncio de la Revolución francesa de 1789.

Los especialistas califican estas profecías de «milenario igualitario». La relación es tan evidente que hallamos, en *El mito del siglo XX*, del pensador nazi Rosenberg, una exposición entusiasta de esas doctrinas. Igual ocurre con los COMUNISTAS, que se apasionan por el pensamiento de los pensadores igualitarios de la Edad Media y los reivindican como otros tantos predecesores suyos.

Norman Cohn, con una andadura opuesta a la nuestra, llega a la misma conclusión. Nota un resurgir apocalíptico y lo explica así:



No podríamos negar que la aparición fortuita de hombres excepcionales haya desempeñado un papel considerable. Y, sin embargo, ni Lenin, ni Hitler, ni (puede añadirse) Mao Tsé-tung, todos ellos brillantes tácticos y PROFETAS potentes, hubieran podido llevar a cabo sus revoluciones en ausencia de ciertas condiciones sociales. Y nos preguntamos qué situaciones sociales favorecen de hecho el triunfo de grupos inspirados por la conciencia de una misión casi escatológica y rebosantes de odio y de esperanzas ilimitadas, cuando la larga historia del milenarismo revolucionario medieval puede sernos de algún auxilio (40).

El ejemplo de Federico, que hemos repuesto en esa corriente tradicionalista, se halla efectivamente en el punto de unión de los tiempos antiguos y de nuestro mundo contemporáneo. Ello es tan cierto que puede seguirse la huella del milenarismo en el sucesor de Federico, designado por el destino. Nos referimos a Napoleón.

El Emperador de los franceses se vincula en verdad a esa corriente SOLAR. Nos basta como prueba su pertenencia (ahora reconocida) a la francmasonería y, más particularmente, a la iniciación egipcia de ésta.

Si se admite igualmente la pertenencia de Napoleón al «iluminismo bávaro», tal como actualmente parece comprobado, heredero directo del iluminismo milenarista que vio la luz con la «resurrección» de Federico... se está obligado a admitir la visión cíclica de la Historia o, cuando menos, la permanencia de ciertos mitos.

Ello parece tan cierto que numerosos autores (y no de los menores) no han dejado de establecer comparaciones sugestivas entre ambos emperadores de Occidente. Les faltaba, sin embargo, la prueba de esa filiación SOLAR que, por nuestra parte, hallamos en el esoterismo y las sociedades llamadas iniciáticas.

Para destacar el destino excepcional de Federico II, brillante como el astro solar con quien se confunde, hemos de citar la magnífica evocación de Ziegler (41):

En Federico II, un emperador era deificado por última vez «como una fuerza esperada en la eternidad, como el Mesías y el señor de la terminación, dueño en el reino apolíneo que anunciaron las sibilas». Ya en vida, le honraron como «rey del Sol». Y cabría proporcionarle una infinidad de imágenes mesiánicas. Manfredo escribía al rey Conrado tras la muerte del padre de ambos: «El Sol del mundo que lucía sobre los pueblos, el Sol del derecho, el asilo de paz, se ha puesto.» Un mes después de este «ocaso», unos fieles anunciaban en Tívoli, como pudiera haberlo hecho la sibila tiburtina, que, *igual que el Sol, Federico se había hundido en el mar occidental, dejando tras de sí a su hijo solar, cuya aurora se avecinaba*. Es todavía el culto del *Sol invictus*, rejuvenecido por las profecías, que, mil años antes, se había fundido en el culto del Señor, y que tomaba por objeto ahora al emperador Federico, *nacido un*

*día después del nacimiento del Sol y de la natividad de Cristo*, muerto también en diciembre, quien regresaría a la consumación del tiempo para erigir el reino del Paraíso.

## NOTAS DEL CAPÍTULO V

1. La leyenda de su nacimiento refiere que su madre, Constanza de Sicilia, fue «visitada» por un dragón. El paralelo con Olimpia, madre de Alejandro, es notable. Señalemos que el dragón es el «custodio» solar por excelencia y se emparenta, en lo simbólico, a la serpiente del mito del «árbol del mundo».

2. Esta semejanza con lo Antiguo, esta fraternidad que unió a Federico II con un Juliano, más allá de las contingencias terrestres, Marcel Brion la captó perfectamente al escribir: «Los tiempos no habían llegado. Federico II tenía el defecto, además, a los ojos de la masa, de encarnar al mismo tiempo un ideal demasiado impreciso, *porque se proyectaba demasiado lejos en el futuro, y demasiado arraigado en el pasado*. Se parece mucho, en esto, a Juliano el Apóstata, con el cual posee tantos rasgos comunes. Admirador apasionado de Roma y de la romanidad, Federico soñaba con resucitar el Imperio de los césares. ¿Quizá también su sistema religioso englobaba un cierto paganismo oficial, semejante a la religión de Estado de la antigua Roma, dominado por la «divinidad» del Emperador?» (*Frédéric II de Hohenstaufen*, París, Tallandier, 1948, pág. 224).

3. Este Preste Juan no tiene nada en común con el que será buscado a fines del siglo XV en la región de Etiopía. Se trata, aquí, del «rey del mundo».

4. De ahí la utilidad de los harenes que permitían esperar el instante astrológico propicio para la procreación «ideal» del heredero por la favorita.

5. Conviene señalar que fue un arquitecto francés, Philippe Chinard, el maestro de obras de Castel del Monte.

6. Así, el año está dividido en CUATRO ESTACIONES, hay CUATRO puntos cardinales, CUATRO elementos, CUATRO reinos en nuestro planeta (mineral, vegetal, animal y humano), hay CUATRO Evangelios y la cruz tiene CUATRO brazos. Pero, lo más importante es que, astronómicamente, la posición del Sol en cada estación coincide con CUATRO estrellas: Aldebarán en Tauro, Régulo, en Leo, Altair en Águila, Fomalhaut en Acuario, signos-símbolos del hombre que nos recuerdan a los CUATRO seres vivientes.

7. Por vez primera, en efecto, se efectuaba un esfuerzo para utilizar la interpretación alegórica con otros fines que dogmáticos o morales, pero también como medio de previsión histórica. Joachim de Fiore pretendía haber descubierto la clave que permitiría descifrar el sentido de la Historia y sus etapas futuras tomando como base de reflexión los dos Testamentos y sobre todo el Apocalipsis.

8. *Hitler et la tradition cathare*, Ed. Robert Laffont, 1971. (Traducción castellana publicada por esta editorial: *Hitler y la tradición cátara*.)

9. JULIUS EVOLA, *Le Mystère du Graal et l'idée impériale gibelina*, Ed. Traditionnelles, París, 1967, páginas 27 y 60-61.

10. Los templarios llevaban el manto blanco con cruz roja (cruz negra para los teutónicos). Los caballeros hospitalarios llevaban el manto negro o rojo con cruz blanca.

11. Precisemos que un autor como Philéas Lebesgue ha sostenido la teoría de la existencia de un grupo secreto teutónico perpetuador, con fines nacionalistas y pangermanistas, de las teorías gibelinas. El último representante visible de esta agrupación fue, siempre según este autor, el mariscal Von Ludendorff. Philéas Lebesgue, y ahí le seguimos, afirma que una prueba de esta filiación residía en la casa de Austria-Hungría, cuya divisa: A.E.I.O.U., traducida del latín significaba: «Los emperadores de Austria están destinados a dominar el mundo», y fue Ludendorff quien hizo del austríaco Hitler el Führer del III Reich, después que hubo marchado a su lado aportándole su caución cuando el fallido *putsch* de Munich en 1923.

12. Este tipo de *mandala* sirve originariamente para los templos de la India dedicados a Shiva, dios del Resurgimiento y de la Transformación, que lo quema todo con su «ojo central» (el tercer ojo). Notemos por último que  $81 \times 64 \times 5$  (que representan respectivamente en la simbólica templaria: el tiempo, el espacio y la vida) = 25 920 (número cíclico fundamental llamado todavía «gran año platónico»). Ahora bien, el espesor de las murallas de Castel del Monte corresponde perfectamente a esta simbólica: 2,59 m... Podemos poner de relieve, en esta fase, curiosas relaciones cifradas: la Tierra se desplaza sobre su trayectoria a la velocidad de 29,77 km/s, recorre una media, por lo tanto, de 940.000.000 de kilómetros por año, o sea: ¡2.592.000 km por día! El pulso de un ser humano late un promedio de 72 veces en un minuto, y como se respira 18 veces por minuto (o sea  $18 \times 60 = 1.080$  veces por hora), obtenemos curiosamente:  $1.080 \times 24$  horas = 25.920 veces por día. Vemos, según estos ejemplos, hasta qué grado el hombre se ve sometido a la LEY DEL COSMOS.

13. Citado por Robert Charroux, en *Le livre des secrets trahis*, Ed. Robert Laffont, París, 1965, páginas 224 y 225.

14. La secta de los ASESINOS musulmanes, vio la luz en 1090 bajo los auspicios del jeque Al-Yebal, el famoso «Viejo de la montaña». El nombre de la secta provenía del uso del hachís (o cáñamo índico), que los fanatizaba. Su implantación en Siria había planteado problemas insolubles a los cristianos. Su similitud de organización con la de los templarios ha sido puesta de relieve repetidas veces.

15. Tocamos aquí a otra estafa de la ciencia oficial, que nos declara que Cristóbal Colón, partiendo al descubrimiento de las Indias, descubrió América.

- 1.º en el siglo xv las Indias estaban situadas muy exactamente;
  - 2.º los mapas del almirante turco Piri Reis hacen mención del continente americano;
  - 3.º hacía ya más de un siglo que los pilotos de las islas del Atlántico habían de tomar su retiro obligatoriamente en un «lugar vigilado». ¿No era la prueba de que conocían ya la existencia del Brasil? ¿No en balde las carabelas de Colón llevaban la cruz templaria en sus velas!
16. Las leyendas de fondo cártaro señalan repetidas veces a este Preste Juan como uno de los suyos. Wolfram von Eschenbach lo tiene como hijo de

la unión de Parsifal y de Esclarmunda de Foix... hijo espiritual sin duda alguna. Y el Ariosto no omite mencionar a este Preste Juan al lado de la dulce Angélica, reina de los «Catais», es decir, de los cátaros, figura hermana de Esclarmunda.

17. Somersetshire. Condado del sudoeste de Inglaterra, cerca de Bristol.

18. RENÉ GUÉNON, *Symboles fondamentaux de la science sacrée*, N. R. F., 1962, páginas 114 a 119, y sobre todo: K. E. MATWOOD, *A Guide to Glastonbury's Temple of the Stars, its giant affigies described from air views, maps, and from the hight history of the holy Graal*, Londres, John Watkins.

19. La importancia de este paraje y de las piedras misteriosas llamadas «piedras azules» o «piedras solares» es obvia aquí. Todos los años, por la mañana del solsticio de verano, 300.000 personas acuden todavía, tan verdad es que los monumentos antiguos saben hablar a quienes se toman la molestia de comprenderlos.

20. EVOLA, *op. cit.*, páginas 176 y siguientes.

21. El *Kali-Yuga*, o edad oscura, es la dominación absoluta de la materia sobre el espíritu. Sigue siendo llamada edad de HIERRO por los hindúes y sucede a las edades de ORO, de PLATA y de BRONCE.

22. A propósito de Federico II, A. GAUTIER-WALTER escribe en *La Chevalerie et les aspects secrets de l'histoire*: «Como Federico creía en la reencarnación, igual que Laurent y Dante, es muy posible que esta obsesión del siglo de Augusto, que le embargaba, viniese de la creencia de ser, a su vez, una reencarnación del Emperador romano... Los siglos se cortocircuitan... El tiempo y el espacio interfieren sus ciclos ocultos... El fénix vela sobre las águilas y nuestro pasado es el presagio de nuestro porvenir. El «Imán oculto» de la caballería mediterránea espera, en su «gruta», tan bien pintada por el iniciado Leonardo da Vinci, que nosotros, hombres del siglo xx, estemos por fin dispuestos y capaces de acoger dignamente el retorno inminente del Emperador de justicia y del «Rey de caballería», Arturo y sus caballeros Carlomagno, Augusto o Federico...» (páginas 35-36).

23. LOUIS HALPHEN, *L'essor de l'Europe*, París, Alcan, 1932, página 340.

24. Los musulmanes comparaban a Federico con Alejandro Magno, tanto lo admiraban. Oriente estaba pendiente de sus realizaciones, como atestigua la embajada y los auxilios en dinero que le fueron enviados por el soberano griego de Nicea.

25. PIERRE BOULLE, *L'étrange Croisade de l'empereur Frédéric II*, Flammarion, 1968, página 89. (Ed. en castellano, publicada por esta Editorial, *La extraña cruzada de Federico II*.)

26. Carta apostólica de Gregorio IX, Mathieu, París. *La Grande Chronique*.

27. Se trata de la mezquita que ardió en 1969 provocando la cólera del pueblo musulmán. El incendiario era un desequilibrado australiano que se hacía pasar por descendiente del rey David, encargado por el cielo de reconstruir el templo de Salomón.

28. Compilación musulmana.

29. Donde se encuentra una huella del pie del profeta Mahoma.

30. El reino de Sicilia había sido organizado inspirándose en las órdenes de caballería: un verdadero Estado militar.

31. En particular, el Papa había enviado un cardenal-legado a Alemania para predicar la desobediencia hacia Federico impulsando incluso a Luis de Baviera a entrar en disidencia.



32. LOUIS HALPHEN, *op. cit.*, página 349.

33. Además de su reputación de «hacedor de oro», Scott era astrólogo, médico, matemático, pintor y alquimista. Se interesaba igualmente por la Zoología y por la Botánica. Las ciencias humanas tampoco le eran ajenas. Fue el traductor de *De Coelo* y del *De anima* de Aristóteles, con comentarios de Averroes; su *Liber animalium* es célebre, así como sus *Historias de animales*. Publicó diecinueve tratados antes de redactar escritos comerciales con los señores árabes, como estaba obligado por su función de escribano imperial. Fue enviado como embajador a Túnez y tuvo tiempo además de confeccionar para la Corte muchos remedios y pociones, una de las cuales era de confitura de violetas. Una mente completa, como podemos colegir del enunciado de su biografía. Federico II, por su parte, no tenía nada que envidiar a su confidente. Los cronistas nos refieren que hablaba siete lenguas y comprendía nueve más y sus conocimientos en filosofía y en teología eran excelentes. La escolástica le era familiar y tenía una acusada predilección por las matemáticas. A él le debemos las primeras sesiones científicas que se celebraron en Pisa bajo su presidencia y donde dio pruebas de conocimientos asombrosos para una mente tan «universal». No olvidemos sus talentos de administrador, de militar y de ocultista, y sus dones de astucia y de libertino, pues fue el único Emperador de Occidente que mantuvo un harén para sus necesidades personales...

34. Los funerales del Emperador estuvieron impregnados de una triste solemnidad. «El 28 de diciembre —dice un testigo ocular— me enteré de que el cuerpo del emperador, que era trasladado a Tarento, iba a pasar, y me fui a Bitonto por verlo. Estaba depositado en una litera cubierta con un paño carmesí, la guardia sarracena lo rodeaba con seis compañías de jinetes armados de toda clase de armas. Marchaban tristemente, llorando al emperador en todos los lugares por que pasaban. Gran número de barones vestidos de negro y los delegados de las ciudades del reino cerraban el cortejo.» El cuerpo embalsamado del soberano fue depositado en un sarcófago de pórfido rojo, color imperial, y este féretro se parece extrañamente al de Napoleón. En el siglo XVIII se abrió la tumba y se descubrió el cuerpo intacto, la frente adornada con una corona de florones, vestido con un rico ropaje y calzado con unas sandalias en las cuales había ciervos bordados. El globo y la espada, signos de majestad, estaban a su lado y hubiérase dicho que Federico II iba a despertar.

35. En todas las épocas, efectivamente, el simbolismo parece desenvuelto del eje o, más exactamente, del centro hacia la circunferencia. Así sucede con el simbolismo FLORAL (loto, lis y rosa), que es una irradiación alrededor del centro. El ejemplo clásico, en la materia, es el LOTO de la tradición hindú, figura centrada por excelencia que emerge del agua para abrirse a los rayos solares. Pero hay un hecho más importante y puesto de relieve por GUÉNON: «Cuando la flor está considerada como representando el desarrollo de la manifestación, hay también equivalencia entre ella y los demás símbolos, entre los cuales cabe destacar muy especialmente el de la RUEDA que se encuentra casi en todas partes. Los tipos más habituales son las ruedas de seis u ocho radios...» (En: *Symboles fondamentaux de la science sacrée*, N.R.F., 1962, páginas 96-97.) No podemos aquí por menos que pensar en el plano muy particular de Castel del Monte, cuya vista aérea revela la semejanza de su arquitectura con la de una rosa de ocho pétalos o también

de una rueda de ocho radios.

36. RENÉ NELLI, *Dictionnaire des hérésies méridionales*, Privat, Toulouse, 1968, páginas 148-149.

37. Hemos recurrido a esta traducción del *Gamaleón*, de NORMAN COHN, en *Les fanatiques de l'apocalypse*, París, Julliard, 1962, página 112.

38. Que data de 1510. Vemos cómo se perfeccionaba con los siglos la leyenda de Federico II...

39. RENÉ NELLI, *op. cit.*, página 149. El autor halla, con razón, influencias maniqueas en este profeta.

40. NORMAN COHN, *op. cit.*, página 301.

41. H. DE ZIEGLER, *Vie de l'empereur Frédéric II de Hohenstaufen*, París, 1935, páginas 215-216.

42. Es de destacar que Constancia de Sicilia trajo su hijo al mundo no en Palermo sino en Jesi, pequeña ciudad situada cerca de Ancona. Emperador, su hijo Federico II celebrará su lugar de nacimiento en una carta magnífica. Llamaba a Jesi su Belén y ponía en el mismo plano a su «madre divina» que le trajo al mundo en aquel lugar y a la madre del Salvador Jesucristo. Ahora bien, he aquí un hecho curioso e inquietante: las leyendas dieron constancia en 1294 del traslado de la Virgen María por los ángeles, de Nazaret a Dalmacia, y luego a Loreto (distrito de Ancona, a poca distancia de Jesi), medio siglo después de la muerte de Federico. La casa de la Virgen, o Santa Casa de Loreto es casi invisible de tan cubierta por una rica ornamentación de mármol, diseñada por Bramante en el exterior, y de láminas de oro y de plata en el interior. Está, además, encerrada en una iglesia construida por el mismo Bramante de 1464 a 1513. La ciudad de Loreto es el más célebre lugar de peregrinación de Italia. La Historia presenta, decididamente, coincidencias harto inquietantes, puesto que el papa Pío VI tuvo que echar mano del tesoro de la basílica para satisfacer las exigencias de Bonaparte y del Directorio.

*Napoleón ha sido la última encarnación  
del dios Sol, de Apolo.*

FEDERICO NIETZSCHE

## CAPÍTULO VI

### NAPOLEÓN O «EL ÁGUILA VUELA AL SOL»

#### Introducción

Napoleón sucede con toda naturalidad a Federico II. La idea de «Mesías imperial» y de «agrupador de Europa» es un rasgo común demasiado visible para que el encuentro de ambos personajes sea otra cosa que una simple receta literaria. Hay que lamentar, sin embargo, el espíritu cartesiano de nuestros compatriotas que no pueden desprenderse de los acontecimientos, pero entonces, ¿cómo explicar el genio en términos humanos?

Recientemente, por haber querido la Historia que se tratase del tema cuando la conmemoración del bicentenario del nacimiento del gran hombre, periodistas e historiadores se ejercitaron en el arte del «bonapartismo» y, por supuesto, no lograron más que hacer más oscuro al personaje.

En efecto, NAPOLEÓN BONAPARTE sigue siendo para nosotros un enigma. Cuanto más se habla de él menos se le conoce. Cincuenta mil obras forman su pedestal como para elevarlo sin cesar por encima de las críticas.

No tenemos la pretensión aquí de agotar un tema sobre el cual tantos escritores (y no de los menores) se han «roto los cuernos». Al no ser explicable el genio sino en términos TRANSHUMANOS, queremos darle una luz original y poco conocida: la de la ASTROLOGÍA al servicio de la causa imperial (1).

¿Cuántos escritores han pensado en reponer al «petit caporal» en



una MÍSTICA SOLAR Y OCULTA de la cual él constituye un brillante eslabón? Ninguno que sepamos, y no obstante...

Presentes en las fiestas del bicentenario, hemos seguido con interés las emisiones televisadas refiriéndose al personaje. Cuál no fue nuestra sorpresa al oír a un comentarista guasearse de los pretendidos «signos solares» de los que la carrera de Napoleón estaba, al parecer, esmaltada, y terminar sus palabras con este exabrupto: «¿Austerlitz? ¿Y por qué no el rey-Sol?»

Dedicamos los capítulos siguientes a aquel comentarista con el deseo de que quiera encontrar en ellos con nuestra gratitud, la respuesta a la pregunta hecha por su subconsciente.

### Los signos del destino

El 8 de agosto de 1769, o sea, siete días antes del nacimiento de Napoleón, apareció un cometa que fue estudiado en el Observatorio de París por el astrónomo Missier.

La efervescencia que hubo de suscitar se nos antojaría hoy desproporcionada con relación al fenómeno... Hay que precisar, sin embargo, que las «colas de siglo», como las colas de los cometas por lo demás, son siempre fértiles en agitaciones proféticas y la nuestra no escapa (¡ni mucho menos!) a esta regla. ¿Acaso no estamos en la era de Acuario?

El hecho es que aquel famoso cometa era de buen tamaño y anunciaba, por consiguiente (al decir de los astrónomos y de los magos de la época), un trastorno «en gestación»... Se mostraban buenos profetas en aquel caso, puesto que los acontecimientos hubieron de darle la razón, pero *a posteriori*, como de costumbre en este género de predicción. Aquellos profetas no eran solamente unos «Casandras», puesto que anunciaban, en el mes de setiembre de 1769 (2) que la cola de dicho cometa, que brillaba con magnífico resplandor, alcanzaba 60 grados de longitud y que se acercaba progresivamente al Sol... como para confundirse con él... El nacimiento de un nuevo Alejandro parecía cosa inminente, si es que no era ya cosa hecha...

Esta «estrella» de Napoleón, que ¡ya! le ponía en estrecha relación con el astro de nuestros días, había de recordársela a él con tanta más insistencia por cuanto resaltó los episodios destacados de su estancia terrestre...

Napoleón, en este punto (y es notable constatarlo aquí), no sólo se refería sin cesar a «su estrella», sino que, además, se complacía en establecer comparaciones «astrológicas» que hoy nos dejan curiosamente perplejos: «¡Al infortunado, le compadezco! —escribe en 1791, entonces joven teniente de artillería desconocido—. Será la admiración y la envidia de sus semejantes y el más miserable de todos. Los hom-

bres de genio son METEOROS destinados a arder para iluminar su siglo (3)», concluía hablando del hombre de genio en general y de sí mismo en particular.

Verdadero meteoro, su tragedia terrestre estaba, incontestablemente, en los astros. Ahorraremos al lector el desarrollo de la afirmación de la *Tabla de Esmeralda* que quiere que «lo que está en lo alto es como lo que está abajo», afirmación que recalca que el hombre (microcosmos) tiene su réplica (su correspondiente si se prefiere) en el sistema celeste (o macrocosmos).

Limitémonos a decir que, tres meses antes de su muerte, un nuevo cometa llamó la atención del Emperador, entonces cautivo de los ingleses en la isla de Santa Elena. Los primeros días de febrero de 1821, en efecto, apareció un cometa sobre esta isla. Hagamos observar que fue visible en ambos hemisferios, es decir, en todo el océano Atlántico, ruta suprema de Napoleón.

Este cometa, según el astrónomo Faye fue descubierto en París el 11 de enero y se ha hecho visible a simple vista en febrero, con una cola de 7° de longitud. Ha sido observado en Europa y, asimismo, del 21 de abril al 3 de mayo en Valparaíso.

Los cautivos de Santa Elena no dejaron de observarle a su vez, y hallamos rastro de este acontecimiento en el Diario del médico del Emperador, Antonmarchi. Con fecha 2 de abril de 1821, puede leerse de su puño y letra (4):

Llegué en medio de la turbación que este informe había causado a Napoleón. «¡Un cometa! —exclamó el Emperador, emocionado—. Fue el signo precursor de la muerte de César... Estoy acabado, todo me lo anuncia.»

El 5 de mayo, Napoleón expiraba, y el astrónomo Faye nos revela:

El día de la muerte de Napoleón, el cometa era visible aún con catalejo en la isla de Santa Elena, alejándose cada vez más de la Tierra...

Algunos días antes, impulsado por no se sabe qué voluntad que es otra cosa que un simple presentimiento, el Emperador había hecho anotar en el célebre *Mémorial de Sainte-Hélène*: «Soy una parcela de la roca lanzada en el espacio (5).» El cadete que escribiera en su cuaderno de geografía den Brienne: *Santa Elena, pequeña isla*, tiene la sensación de haber sido lanzado a nuestro mundo como se tira una piedra. El escritor ruso que parece haberlo comprendido mejor es Dmitri Merezhkovski, pues escribe:

En nuestro mundo, él no hace sino continuar la parábola infinita comenzada en otro mundo, desde donde ha sido lanzado, y cruza por nuestra esfera terrestre como un meteoro (6)...

El Emperador siempre había sentido este lazo carnal y misterioso (zodiacal, dirían los astrólogos) que le unía a los astros y al Sol, pieza maestra de nuestra mecánica celeste. Numerosos filósofos, historiadores e investigadores han sentido igualmente este lazo misterioso. Nietzsche, cuyas visiones demenciales asustan nuestro pensamiento cartesiano, ha escrito: «Napoleón ha sido la última encarnación del dios-Sol, de Apolo», pero, más próximo a nosotros, un genio como Goethe se ha acercado a la verdad intuitiva: «La vida de Napoleón fue la vida de un semidiós. Es toda radiante», y podríamos añadirle el calificativo de SOLAR sin que esta frase perdiese su sentido mitológico. Muy al contrario, para un ocultista o un esoterista convencido, el carácter «solar» aclara gran número de puntos históricos incomprensibles sin ello. Pensamos en el famoso «contacto» que experimentaban los fieles, en el «magnetismo», en el aura magnífica que, todavía hoy, nos impiden sondear esta personalidad histórica y humana de dimensión cuasidivina.

Aquí también, Dmitri Merezhkovski nos da una pista interesante:

(...) ¿Qué ha hecho, pues, este pequeño teniente para despreciar así a los hombres? ¿Y qué quiere significar diciendo que todos los hombres son «la claridad de la Luna» y que sólo él es «la del Sol»? No lo sabemos, pero mejor que nadie quizá lo supiera aquel viejo granadero que, con veinte grados de frío, caminaba al lado del Emperador, en el Beresina: «¿Tienes frío?» «¿Yo, mi Emperador? No. ¡Cuando os veo, me dais calor!...»

Y el escritor místico ruso concluye:

Sabe, siente que todo su cuerpo se está helando, que todos los hombres son fríos, «lunares», que únicamente el Emperador es caliente, «solar» (7).

Aquel viejo veterano ignoraba que su general en jefe, cuando apenas contaba diecisiete años de edad, escribió, pensando quizás en los hombres que más tarde tendría a su mando:

Mi vida me pesa porque no siento ningún placer y todo es pena para mí. Me pesa, porque los hombres con quienes vivo y viviré probablemente siempre tienen costumbres tan alejadas de las mías como LA CLARIDAD DE LA LUNA DIFIERE DE LA DEL SOL (8).

Hemos tenido ocasión de volver más extensamente sobre el aspecto simbólico y «polar» de los dos astros que son el Sol y la Luna. Recordemos que la Luna es el aspecto femenino y frío de la Naturaleza, mien-

tras que el Sol representa el polo caliente y masculino. Esta dicotomía que encontramos en todo hombre y hasta en la divinidad, al decir de los teósofos, tiene numerosas prolongaciones en el campo intelectual e intuitivo. Si tomamos un ejemplo político contemporáneo de aquella época, la Convención y la Revolución francesa, fundamentadas en la RAZÓN, tienen un aspecto LUNAR para todo ocultista de buena fe y observador atento de los fenómenos cíclicos.

Dominador de la hidra revolucionaria y de la razón «lunar», Napoleón siente en sí mismo un caos interior que se esfuerza en dominar:

¡Ah, dos almas habitan en mi seno...! Dos almas, dos conciencias: una diurna, despierta, superficial y otra nocturna, dormida, profunda... La segunda se mueve según las leyes de una lógica ignorada por nosotros, en los resentimientos, las visiones, las intuiciones, y da a la civilización un aspecto viviente, orgánico o, como habrían dicho los antiguos, MÁGICO (9).

«He llevado el mundo a cuestas», confiaba en su *Mémoires* (III, página 514) y tal vez sea en verdad gracias a su magia que Europa ha vivido tanto tiempo de su herencia. Quizás es gracias a ella que el Ejército entero no era sino un solo cuerpo, una sola alma en sus manos:

El sultán francés es un brujo que tiene a sus soldados atados con una gruesa cuerda blanca y, según tire de un lado o de otro, ellos van a la derecha o a la izquierda, moviéndose aunados (10).

Este es el juicio que emitían los mamelucos egipcios al día siguiente de la victoria de las Pirámides.

Esta «cuerda blanca», es el poder mágico del VERBO: de Tebas a Moscú, Napoleón, último héroe solar de su época, recorrió también el camino del Sol que va de Oriente a Occidente antes de prolongar su carrera en el Océano como para volver a encontrar su elemento primero. Nació en una isla, luchó toda su vida contra una isla, fue deportado a otra y murió en Santa Elena... Santa Elena... pequeña isla del Atlántico austral.

Es un mago, director de teatro de obras gigantescas en las que nos preguntamos si el héroe es un «charlatán», un «semidiós» o un «iniciado».

Una personalidad así no admite la crítica, tan por encima está del juicio humano. Se permite firmar el libro de los visitantes del monasterio del monte Sinaí, cuando la campaña de Egipto, y su nombre viene con toda naturalidad después del de Abraham.

Representa un papel y no se despierta sino antes de comparecer ante su creador. Se niega a tomar remedios y su fatalismo reaparece en su lecho de muerte, pues si su obra está vuelta hacia el porvenir, el personaje, en cuanto a él, está vuelto hacia el pasado. «Lo que está



escrito, escrito está», declaró en Santa Elena, acercándose con ello a los pensamientos del gran Hermes.

En vísperas de la campaña de Rusia, a su tío, el cardenal primado de las Galias, Fesch, que le amonestaba echándole en cara el atacar a Dios, Napoleón contestó llevándolo hacia la ventana del palacio de Fontainebleau donde el cielo de una tarde de diciembre tornaba pálida la bóveda celeste:

—Mirad allá arriba, ¿veis algo?

—No, no veo nada, le respondió Fesch.

—Pues bien, sabed callar. Yo veo mi estrella: ella es quien me guía (11).

Su tío le miró y no comprendió que la gran estrella de que hablaba su sobrino, en pleno día, sólo podía ser el Sol.

Y no podemos menos que hacer nuestras las últimas palabras que el escritor místico y teósofo Merezhkovski (12), consagraba a su «dios»:

*Napoleón es el último héroe del Occidente.*

*¡Llegados al Occidente del Sol,*

*percibiendo la luz de la noche*

*celebramos al Padre, al Hijo y al Espíritu-Dios.*

cantaban los cristianos de los primeros siglos. Nosotros ya no celebramos a nadie, contemplando la luz vespertina del Occidente que aureola con un nimbo de gloria a nuestro último héroe. La luz de la noche está detrás de él. He aquí por qué su rostro es tan oscuro, tan invisible, tan desconocido por nosotros, y por qué, a medida que la luz se extingue, se torna cada vez más oscuro, cada vez más desconocido. Pero quizá no sea en vano que esté vuelto hacia el Oriente (su posición en el sarcófago de los Inválidos...). El Sol naciente lo iluminará con su primer rayo y entonces lo veremos y lo conoceremos (13).

### La vía solar

Ha habido que esperar la publicación de los *Manuscritos inéditos* del gran hombre para encontrar la influencia de los mitos solares que lo poseyeron, muy joven aún, y que él transcribió en Brienne y en Auxonne, su segunda ciudad de guarnición. El inconsciente mítico que se albergaba en él nos lo hace compartir en su original narración que se podría titular: «La Gorgona»...

En este manuscrito, que se refiere a la «vendetta colectiva» del pueblo corso contra su conquistador, el pueblo francés, Bonaparte exhala su odio contra los opresores de su país y no escatima elogios a aquellos

que más tarde habían de ser sus peores enemigos, los ingleses, entonces fieles sostenedores de la causa corsa en el Mediterráneo.

Pero veamos cuál es el argumento de este relato salido enfebrecido de la imaginación delirante del joven corso exilado lejos de su tierra natal.

El que explica esta aventura es súbdito de Su Majestad británica, embarcado en Liorna para dirigirse a España. Nuestro héroe se ve obligado a arribar en una pequeña isla, no lejos de Córcega, isla totalmente inhóspita y batida por los furiosos del mar Tirreno. Planta su tienda y se duerme sin aprensión, tanto le ha seducido la majestuosa soledad del paraje... Y de golpe, se produce el drama. Su tienda se inflama mientras que una voz profética le grita a los oídos: «¡Desdichado! ¡Perecerás!» Despierta sobresaltado y bastante asustado (¡no era para menos!) nuestro inglés logra ponerse a duras penas fuera del alcance del siniestro y se entera, con sorpresa, de que la isla está habitada por una pareja de corsos huidos de su continente: un anciano y su única hija. Saliendo en su búsqueda, acaba por descubrirlos con ayuda de su tripulación y se entera del nombre de la isla donde han desembarcado. Es la isla de la Gorgona, isla del archipiélago toscano al norte del cabo Córcega. Al enterarse de que es inglés, el anciano le recibe como huésped y disculpa a su hija que lo ha tomado por francés. Entramos entonces, siguiendo al esoterista Bonaparte, en un mundo de sacrificios solares.

El anciano había combatido, durante largos años, a los conquistadores de su país: genoveses, austríacos y franceses. Cuando éstos hubieron aplastado a los corsos de Ponte-Nuovo, abandonó la isla y se refugió en la Gorgona donde su hija menor fue a reunirsele. Exterminada toda su familia, resolvió continuar su guerrilla y mató a todos los supervivientes de los numerosos navíos franceses que naufragaban en los arrecifes de la isla: «Cuando sus barcos se estrellan contra las rocas de la isla, después de haberles socorrido como hombres, los matamos como franceses...»

Refugiados en un monasterio abandonado, alimentándose de bellotas y pescado, el irascible anciano prosigue su terrible venganza hasta el día en que se produce un suceso imprevisible:

El año pasado, uno de los barcos que cubren la línea de la isla de Córcega a Francia encalló aquí. Los gritos espantosos de aquellos desgraciados me conmovieron... Encendí, pues, una hoguera hacia el sitio donde podían abordar y, por este medio, les salvé... Me reconocieron como corso y pretendieron llevarme con ellos... Hicieron más, me encadenaron... Iba a expiar con suplicios mi enojosa blandura... Mis antepasados irritados se vengaban de que hubiese traicionado la venganza debida a sus manes. No obstante, el cielo, que conocía mi arrepentimiento, me salvó. El barco estuvo inmóvil siete días. Al cabo de este plazo, carecieron de agua. Era

menester saber de dónde sacarla. Tuvieron que prometerme la libertad. Me desataron. Aproveché aquel momento y hundí el estilete de la venganza en el corazón de dos de aquellos pérfidos. Vi por primera vez, entonces, al astro de la Naturaleza (se trata del Sol). ¡Qué brillante me pareció su esplendor! Mientras tanto, mi hija estaba a bordo, agarrotada... Me puse el uniforme de uno de los soldados que había matado, y armado de dos pistolas que llevaba él, de su sable y de mis cuatro estiletes, me presenté en el barco. El patrón y un grumete fueron los primeros que sintieron el hierro de mi indignación. Los otros cayeron igualmente al golpe de mi furor... Arrastramos sus cuerpos hasta el pie de nuestro altar y allí los consumimos. Aquel nuevo incienso pareció ser favorable a la divinidad (14).

Tal como justamente observa Merezhkovski:

¿Nuevo incienso? No, muy antiguo. Únicamente las rocas primitivas de la Gorgona recuerdan aún los tiempos en que se hacían sacrificios humanos a Moloch, a Baal, a Samas y a los demás dioses soles, más antiguos aún *de una Antigüedad quizás antediluviana* (15). Es este sacrificio sangriento que mancilla el altar cristiano (de la capilla abandonada) donde en tiempos se celebraba el sacrificio puro de la sangre. El viejo corso de la historia no ve al Sol: «Las desgracias que envenenaron mis días me han devuelto la claridad del Sol importuna. No luce jamás para mí...» Vive en las tinieblas hasta que hunde el cuchillo, como el sacerdote de Moloch, en el corazón de la víctima humana. Tan sólo entonces resplandece el Sol de nuevo a sus ojos...

y Merezhkovski añade:

Es de sobra evidente que un hombre cuya alma atraviesan semejantes pensamientos, semejantes bloques inflamados, como meteoros en la noche, no es ni corso, ni italiano, ni francés, ni europeo, ni siquiera un hombre de nuestra historia, ni quizá de nuestro eón cósmico. Criatura de otros siglos, «solar», se asfixia en este siglo «lunar», donde el Sol envejecido es pálido como la Luna. Nos aplasta involuntariamente con su pesada enormidad, como un monstruo antediluviano (15).

Esta VÍA SOLAR de la que habla Merezhkovski, Bonaparte había de esperarla ocho años aún, antes de redescubrirla, en el jardín de las Tullerías, mientras su mirada estaba fija en un cartel así concebido:

BONAVENTURE GUYON  
PROFESOR DE MATEMATICAS  
CELESTES,

13, calle de la Estrapade, 13

da consultas infalibles sobre todo cuanto pueda interesar, el PORVENIR FELIZ O INFELIZ de las ciudadanas o ciudadanos de París. Predice, en particular, los futuros triunfos de la Patria. Revela a las muchachas el seductor que las amenaza, y el esposo que hará su dicha. Descubre a los padres la carrera en la cual sus hijos hallarán la fortuna y la celebridad. Y por estas profecías patrióticas, sólo acepta una RETRIBUCIÓN VOLUNTARIA, y únicamente en el caso de que demuestre su CIENCIA DE LAS COSAS FUTURAS por la muy exacta revelación de LAS COSAS PASADAS.

DIRIGIRSE TODOS LOS DIAS  
A LA CASA SUSODICHA  
DESDE LA SALIDA HASTA LA PUESTA  
DEL SOL

El Gabinete de consulta  
está en el último piso, frente a  
la escalera  
13, calle de la Estrapade, 13

Sin que lo sospechara, el ocultismo acababa de llamarle y se disponía a revelar la prodigiosa aventura cuyo héroe iba a ser. Oficial sin destino y, por tanto, libre de todo compromiso, Napoleón se dirigió sin tardanza hacia la calle de la Estrapade...

### El oráculo del destino

La calle de la Estrapade estaba situada en la meseta de la montaña Sainte-Geneviève y, después de localizarla, Bonaparte se dirigió hacia el n.º 13 y se puso a subir las escaleras. Se detuvo a resollar, pues la ascensión, en el quinto piso, no parecía terminada. Una escala de moli-



nero conducía más arriba aún, a una especie de altillo... Una vez hubo trepado por ella, se puso a golpear con fuerza la puerta de la zahúrda. Era el miércoles 12 de agosto de 1795...

Un ser indescriptible acudió a abrirle:

Desde hacía tres años que estaba encaramado, como una cigüeña antigua, entre las chimeneas de la calle de la Estrapade, el padre Bonaventure no había trabado amistad con nadie... El estudio, siempre el estudio, era su ocupación favorita y no hacía otra cosa... Y hubiera sido inútil tratar de saber cuál era su profesión de antaño y sus recursos de hogaño (17).

A la vista de aquella aparición, el visitante se preguntó qué podía hacer, y sobre todo qué había ido a buscar en casa de aquella ruina humana. La conversación se entabló, no obstante, y el anciano (tenía setenta y seis años) se puso, para inspirarle confianza, a contarle su vida, verdadera novela de aventuras.

Nacido en 1720 abrazó la carrera eclesiástica y fue nombrado, bajo el reinado de Luis XV, por bula especial del Papa, de la abadía de la Trapa, al cargo de prior de la abadía de Lagny en 1763.

Iniciado muy pronto en los arcanos de la cábala, creía en el juicio sin apelación de las doce casas solares en el Zodíaco hermético. El hombre estaba llamado a crear en sí mismo la imagen de Dios y a divinizarse gradualmente. Habiendo dado muy pronto con unos documentos mágicos y, sobre todo, con un pequeño opúsculo titulado TAROT, O UN ORÁCULO SAMARITANO, redactado por algunos levitas judíos, escapados al cautiverio de Babilonia, y por ende herederos de los antiguos secretos de los magos caldeos, el padre Bonaventure se encontró poseedor del supremo conocimiento.

Empezó sacando horóscopos para las personalidades descollantes de la Corte y ello con el mayor éxito. Desgraciadamente para él, las habladurías indiscretas del obispo de Senlis despertaron contra el prior de Lagny la cólera de Madame du Barry, pese a la cual, dom Bonaventure Guyon, pues éste era su nombre verdadero, intentaba prevenir al rey.

La jerarquía eclesiástica encargó a Monseñor de Rohan que indagara acerca de aquel misterioso prior de la orden benedictina. El cardenal vio todo el partido que podía sacar de la situación y sobre todo de los dones de adivinación y de interpretación del curioso personaje (18). Le preguntó, pues, cuál sería, a su juicio, la marcha de la realeza en el año en curso.

Como en 1774, aquellas predicciones se realizaron. Luis XV murió y Monseñor de Rohan se convirtió en primer capellán del rey. Su Eminencia volvió a consultar al mago sobre el porvenir del nuevo reinado al que había ligado su destino. Lo menos que pueda decirse es que el porvenir del nuevo reinado no era de color de rosa.

«El Rey se guarde de ser ejecutado por sentencia judicial antes de cuarenta años.»

—Pero —se indignó el primer capellán— a los soberanos no se les condena a muerte.

—Acordaos de Carlos Estuardo. Por lo demás, Monseñor, he aquí el horóscopo de Monseñor el Delfín tal como lo establecí el año después de vuestra visita.

Y, punto por punto, dom Guyon explicó al prelado el principio del horóscopo según las reglas inmutables de las matemáticas celestes cuyo mecanismo consintió en descubrirle.

Aterrado, el cardenal de Rohan preguntó:

—Pero, ¿cómo podrá el rey escapar a ese horroroso destino?

—Vamos a intentar, por otro procedimiento, comprobar el siniestro presagio: ¿Queréis, Monseñor, escribir en esta hoja de papel los nombres y calificativos de Su Majestad?

El cardenal escribió:

LUIS XVI AUGUSTO, DUQUE DE BERRY, REY DE FRANCIA Y DE NAVARRA.

El prior contempló este texto y luego, tachando las letras, las transcribió debajo y en un orden diferente. Contempló su obra y, poniéndola ante los ojos del cardenal, dijo:

—Mirad estas letras, Monseñor, traducen en sí mismas el destino del príncipe. DE LUIS XVI AFLIGIRÁ Y DECIDIRÁ DE FUNESTO AUGUSTO. Lo cual quiere decir que el número 16 indica su suerte, y XVI es el arcano del TAROT que se expresa por TORRE DECAPITADA. Pero quedan cuatro letras sin emplear, las traduzco:

PUES CONDENA BORBÓN REY

Algunos de nuestros padres preferían emplear el latín, más conciso, para esas letras aisladas..., pero no me atrevo...

—Hablad, os lo conjuro.

—*Damnati capite belli reus* (Condenado a tener la cabeza cortada por cosa de guerra). ¿Es menester traducíroslo?

—Pero, ¿cómo salvar al rey?

—Convenciéndole de que abdique. El presagio concierne más a Luis XVI que al hombre.

—¡Estáis loco!

—Puesto que me habláis así, admitid que dé esta entrevista por terminada —replicó secamente el prior.

—¿Sabéis qué acusaciones pesaron el año pasado sobre vos, señor prior? ¿Queréis que se añada la de conspirar contra el rey?

—No tengo nada que añadir, Monseñor, estamos en manos de Dios. Temed más bien por vos que os negáis a escuchar sus juicios... Vuestro destino está en juego (19)...

Furioso, el cardenal de Rohan volvió a su carruaje... Unos días más tarde, un oficial de la casa del rey, provisto de una carta cerrada con el

sello real, acudía a detener a dom Guyon para conducirlo a la Bastilla donde, durante quince largos años, tuvo ocasión de meditar sobre el peligro de advertir a los poderosos de la Tierra de los golpes que les depara el destino (20).

«Herméticamente» emparedado en la torre de la Bertaudière, el prior de los benedictinos de Saint-Pierre de Lagny pudo prever, con quince años de antelación sobre los acontecimientos, el feliz desenlace de aquella primera aventura.

El 14 de julio de 1789, en efecto, él fue uno de los siete presos de la Bastilla liberado por la revuelta que se iniciaba y paseado triunfalmente por las calles de París.

Desgraciadamente para él, la Constitución del año III, y antes de él la Revolución francesa, había suprimido las órdenes monásticas y confiscado los bienes del clero y dom Bonaventure Guyon se vio reducido a la miseria. Sólo le quedaba poner a contribución su talento de adivino al alcance del pueblo mismo.

Cabe creer que la ambición es proporcional a la situación social ocupada, pues los clientes fueron raros y la posición financiera de nuestro eremita no tardó mucho en volverse crítica. Fue aquel momento el que escogió Bonaparte para visitarle, por lo sombrío que se le antojaba su porvenir.

El joven general, confiando en el relato de las aventuras del ex prior, aceptó el juego, pero dejemos que Christian, bibliotecario de Napoleón y ocultista de talento, nos cuente aquella consulta:

«—Así que os llamáis Napoleón Bonaparte, nada más. ¿Cuál es vuestro país?

»—La isla de Córcega.

»—¿Sois italiano?

»—¡En absoluto...! ¡Soy francés, Monsieur de Lagny, completamente francés!

»—Sin duda, sin duda, desde 1768... Pero ello no os impide en absoluto tener una fisonomía romana, Monsieur Bonaparte. No soy nada ignaro en Historia universal, y el nombre que lleváis es de alto origen patricio. Es ésta una posibilidad de estado que la astrología no puede descuidar. Pero, en primer lugar, vuestros nombres son italianos, diría incluso casi latinos, pues el italiano, como el francés, no es más que latín transformado... NAPOLEO BONA PARTE FRUITUR ("Napoleón se hace con la buena parte", la parte del león). ¿Qué le parece? Ese nombre de Bonaparte, en su vieja etimología, BONA PARTE, es casi un horóscopo... Tome usted esta hoja, contiene las letras de nuestro alfabeto con los números que les corresponden... Calculad vos mismo NAPOLEÓN y BONAPARTE...»

Este se sacó un lápiz del bolsillo y operó sobre el dorso de una página del famoso manuscrito del padre Guyon.

N 5 × VII = 35	B 2 × IX = 18
A 1 × VI = 6	O 7 × VIII = 56
P 8 × V = 40	N 5 × VII = 35
O 7 × IV = 28	A 1 × VI = 6
L 3 × III = 9	P 8 × V = 40
E 5 × II = 10	A 1 × IV = 4
O 7 × I = 7	R 2 × III = 6
—	T 4 × II = 8
135	E 5 × I = 5
	—
	178

—Maravillosamente, Monsieur Bonaparte —prosiguió el ex benedictino—. Nacisteis en 1769, y sabéis que el 15 de agosto corresponde, en el calendario tebaico, al 23° de Leo. Formemos la escala de esos números misteriosos. 1769, año de nacimiento; + 5, número de Leo; + 2 + 3, signos generadores del 23, número del grado; + 1 + 3 + 5, generadores de 135 —NAPOLEO— + 1 + 7 + 8, generadores de 178 (BONAPARTE), = 1804 (21).

—¡1804! —exclamó Bonaparte—. Pregunto, como Monsieur de Rohan, ¿qué significa eso?

—Y contesto, como contesté, en 1773, al obispo de Canope (título del duque de Rohan). Es una fecha y un símbolo. Es el polo opuesto a 1769; es el alto o el bajo de la escala de la fortuna. Contened un poco vuestra impaciencia... Ahora bien, querido señor, fijaos bien en esto: el corazón de Leo en el 23° de Leo tiene el título misterioso de estrella real. Es indicio de una alta ascensión de fortuna, y su presagio en vuestro favor no dejaría nada que desear si el Sol se encontrase en la primera casa. Sea como fuere, esa estrella os dota de fortaleza de ánimo para ir al encuentro del futuro. La estrella de Perseo os ha hecho aventurero y arriesgaréis peligrosas temeridades. Pegaso os torna ambicioso, pero en vuestras ideas, vanidoso, permitidme esta declaración. Podéis enmendaros. La estrella de Piscis austral confirma vuestra fortuna, pero la COPA os amenaza con beber las heces de la desdicha. El decano que preside los grados 21 a 30 de Leo es el XV en el ciclo del Zodíaco tebaico. Anuncia carácter inflexible en el sentimiento del derecho y tesón en los propósitos, aun a riesgo de perderse. Ese decano es un espíritu de Marte, y lleva, con el número de TIFÓN, una amenaza de fatalidad.

»El espíritu de tercera jerarquía que preside el grado astral de vuestro nacimiento es figurado, en los jeroglíficos, por un hombre de DOS CABEZAS, que mira a la vez delante y detrás de él. Es el presagio de una inteligencia poderosa que abarcará con igual intuición el pasado y el futuro...

—Me lisonjeáis, señor Guyon...

—Digo lo que leo en el lenguaje de los signos sagrados, esto es todo. ¿Qué interés podía tener en lisonjearos? Quizá no volveremos a vernos



nunca. Siete días antes de vuestro nacimiento, la noche del 8 al 9 de agosto, apareció un gran cometa en los cielos. Fue percibido por el astrónomo Messier, del Observatorio de la Marina (22), y encontraréis su examen científico en las memorias de la Academia de Ciencias, impresas en 1775, página 444, con un mapa de su curso, calculado en París, en Bolonia, en Tenerife, en Cádiz y en la isla Bourbon. Aquel cometa, que se manifestó hacia el final de Aries, recorrió 242 grados antes de sumergirse en los rayos del Sol. Los cometas, como los planetas, no son CAUSAS, sino SIGNOS ANUNCIADORES de los acontecimientos. La astrología valora esos fenómenos ígneos según las casas solares y las regiones del horóscopo donde comienza, continúa y termina su evolución. Luego veremos en qué puede influir éste sobre vuestro porvenir. Escribo su nota sideral al final de Aries (casa IX) y el grado 242 de su carrera marca su extinción en la casa V. Vuestra figura genética está completamente erigida. Percibo en ella, al primer golpe de vista, dos grandes contrastes, ASCENSIÓN y CAÍDA...

Y como el prior, instruido por la experiencia, no quisiera continuar en la vía de las confidencias que arriesgaban tornarse peligrosas, el futuro emperador le replicó:

—Señor prior, creo tener más aplomo que el mostrado por Monsieur de Rohan. No quiero tentar a la providencia, pero, sin embargo, me gustaría poder deletrear algunas palabras en el libro de sus designios sobre mí. Recuerdo que en su lecho de muerte, mi tío, el arcediano Luciano, que no era hombre de pocos alcances, decía a mis padres reunidos en torno a él en sus últimos momentos: «No tenéis necesidad de pensar en la fortuna de Napoleón, pues se la hará él mismo.» Y dirigiéndose a mi hermano mayor, añadió: «Eres el primogénito de la familia, pero no olvides nunca que el jefe es él.» Dicen, señor prior, que los moribundos tienen a veces la facultad de ver el porvenir de los seres que les sobreviven. Mi tío el arcediano sólo profetizó a medias. He conquistado a paso ligero las charreteras de general de brigada, pero heme aquí destituido por los intrigantes que conducen el Ministerio de la Guerra. Ascensión y caída, he aquí mi horóscopo cumplido, a menos que rehaga mi fortuna yendo a servir al gran Mogol. Por si fuera poco, el Oriente me atrae. Desde que no tengo nada que hacer, devoro relatos de viajes y a fe mía que a la primera ocasión que se presente iré a ver si todavía hay magos por la parte del Éufrates y del Indo. Veamos pues, señor prior, si mi viaje será más afortunado que el del pobre Luis XVI.

Alentado por esta respuesta, el anciano continuó su exposición del tema astrológico: «Tomando el número 1804, o suma de vuestro horóscopo, dispongo sus generadores  $1 + 8 + 0 + 4$  sobre los puntos de la estrella (o sello de Salomón), empezando por la cima y yendo de derecha a izquierda. El generador 4 está pues al fondo del cielo. Procediendo luego de la misma manera, yendo de izquierda a derecha, coloco 8 y 0 sobre los dos rayos vacíos y obtengo una figura en cuyo entorno se lee

1804 bajando de la cima hacia la derecha o hacia la izquierda. Indiferentemente. La suma de los 6 rayos del sello de Salomón, obtenida por el acercamiento de los generadores  $1 + 8 + 0 + 4 + 0 + 8$ , igual a 21. El ciclo de las casas solares siendo de 12, el restante de 21, es decir 9, me revela que habéis entrado en la vida por la puerta de los VIAJES, casa IX del horóscopo. VIAJAR es, y será, uno de los principales caracteres de vuestra existencia, y vuestros viajes serán brillantes, pues el cometa parte de la casa IX para juntarse, en la casa X, con Júpiter, símbolo de la FORTUNA MAYOR.

—El hecho es —continuó Bonaparte—, que, desde mi infancia, he viajado bastante. Primero, de Córcega a Brienne, luego a París; de París a Valence y después al sitio de Tolón... ¿Qué quiere hacer Dios de un general como yo?

—Voy a decíroslo de su parte, puesto que ha querido traerlos a mí. En el manuscrito que tenéis delante y que contiene una parte de los secretos que saqué del libro, hoy desaparecido, de Simeón bar Jochai (23), el arcano XXI del 10º círculo de la R + C, es una corona con florones de 7 estrellas, símbolo de la más alta elevación a la cual puede aspirar un hombre. Es el talismán supremo de la fortuna que anuncia a su poseedor que todos los obstáculos se borrarán de su camino y que la ascensión de sus designios no tiene más límites que los de su voluntad. Pues bien, Monsieur Bonaparte, este número 21, que marca para vos el sello de Salomón, es el signo de vuestro porvenir para 1804 ( $1 + 8 + 0 + 4 + 0 + 8 = \text{XXI}$ ). No tenéis más que QUERER.

—¡Vaya! ¿Y qué puedo querer en medio de esta casa de Tócame Roque política donde vivimos? ¿Qué puedo esperar de una Revolución que, cansada de guillotinar a sus generales, les rompe la espada ante la Europa en armas?

—Una vez más, señor, no tenéis más que querer, y a la Revolución la conduciréis atada con la brida de vuestro caballo de batalla. Si no sabéis leer en el libro de los destinos, aprended de mí a deletrear en él el porvenir... ¡Revolución francesa! ¿Queréis saber en seguida, y antes de cualquier horóscopo, qué significan para vos mismo estas dos palabras retumbantes como el cañón de las victorias? Tomad esta pluma... Escribid la profecía contenida en estas 19 letras:

R É V O L U T I O N   F R A N Ç A I S E  
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10   1112131415 16171819

Estas 19 letras se combinan por transposiciones que alcanzan la cantidad de 121, 610, 900, 408, 832, 000. Habría que ser más ducho en matemáticas que vos, confesadlo, para descubrir inmediatamente cuál de estas transposiciones es precisamente el horóscopo de la Revolución francesa... Escribid pues los números que voy a dictaros: 6-14-15-4-1-18-19-3-9-7-2-5-13-11-17-10-8-12-16. ¡Acercad los números a las letras y leed!

Bonaparte escribió, debajo de los números, las letras correspondientes de las dos palabras: RÉVOLUTION FRANÇAISE, y leyó en voz alta:

—UN CORSE VOTÉ LA FINIRA (Un corso votado la acabará).

—¡Esto es exactamente, y vos sois corso, señor Bonaparte! —exclamó el ex benedictino—. Podéis estar seguro. Hacia 1804, la República francesa os votará la corona de oro con florones de 7 estrellas...

Y la voz estremecida de dom Bonaventure Guyon vibraba como el eco de una charanga bajo la cúpula indigente donde la magia saludaba al César del porvenir... Al oír estas palabras, Bonaparte miró una última vez al anciano, se puso de pie de un salto y, echando unas monedas sobre la mesa coja, bajó de dos en dos las escaleras, a riesgo de romperse la crisma, pensando: «¡Ese hombre está loco!» O más sencillamente aún: «¡Es un timador!» Podemos estar seguros de que, durante aquel descenso vertiginoso en las tinieblas de la escalera, jamás el joven general, a quien un burócrata acababa de expulsar de los controles del Ejército en activo (!), pensó que el viejo Bonaventure hubiera podido decirle la verdad.

Los acontecimientos no debían tardar en demostrarle lo contrario, puesto que el 5 de octubre de 1795, nombrado general de la guarnición de París, había de aplastar, con ayuda de sus escasas tropas, a 40.000 insurrectos realistas que querían derrocar la República.

En el mes de marzo del año siguiente, la jefatura de mando del Ejército de Italia iba a abrirle las puertas de la gloria militar. Le restaba cumplir el sueño de su juventud: la confirmación egipcia.

### La confirmación egipcia

Reincorporado a su regimiento en Valence, entonces joven teniente, Bonaparte se entregaba en cuerpo y alma al estudio del antiguo Egipto. Han sido hallados los cuadernos en los que cubrió cuatrocientas páginas de notas con su escritura febril.

Los extractos más completos se refieren a las medidas de la Gran Pirámide y al sueño roto de Alejandro:

«Frente a Egipto, situado entre dos mares, en realidad entre Oriente y Occidente, Alejandro Magno concibió el plan de trasladar allí la sede de su imperio y hacer de Egipto el punto central del comercio del mundo. Aquel conquistador ilustrado comprendió que el único medio de reunir todas sus conquistas en un Estado, Egipto se lo brindaba uniendo África y Asia a Europa.» Estas palabras, las ha leído tan a menudo que, treinta años más tarde, las recordará todavía (24).

En sus visitas al padre Bonaventure Guyon, el teniente, convertido en general del ejército del interior, mostrará su interés por la cábala y las claves del hermetismo egipcio. Ahí es donde hay que buscar, en parte, la atracción del «espejismo egipcio» del futuro emperador.

La travesía del Mediterráneo nos informa acerca de su estado de ánimo. Rodeado de sabios que ha hecho embarcar con sus tropas en dirección a la patria de los faraones, anima debates en los cuales los mismos temas se repiten sin cesar: la posibilidad de la existencia de habitantes en los otros planetas, el problema de la creación del mundo... A Monge y a Laplace que se empeñan en explicarle que todo en la Naturaleza ha sido creado de forma razonable, Bonaparte les replica, mostrando las estrellas: «Por mucho que digáis, señores, ¿quién ha hecho todo eso?»

El oficial que el miércoles 12 de agosto de 1795 quedara conturbado por el oráculo que le había revelado: «Dentro de cinco años, seréis el dueño de Francia, y antes de diez años toda Europa estará a vuestros pies», se acordaba de la iniciación a las matemáticas celestes en las cuales el padre Bonaventure fundamentaba sus horóscopos.

El Ejército entró, pues, en aquella tierra de Egipto en pos de su general para descubrir el famoso «Zodiaco negro» de Dendera en el Alto Egipto (25).

*El pisa estos desiertos, tumbas de las ciudades muertas  
Abidos, Selimón, Luxor, Tebas la de cien puertas.  
El viejo templo de Hermes, cuyo largo pasillo  
brilla de un vivo azul, cuajado de estrellas de oro.  
Tentyris, que guardaba bajo su bóveda profunda  
el Zodiaco negro, contemporáneo del mundo.  
En vano en sus mausoleos los sacerdotes lo ocultaron,  
y como un cuadro móvil Desaix lo ha desprendido,  
y la obra constelada de un mágico astrónomo  
es prometida por Egipto a la nueva Roma.  
¡Louvre, palacio del mundo, eterno Panteón,  
adornado por la Victoria y por Napoleón!  
Un día sobre el pavimento de tus pomposas salas,  
las Esfinges alargarán sus garras colosales.  
El Zodiaco negro, gigantesca ruina,  
con su disco estrellado cargará tus artesanados.  
Nuestros hijos sabrán entonces qué poderosa hada  
arrebato a los muros de Tentyris este trofeo,  
boletín de granito donde sus bravos antepasados  
mezclaron su historia con la historia de los cielos (26).*

Aquel Zodiaco negro, expuesto después en la Biblioteca Nacional, había de suscitar las más vivas controversias en cuanto a su fecha de construcción. Algunos no dudaban incluso en tenerlo por el último legado de un continente desaparecido.



El Ejército seguía a aquel hombre que declaraba a los habitantes de El Cairo, el 21 de diciembre de 1798:

Podría pedir cuentas a cada uno de vosotros de los sentimientos más secretos del corazón, pues lo sé todo, hasta lo que no habéis dicho a nadie, pero día llegará en que todo el mundo vea con evidencia que estoy conducido por órdenes superiores y que todos los esfuerzos humanos no pueden nada contra mí. Felices aquellos que, de buena fe, son los primeros en ponerse a mi lado (27).

Los musulmanes, fatalistas, no se llamaban a engaño porque veían en su persona un signo del destino. Le apodaron el «sultán Kebir», «el señor del fuego». Puede ser útil recordar la imagen que él quiso dejar de sí mismo a la posteridad:

Sí, había robado el fuego del cielo para dotar con él a Francia, el fuego ha vuelto a su fuente, y aquí estoy (28).

Este fuego, ¿había ido a buscarlo en el santuario de Osiris (29) el gran dios de los muertos? Fue, en efecto, uno de los miembros del Instituto de Egipto, fundado para estudiar allí mismo los vestigios de aquella antigua civilización, quien propuso al general en jefe conversar con uno de los sacerdotes de Osiris, descubierto por él en las ruinas de un templo donde todavía oficiaban en secreto —ante escasos adeptos— los hierofantes de la antigua religión.

Punto por punto, el mistagogo confirmó la predicción del prior de Lagny:

«Un anciano de mi país me dijo lo mismo en París, el año 1795, cuando, caído en desgracia, sin empleo ni sueldo, vendía mis libros para comer.

»—Vuelve a tu país, noble extranjero, y encuentra al iniciado que te hizo estas revelaciones. No pueden proceder más que de un mantenedor de vuestra antigua religión, pariente de la nuestra (30). Por lo demás, voy a intentar comunicarme con vuestros sacerdotes. El LOTO y la BELLOTA son signos equivalentes.

»—Y aquel hierofante pudo...

»—Todos los iniciados en las verdades eternas pueden conversar entre sí a través del tiempo y del espacio (31).»

De Perrière a Menfis, por las ondas invisibles, los pensamientos se intercambiaron. Bonaparte fue puesto al corriente de la situación lamentable en que se hallaba Francia, pero, escéptico, se negaba a creer los informes que aquel oscuro superviviente de un culto caduco podía transmitirle.

Sin embargo, las noticias que recibió de Francia, el 15 Termidor del año VII (2 de agosto de 1799), por periódicos traídos por un aviso inglés, le confirmaron los decires del sacerdote de Osiris (32).

Pero el futuro emperador se empeñaba en su conquista egipcia (33). Su sueño de *imperator mundi* nos lo revela él mismo:

¡No tengo nada que hacer de Europa, no tengo siquiera ganas de volver a verla...! En Europa, todo me es contrario y mi imaginación no puede reinar en ella. En Egipto me siento libre y, para detenerme en mis empresas, sólo estaría yo. El freno de las civilizaciones asfixia en Europa los impulsos de la Naturaleza. No los aguantaré más. Sueño con una religión que crearé. Los viejos dogmas han de ser destruidos, las virtudes vueltas a inventar, las bases de los conocimientos humanos recobradas y vueltas a forjar. Las tierras de donde salieron los hombres no han dicho su última palabra. *La India y el Tibet han de ser revisados* (34). Daré con sus secretos. Después, reapareceré en nuestro viejo continente. Habré reunido en mi empresa las experiencias de dos mundos, recuperando en provecho mío las magnificencias de todas las historias y realizando en mi vida las leyendas de todas las Biblias (35).

¿Se obstinaba en su conquista oriental, confiando en la invencibilidad de su pantáculo? Aquel talismán que le habían entregado los sacerdotes egipcios del culto de Amón-Ra, el dios solar por excelencia.

El hecho es que su visita al oráculo de Amón no pasó inadvertida: varios historiadores nos refieren la entrega de aquel «collar-pantáculo» (36), cuya aventura debió de ser peregrina. Según Robert Charroux (37), el collar lo protegió durante todas sus campañas y hasta durante su avance fulgurante en Rusia. En Moscú, lo dejó olvidado en el cajón de un mueble y el hado se le puso de espaldas a partir de aquel momento.

La joya pasó a una familia rusa que, cuando la revolución de 1917, emigró a Niza... En 1956, después de la primera guerra israelí-árabe, el general israelí Moshe Dayán estaba muy relacionado con una periodista francesa judía. Por mediación de ésta, conoció a la familia rusa, judía igualmente y residente en Niza, que poseía el precioso depósito. En homenaje al vencedor del Néguv, le regalaron el collar y es sabido que el general Moshe Dayán goza, desde aquella época, de una extraordinaria «baraka».

Esta información de nuestro colega que él tiene del C.E.R.E.I.C. (38) merece, sin embargo, una pequeña rectificación. Napoleón no olvidó el pantáculo en Moscú, pues era demasiado supersticioso y nunca se separaba de él. Fue para ablandar a la mujer del embajador de Austria e impresionar a su marido, el célebre Metternich, que se lo dio, diciendo: «Tomadlo, ya no lo necesito.» De allí, el talismán pasó a Rusia...

Trastornado, sin embargo, por las numerosas confirmaciones que le llegaban de Francia, despedido por su fracaso delante de San Juan de Acre que le cerraba las puertas de Oriente (debía repetir más tarde el

mismo camino por Rusia con el éxito que sabemos), Bonaparte no dudó más. Dio instrucciones a Kléber, abandonó Egipto el 24 de agosto de 1799 y llegaba a París el 17 de octubre.

En tres semanas, había de convertirse en el señor indiscutible del país más poderoso de entonces, Francia, pero le faltaba una confirmación antes de poner en marcha el mecanismo de su toma del poder y volvemos a encontrarlo, en vísperas de su golpe de Estado, en la calle de la Estrapade, en el cuchitril del padre Bonaventure, ansioso por conocer el desarrollo de su destino.

### Las predicciones del abate de Lagny

El jueves 7 de noviembre de 1799, antevíspera del golpe de Estado del 18 de Brumario, la puerta del número 13 de la calle de la Estrapade fue empujada por la misma mano y el mismo cliente entró en el mismo tabuco, ávido de conocer la sentencia de las ciencias ocultas.

—Mi querido maestro —atacó sin preámbulos y sin cumplidos—. Soy el muy humilde discípulo de los misterios de Isis. He visto esfinges, pirámides, obeliscos, momias, jeroglíficos... Me habéis sido muy útil allí para enseñar a leer a mi pobre Instituto que no hace, creo yo, una labor excelente, a pesar de sus pretensiones arqueológicas. Heme aquí en la escuela. Hablemos de Hermes...

A estas palabras, dom Guyon hojeó su enorme Biblia y sacó de ella lo que él llamaba su reliquia...

—Tengo que hacer el 9 de noviembre —prosiguió Bonaparte—, es decir, pasado mañana.

—¿Pasado mañana, 18 Brumario, nuevo estilo?

—Sí... una gestión que creo de alguna importancia para mis pequeños intereses personales, y esa gestión es de tal naturaleza que el éxito o el fracaso debe ser inmediato...

Manejando sus naipes, a los que atribuía un poder de adivinación, el padre Bonaventure comenzó a interpretarlos (39)... «La Luna anuncia "fácil impulsión" a ideas imprudentes. Mercurio, en casa IX, en conjunción con la Luna, os anuncia fortuna movедiza y amenaza de derrumbamiento... Si fueseis príncipe, Marte irradiando aún en casa VI os anunciaría el peligro de sedición, de complot, de revolución. No sois principal pero os encontráis este año en un movimiento revolucionario. Tened cuidado... En fin —continuó el ex prior—, Marte en casa III, anuncia querellas, y su conjunción con el Sol anuncia que podríais perder vuestra posición... Pero el Sol coronado, unido a la fuerza mayor, irradia en la cima del cielo, casa X... Salvaréis el peligro, y seréis elevado todavía más alto de lo que estáis... Pero, lo repito, sed prudente... Antes de que

expire el año, seréis todavía más grande y más poderoso de lo que sois ahora.»

Bonaparte, que estaba tenso y crispado durante la primera parte de la consulta, se había calmado progresivamente y con una sonrisa en los labios preguntó a su profesor de ciencias ocultas:

—Os agradezco infinito vuestras buenas intenciones, pero ¿qué tiene que ver eso con mis intereses de pasado mañana?

—Hagáis lo que hagáis, la revolución del horóscopo no me inspira ningún cuidado, pues camináis por una ley oculta, hacia el cumplimiento de los brillantes destinos que os esperan en 1804. ¿Qué importan, pues, vuestros pequeños intereses de pasado mañana? Sean de la naturaleza que sean, fiad en vuestra estrella. Fijaos, hacedme el favor de tomar la pluma y escribir un momento lo que voy a dictaros. El 18 Brumario o el 9 de noviembre, como se prefiera, corresponde en el calendario tebaico al grado 18 de la constelación de Escorpión, 8.º signo del Zodíaco. Sean, pues, el año 1799; + 8, número del signo zodiacal; + 1 + 8, signos generadores del número 13, que es la suma de vuestro horóscopo, producida por los generadores 1 + 8 + 0 + 4. El producto es 1820, cuya suma es 11 por la adición de los signos generadores + 1 + 8 + 2 + 20. Esta suma 11 corresponde, en el 10.º círculo de la R + C al arcano XI, y os promete para vuestro asunto de pasado mañana la fuerza, si tenéis fe en vos mismo. Sea cual sea vuestro proyecto, seguid adelante. El obstáculo es un fantasma. Para poder hacer falta creer que se puede, y me parece que eso no os resulta difícil. Si estuviésteis en vísperas de un combate, os predeciría la victoria, pues el arcano XI está grabado en el trono planetario de Samael, genio de la Guerra, que gobierna Marte.

—Basta por esta vez —repuso Bonaparte levantándose bruscamente—. Si quedo contento de vos os lo haré saber.

Y le entregó esta vez, a guisa de honorarios, su bolsa repleta.

Es de imaginar la angustia con la cual el «mago oficial» del gran hombre siguió las peripecias del golpe de Estado y la alegría que su logro le proporcionó.

Pero lo mejor no había ocurrido aún, ya que la promesa de Bonaparte se realizó el 31 de diciembre de 1799. Este día pudo leerse en las columnas del *Moniteur*, el diario oficial de la época, el decreto siguiente:

*El abate Bonaventure Guyon ha sido nombrado miembro honorario del Instituto de Egipto y bibliotecario de las Tullerías.*

Bonaparte había pagado bien sus consultas.

Aquel regalo de Año Nuevo acompañado de la mudanza del ex ermitaño de su tabuco al pabellón de Flore, fue seguido por la visita repentina del señor de Francia quien, tras haberle felicitado y oído agradecer sus aguinaldos ocultos, le pidió que estableciera su horóscopo completo



y se lo entregase tan pronto estuviese concluido.

Algunos días después, Bonaventure Guyon predecía al nuevo señor de Francia el atentado fallido de la calle Saint-Nicolas para el año 1800, le confiaba las «pruebas» de su subida al trono para 1804 y le anunciaba la encrucijada de su destino para 1808 (40).

Un año más tarde, el 24 de diciembre de 1800 por la noche, fecha del atentado fallido contra él, Bonaparte, que acudió a dar las gracias al «mago», recibió un gran pliego lacrado que contenía su horóscopo completo y el anuncio de su trágico fin.

«El signo de Leo preside el estómago, el hígado y el diafragma. Dominando el nacimiento, presagia que si el consultante ha de morir de muerte natural, sucumbirá probablemente al estado morbooso de uno de los órganos arriba mencionados...

»El sello de Salomón ha presagiado ya al consultante la más alta fortuna a la cual pueda aspirar un hombre. El rayo proyectado por Mercurio en la casa XI anuncia apoyos y alianzas que favorecerán la ascensión de esa fortuna...

»Júpiter en Tauro significa también favor y apoyo de personajes poderosos; enlaces y alianzas provechosas y adquisición de bienes por influencia de las mujeres...

»Júpiter irradiando sobre Sagitario, que es su trono, anuncia ante todo fortuna ascendiente, empleos elevados y crédito cerca de los hombres eminentes...

»En aspecto trígono con la Luna, presagia también ascensión de fortuna, honores, renombre...

»En aspecto sextil con el Sol, sigue presagiando alta ascensión, adquisición de riquezas. Hace esperar en la procreación de un niño, heredero de esa fortuna, pero por estar el Sol debajo de Júpiter y situado en región descendente del horóscopo, ese nacimiento será tardío...

»Saturno, en Acuario, que es su trono, y proyectando un rayo sobre la casa X, promete elevación por encima de los demás hombres, dignidades, dominación.

»Venus, dueña de la casa X en la IX, anuncia ascensión de fortuna lejos del país natal. Pero como que Aries es su lugar de exilio, este aspecto mezcla en los presagios afortunados un peligro de CAÍDA...

»Mercurio, en casa II, promete ascensión de fortuna en la carrera que sea, y Marte, en Piscis, determina que tendrá lugar por la espada. El cometa que se enciende al final de Aries para subir a la cima del cielo, alcanzará el cenit de su destino a través de las fulguraciones de marchas triunfales...

»Mas he aquí, desgraciadamente, LA VERTIENTE DEL DESTINO... Saturno en aspecto sextil con Venus presagia boda temprana con una viuda, o boda tardía con una doncella; y, dueña de la casa VII, presagia aflicciones en matrimonios... El rayo proyectado por Marte sobre la

casa V anuncia privación de hijos, o, si nacieran, su muerte sería prematura. Además, el cometa que resplandecía en la cima del cielo acaba de apagarse en esta misma casa V y confirma esa privación de posteridad, sea por esterilidad de los padres, sea por muerte de los hijos... El consultante se casará dos veces... El rayo que proyecta Venus sobre la casa XI, partiendo de Aries, lugar de exilio del planeta, anuncia en el futuro abandono por los amigos, por la esposa, por el hijo, si lo hay, y pérdida de prosperidad. Ese desamparo, fuente de amargas aflicciones, se une a una amenaza de cautiverio, presagiado por el rayo que Marte proyecta en la casa X, ocupada por Tauro, su lugar de exilio... La pérdida de prosperidad se confirma por la oposición del Sol y de la Luna que presagia cambio de fortuna, alternativa de ascensión y de caída...

»Júpiter, en cuadratura con Saturno, presagia pérdida de posición, gran adversidad, vanos proyectos y esfuerzos estériles contra la mala fortuna. El infortunio será en la segunda parte de la vida del consultante que tendrá un fin desgraciado por haber emprendido obras superiores a sus fuerzas, o por haber temerariamente desafiado a enemigos demasiado poderosos... El rayo proyectado por el Sol sobre la casa III presagia lejanos viajes, persecución de la celebridad y de la fortuna en una tierra extranjera, y como que ese rayo da en Libra, lugar de caída del Sol, habrá un eclipse de fortuna... El rayo proyectado por Saturno en casa III presagia discordias con los hermanos o próximos parientes, viajes por intereses que no se realizarán... El rayo proyectado por Venus en casa III, partiendo de Aries, lugar de exilio del planeta, reitera el presagio de discordia con los hermanos o los parientes, y anuncia viajes desgraciados... El Sol, en conjunción con Marte, presagia ruina de posición y peligro de muerte por incendio... Si la Luna, dueña de la casa XII, está en la II, significa que las posesiones del consultante serán disputadas por enemigos encarnizados... El rayo proyectado por el Sol en la casa XII, anuncia peligro de revolución contra los príncipe y persecuciones enemigas poderosas, traición de parte de los subalternos, expoliación de bienes y amenazas de cautiverio o de exilio. Por último, el rayo proyectado por Marte sobre la casa IX presagia pérdida de amigos, ruina del porvenir por desamparo, enemistades terribles, huida del país o destierro con amenaza de muerte para el consultante durante su exilio...

»El Sol y la Luna en mal aspecto presagian siempre algún cautiverio. Marte, dueño de la casa IX, su trono nocturno, cuando está en casa VIII presagia arresto en una carretera y cautiverio, y el signo del cautiverio, y el signo de casa VIII, que es signo de agua, el ARRESTO TENDRÁ LUGAR EN EL AGUA... El Sol, dueño de la casa I, si se halla en VIII e infortunado por Marte, presagia MUERTE POR CAUTIVERIO, lejos del país natal, y si la casa VIII está ocupada por un signo de agua, la muerte tendrá lugar en el agua o al final de un viaje por agua. O EN UN SITIO RODEADO DE AGUA...»

Fue con el ánimo profundamente turbado como Bonaparte debió acostarse aquella noche, tras la lectura de su horóscopo... Por mucho que se defendiera de las aprensiones que aquel informe le había producido, es lógico suponer que no durmió nada aquella noche.

Napoleón I no debía volver a ver al último prior de los benedictinos de Lagny, pues la predicción de su caída le había ofendido. Según Christian, no se encuentra rastro alguno de sus relaciones en los fragmentos manuscritos dejados por Bonaventure Guyon...

La Historia no ha conservado su nombre, pero la leyenda conserva el del HOMBRE ROJO DE LAS TULLERÍAS, es decir, en lenguaje jero-glífico, «el señor de la luz». Las mentes de aquella época, que atribuían a Napoleón I las advertencias de un «genio familiar» que le prevenía de las grandezas y los desastres de su maravillosa epopeya, no se las habían con una fábula. Este «genio familiar», que recuerda el del emperador Juliano, este famoso «Hombre rojo de las Tullerías», es la emanación de una tradición secreta, ya que, como tan bien lo ha recordado el bibliotecario de Napoleón III,

Toda leyenda es un símbolo pasajero que encubre una verdad permanente... Sabemos que Napoleón I fue el espíritu matemático de su tiempo. De ahí, sus vastas intuiciones, cálculo quintaesenciado que reducía ante él cualquier asunto de la vida a una regla de proporciones (41)... Este cálculo tiene claves misteriosas, contemporáneas de la hora en que nuestro Globo dio a luz la Humanidad. No las encontramos en ninguno de los libros que hasta aquí han tenido la pretensión de rozar el ámbito de las potencias ocultas. Pero se transmiten de siglo en siglo, por una tradición secreta, anterior y superior a nuestras endebles ciencias, en manos de algunos hombres que viven, aislados de nuestras pasiones, de nuestro orgullo pequeño y de nuestras grandes miserias, en la contemplación de las leyes inmutables del movimiento universal.

Estas claves de los antiguos santuarios de Caldea son ofrecidas, cuando es menester, como infalibles talismanes y por medio de encuentros que nos parecen extraños, a los seres que la providencia predestina a renovar la faz de la Tierra. Napoleón I las recibió desde su juventud, y es por haber dejado tan sólo una vez de armarse de ellas que se convierte, como otro Prometeo, en presa de las fuerzas que él había vencido (42).

El «Hombre rojo de las Tullerías» murió el 20 de marzo de 1804 en trágicas circunstancias. Únicamente su manto de paño rojo, «símbolo de luz astral», cayó en manos de mortales no iniciados, ya veremos más adelante en qué circunstancias exactas. Baste decir ahora que los soldados de Egipto que componían la guardia del futuro emperador habían traído de Oriente el instinto de lo maravilloso. No hallando explicación a la presencia de aquel manto rojo, debían creer en la existencia de un genio invulnerable a las balas a quien su general había conocido al pie

de las pirámides y que acudía, de vez en cuando, a departir familiarmente con él para ayudarle en la preparación de sus futuras victorias.

Este «genio de las pirámides», este «Hombre rojo de las Tullerías», que la creencia del pueblo-soldado propagó en nuestros campos y en la pequeña historia, no era otro que dom Bonaventure Guyon, PRIMER MAGO SOLAR DE ESTE TRONO DE LUZ.

### El fin de Bonaventure Guyon y su sustitución por Pierre Le Clerc. ¿Rosacruz o druidismo?

La noche del 20 de marzo de 1804, un granadero del Ejército de Egipto, de centinela en el jardín de las Tullerías, sobre la terraza paralela al curso del Sena, vislumbró una silueta que se deslizaba a través de los árboles del jardín y parecía dirigirse hacia los Campos Elíseos, en dirección al Pont-Tournant. Lo más curioso de aquella forma humana, es que llevaba una linterna cuyos reflejos salpicaban de rojo su pálida luz como lo habrían hecho unas manchas de sangre...

Vivamente intrigado, el centinela se acercó a aquella luz y, al llegar a la distancia reglamentaria, le encaró el fusil y gritó tres veces el aviso prescrito: «¿Quién vive?» Al no producir ningún efecto la intimación, el soldado hizo fuego y la lucecita se apagó como por arte de magia.

El ruido de la detonación tuvo por consecuencia inmediata alertar al puesto de guardia que mandó una patrulla en la dirección de donde había sonado el disparo. Debemos decir que estábamos en pleno período de conspiración, puesto que, un mes antes, el complot de Cadoudal (el segundo, más exactamente) estuvo a punto de costar la vida al Primer Cónsul. Por consiguiente, las medidas de protección a su alrededor habían sido reforzadas y las guardias dobladas para hacer frente a las amenazas siempre posibles de algunas «almas malditas de la reacción».

A paso de carga, la patrulla se reunió con el centinela aislado y los hombres avanzaron en la presunta dirección de la linterna. Ésta estaba exactamente en el lugar donde el soldado había creído alcanzarla, pero, cosa curiosa, a alguna distancia había un enorme manto de paño rojo, como si su legítimo propietario se hubiese desembarazado rápidamente de él soltándolo. Los soldados llevaron las dos piezas de convicción al cuerpo de guardia donde fueron examinadas detenidamente, sin que pudiera descubrirse el menor indicio sobre su eventual poseedor. Aquella noche no pudo ser desentrañado el enigma.

Hubo que esperar al año 1840, o sea, treinta y seis años después de este suceso, para saber exactamente lo acontecido:

Dom Guyon, que estaba muy triste desde que su ilustre discípulo no hacía caso ya de sus arcanos, vivía en una completa reclusión, y su viejo cerebro se había ido desequilibrando poco a poco. Una de



sus manías había sido comprar una pieza de paño rojo, de la cual cortó con sus manos un manto de hierofante. El color rojo era, según se decía, el símbolo de la luz astral, y cada vez que lo revestía, los siete genios del futuro abandonaban su morada etérea para acudir a iluminar sus trabajos. Como no se mostraba en el exterior con aquel atuendo, los servidores de palacio se reían de él sin recato y el Primer Cónsul no le hacía ningún caso. Pero sucedió que, la noche del 20 de marzo, el pobre anciano tuvo la ocurrencia de dar un paseo; quizás, en su idea, iba, con la linterna, al encuentro de uno de sus genios rezagado. El centinela, al no estar en el ajo del misterio, cumplió con su deber. El buen hombre, reclamado a la vida real por la voz del fusil, se desembarazó del manto para batirse en retirada a través de las tinieblas, pero, al volver a su habitación, cayó fulminado por la emoción y no volvió a levantarse. «¡Pobre diablo! —murmuró Napoleón al enterarse de su muerte—. Eso no lo había previsto él en sus arcanos ni en sus libros mágicos. Dios le tenga en su gloria, y que el diablo se lleve sus locas predicciones... Mi estrella está en mi cabeza, y la fortuna ha firmado, por la mano de la victoria, mi verdadero horóscopo en la llanura de Marengo.» (43).

Dom Guyon fue enterrado en secreto la noche siguiente y se prohibió divulgar el trágico incidente.

Pero aquí es donde comienza la verdadera historia, pues al parecer dom Guyon tuvo inmediatamente un sustituto, como si la primera parte de aquella fantástica aventura no hubiera sido hasta entonces más que un vulgar entremés.

Este sustituto del mago oficial del Imperio es conocido con el seudónimo de Pierre le Clerc, y parece cierto que había ayudado al padre Bonaventure en sus trabajos, en vida, antes de remplazarle en las funciones de ADIVINO IMPERIAL.

¿Es menester entonces vincular esos dos misteriosos personajes a una corriente precisa de la cual sólo habrían formado el eslabón visible? Pensamos que así es, en efecto, y vamos a seguirlos a ambos en las dos hipótesis más admitidas corrientemente: la filiación por la ROSA-CRUZ y la, más simple y más realista, que ve en los dos iniciados a los representantes oficiales del colegio DRUÍDICO cerca de la Corte imperial (44).

# 1. EL MANUSCRITO DE SIMEÓN BAR JOCHAI Y EL ETERNO SECRETO DE LOS ROSACRUZ.

El hombre rojo, el «señor de la luz», aparece como la suprema encarnación de la antigua francmasonería oriental. Viene a anunciar la historia anticipada de toda vida en un manuscrito astrológico cuyo origen egipcio y la revelación, probablemente sobrenatural, desaparecen en la noche de los tiempos.

Es seguro que los préstamos de la francmasonería occidental son numerosos y variados:

A la iniciación CORPORATIVA de los tres grados fundamentales (aprendices, compañeros y maestros), se han agregado toda una serie de altos grados en los que reviven las antiguas órdenes de caballería, los templarios, los hermetistas, los Rosa-Cruz, la gnosis y hasta el tribunal secreto de la Santa Vehma (45).

Únicamente nos interesa aquí el hermetismo como depósito sagrado de la R + C en la francmasonería occidental. Es innegable que la Revolución de 1789 marca una encrucijada en esta revelación, si se admite que los ALTOS GRADOS DE LA F. M. OCCIDENTAL habían poseído, hasta 1789, el conocimiento de los misterios de la R + C astrológica. Ellos contaban así con el privilegio de descifrar el porvenir de los pueblos basándose en el horóscopo de sus soberanos. Es notorio que esta *francmasonería roja*, es decir, poseedora de la luz, por oposición a la *francmasonería azul*, de la cual parece derivar la F. M. actual, formaba, antes de la Revolución francesa, la más poderosa de las sociedades secretas. ¿Es preciso creer, con Christian, que esta F. M. roja,

ebria de orgullo y abdicando del papel providencial de señor de la luz, olvidó que la libertad que quebranta los tronos es una apostasía de la inteligencia? ¿Es preciso creer que no volvió a acordarse de que el abuso de toda fuerza necesita una fulminante reacción que precipitó a Europa en un mar de sangre? ¿Es preciso creer por último que, «padres del terror», aquellos F. M. rojos se hicieron los sicarios de la fatalidad y que la esfinge con calavera al que daban por base el cadalso, por corona el triángulo cortante de la guillotina, los devoró hasta el último... haciendo que con ellos desapareciera la Rosa-Cruz profanada?

Entonces, dom Bonaventure Guyon se situaría en la corriente Rosa + Cruz en el momento que ésta desaparece detrás de nuestra F. M. moderna. Esta francmasonería roja que se camufla en esta época detrás de nuestra F. M. humanitaria y atea parece ser, en efecto, más que una simple hipótesis: la R + C se oculta degenerando en la F. M. (46).

Ya, en el antiguo Egipto, el hierofante decía al iniciado: «¡Sabe callar tus propósitos... Los siete genios de la R + C, custodios de la llave que cierra el pasado y que abre el futuro, pondrán en tu frente la corona de los señores del tiempo!»

Estos siete genios que encontramos en la Antigüedad precristiana en forma de Sol físico, considerado como el Padre y el Hijo por los primeros cristianos, que los paganos celebraron en sus «lampadoforias» en honor de Minerva, Prometeo y Vulcano. Esos mismos siete soles con los que hemos titulado nuestra obra, se encuentran en el candelabro de siete brazos de la sinagoga: «¡El Sol es mi Señor!», exclama David en

el salmo 95.

Este Sol, del cual el filósofo pagano Vigilantus dijo: «La Iglesia se alumbraba con mequinas candelas, en tanto que el Sol está ahí alumbrándonos con mil luces.»

Este mismo Sol, por último, que los candidatos cristianos adoran cuando han de pronunciar el juramento masónico, vueltos hacia el Este, mientras su venerable permanece en el lado oriental de la logia, en el templo alumbrado por tres luces astrales (el Sol, la Luna y la estrella geométrica) y por TRES luces vitales (el hierofante y sus dos custodios), todo ello bajo la égida de la séptima luz: la «verdad luminosa»..., la iniciación solar.

¿Cómo explicar entonces la calidad de monje benedictino del padre Guyon? Veremos más adelante la hipótesis druidica tratar de responder a esta pregunta. Baste decir, por el momento, que numerosos hierofantes y altos iniciados se vieron obligados a hacerse renegados para asegurar la supervivencia de los secretos de la iniciación solar (47) en el marco del cristianismo triunfante y fanático. Un arzobispo de la Tolemaida, en el siglo V de nuestra era, como Sinesio, ni siquiera estaba bautizado. No aceptó el bautismo, sino con unas condiciones draconianas impuestas por él: no separarse de su mujer, no abandonar nunca su filosofía neoplatónica ni sus esparcimientos deportivos estrictamente vedados a todo cristiano (por ser considerados, acertadamente, los Juegos Olímpicos como ceremonias paganas por los Padres de la Iglesia).

No es de extrañar, por lo tanto, que un monje benedictino del siglo XVIII pudiera encontrarse depositario de un antiguo secreto caldeo, y por consiguiente zoroástrico en su origen, difundido por un levita judío, Simeón bar Jochai (48), y puesto a punto por numerosos iniciados por un azar milagroso cuyo secreto sólo posee el ocultismo. Así es cómo han de concebirse frases atribuidas a dom Guyon tales como «¡Francia os votará la corona con florones de siete estrellas!», o también «Décimo círculo de la Rosa-Cruz».

No creemos que puede calificarse de sistema la «receta» del prior de Lagny y sobre todo que se pueda definir en algunos términos simples, como «tarot samaritano», «hierogramas egipcios», «anales caldeos», o «cábala hebrea», tan verdad es que el magismo tradicional y sus representantes profesan una doctrina trascendental apelando a todas estas fuentes, subtendidas y magnificadas por unas técnicas adivinatorias e interpretativas que no tienen nada que ver con un método de progresión cualquiera.

En todas estas fuentes no hemos hecho mención, deliberadamente, de la tradición propiamente occidental, es decir, céltica y druidica, de la que nos ocuparemos ahora. Esta hipótesis mucho más simple y realista no descarta el precedente estudio rosacruciano sino que más bien lo explica si se quiere admitir, como René Guénon (49), la unidad trascendental de todas las religiones y doctrinas esotéricas.

## La profecía de Orval

Existe otra profecía relativa a Napoleón, la de Orval. Su precisión es tan asombrosa que algunos han dudado de su autenticidad. El célebre ocultista del siglo XIX, Stanislas de Guaita, defendió con vigor la profecía que él hacía remontar al Renacimiento. Su autor sería «el solitario de la abadía de Orval».

El monasterio de Orval se sitúa en Luxemburgo. Como fuere, he aquí el texto profético tal como fue transmitido y comentado por Stanislas de Guaita en *La clé de la magie noire* (París, 1897):

En aquel tiempo, un joven (Napoleón) venido de ultramar (Córcega) al país del celta galo se manifestará con consejos de fuerza (Tolón, Vendimiario, campaña de Italia), pero los grandes a quienes estorbará (los miembros del Directorio) le mandarán a luchar en los países del cautiverio (reminiscencia bíblica: Egipto, lugar del cautiverio de Israel).

La victoria le conducirá al país primero (retorno de Egipto). Los hijos de Bruto (los republicanos), harto estúpidos, estarán a su lado, pues los dominará (18 Brumario) y tomará el nombre de Emperador (1804). Muchos altos y poderosos reyes sentirán verdadero temor, y su águila quitará muchos cetros y muchas coronas. Infantes y jinetes portadores de águilas y sangre como moscas en el aire recorrerán con él toda Europa, que quedará muy pasmada y muy ensangrentada (guerras continuas del Imperio).

Será tan fuerte, que creerán que Dios luchará con él. La Iglesia de Dios muy desolada por la impiedad revolucionaria se consolará un poco viendo abrir sus templos a sus ovejas totalmente extraviadas (consecuencias del Concordato) y Dios será alabado.

Pero está hecho. Las lunas han pasado y el anciano de Sión (el Papa) maltratado (cautiverio de Fontainebleau) clamará a Dios, y he aquí que el poderoso (Napoleón) será cegado por pecados y crímenes. Abandonará la gran ciudad con tan bello Ejército como jamás hubo igual en ninguna parte (leva en masa para la campaña de Rusia, 1812), pero en ninguna parte el guerrero aguantará contra la faz del tiempo (anatema contra los conquistadores, cuyos días están contados). La tercera parte y más de la tercera parte de su Ejército perecerá por el frío del Señor poderoso (es preciso: retirada desastrosa de Moscú). Entonces habrán transcurrido dos lustros desde el siglo de desolación y he aquí que las viudas y los huérfanos clamarán a Dios, y los altos rebajados (príncipes franceses y nobles emigrados o también los soberanos extranjeros) recobrarán su fuerza y se unirán para abatir al hombre tan temido.

Así vendrá con muchos guerreros la vieja sangre de los siglos (retorno de los Borbones gracias a los ejércitos coaligados), que recobrará sitio y lugar en la gran ciudad (primera Restauración:



Luis XVIII, 1814) y entonces el hombre tan temido se irá todo rebajado (abdicación de Fontainebleau) cerca del país de ultramar de donde vino (la isla de Elba está al lado de Córcega).

Sólo Dios es grande (esta exclamación, en la prosa del buen solitario, indica casi siempre un cambio de reinado). La Luna undécima no habrá lucido aún, y el látigo sanguinolento del Señor (Napoleón) volverá a la gran ciudad (huida de los Borbones, 1815).

¡Sólo Dios es grande! Ama a su pueblo y odia la sangre. La quinta Luna volverá a lucir sobre muchos guerreros de Oriente (los aliados, batalla de Waterloo). La Galia está cubierta de hombres y de máquinas de guerra (segunda invasión de los aliados). ¡Se acabó el hombre de mar! (Napoleón cautivo en Santa Elena)...

Aquí termina el texto de la profecía relativa a Napoleón.

Cada cual es libre de creer o no creer esta «predicción». Nuestro deber era ponerla de relieve, puesto que se inscribe en la línea tradicional y milenarista, aunque el «monje de Orval» haya sido utilizado para encubrir acontecimientos menos gloriosos.

### Jomini, o el adivino del Emperador

Al lado del padre Guyon, personaje de «mago» tradicional, y en el linaje de los «enviados» ocultos situados por una mano desconocida junto a Napoleón para guiarle en la abrumadora tarea de *imperator mundi*, se sitúa el famoso Jomini, cuyas sorprendentes predicciones no habían de ser desmentidas nunca. Si Napoleón lo hubiese mantenido a su lado, ¿habría conservado el trono?

En 1779, efectivamente, el destino hacía nacer en Payerne, Suiza, a Henri Jomini, a quien la Historia llamaría el «adivino de Napoleón».

Entusiasmado, como todos sus contemporáneos, por las hazañas de Bonaparte, Jomini estudia la prestigiosa campaña de Italia, analiza la estrategia del ilustre general y, aplicando a sus futuras campañas extraordinarias dotes de deducción, va a predecir las operaciones y las maniobras del emperador.

Su primera proeza será, a los veintiún años, adivinar que el Primer Cónsul utilizará el paso del Gran San Bernardo para bajar a Italia.

Unas dotes semejantes de clarividencia no pueden explicarse únicamente por las cualidades de la inteligencia y del cálculo lógico. Trátese de «videncia» o de «precognición», Jomini poseía ciertos poderes que hoy calificaríamos de «supranormales», y ello es tan cierto que Napoleón, alarmado por esta facultad infalible de predicción, llamó al adivino a su lado y le hizo prometer GUARDAR EL SECRETO SOBRE SU PORVENIR, pues de lo contrario Jomini, entonces joven oficial en el Ejército francés, acabaría sus días en los calabozos del fuerte de Vincennes.

Destinado ya al Estado Mayor del mariscal Ney, pues había alcanzado el grado de general de brigada, se anticipa a las órdenes de Napoleón y permite a Ney lograr la victoria de Elchingen y capturar al Ejército austríaco en Ulm. El año siguiente, antes de que se declare la guerra a Prusia, explica en una Memoria que la batalla decisiva se librará en Jena.

Acompaña a Napoleón en la funesta campaña de Rusia, pero, previendo el desastre, no quiere ir a Moscú y, con tres meses de anticipación, explora el curso del Beresina y descubre los vados que permitirán a la «Grande Armée» evitar un aniquilamiento total.

Un año después, su don de anticipación conduce al campo de batalla de Bautzen el Cuerpo de Ejército de Ney y permite la victoria.

Pero Jomini ha tropezado con la hostilidad implacable de Berthier, que le tiene envidia, y acaba pasándose al campo de los aliados donde el zar Alejandro, que había discernido sus dotes, llevaba tiempo haciéndole proposiciones. Sus consejos evitan a los aliados un desastre después de la batalla de Dresde y les proporciona la victoria en la célebre batalla de Leipzig.

Tras la caída de Napoleón, repartirá su vida entre Rusia y Francia, que amaba igualmente, y llegará a muy viejo sin que su clarividencia haya sido desmentida nunca.

En 1854, anunciará con antelación al zar el desembarco de los aliados frente a Sebastopol. Más tarde, cuando Napoleón III emprenderá a su vez su campaña de Italia será Jomini, consultado, quien le indicará los campos de batalla de Magenta y de Solferino.

Previo incluso las matanzas de las guerras mundiales de nuestro siglo.

Aficionado con pasión al arte militar y escritor infatigable, redactó una monumental *Histoire critique et militaire des guerres de la Révolution* (1805-1824, 15 volúmenes, en 8.º), así como una *Vie politique et militaire de Napoléon* (1827, 4 volúmenes). Si añadimos a estas obras el *Traité des grandes opérations militaires* (1819, 4 volúmenes, en 8.º), tendremos una idea de la obra de este genial precursor de la estrategia moderna.

Nada más sorprendente que el destino de este hombre excepcional, muerto en 1869 cuyo reloj, como ha dicho Sainte-Beuve, «iba a la hora del emperador».

### 2. LA INICIACIÓN DRUÍDICA DE DOM BONAVENTURE GUYON, PRIOR DE LAGNY

Según Paul Bouchet (50), la alianza druídica con los monarcas franceses es una tradición continua desde la unión histórica de galos y celtas. Siempre, según el mismo autor, los reyes de Francia reconocieron esta

alianza y apelaron al apoyo druídico en todas las guerras contra el extranjero. La última hasta la fecha sería la de 1914...

Jamás hubo aliados más fieles hasta Luis XIV que los reyes y nuestros padres. Todos los monarcas franceses han venido aquí, han revestido nuestra túnica de lino y, al pie de este altar, han asistido al divino sacrificio... No hemos empleado nunca el latín... Sólo el francés o el celta. Y este altar ante el cual se arrodillaron Carlos *el Grande*, Felipe Augusto, san Luis, Juana de Arco y Luis XIV es el mismo de cuando, hace milenios, Hu Gadarn (51) acudió bajo las encinas a verter su sangre para consagrar la alianza de galos y celtas (52).

Esta teoría, seductora a primera vista, merece que nos fijemos más especialmente en el reinado de Napoleón I a fin de descubrir el papel exacto de dom Guyon y de Pierre le Clerc.

Dom Guyon pertenecía a la larga cadena de iniciados celtas que pudo sobrevivir gracias a Benito de Aniano y, más tarde, consiguió hacer renacer el druidismo sin tropiezos. Richelieu y el cardenal de Guisa protegieron asimismo a los antiguos sacerdotes celtas y permitieron, sobre todo, el rebrote del galicanismo que tendía a reunificar católicos y protestantes franceses en una «realidad» céltica.

El centro inicial de este druidismo político se habría situado sucesivamente en la abadía de Cister y después en Lagny. Paul Bouchet nos hace saber que uno de aquellos druidas, Auger Ferrier, fue el médico y sobre todo el astrólogo de María de Médicis. La aproximación con dom Guyon es fácil de efectuar si se admite que éste sacó provecho de las investigaciones de su predecesor en materia de astrología.

Desgraciadamente, los maridajes dinásticos y políticos habían de debilitar el carácter céltico de la Casa de Francia. Si queremos admitir que los reyes de Francia se hacían coronar sucesivamente en Reims y en una alta esfera druídica, recibiendo así un doble bautismo, el romano y el céltico, no es erróneo seguir la pista que nos brinda Paul Bouchet y admitir con él que el último soberano reinante que se sometió a aquella costumbre fue Luis XIV.

Y es bajo el reinado de su sucesor, el apuesto pero débil Luis XV, cuando dom Bonaventure Guyon hizo su aparición. ¿Sería uno de los nueve grandes druidas de la Galia como hay quien se complace en destacar? Quizá, pero más seguramente un gran imprudente, si queremos imaginar el efecto de bomba que debió tener su predicción concerniente a Luis XVI y la visión de una Revolución que barrería la realeza de los Capetos y céltica.

Dom Guyon, liberado de la prisión de la Bastilla donde lo encerraron como «loco» al lado de auténticos dementes (el término de locura se aplicaba perfectamente, a los ojos del monarca absoluto, a un hombre que había predicho su caída), dom Guyon resolvió afincarse en París, la

ciudad convertida, por la gracia de la Revolución, en el corazón de Francia donde se podía percibir mejor que en otra parte los latidos de la historia en formación. Es entonces cuando Napoleón Bonaparte le conoció y el padre Guyon se apresuró entonces a advertir al gran colegio de los druidas del formidable descubrimiento que acababa de hacer, y es a partir de este momento cuando se reanudaron los lazos con el poder reinante o en trance de serlo.

«El misterio de Perrière-les-Chênes tiene el insigne mérito de desarrollar la sucesión de los acontecimientos tal como se habrían desenvuelto efectivamente tras el nombramiento de dom Guyon para el cargo de bibliotecario del palacio de las Tullerías. La versión que da Paul Bouchet del fin de esta aventura es sensiblemente diferente de la «versión oficial»...»

Los lazos tradicionales entre el colegio druídico de Perrière y la nueva monarquía imperial estaban reanudados. El Concordato firmado el 15 de julio de 1801 restablecía la libertad de cultos y podíamos esperar, puesto que nuestro representante más distinguido se había convertido en el consejero secreto del nuevo régimen, ver nuestras tradiciones presidiendo el renacimiento del Imperio céltico. Al lado de dom Guyon, cuya edad le oscurecía ya las maravillosas cualidades de adivino, nuestra comunidad designó al mejor de los discípulos de dom Guyon para ayudarlo y continuar su obra. Fue conocido con el seudónimo de Pierre Le Clerc... Un mes apenas después de la coronación que Napoleón quiso sancionar con la presencia del soberano pontífice, pero no impuesto por él, dom Guyon, saliendo una noche al jardín de las Tullerías, vestido con su manto rojo cuyos rayos aseguraba él ayudaban a sus facultades adivinatorias, fue tomado por un centinela por sospechoso e intimidado a circular. Al no obedecer bastante de prisa el viejo prior, que contaba entonces ochenta y cinco años, el soldado disparó y nuestro venerado padre Bonaventure huyó, abandonando allí mismo su manto rojo. Al Emperador que acudió a verle, le pidió ser transportado aquí (a Perrière), donde murió y fue sepultado según nuestros ritos...

¿Cuál fue el cometido exacto, si esta hipótesis es la buena, de Pierre Le Clerc cerca del emperador? Paul Bouchet nos lo explica:

Pierre Le Clerc, instalado en Saint-Cloud por el Emperador, nos tuvo por correspondencia regular al corriente de los acontecimientos durante aquellos años de gloria. Muy a menudo, puso al Emperador en guardia contra sus enemigos, y más a menudo aún, desgraciadamente, contra quienes se jactaban de servirle. Pero Napoleón ya no aparecía más que raramente en Saint-Cloud. Demasiado confiado en sí mismo, en su estrella, la estrella real de Leo, que dom Guyon le había mostrado en 1795 como presidiendo su nacimiento, ya no cuidaba de consultar al benedictino. Próximo a ex-



tinguirse, a los setenta y nueve años, Pierre Le Clerc mandó al Emperador como un testamento, una extensa carta cuya copia figura aquí en nuestros archivos. Y él, depositario de los antiguos secretos escritos en letras de piedra por nuestros antepasados en nuestro solar galo, se tomó la pena de poner en guardia a su soberano, en el que se fundaban tantas esperanzas, contra la inminencia de los peligros que amenazaban hundir con él a su dinastía y el advenimiento de nuestro III Imperio... Que sepamos, este testamento no le fue entregado... Nuestro venerado hermano suplicaba al Emperador que limitara sus conquistas a nuestras fronteras naturales étnicas, que ningún conquistador no puede cruzar sin choque ni desgracia. Repetía —lo cual es más curioso— las profecías formuladas por dom Guyon diez años antes, mediante unos cartones que el ex prior de Lagny había guardado cuidadosamente en dos paquetes... Sometiendo las mismas cuestiones a un nuevo estudio, escribía Pierre Le Clerc, veo desprenderse de ellas una nueva respuesta más siniestra aún que la primera. NAPOLEÓN, EMPERADOR VENCIDO EN EUROPA, ABATIDO, EXILADO, CAUTIVO DE LOS INGLESES POR MUY DURO DESTINO, IRÁ A MORIR EN SANTA ELENA, UNA ISLA DEL OCEANO...

Estas últimas líneas y todas estas precisiones nos permiten suponer que Paul Bouchet está efectivamente en la buena pista de los «iniciadores» de Napoleón. Una sola cuestión, que había quedado sin respuesta, la halla con este autor. Parece sorprendente, en efecto, que a la muerte de Pierre Le Clerc el gran druida de Francia no hubiese mandado un sustituto:

Pierre Le Clerc murió, pero nuestro prior —el gran druida, si lo preferís— no juzgó oportuno enviar un nuevo mensajero permanente cerca de la Corte imperial... Por carta personal, advirtió simplemente a Napoleón I del peligro que significaba atacar al Papa cuando él hizo secuestrar al Pontífice para llevarlo a Fontainebleau. Nadie le levanta la mano a un iniciado sin tropiezo ni desgracia...

Pero más aún, si bien es cierto que cabe reconstituir, con ayuda de la obra de Paul Bouchet, los rastros de los magos sucesivos del emperador, no por ello deja de ser curioso el constatar un eclipse de casi cuarenta años antes de que los druidas se decidiesen a prestar de nuevo su apoyo a Napoleón III. ¿Quiere decirse que Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe de Orleans, nuestros tres últimos reyes de Francia posteriores a Napoleón I, no eran de esencia solar o, si se prefiere, dignos de reinar sobre el pueblo céltico? Es extraño constatar que el acercamiento haya sido hecho ya en lo que concierne a la coronación de los últimos soberanos. Únicamente Carlos X reanudó en Reims la milenaria tradición. Es sabido el éxito que hubo de alcanzar con ello... Cinco años más tarde, la Revolución de 1830 le derribaba de su trono.

Algunos no han dudado en decir que si Luis XVIII no se hizo coro-

nar, fue debido al hecho que no se consideraba como legítimo pretendiente. ¿Hay que recorrer aquí el tupido velo que oculta la muerte o la desaparición del pequeño Luis XVII? No nos adentraremos más en esa espinosa vía cuya salida parece poco clara.

Pensamos, sin embargo, que si nuestros tres últimos monarcas (53) se mostraron reacios a la ceremonia de la coronación católica y rompieron con la tradición iniciática druídica que le servía de corolario, hay que ver en ello la desaparición de una costumbre celta y cabe preguntarse si el último refugio de esta antigua tradición no reside esencialmente en un cuerpo de oficio como los «Compañeros del deber».

Los «Compañeros del padre Soubise», en efecto, emplean en su ritual y en sus procedimientos de construcción figuras como la famosa cruz céltica, símbolo del Sol, objeto de adoración de nuestros antepasados.

Estos mismos constructores, que debían dejar la huella de su antigua ciencia y de sus reflexiones astrológicas en el más grande monumento parisiense a la gloria de Napoleón. Nos referimos al Arco de Triunfo de la Estrella.

### El Arco de Triunfo y los signos del destino

En la isla de Gorgona, Napoleón sacrificaba al dios Sol, en Santa Elena el sacrificado es él. El Sol ha hecho palidecer su estrella, según Merezhkovski, pero no sabe cuál es ese Sol y cree también que es el destino.

Murió en aquella pequeña isla de Santa Elena que ya había encontrado en sus atlas de geografía, al principio de su fulminante carrera. Era el 5 de mayo de 1821, pero nadie se dio cuenta de que él había forzado su destino hasta el fin. Si es verdad que «las cosas no son sino la apariencia de los números», como ha dicho Hieros Logos, cita que no habrían desmentido ni el padre Bonaventure ni Jomini, murió a la edad de cincuenta y un años, ocho meses y veintiún días, combinación exacta del 5 de mayo de 1821...

Hacía ya más de dieciocho años que su cuerpo reposaba en Santa Elena, en el pequeño cementerio de Longwood y tan sólo Victor Hugo, poeta visionario si los hay, profetizaba en su ODA AL ARCO DE TRIUNFO:

*Alzate hasta los cielos, pórtico de victoria,  
que el gigante de nuestra gloria  
pueda pasar sin inclinarse.*

¿Podía prever Napoleón que pasaría bajo la bóveda del Arco de Triunfo que había mandado erigir por su decreto del 18 de febrero

de 1806: «En honor de los ejércitos franceses?»

Con seguridad no, si se piensa que el grandioso monumento no fue terminado hasta mucho más tarde... Y, sin embargo, el 16 de noviembre de 1840, respondiendo a la profecía de Víctor Hugo, París, en nombre de Francia, le rendía los últimos honores:

*Sire, volveréis a vuestra capital,  
sin tocar a rebato, sin combate, sin lucha y sin furores,  
tirado por cuatro caballos, bajo el arco triunfal,  
con el boato de los emperadores (54).*

El 15 de noviembre de 1840, día del regreso de las cenizas del Emperador, quedará como una de las fechas más conmovedoras de la historia de Francia:

Con este cierzo glacial, ¿qué ocurrirá en la barrera de la Estrella cuyas verjas han sido quitadas? El Arco de Triunfo está rematado con una apoteosis, y, desde su cima hasta el pie de los zócalos, cuelgan grandes guirnalda de laurel y de flores. En los ángulos del monumento, unos enormes trípodes antiguos arden en llamas de colores y en las esquinas del ático, dos «famas» a caballo representan la Gloria y la Grandeza. Alrededor del arco, doce mástiles empavesados se adornan con escudos, trofeos de armas y banderas tricolores y en la misma plaza están emplazadas dos baterías de artillería. De la barrera de la Estrella a la plaza de la Concordia, no se ven más que columnas triunfales y estatuas de victorias. En los Campos Elíseos, más de 400.000 espectadores aguardan con ansiedad, en un silencio religioso, contenidos por la doble hilera de guardias nacionales y de tropas de línea que cubren la carrera. Son las once y media. Brilla el sol y retumba el cañón. Por la carretera de Neuilly avanza, tirada por dieciséis caballos negros con caparzones de paño de oro, una espléndida carroza fúnebre sobre la cual están colocadas catorce cariátides que soportan un féretro. El cortejo hace alto bajo el Arco de Triunfo. Un grito espontáneo: «¡Viva el Emperador!», sale de todos los labios. Son las cenizas del héroe que desde Santa Elena regresan triunfalmente a París conducidas por el príncipe de Joinville (55).

El 2 de diciembre de este mismo año 1840, un grupo de veteranos de los Ejércitos imperiales, que habían acudido al Arco de Triunfo de la Estrella para celebrar el aniversario de Austerlitz y de la coronación, pues el 2 de diciembre es efectivamente la fecha gloriosa por excelencia de los bonapartistas, subía por los Campos Elíseos en dirección de la explanada de la Estrella...

De pronto, rasgando las nubes, el Sol apareció progresivamente bajo la bóveda central, en el eje exacto de los Campos Elíseos, y empezó a declinar progresivamente hasta ponerse definitivamente en la dirección de la avenida de la «Grande-Armée»... Desde aquel día, todos los 2 de

diciembre, el Sol de Austerlitz acude a la cita del Arco de Triunfo... y de Napoleón.

## NOTAS DEL CAPÍTULO VI

1. Su más irreductible enemigo, y sin embargo compatriota, el duque de Pozzo di Borgo, no se engañó. Como le preguntaran qué imagen guardaría la posteridad del gran hombre, respondió: «Para la Historia, no seremos más que planetas que girarán alrededor del Sol.»

2. Recordemos que Napoleón Bonaparte nació entre estas dos fechas: el 15 de agosto de 1789.

3. En *Napoléon, manuscrits inédits*, página 547.

4. Antonmarchi, II, página 54.

5. En *Mémorial*, III, página 226.

6. DMITRI MEREZHKOVSKI, *Napoléon, l'homme*, Calmann-Lévy, página 232.

7. *Idem*, página 82.

8. *Napoléon, manuscrits inédits*, páginas 5-6.

9. DMITRI MEREZHKOVSKI, *op. cit.*, página 90.

10. DE LACROIX, *Napoléon*, página 250.

11. MARMONT, *Mémoires*, III, página 340.

12. El escritor ruso Merezhkovski, entusiasta admirador de Napoleón, ¿pertenecía a la secta mística de los *Dukhobors* a la que antes se adhirió Dostoievski? Ello no es imposible, si se piensa sobre todo que una rama de esta secta, los *napoleonovi*, adoraban todavía, en pleno Moscú, a fines del siglo XIX, la sombra del Emperador que representaban en imágenes que subían al cielo en una apoteosis, raptado por el águila solar, como Alejandro Magno. Decían que Napoleón volvería, pues era inmortal y subiría al trono de Rusia. Estamos aquí en el meollo del mito del «Mesías imperial», del «Emperador dormido», referido antaño sobre Federico II de Hohenstaufen, antes de hacer retorno a su sucesor, Napoleón I.

13. DMITRI MEREZHKOVSKI, *op. cit.*, páginas 234-235.

14. *Napoléon, manuscrits inédits*, páginas 381 a 389.

15. ¿Es ésta una alusión a la Prehistoria de Córcega y al famoso cromosoma Y, cromosoma inestable descubierto recientemente en el 80 por ciento de los habitantes de esa isla?

16. DMITRI MEREZHKOVSKI, *op. cit.*, página 85.

17. P. CHRISTIAN, *L'homme rouge des Tuileries*, Éd. Dorbon, París, 1931, página 20, reedición.

18. PAUL BOUCHET, *Le Mystère de Perrière-les-Chênes*, Éd. del autor, 1955, páginas 80 y siguientes.

19. El cardenal de Rohan gustaba rodearse de magos de todas clases, el más célebre de los cuales fue Cagliostro. El caso del collar de la reina no tardó en dar razón al prior de Lagny.



20. PAUL BOUCHET calca aquí el relato de Christian, sucesor de Guyon en el puesto de bibliotecario imperial.

21. Por ser 1804 el año de la coronación en Notre-Dame.

22. Remitirse al primer apartado de este capítulo: «Los signos del destino.»

23. Nombre del cabalista judío de quien cabe suponer que había logrado descifrar los arcanos de los magos caldeos durante el cautiverio forzoso de los hebreos en Babilonia.

24. EMIL LUDWIG, *Napoléon*, Payot, 1928, citación de Raynal por el autor, página 18.

25. No hacemos más que recordar el signo del Zodíaco negro de Tentyra, Dandera o Tentyra, descubierto por Desaix, que fue llevado a Marsella en 1821 y expuesto en el Louvre cuarenta días después, el mismo día en que Napoleón, fiel a las predicciones, moría en Santa Elena...

26. BARTHÉLEMY y MÉRY, *Napoléon en Égypte*, París, 1835, canto V, páginas 128 y 130.

27. Proclamación del 1.º Nivoso año VII, correspondencia de Napoleón I, tomo V, páginas 221 y 222.

28. *Mémorial* de Santa Elena.

29. En *Vues sur Napoléon*, el célebre escritor de anteguerra ANDRÉ SUARÈS (Grasset, 1933, páginas 263 y 264) escribe: «Ra... En la vida de Napoleón, incomparable en prodigios visibles, Rivoli, Jena, Austerlitz y las más famosas victorias son menos impresionantes y menos bellas que la energía imperturbable de la mente que las concibe y las prepara, y de la voluntad que las alcanza y las exige. A este respecto, Napoleón es digno del culto que se le rinde. SU VIDA SE CONVIERTE SIN DIFICULTAD AL MITO SOLAR, desde ese nacimiento oscuro en el oriente del Mar hasta ese ocaso inmenso y sangriento en el occidente del Atlántico. Esta curva ha debido de ser la de los más antiguos dioses solares, todos conquistadores: Ra, Amón, la Serpiente emplumada, todos los señores de la Tierra, testigos legendarios de hombres omnipotentes que han conquistado un mundo y que, semejantes a él, fueron los verdaderos hermanos de Napoleón. Parábola que encierra por un tiempo dado el destino de la especie, deja en la mente la huella de una admiración casi dolorosa, espléndida y dura igual que un proyectil celeste.»

30. Al ser los rasgos comunes entre el druidismo y los misterios egipcios de esencia solar.

31. Exacto, pues el autor fue testigo de transmisiones espirituales parecidas. Los experimentos de telepatía siguen presentes en todas las mentes.

32. PAUL BOUCHET, *op. cit.*, páginas 80 y siguientes.

33. En la obra de MARCO DE SAINT-HILAIRE, *Souvenirs intimes du temps de l'Empire*, publicado en París en 1851, figura el encuentro, que no carece de grandeza, del general Bonaparte con la Gran Pirámide de Guizé. El general jefe del Ejército de Egipto habría entrado efectivamente solo en las galerías del monumento, acompañado por un guía que le dijo que iba a mostrarle lo que Alejandro Magno había sido el último en contemplar. Habiendo jurado silencio, Bonaparte no contestó a la pregunta de Junot, su ayudante de campo, diciendo que había prometido no revelar nada de lo sucedido en el monumento. Se negó siempre a acceder a la demanda de sus íntimos y, de creer a Marco de Saint-Hilaire, habría estado casi a punto de

sincerarse con Las Cases en su lecho de muerte, en Santa Elena. Pero, recordándose muy pronto, había confesado: «¿Para qué si no me creerías?» Aquella memorable visita a Guizé, por lo demás, nos es referida por diversas fuentes, la menos seria de las cuales no es el diario oficial de la época, *Le Moniteur*. En efecto, en su número del 7 Frimario año VII (noviembre de 1798), puede leerse este relato de un redactor:

«Hoy, 25 Termidor del año VI de la República francesa, una e indivisible, correspondiente al 28 de la Luna de Mucharem, año 1213 de la Hégira, el general jefe, acompañado por oficiales de su Estado Mayor, por varios miembros del Instituto Nacional, así como por un intérprete y un destacamento de tropa, se ha trasladado a la Gran Pirámide y ha sido introducido en ella por el imán Muhamed, encargado de enseñarle su construcción interior. A las nueve de la mañana ha llegado con su séquito a la cima de las montañas de Guizé, al noroeste de Menfis. Después de haber examinado detenidamente las pirámides inferiores, se ha parado ante la pirámide de Cheops...

«El general jefe y su séquito, habiendo penetrado en el interior de la pirámide susodicha, han hallado en primer lugar un canal de cien pies de largo y tres pies de ancho, que les ha conducido, por una pendiente rápida, hacia el valle que sirve de tumba al faraón que erigió este monumento y un segundo canal, muy deteriorado y que sube hasta la cima de la pirámide les ha llevado sucesivamente a dos plataformas, y de aquí a una galería abovedada cuya longitud es de ciento dieciocho pies y que desemboca en el vestíbulo de la tumba principal.

«Esta última sala, a la cual el general jefe ha llegado por fin, es de bóveda plana y larga de treinta y dos pies por dieciséis de ancho y diecinueve de alto. Se ignora si los árabes expoliadores han penetrado alguna vez en este santuario de la pirámide cuya entrada parecía tapiada. Sin embargo, el general ha entrado en él, acompañado solamente por el intérprete y el imán que le había servido de conductor...»

¿Qué pasó entre los tres hombres? Nos quedamos reducidos a conjeturas. ¿Tuvo Bonaparte acceso a los «misterios» de la cámara del Rey? ¿Le confirmaron su prodigioso destino? Únicamente podría responder la Gran Pirámide, y no es éste el menor de sus secretos...

34. Nota muy curiosa en verdad. ¿Qué habrá entendido Napoleón por «volver a ver» y por «reencontrar»?

35. SAINT-GEORGES DE BOUHÉLIER, *Napoléon, grandeurs et misères*, París Fasquelle, 1938, página 81.

36. El autor ha escogido la ortografía exacta de PANTACULO y no PENTACULO, como rezan los diccionarios, pues esta palabra no deriva de *penta* (cinco), sino de *pan* (todo) y significa exactamente un objeto que contiene el TODO, síntesis del «macrocosmos».

37. R. CHARROUX, *Le livre du mystérieux inconnu*, Robert Laffont, 1969, página 300.

38. «Centre d'études et de recherches des éléments inconnus de la civilisation», Guy Tarade, 103, Avenida Henri-Dunant, Niza.

39. Estas líneas están ampliamente inspiradas en *L'homme rouge des Tuileries* de P. CHRISTIAN.

40. Los historiadores saben que el año 1808 iba a ser el del inicio de la guerra de España donde se atascaría la «Grande Armée», guerra que había

de ser, a juicio de Telleysrand «el principio del fin...»

41. Hoy diríamos cálculo de probabilidades.

42. P. CHRISTIAN, *L'homme rouge des Tuileries*, prefacio.

43. Referido a Christian por un antiguo servidor de los palacios imperiales, muerto en 1840.

44. Bonaparte, joven todavía, ¿quedó sorprendido por esta tradición céltica? Celta, Napoleón lo era, al menos a medias. No hay más que contemplar, en sus retratos, sus ojos azules, reflejo del océano en una máscara latina de emperador romano. Córcega, no lo olvidemos, fue colonizada por los celtas, testigos de ello son los numerosos megalitos hallados en Filitosa y en otras partes. Huelga precisar que Napoleón estaba familiarizado con los poemas de Ossian, esa epopeya bárdica de Escocia que nunca le abandonaba en sus numerosos desplazamientos.

45. SERGE HUTIN, *Histoire des Rose + Croix*, Ed. Courrier du livre, París, 1962, páginas 45 y siguientes.

46. Napoleón y la francmasonería. Se ha refutado mucho tiempo la afiliación masónica de Napoleón. Hoy estamos seguros de la pertenencia de Bonaparte a la masonería. La prueba está en los archivos oficiales del Gran Oriente, que reproducen en estos términos el discurso pronunciado por el F.\* Valletau de Chabrefy en la logia San Luis de la Martinica, el 22 de enero de 1806: «Por fin la masonería, expuesta a varios siglos de persecuciones, descansa bajo los auspicios de un príncipe (S. M. Napoleón), PODEROSO, QUE SE HA DECLARADO PROTECTOR DE LA ORDEN MASÓNICA EN FRANCIA DESPUÉS DE HABER PARTICIPADO PERSONALMENTE EN NUESTROS TRABAJOS Y DE HABER CONOCIDO LA VIRTUD DE NUESTROS PRINCIPIOS Y LA SABIDURÍA DE NUESTROS MISTERIOS.» Por otra parte, tal como lo revela Jean Palou en su libro sobre la francmasonería, el Gran Oriente de Italia imprimió en 1811 un folleto titulado: «Un fechado que en italiano significa: Láminas de los trabajos masónicos consagrados al nacimiento del rey de Roma, primogénito del muy poderoso hermano Napoleón, en el Gran Oriente de Italia, el día 13 del tercer mes del año de la Verdadera Luz, 5811 (1871).» De todo ello resulta que Bonaparte, todavía oficial de la República, fue iniciado en una LOGIA EGIPCIA DE HERMES en su campaña de Italia (1794). En 1797, es ya maestro y, cuando pasa por Nancy, al regreso del congreso de Radstadt, es recibido con todos los honores posibles, introducido bajo la bóveda de acero, y un venerable le ofrece el mazo (Charles Bernardin). Napoleón emperador quizás estuvo afiliado a la logia de los «Iluminados de Weishaupt» con el respaldo de Metternich, en 1809, lo cual confirmaría, si fuese necesario, el padrinazgo «solar» del gran Emperador. La masonería egipcia sitúa estos trabajos bajo el signo de la Gran Luminaria desde la resurrección del «disco de oro» bajo el faraón Akenatón.

47. Así, en nuestros días, un F.\* M.\*, en caso de necesidad absoluta, puede negar su pertenencia a la francmasonería.

48. Que no es otro que el «padre» de la CÁBALA, o tradición esotérica judía.

49. RENÉ GUÉNON, *Symboles fondamentaux de la science sacrée*.

50. PAUL BOUCHET, *op. cit.*, Paul Bouchet no es otro que el gran druida de las Galias.

51. Hú Gadarn, héroe celta de leyenda.

52. PAUL BOUCHET, *op. cit.*, páginas 57 a 59.

53. Luis XVIII, Luis Felipe y Napoleón III.

54. VÍCTOR HUGO, *Les Rayons et les Ombres*.

55. GASTON DUCHESNE, *L'Arc de Triomphe et la place de l'Étoile*, Ed. Dargaud, París, 1908, página 47.



*Sí, el hombre es algo que se debe superar.*

ADOLF HITLER

## CAPÍTULO VII

### ADOLF HITLER O «EL SOL NEGRO»

#### 1. Los polares

Estamos en París en 1929, en el n.º 36 de la avenida Junot. Subamos la escalera de este hermoso edificio y parémonos en el rellano del primer piso. Hemos en la vivienda que hace las veces de templo y de santuario iniciático a la misteriosa y muy restringida Sociedad de los Polares, cuyo nombre recuerda curiosamente las preocupaciones hiperbóreas de determinado partido extremista de allende el Rin.

¿Qué encubre exactamente este extraño nombre, y ante todo, cuál puede ser el origen de este grupo oculto?

Para explicar la génesis de este inquietante asunto que nos llevará muy lejos, hay que remontarse al año 1918, el mismo que vio a Adolf Hitler lanzarse en la agitación política.

En aquella época, un tal M. A. de origen italiano, muy versado en esoterismo, y de profesión director de una importante firma industrial, conoció a un misterioso personaje cuyo nombre es mejor silenciar. El encuentro tuvo lugar en Egipto, tierra predestinada a los intercambios mágicos como la que más.

He aquí lo que supo M. A.: durante una estancia en Italia, en 1908, nuestro personaje, a quien llamaremos para mayor comodidad M. X., tuvo la suerte de encontrar en una aldea de la región de Viterbo a un enviado de la «Gran Logia Blanca» del Tibet, más conocido en el país

por el nombre de «padre Juliano». Este ermitaño poco ortodoxo vivía al margen de los habitantes de la aldea con los que congeniaba poco y se hacía notar no yendo a misa... Y con motivo, añadiremos nosotros. El hombre, por su origen, disponía de grandes poderes. Se presentó como un enviado de la «Fraternidad de Heliópolis», esa cofradía de sabios compuesta de auténticos Rosa-Cruz, es decir, de hombres que han alcanzado el grado supremo en la jerarquía espiritual. Este «maestro» tuvo tanta confianza en su interlocutor que llegó hasta a confiarle *un método secreto de comunicación* con los maestros de sabiduría del Tibet agrupados en la logia del Agarta, la ciudad mística situada en el corazón del Himalaya, al abrigo de cualesquiera investigaciones de los profanos, y que guía a los «grandes» de este mundo en su abrumadora tarea cerca de los pueblos de la Tierra.

M. X. confesó haber experimentado este método con éxito. Se trataba de una forma de comunicación telepática transmitida a través de la escritura, un verdadero código criptográfico análogo al que utilizan los servicios secretos. Los mensajes así transmitidos debían, para ser inteligibles, ser traducidos mediante una «clave» cifrada descubierta por el padre Juliano. El nombre de este procedimiento iluminará, sin duda, al lector apasionado por las ciencias ocultas, puesto que se titulaba ORÁCULO DE FUERZA ASTRAL. La primera prueba de comunicación descubrió que el «maestro» Rosa-Cruz «había regresado a su convento del Himalaya».

Acosado a preguntas, el oráculo se dignó revelar que el «centro esotérico rosacruciano del Himalaya» juzgaba oportuno ver constituirse «el advenimiento del espíritu bajo el signo de la rosa y de la cruz». A tal fin debía ser reconstituida la vieja FRATERNIDAD DE LOS POLARES. ¿De qué se trataba en verdad? Si hemos de creer al escritor esotérico Marquès-Rivière, esta cruz, cubierta o no con una ROSA, se parecería más bien a la CRUZ GAMADA. Veámoslo:

El señor omnipotente, según nos enseña la tradición, reinaba (en tiempos) en Occidente, sobre una montaña (1) rodeada de grandes bosques, en el país que hoy habitan los extranjeros. Por SUS HIJOS ESPIRITUALES, ÉL reinaba entonces sobre las cuatro direcciones del mundo. En aquel tiempo, existía LA FLOR SOBRE LA ESVASTICA (es decir la rosa sobre la cruz)... Pero los ciclos negros han expulsado al señor del Oeste y ÉL ha venido a Oriente, en nuestro pueblo. ÉL ha borrado la flor y SÓLO QUEDA LA ESVASTICA, símbolo del poder central, de la «joya del cielo».

Nosotros añadiremos que la tradición quiere que un día los sabios se trasladen de nuevo a Occidente. A este fin, la vía debe estar preparada. Es el sentido de la «leyenda» budista que quiere que la próxima reencarnación de Buda, en forma del señor Maitreya, tenga lugar en Europa.

Es igualmente en 1918 cuando Hitler, atendido en el Hospital Militar de Pasewalk, a resultas de sus heridas de guerra, tuvo la visión de una cruz gamada en la pared de su habitación. Lo confiesa él mismo en *Mein Kampf*. Quizá no se trate más que de una coincidencia.

El caso es que M. X. y M. A. quedaron entusiasmados por la «revelación» del oráculo. Las comunicaciones se multiplicaron, de tal manera que los dos hombres decidieron, en 1929, cumplir la orden que acababan de darles de «formar el grupo de los Polares».

¿Por qué este nombre de «Polares» y qué relación tiene con el Tibet? Rosenberg, el teórico nazi bien conocido, nos da quizá la respuesta cuando escribe:

No parece en absoluto imposible que *en el sitio donde ruedan hoy las olas del Atlántico, arrastrando gigantescos icebergs, se alzara en tiempos un continente floreciente* en el cual una raza creadora había desarrollado una civilización avanzada, y desde la que enviaba a sus hijos a través del mundo... Pero aun cuando quedase demostrado que esta hipótesis de la Atlántida no es aceptable, habría que admitir la existencia de un CENTRO NÓRDICO de civilización prehistórica.

Así, el autor de *El mito del siglo XX* pone al descubierto una parte de la doctrina secreta de los nazis y confiesa su creencia en la misteriosa Hiperbórea de donde habrían salido los «arios rubios de ojos azules» para civilizar la Tierra. Los POLARES son los habitantes de aquel continente ártico desaparecido cuando el planeta, basculando sobre su eje, acarreo la sumersión y trastorno de aquel «centro de civilización».

Así dice, en efecto, un autor como Evola, al cual algunos no han dudado en calificar de «mago» de Mussolini y que se presenta como un fiel de la *gran tradición* y un discípulo de René Guénon, el mismo de quien Bergier y Pauwels (en *El retorno de los brujos*) no han dudado en decir que era el modelo de los ocultistas nazis («el nacionalsocialismo, es el guenonismo más las Panzerdivisionen» [2]).

La localización del centro o sede oficial de la civilización «olímpica» del centro de oro en una región boreal o *nordicoboreal* convertida en inhabitable, corresponde a una enseñanza tradicional fundamental, que hemos expuesto en otra parte, con datos justificativos al efecto. Una *tradición hiperbórea*, en su forma original olímpica o en sus resurgimientos de tipo «heroico», está en la base de acciones civilizadoras llevadas a cabo por razas que, durante el período que se extiende entre el fin de la era glacial y el neolítico, se propagaron en el continente euroasiático (3).

No cabe «explicitar» mejor el pensamiento de Rosenberg, cosa normal, en definitiva, para el prologuista italiano de los *Protocolos de los sabios de Sión*. Y nuestro autor prosigue:



El centro hiperbóreo recibió, entre otras denominaciones que se aplicaron luego, por vía de consecuencia, al centro atlántico, la de Thule (4), de isla Blanca o del «Esplendor» —el *svetadvipa* hindú, la isla griega de Leuke— de germen original de la raza aria —*Airyānem-Vaejo*—, de «tierra de Sol» o «tierra de Apolo», de Avalón. En todas las tradiciones indoeuropeas, recuerdos concordantes hablan de esta tierra, vuelta mítica posteriormente, en relación con una congelación y un diluvio (5).

El oráculo de fuerza astral afirmaba por su parte:

*Los Polares son los continuadores de la tradición boreal. A través de los siglos se han dividido en tres ramas que han tomado tres nombres diferentes. Durante un tiempo determinado, el viejo tronco ha seguido viviendo, desdiciendo todo poder, toda evolución. Los últimos Polares Rosa + Cruz fueron obligados a retirarse a Asia. Ahora, los POLARES SE REFORMAN Y VUELVEN A LA ESCENA DEL MUNDO.*

Ahora bien, ¿qué pasa en Alemania en 1929? Hitler, el «favorito» del grupo Thule, el discípulo de Hörbiger y de sus teorías del HIELO, está consiguiendo un inmenso éxito entre las masas y, pronto, el 14 de septiembre de 1930, ciento siete diputados nazis ingresan en el Reichstag. La cruz gamada extiende su sombra sobre Alemania, centro de Europa y polo místico de incontables sociedades secretas.

Pero para los Polares es cuestión de darse prisa:

Pues los tiempos se avecinan, dicen también los sabios, en que las vergas de fuego azotarán de nuevo ciertos países de la Tierra, y entonces habrá que reconstruir lo que la sed de oro y el egoísmo del hombre hayan contribuido a destruir.

Pensamos inmediatamente en la Segunda Guerra Mundial y en su secuela de catástrofes, y esta predicción no es la menos inquietante.

Los sabios que dictan estos consejos son, al decir de ellos mismos, en número de tres. Se titulan las «tres pequeñas luces», en comparación con las grandes luces que son las BODHISATTVA y que participan de la iluminación suprema del Sol negro. Al frente de estas «tres luces» estaría situado un «caballero sabio», un occidental —fijémonos bien en esta palabra— que se llama a sí mismo AQUEL QUE ESPERA... El poder temporal, sin duda (estimaríamos nosotros), a fin de juntar en sus manos la espada de la acción y la espada del espíritu. Hitler, en cualquier caso, no obrará de otro modo, proclamándose el caballero de la nueva Alemania destinado a instaurar un reino de mil años.

Es, sin embargo, en París donde se urde la intriga. Altas personalidades bien conocidas de los medios esotéricos muerden el anzuelo y se entusiasman por los Polares y su «oráculo de fuerza astral». Entre estos

ocultistas distinguidos, hallamos los nombres de René Guénon, adalid de la GRAN TRADICIÓN HIPERBÓREA, Jean Marquès-Rivière, que hemos mencionado más arriba, y Fernand Divoire, en aquel entonces director de un gran cotidiano parisiense. Si añadimos a este triunvirato el nombre de Maurice Magre, escritor inspirado y cantor de la epopeya cántara, tendremos un panorama completo de los personajes más o menos comprometidos con el grupo que nos interesa.

Las cosas no habían de quedar en esto, puesto que M. A. decidió revelar en un libro una parte del mensaje de los Polares. Con este fin, adoptó el seudónimo de Zam Bothiva y publicó, con el título significativo de *Asia misteriosa*, el contenido de sus meditaciones. Fernand Divoire, Jean Marquès-Rivière y Maurice Magre aportaron cada uno de ellos elogiosos prólogos. Es interesante citar algunos extractos de ellos:

De Maurice Magre:

La existencia de esta cofradía que se ha llamado sucesivamente la *Agartha* y la *Gran Logia Blanca* es conocida desde hace mucho tiempo sin que haya sido, no obstante, probada por esas «pruebas materiales» de las que tan ávido es el espíritu occidental. Es para llegar a ella que Apolonio de Tiana (ese iniciado del Sol) va a la India, a esas montañas «donde los árboles tienen manzanas de color azul, como el cáliz del jacinto». Es de ella que recibe la misión para la cual recorre las riberas del Mediterráneo y que le hace decir: «*Siempre me acuerdo de mis maestros y viajo por el mundo enseñando lo que he aprendido de ellos.*» Christian Rosenkreutz, de quien no se sabe casi nada, como no sea que fue a buscar en Oriente el mensaje de la verdad, parece no haberse puesto en marcha de su monasterio de Alemania más que para comunicar con los maestros cuya existencia conocía por una antigua tradición y cuyos enviados encontró en Damasco.

Y Jean Marquès-Rivière declara por su parte a propósito de los «maestros en Oriente» y de su posible retorno:

Se ha dicho por una tradición constante que los representantes de estos centros occidentales cuyo aspecto exterior ha sido descrito a menudo con el nombre ROSA + CRUZ huyeron a Oriente en aquella época (siglo XVII) y se ha dicho igualmente que se establecieron en Asia central abandonando «por algún tiempo», a Europa en su miseria.

Y el escritor se pregunta si el tiempo ha caducado.

*Asia misteriosa* aparece en 1929. En la misma fecha se instala en Berlín un monje tibetano apodado «el hombre de los guantes verdes», por alusión a la enigmática «Sociedad de los Verdes» a la cual él había pertenecido. Este lama, que vio varias veces a Hitler, anunció con una precisión pasmosa el número de diputados nazis que serían elegidos

para el Reichstag. «El hombre de los guantes verdes», según se murmuraba entre los «iniciados» hitlerianos, era un enviado de la Agarta.

La red que había de cubrir a Europa comienza a tejerse a partir de entonces.

Pero volvamos por un instante a nuestra «biblia» de los Polares. Haremos en ella otros interesantes descubrimientos como, por ejemplo, la filiación SOLAR del famoso «oráculo de fuerza astral» idéntica al simbolismo mágico de Hitler, continuador de la religión del Sol en Occidente, y no pensamos solamente en el signo solar que fue la cruz gamada. Pero dejemos la palabra a M. A.:

El leitmotiv simbólico de las comunicaciones se funda en la luz, en el Sol.

A esta observación capital, el autor añade una nota no menos importante que nos conduce —el lector sabrá disculparnos— a las pretensiones CATARIZANTES y GRIALICAS (6) del nacionalsocialismo. Leamos antes:

A este respecto, hay que destacar el papel solar atribuido a la aritmética (la razón iluminada) por los *cátaros*. El sistema científico de estos iniciados estaba fundado en la doctrina de las correspondencias y, justamente, la aritmética correspondía al Sol. (*Asia misteriosa*, página 58.)

Pero las cosas van a precisarse con más nitidez. Estamos en 1929. Hitler subirá al poder en 1933, y a propósito del famoso «enviado de la Agarta», llamado «Aquel que espera», leemos:

Hace aproximadamente cuatro años, o sea en 1925, notábamos, por primera vez, en una comunicación de trazas proféticas, una alusión bastante precisa al «instructor» esperado por algunos medios esotéricos: «(...) Viviendo en esta época de caos general, debéis seguir el destino de la Humanidad entera, que se debate en espasmos de locura (es el oráculo de la fuerza astral quien habla). Y todavía 0000 (7) y todavía 0000 hasta que venga el HOMBRE ENVIADO POR EL INCONCEBIBLE PARA DEVOLVER AL GÉNERO HUMANO EL OBJETO DE SU EXISTENCIA y el sentimiento real de las cosas para las cuales venimos al mundo...»

Cuál no fue nuestra estupefacción al constatar que la venida del «instructor» coincidía exactamente con la fecha del ADVENIMIENTO DE HITLER. En efecto, el oráculo predijo en 1929... todavía cuatro años: 1929 (primeros éxitos del nazismo + cuatro años = 1933, Hitler es nombrado canciller).

Por lo tanto, los Polares han de trabajar activamente en preparar la VENIDA DEL ENVIADO: «Trabajad con obstinación y tenacidad

hasta que conozcáis a «Aquel que espera» (8)... Hoy es desconocido y está lejos, pero mañana será un GRANDE por la voluntad del Altísimo.» (En 1925, Hitler, desconocido en Francia, purga una pena de prisión en la fortaleza de Landsberg.) Zam Bothiva afirma:

No podía haber dudas posibles. El hombre enviado por el inconcebible y «Aquel que espera» eran dos definiciones de la misma entidad.

Zam Bothiva y sus amigos ardían en deseos de conocer al «hombre providencial». Les fue respondido simplemente: «Muchas y muchas lunas pasarán antes de que encontréis a «Aquel que espera».» Evidentemente, NO SE PODÍA DESCUBRIR LA IDENTIDAD DEL MAESTRO.

Las «tres pequeñas luces» del Tibet se dignaron precisar, sin embargo, que «Aquel que espera» no sería el futuro MANU de la Humanidad. Expliquémonos. En teosofía, el MANU es «la inteligencia que ha de presidir el próximo ciclo humano y darle su ley», y que, en ningún caso, no podría ser un hombre.

No se trataría, pues, sino de una «pequeña luz», término que se aplica exactamente al «iniciado» Adolf Hitler, «guía de la raza aria para el presente ciclo». La semejanza es confirmada por el desarrollo simbólico en torno del «instructor»: tiene por cifra 12 y 13, «pues los números 12 y 13 inscritos en los dos triángulos, significan las 12 PUERTAS DE LA INICIACIÓN Y LA RESURRECCIÓN INICIÁTICA».

Ahora bien, Hitler es Führer en 1933 y se suicida en 1945 (muerte iniciática: su cuerpo es purificado por el fuego). El intervalo es de doce años. 13 es la cifra de la resurrección, lo cual significaría que Hitler habría de reencarnarse pronto en otro personaje (el fénix que renace de sus cenizas).

He aquí, además, los «atributos terrestres» de «Aquel que espera», siempre según *Asia misteriosa*:

PODER  
PALABRA  
RELIGIÓN  
MANDO  
SABIDURÍA  
JUSTICIA  
OBJETIVO

Si nos entregamos a una pequeña exégesis, comprobaremos que Hitler responde a las cuatro primeras cualidades. Obtuvo el PODER haciéndose el amo de Alemania. Su elocuencia magnética corresponde al don de PALABRA. Fundó una RELIGIÓN: el nazismo, con su culto



solar: la esvástica y su templo de Nuremberg. Convertido en jefe supremo del Ejército, obtiene el MANDO. Únicamente las tres últimas cualidades no son cumplidas, puesto que Hitler desvió en provecho propio los poderes que le habían sido confiados. De aquí su fracaso final, parece ser. A menos que el «médium de Branau» no haya sido escogido como «mártir».

Terminaremos este breve examen del libro escrito por Zam Bothiva citando un postrer pasaje que confirma todo cuanto hemos escrito hasta aquí. El nombre simbólico del «hombre providencial» esperado por los Polares es APERTA, que significa Apolo en ocultismo. Henos aquí de vuelta al Sol negro de Hitler (9).

Oigamos antes:

Teníamos en ello la clave del segundo enigma, pues volvíamos a encontrar en aquel dios (Apolo), DIOS SOLAR y dios de la Luz, la tradición luminosa del método de fuerza astral y la indicación que «Aquel que espera» venía en verdad entre los hombres BAJO EL SIGNO DE HELIOS.

Todo esto, confesémoslo, es más que inquietante. El autor quizá se dio cuenta de ello, pues *Asia misteriosa*, editado en poquísimo número de ejemplares, no volvió a imprimirse después.

Tras la publicación de este libro, sólo restaba organizar la «secta» en torno de la revelación oracular, y así se hizo.

Zam Bothiva se convirtió en el jefe del grupo muy cerrado de los Polares. Los doce artículos de los estatutos verdaderos permanecieron secretos «a causa de su carácter esotérico». Para ser Polar había que ser poseedor de las «vibraciones rojas», únicas susceptibles de establecer la comunicación con el oráculo del Tibet. Al menos, esto es lo que daba a entender el guía de la «Fraternidad».

Se escogió igualmente, tal como quería el oráculo, un gran maestro de la orden secreta. Le sucedió un obispo de la Iglesia cátara y gnóstica (10), y por último un príncipe camboyano muy versado en magia.

Añadamos, para terminar, que Zam Bothiva, muy inclinado al catarismo, exploró el castillo de Montségur con la secreta esperanza de hallar allí el Grial. Le acompañaba una dama afiliada a la Iglesia gnóstica, descendiente de la albigense, Esclarmunda de Foix. El fundador de la Fraternidad de los Polares, ¿conoció a Otto Rahn, aquel enviado del «sacro colegio hitleriano», en su viaje por el país cátaro? No podríamos afirmarlo, aunque la cosa no tenga nada de inverosímil si se piensa que Rahn era amigo del profesor Gadai, especialista en catarismo esotérico y miembro de la Rosa+Cruz (11), iniciación de la que hacían gala los Polares. Los Pirineos y el castillo de Montségur habrían sido en este caso un lugar de encuentros misteriosos entre las diversas mallas de la red oculta que se apretaba sobre Europa bajo el signo de la cruz gamada.

## 2. La cruz gamada y su misterio

El origen de la esvástica se pierde en la noche de los tiempos, tanto que cabe considerarla como el más viejo símbolo utilizado por la Humanidad. La más antigua significación que se da de ella es la del simbolismo Solar. Su tradición se remonta a la India védica, pero las enseñanzas brahmánicas nos dicen que su origen es mucho más antiguo. Ciertos tradicionalistas, por su parte, no dudan en hacer de la cruz gamada un emblema conocido de los Atlantes, cuando no se trata del más antiguo e hipotético continente de Mu, o Lemuria. Demos un vistazo a esta teoría.

Ante todo conviene aportar algunas aclaraciones a propósito de esta última tierra apodada Lemuria, equivalente asiático de la Atlántida y de la Hiperbórea. La existencia de este continente, que se habría extendido allí donde hoy sólo hay el océano Pacífico, entre las Filipinas y el archipiélago de las Marquesas, es atestiguada por los ocultistas, entre los cuales Madame Blavatski, autora de *La doctrina secreta*, esa monumental obra que pretende referir la historia de la Humanidad desde sus más remotos orígenes. Pero es el coronel Churchward quien, en un libro más audaz que cualquier novela (12), hace una descripción minuciosa de aquella *terra incognita*. El autor asegura haber heredado de un sacerdote de la India unas tablillas grabadas que relataban la historia del continente de Mu. Churchward hace remontar así el Imperio de Mu a más de doscientos mil años y data su apogeo en setenta y cinco mil años aproximadamente antes de nuestra era. Las cosas se ponen interesantes en esta novela-ficción cuando el oficial americano confiesa sus creencias racistas otorgando a la raza blanca una ancianidad y una superioridad «histórica» en la transmisión de la TRADICIÓN PRIMORDIAL.

Pero oigamos antes:

Esta narración nos da la solución del misterio de las razas blancas de los mares del Sur y nos enseña cómo una gran civilización floreció en el centro del Pacífico, para quedar completamente borrada en una noche.

Y, más adelante, el autor añade:

Una de mis comprobaciones más pasmosas, es que los indígenas polinesios son una raza blanca. Además, son extraordinariamente bellos, un lazo que les acerca a todas las razas blancas de la Tierra.

Como he demostrado, los documentos nos indican que el hombre hizo indiscutiblemente su primera aparición en el Continente de

Mu y las islas polinesias son los restos destrozados de aquella tierra desventurada. Existen documentos que prueban que México y la América central fueron colonizados por pueblos procedentes de Mu. Las tradiciones confirman que aquellos primeros colonos de Mu ERAN BLANCOS RUBIOS, que aquellos BLANCOS RUBIOS fueron expulsados del país por otra RAZA BLANCA más morena, QUE LOS BLANCOS RUBIOS HUYERON A BORDO DE SUS NAVES EN DIRECCIÓN DEL SOL NACIENTE —AL ESTE— y se establecieron en el norte de Europa, la Escandinavia actual.

Esto explicaría que la cruz gamada, uno de los símbolos del Sol en el Imperio de Mu, haya sido conocido por los pueblos germánicos.

Para Churchward, en efecto, si bien el primerísimo símbolo usado por los hombres fue la cruz ordinaria «+», que representaba las cuatro direcciones del espacio, su evolución inmediata culminó en la cruz rodeada por un círculo, «⊕», símbolo del huevo del Sol o del mundo gobernado por la LUZ, que se transforma en ESVASTICA o CRUZ GAMADA para simbolizar la MARCHA ADELANTE y la EVOLUCIÓN CONSTANTE DE LA RUEDA DE LA VIDA. Y Churchward nos explica que la religión de aquel imperio universal era la del Sol, principio de unidad, de vida y de acción creadora.

Es un símbolo de las cuatro fuerzas sagradas, que, con innumerables nombres y aspectos diferentes, han desempeñado un papel importante en la concepción humana del Creador y de la Creación, desde el alborar de los tiempos hasta el día de hoy...

Ellas gobiernan, por consiguiente, los movimientos de todos los cuerpos en el Universo, lo que demuestra que todos los cuerpos giran de Oeste a Este y que todos los circuitos formados por los cuerpos en movimiento van de Oeste a Este girando en torno de un centro. El símbolo demuestra que este centro es la fuerza primaria, es decir, el *gran infinito*, o el *Todopoderoso*...

Así la CRUZ GAMADA no es solamente considerada como un signo de FUEGO, un signo SOLAR, sino como el CENTRO o el EJE DEL MUNDO que otros ocultistas, principalmente los «teósofos» nazis, han situado en Thule, capital de la Hiperbórea.

Sobre esta raza primera de las regiones árticas, en un capítulo consagrado a la *esvástica*, Maurice Magre, fundador, con el inglés Rolt-Wheeler, del *Grand Pyrénéen* (revista comprometida en la búsqueda de Montségur), escribe:

¡Los pueblos hiperbóreos! Es imposible resistir a la evocación mágica de estas palabras. Vemos playas de cristal apagado donde, de pie en la bruma, hombres de ojos azules buscan, en el horizonte de los mares velados, los contornos de la Irlanda fabulosa (13).

Y desde luego es Guénon quien, bebiendo en una fuente que perma-

nece desconocida, afirma el ORIGEN POLAR DE LA ESVASTICA, cuando escribe:

Una de las formas más notables de lo que hemos llamado la cruz horizontal, es decir, la cruz trazada en el plano que representa un determinado estado de existencia es la figura de la *esvástica* que parece efectivamente enlazarse directamente con la TRADICIÓN PRIMORDIAL... Hemos dicho en otra parte que la ESVASTICA es esencialmente el SIGNO DEL POLO. Si la comparamos con la figura de la cruz inscrita en la circunferencia podemos darnos cuenta fácilmente de que, en el fondo, son dos símbolos equivalentes en ciertos aspectos (14).

Si la cruz gamada es en verdad el signo de la raza hiperbórea que no sería otra que las de los «altos arios rubios de ojos azules», se comprende que Hitler, procedente del grupo Thule, hubiera hecho de ella el emblema de su partido.

En cuanto a la orientación dextrógira de este signo en la bandera nazi, se ha hablado mucho de ello sin dar, no obstante, una respuesta verdaderamente satisfactoria. Así se ha dicho que la dirección de rotación de la *esvástica* de Oeste a Este era una inversión de su orientación normal y que correspondía a las FUERZAS NEGRAS que apoyaban a Hitler en lucha contra el BIEN. En realidad, la cruz gamada suele representarse indiferentemente dextrógira o levógira, en la India y en el Tibet, sin que los ocultistas vean en ello un símbolo «negro» o «blanco». Lo que puede hacerse observar, es que la SAUVASTIKA (levógira) simboliza la «marcha del tiempo». Quien invierte el signo pretende, pues, «parar el tiempo». Ello corresponde perfectamente a la ética de Hitler, «hombre contra el tiempo» que se imaginaba trabar durante un milenio la «degeneración» anunciada para la última edad de nuestro ciclo, apodado por los hindúes *kali-yuga* o edad de hierro. En esta perspectiva, el coletazo racista, reanudando la «tradición primordial», había de preparar los tiempos futuros y forjar una «selección de superhombres» que deberían resistir a la catástrofe final. Las cosas no anduvieron del todo como Hitler creía, puesto que él mismo fue triturado por su obra que ya no controlaba.

Pero volviendo a la cruz gamada, puede señalarse su extraordinaria difusión en la Antigüedad, tanto en Occidente como en Oriente, aunque hoy sólo siga siendo un signo sagrado en la única parte del mundo donde aparece el sol.

En lo que concierne a los países de Europa, la utilización de la *esvástica* es atestiguada por los druidas, poseedores de un profundo saber iniciático. Aquellos hombres sabios colocaron el emblema en los altares y los santuarios galos (5). Se encuentran numerosos rastros de ello en la región pirenaica y el signo aparece entre los vascos en forma de cruz con comas, en las armas de la ciudad de Bayona.



Si nos atenemos a un estudio histórico, su más antigua aparición conocida pertenece a la India brahmánica. La *esvástica* sería el instrumento original que utilizaban los brahmanes de la India para la producción del FUEGO SAGRADO. Acordémonos de Zoroastro. Para otros, y ello no es incompatible, se añadiría un símbolo de alegría, de vida y, en definitiva, de energía. Burnouf, el sabio indianista, piensa que la cruz gamada representa los fenómenos cósmicos del FUEGO CELESTE, el relámpago y el rayo. Estamos muy cerca en esta interpretación de la exégesis nazi que hace de la *esvástica* el Sol negro o PRINCIPIO OCULTO DE LA ENERGÍA situado en un mundo etérico e hipercósmico, más allá del mundo visible, en la línea de la filosofía de Yámblico y de la GNOSIS. Expliquémonos. La cruz gamada, símbolo del Sol *visible*, figura el lado exotérico de la doctrina, en tanto que su significación esotérica es la del Sol *invisible*.

Es en este sentido que la GAMMA está representada en el Tibet, y se repite, esculpida en todos los templos, como un leitmotiv obsesivo. Todos los viajeros que han visitado el «Techo del mundo» lo han destacado. Uno de ellos escribe:

Invariablemente, se encuentran cuatro cosas en los alledaños de las casas.

Y después de haber enumerado las pértigas de rezos y otros objetos que tienen menos interés, el narrador prosigue:

Por último, en cuarto lugar, está la *esvástica*, signo cabalístico, rematada con el símbolo toscamente dibujado de la Luna y del Sol. Este signo, se verá en todas las puertas de entrada en el Tibet (16).

El pueblo ve en ella principalmente un amuleto, un signo profiláctico, lejano recuerdo de alguna cosa mucho más importante, y que se vincula al carácter sagrado de la *esvástica* en los templos búdicos.

De la Hiperbórea, el signo solar, siempre según una determinada tradición de ocultistas, se habría transmitido a la Atlántida, cuya existencia parece admitida en más vastos círculos de pensamiento (17).

Para un escritor como Scott-Eliot, autor de una *Historia de la Atlántida*, este continente sería una estribación de la Lemuria desaparecida. Poblada por razas diferentes, los toltecas rojos, los acadios blancos, los semitas y los turanios amarillos, la Atlántida habría sido así el teatro de conflictos espantosos que vieron el triunfo final de la RAZA BLANCA y de la RAZA ROJA, ambas adoradoras del Sol, como parecen atestiguarlo la religión de los incas y de Japón, así como la de la India. Scott-Eliot escribe:

En aquellos tiempos primitivos estaba prohibido representar cualquier imagen de la divinidad. El disco del Sol era considerado como

el único emblema digno de representar la cabeza divina y había uno de ellos en cada templo.

Este disco de oro estaba dispuesto generalmente de manera que el primer rayo del Sol diese en él al equinoccio de primavera y al solsticio de verano.

Pero, ¿cómo concluye este escritor que pretendía haber visto todos aquellos acontecimientos por un don de CLARIVIDENCIA sobrenatural?

Si le seguimos en este terreno, la civilización de los toltecas fue sumergida finalmente por un maremoto gigantesco con su capital «de puertas de oro» y los acadios blancos permanecieron los únicos depositarios del «saber». De ellos había de nacer la RAZA ARIA. En cuanto a los semitas, Scott-Eliot les ajusta las cuentas afirmando que pusieron al descubierto el misterio de Dios: «La trinidad personificada fue descubierta» y «esta idea fue más tarde MATERIALIZADA Y DEGRADADA POR LOS SEMITAS».

La lección que este «clarividente» saca de los acontecimientos no sería renegada por Hitler. Únicamente los arios que no han practicado la magia negra se convierten en la raza elegida por los maestros de sabiduría:

Una luz más intensa que la que iluminaba la senda de nuestros antepasados atlantes resplandece en el presente sobre la raza aria.

Menos dominados por las pasiones de los sentidos, más sensibles a la influencia del espíritu, los hombres de nuestra raza lograron y logran un conocimiento más firme y un desarrollo más amplio de la inteligencia.

Hitler, por su parte, ve en el ario al «Prometeo de la Humanidad».

Se comprende que Rosenberg se haya adherido con entusiasmo a estas teorías «ocultas» que tanto aprovechaban al «racismo positivo». Esta historia «fantástica» era enseñada en las *Burgen S.S.* que formaban a la selección de la Alemania futura, cuando se explicaba el capítulo sobre la cruz gamada.

Lo que es cierto, en cualquier caso, es la extraordinaria difusión de este signo en la Antigüedad.

En tibetano, la cruz gamada se denomina *gyung-drung*, y los lamas la consideran como el signo místico por excelencia, quizá por alusión al «rey del mundo», soberano invisible de la Tierra cuyo emblema estaría justamente representado por el signo que nos ocupa. La «leyenda» recogida por «Saint-Yves d'Alveydre» (en su *Mission de l'Inde*) afirma en efecto que el «maestro de la Agarta» posee un sello de cruz gamada. Lo que es seguro, por el contrario, es que el gran conquistador Gengis Kan llevaba un anillo de cruz gamada, que se conserva en el museo de Ulan-Bator (Mongolia exterior). Esta sortija habría pertenecido, se-

gún la «tradición», al «rey del mundo» que la regaló al fundador del Imperio mongol.

Posteriormente, el sentido esotérico de este signo se perdió en la bruma de la ignorancia, particular al mundo profano.

Un hombre como Rosenberg, nutrido de esoterismo, aunque fanático del racismo, no ignoraba el sentido oculto de la cruz gamada y su terrible poder evocatorio sobre las muchedumbres. El estado de hipnosis es el resultado fatídico de su contemplación, reforzado por la trinidad coloreada del negro, blanco, rojo, colores simbólicos eternamente asociados en las ciencias tradicionales y en las religiones antiguas, trátese de la ALQUIMIA, de la CIENCIA DE LOS NÚMEROS o, por ejemplo, de la GNOSIS MANIQUEA.

En la Edad Media, los cátaros bogomilos de los Balcanes, secretamente afiliados al culto solar, adoptaron la *esvástica* como uno de sus emblemas sagrados al lado de la RUEDA SOLAR, en señal de su filiación maniquea consagrada a la luz. Es sabido que, en Occidente, los cátaros albigenses del Mediodía occitano hicieron de los castillos de Montségur y de Quéribus verdaderos templos que acogían la luz del Sol en determinados períodos del año (solsticios, por ejemplo).

Esta tradición no había de ser renegada por los sucesores GNÓSTICOS de los cátaros, los TEMPLARIOS. Los caballeros del Temple usaban en efecto varias CRUCES diferentes, al lado de la cruz llamada «templaria» que conocemos perfectamente. Entre aquéllas, cabe señalar la CRUZ CÉLTICA, definida por una circunferencia y cuya significación no es necesario recordar. Este signo era conocido por los DRUIDAS de la antigua Galia, que pretendían tenerla a su vez de una tradición más antigua. El otro signo crucífero de la orden militar medieval era la CRUZ RUTENA, rica en simbolismo solar. Consta de cinco círculos circunscritos en un cuadrado. Si borramos los semicírculos de los ángulos del cuadrado, obtenemos el signo que nos interesa. Por último, el tercer signo, el menos extendido y más esotérico, si puede decirse, era la CRUZ GAMADA, sin que sea necesario volver sobre el sentido oculto de este símbolo. Tenemos actualmente la prueba de esa utilización. Así se ha encontrado, en el curso de unas excavaciones, un cofrecito marcado con la cruz gamada que contenía, entre otras cosas, unos discos de cobre acuñados con la *esvástica*. Se cree que estas piezas servían de contraseña en las reuniones de los altos dignatarios de la orden.

Más próxima a nosotros, la Fraternidad de los Rosa+Cruz, heredera de la enseñanza tradicional tras la desaparición del templo, tomó de nuevo, al menos en su enseñanza esotérica, la misma emblemática sagrada. La innovación consistió en sobrecargar la cruz con una ROSA, equivalente occidental del LOTO hindú, señal de que la acción de la *fama fraternitatis* se desenvolvería bajo la égida del AMOR y de la dulzura allí donde la acción MATERIAL y GUERRERA de los templarios

había fracasado. En el monasterio de Loudun puede contemplarse todavía una inscripción preñada de significado, pues representa una rosa cargada de una cruz gamada. El dibujo está firmado por Guyot, monje del siglo XIV, que no sería otro que el *kyot* de la leyenda arturiana del Grial.

A partir del siglo XVII, el uso de la *esvástica* parece desaparecer en Occidente. No olvidemos que esta misma fecha correspondería al retorno de los «MAESTROS DE SABIDURÍA» HACIA EL ASIA.

En lo sucesivo habrá que esperar al resurgimiento en Alemania de los grupos ocultos que habían de engendrar el fenómeno HITLERIANO para ver renacer un emblema que se creía desaparecido de Europa para siempre.

### 3. Los iniciadores de Adolf Hitler

En el origen de la carrera «mesiánica» de Adolf Hitler se encuentran tres grupos esotéricos diferentes por la forma y la organización, pero que concurren en realidad al mismo objetivo. Se trata de:

- 1.º la ORDEN DEL NUEVO TEMPLO fundada por el ex cisterciense Lang;
- 2.º el grupo THULE organizado por el barón Von Sebottendorf, y
- 3.º la SOCIEDAD DEL VRIL, inspirada por el pensamiento del escritor francés Louis Jacolliot.

A títulos diferentes, estas tres sociedades secretas pueden jactarse de haber inspirado de manera determinante el pensamiento y la acción del señor del III Reich.

Para explicar la influencia de la ORDEN DEL NUEVE TEMPLO, hay que remontarse a la infancia de Adolf Hitler, nacido en Braunau-am-Inn, el 20 de abril de 1889. Destinado por su padre a ser funcionario de Aduanas, el niño ingresa en un colegio católico regido por benedictinos, la abadía de Lambach. Es en este edificio religioso donde parece que el destino ha dado a Hitler su primera cita.

De la abadía de Lambach, Hitler guardará una precoz experiencia mística que se desarrollará más tarde en tendencias MANIQUEAS y sobre todo el signo de la cruz gamada grabado treinta años antes en todo el monasterio por el padre abad Theodorich Hagen. Eclesiástico muy erudito, el padre Hagen era más o menos versado en ASTROLOGÍA y CIENCIAS OCULTAS. Era igualmente un especialista del Apocalipsis según san Juan, del cual es sabido estaba en la base de la doctrina CATARA y de las interpretaciones MILENARISTAS de Joachim de Fiore, el célebre autor-visionario, profeta del III Imperio y del Es-



píritu Santo, en el seno de la corriente IMPERIAL cuyo MITO se trasladó sobre Federico II.

En 1856, el padre abad efectuó un largo viaje al Próximo Oriente, visitando entre otras poblaciones Jerusalén, y luego la isla de Patmos, donde san Juan tuvo sus visiones celestes. Estuvo también en el Irán, patria de Zoroastro, en Turquía y en los países del Cáucaso donde, según los textos tibetanos, habría imperado el «rey del mundo» antes de su regreso a Oriente.

De vuelta en Lambach, en 1869, aquel monje algo raro se puso en seguida en busca de obreros y ebanistas a los que ordenó esculpir en todos los rincones de la abadía, en la piedra, en la madera y hasta en los objetos del culto, un signo desconocido por todos: la *esvástica*.

Adolf Hitler, que tenía unos diez años de edad, no pudo menos de quedar impresionado por la repetición del signo solar que se le grabó en el subconsciente. Cosa más significativa aún ocurrió que, en la misma época, cuando Hitler era todavía alumno de Lambach. En la abadía se recibió la visita de un monje cisterciense que respondía al nombre de Adolf-Josef Lang, físicamente el arquetipo del ario rubio con ojos azules.

El hombre, atraído por la austeridad de la vida monástica, estuvo varias semanas encerrado en la biblioteca del monasterio, entregado a misteriosas investigaciones. ¿Descubrió en ella lo que buscaba? Parece ser que sí. Sabemos, en efecto, que la orden cisterciense, a la cual pertenecía Lang, fue reformada en la Edad Media por san Bernardo, el mismo que se entusiasmó por los templarios hasta el punto de redactar la REGLA DE LA ORDEN y hacerla aceptar por el Papa.

El caso es que, colgando los hábitos, Adolf Lang se fue poco tiempo después a Viena, donde fundó el año siguiente (1900) la ORDEN DEL NUEVO TEMPLO, inspirada, como indica su nombre, en los célebres monjes-soldados medievales. Se proclamó su nuevo gran maestro confesando haber recibido la iniciación de un sucesor de Jacques de Molay (18). De creer a Wiefried Daim, Hitler fue un lector asiduo de *Ostara*, el periódico publicado desde 1905 por un tal Georg Lanz von Liebenfels, alias Adolf-Josef Lang, que, hecho singular, había adoptado la CRUZ GAMADA por emblema. Para Lanz, las «razas inferiores» de cabello oscuro eran los «simios» de Sodoma representados por la Biblia, los demonios salidos de Gog y Magog, opuestos a los «arios rubios de ojos azules», «obra maestra» de los dioses dotados de poderes supranormales en forma de «estaciones de fuerza» y de «órganos eléctricos» que les aseguraban una supremacía absoluta sobre todas las demás criaturas. Lanz pretendía «despertar» a los dioses que dormitaban en el hombre a fin de restituirle la «potencia divina» que le devolvería el «poder original».

Aparte de su teoría nebulosa, lo que permanece más inquietante entre los escritos del ex cisterciense, son sus PREDICCIONES, cuyo contenido se aplica perfectamente al destino de Adolf Hitler. En una

curiosa coincidencia, Lanz hace remontar el origen de la raza blanca a Thule y a los hiperbóreos, y ve una justificación de sus teorías en el pasaje bíblico (libro de Enoch) que evoca seres translúcidos de cabellos blancos surgidos de una raza de gigantes. Más atrás en el tiempo, el primer filósofo «racista» que conocemos, el francés Fabre d'Olivet, da también a la raza primordial un origen BOREAL, y casi divino (19).

Pero volvamos a los textos proféticos de *Ostara*, publicados en un número que hará época, el de la primavera de 1912. En este artículo, Lanz recuerda que Odín, el más grande de los dioses de la mitología germánica, asimilable a Zeus o Júpiter, reinaba, según las sagas escandinavas, sobre el pueblo de los ases, oses u osetas, cuya ciudad sagrada, la «capital santa», es Asgard, una tierra situada, según Lanz, «en el punto donde las corrientes del Volga y del Don se acercan más», lo cual corresponde exactamente a la posición de Stalingrado, baza de una lucha titánica entre rusos y alemanas en el curso de la Segunda Guerra Mundial. De este «reino de los ases», el fundador de *Ostara* no es el único en hablar y, curiosamente, Renan acude en su socorro. Por esto encontramos, escritas por el escritor celta estas palabras enigmáticas: «Una amplia aplicación de los descubrimientos de la fisiología y del principio de la selección podría conducir a la creación de una raza superior, que tendría su derecho de gobernar, no solamente en la Ciencia, sino en la superioridad misma de su sangre, de su cerebro y de sus nervios.» Y el escritor continúa: «Una fábrica de "ases", una ASGARD, PODRÁ SER RECONSTITUIDA EN EL CENTRO DE ASIA...» ¡Nos parece soñar! Expulsados de sus tierras de elección por invasiones, los ases, guiados por Odín, de creer al ex monje, habrían refluído de la región que ocupaban en torno del Cáucaso hasta el mar Báltico. El emblema real de Odín, como el lector habrá adivinado, no habría sido otro que la cruz gamada (20) y Lanz indicaba:

Varias leyendas explican que un día los ases, conducidos por las valkirias y el gran caballero blanco, convertido en señor supremo, irán a reconquistar la ciudad santa de Asgard, la tierra prometida de los antepasados, la Osetia en el Cáucaso, y la montaña mágica, el Elbruz, sobre el cual, según las leyendas, encalló el arca de Noé después del diluvio.

Y Lanz se pone a profetizar:

La vida verdadera del señor supremo transcurrirá durante un período de seis veces doce años a fin de que pueda cumplir su misión bajo el signo de la RUEDA SOLAR que cambiará la faz del Universo.

Y vamos a ver cómo los escritos de este «mago» se inscriben en la línea de los «místicos del Sol», cuando afirma que el futuro «señor», que

no deja de recordar al HOMBRE ENVIADO POR EL INCONCEBIBLE de los POLARES, tendrá «la revelación del signo CRUZ NEGRA GIRANTE COMO EL SOL NEGRO». Aquí comienza un simbolismo de las cifras que presentan más de una coincidencia con las predicciones del padre Guyon evocadas en el capítulo sobre Napoleón.

En efecto, el enviado supremo permanecerá oscuro a los ojos de todos durante «dos veces doce años».

Al cabo de doce años después de su VERDADERO NACIMIENTO, tendrá en primer lugar la plena revelación del sentido del *signo* y luego fabricará su estandarte. Después de haber recibido los pequeños misterios y los grandes misterios, será elegido, subiendo así los doce grados ascendientes del superhombre que le darán los poderes mágicos para realizar su alta misión. No obstante, deberá sufrir todavía la prueba del hierro y del fuego, hasta en su carne, antes de comenzar a reunir a sus discípulos y aparecer a plena luz, al final de su segunda edad verdadera.

Su «tercera edad verdadera» le verá caminar hacia el triunfo:

Cuatro etapas de tres años le serán necesarias para que sea reconocido por todos los de su pueblo. Dará un mensaje universal que no será comprendido por todos pues en el curso de la segunda etapa conducirá a sus discípulos con este mensaje. En el curso de la tercera etapa, reunirá a la multitud creciente de sus discípulos en la nueva ciudad santa donde irradiará la cruz giratoria. Hasta el curso de la cuarta etapa no caminará hacia el mando de todo su pueblo. Entonces comenzará su cuarta edad verdadera. Empezará la cruzada contra las fuerzas del MAL, que le convertirá en señor supremo de todo el Universo.

Y Lanz se torna entonces de una precisión alucinante:

Esta cruzada durará cuatro veces cuatro años. El primer período será aquel durante el cual forjará su espada. El segundo período lo verá desenvainar el acero. El tercer período será aquel en que azotará como el rayo para arrancar la Humanidad a la corrupción judía y a la dominación materialista para conducir la cruzada hasta la RECONQUISTA DE ASGARD, la tierra santa de los ases, y PLANTAR SU ESTANDARTE EN LA CUMBRE DEL MONTE DEL ARCA.

Y el fundador de *Ostara* concluye así:

(...)poseyendo toda la verdadera potencia de Odín, hará conocer a sus enemigos el fuego del cielo que estará a su servicio y azotará a la Tierra con más violencia que mil relámpagos. Será el señor supremo del mundo e instaurará en todas partes las leyes de su orden por mil años. (No obstante) Cuando la era del espíritu

esté instaurada durante cuatro veces tres años y su hijo haya alcanzado la plenitud de su edad verdadera, dos veces doce años, el señor supremo se dispondrá al gran viaje. El hijo habrá construido el AGUILA DE ORO que, al término exacto de la sexta edad verdadera del señor supremo, conducirá a éste hasta las PUERTAS DE LA CIUDAD CELESTE marcada con las doce cruces negras giratorias que irradian en la noche de los tiempos.

En medio de muchas oscuridades, la simbólica cifrada y alegórica de Lanz nos puede sumir en un abismo de reflexiones a condición de ser correctamente interpretada.

Pero sigamos la profecía paso a paso. Se desarrolla a tono con la vida de Hitler. Si consideramos que la cifra OCHO (8), según la tradición, es la de la INICIACIÓN, de la RESURRECCIÓN, el «nuevo nacimiento» del señor, es decir, de Hitler (nacido en realidad el 20 de abril de 1889) sería  $1889 + 8 = 1897$ , fecha que corresponde al ingreso del niño como alumno en la abadía de Lambach-am-Traun, donde tuvo por primera vez la revelación de la cruz gamada.

La cifra siguiente, DOCE (12), es la de la REALIZACIÓN o de la PLENITUD, es la de los misterios de la Antigüedad, de lo sagrado (los doce apóstoles, los doce signos del Zodíaco, los doce trabajos de Hércules). Es también el múltiplo de 3 y la trinidad es el misterio supremo tanto en Oriente (la tríada sagrada china, la Trinidad cristiana, los tres soles de Yámblico) como en Occidente (las tríadas druídicas). Es igualmente el múltiplo de 4, la cifra cuadrada que simboliza las diferentes regiones del espacio (norte, sur, este y oeste), los diferentes brazos de la cruz, permanente en la naturaleza terrestre (las cuatro estaciones) y hasta infernal (subterránea: los cuatro jinetes del Apocalipsis). Cuatro es además el atributo de los elementos agua, aire, tierra y fuego, que son las fuerzas del Cosmos. De creer al historiador André Brissaud, fue en 1909 ( $1897 + 12$ ) cuando Hitler descubrió *Ostara* y «compuso un proyecto de tapa para un libro que quería escribir, *La Revolución germánica*, sobre la cual figuraba un estandarte de cruz gamada irradiante inscrita en un círculo» (En *Miroir de l'Histoire*, n.º 248, página 44). Hitler tuvo, de esta manera, «la plena revelación del signo» evocada por Lanz.

Si añadimos doce años más, obtenemos la fecha de 1921, que es la de los inicios del partido nazi. En 1921 sobre todo, Hitler se convierte en «presidente» y jefe supremo del partido nacionalsocialista sucediendo a Anton Drexler. A partir de 1921, el médium de Braunau salva «los doce grados ascendentes del superhombre» y entra en la «tercera edad verdadera» que incluirá «cuatro etapas de tres años». En el curso de la primera, «dará un mensaje universal que no será comprendido por todos». Efectivamente, el *putsch* de Munich intentado por Hitler fracasó el 9 de noviembre de 1923 a pesar de los éxitos iniciales del N.S.D.A.P.



y se ve en la prisión de Landsberg en 1924. De esta fecha a 1927, el partido nacionalsocialista se reforma. Es el período durante el cual Hitler «conducirá a sus discípulos con este mensaje». La tercera etapa termina en 1930, año en el que los nazis logran un gran triunfo electoral (107 diputados en el Reichstag). «Reuniré a la multitud creciente de sus discípulos.» Por último, en la cuarta etapa Hitler accede al cargo de canciller y celebra su victoria en el Congreso de Nuremberg. «Caminará hacia el mando de todo su pueblo.»

Entonces principia «la cuarta edad verdadera» en cuyo transcurso «emprenderá la cruzada contra las fuerzas del mal». De 1933 a 1936, Hitler organiza el rearme de Alemania. «El primer período será aquel durante el cual forjará su espada.» En el curso de la segunda etapa (1936 + 3 = 1939) Hitler inaugura la era de los golpes de fuerza, el primero de los cuales es la reocupación militar de Renania, seguida por la anexión de Austria y la absorción de Checoslovaquia. Es la época que «lo verá desenvainar el acero».

En 1939, al comienzo del «tercer período», estalla la Segunda Guerra Mundial, «en la que azotará como el rayo». Hitler (1939 + 3 = 1942) va de triunfo en triunfo. Tres años más y estamos en 1942. El Führer se halla en la cúspide de su poderío, pues ha conquistado Europa y la mitad de Rusia. Sólo le falta apoderarse de Stalingrado, capital de la Osetia, «para conducir la cruzada hasta la RECONQUISTA DE ASGARD Y PLANTAR SU ESTANDARTE EN LA CUMBRE DEL MONTE DEL ARCA», lo cual es un hecho cuando un grupo de soldados alemanes planta la bandera de la cruz gamada en el monte Elbruz, cumbre del Cáucaso y «montaña sagrada de los arios». La *esvástica* ondea también en Stalingrado, entre el Don y el Volga, pero a partir de este momento, las profecías de Lanz se estropean. Hitler, por las razones místicas que ahora conocemos, rehúsa evacuar Stalingrado donde sus ejércitos están cercados y son destruidos, no será jamás el «señor supremo del mundo que instaure en todas partes las leyes de su orden por mil años», ese MILLENARIUM que no cesaba de anunciar el Führer. No poseerá el FUEGO DEL CIELO, la bomba atómica que «azotará a la Tierra con más violencia que mil relámpagos.» Es el americano Truman quien lanzará el «Sol de Hiroshima» y desatará el fuego de la energía nuclear. ¿Qué habría pasado si un comando aliado no hubiese logrado destruir, en 1943, la fábrica de agua pesada instalada en Noruega? Hitler... señor del mundo. Hemos pasado muy cerca de la «predicción de Lanz». En fin, el astrólogo debió de haberse equivocado en sus cálculos. A menos que el porvenir no nos depare otras sorpresas en una época próxima que vería el «águila de oro» llevar al «señor supremo hasta las puertas de la ciudad celeste marcada con las doce cruces negras giratorias que irradian en la noche de los tiempos».

## El grupo Thule

Si Hitler fue influido por las «predicciones» de la revista *Ostara* y estuvo quizás afiliado a la ORDEN DEL NUEVO TEMPLO en los años inmediatos que precedieron a la Primera Guerra Mundial, el influjo de la *Thulegesellschaft* sobre el partido nazi en sus inicios no deja de ser irrefutable y mucho mejor probado.

Esta «sociedad secreta» fue creada en agosto de 1918 por iniciativa del barón Von Sebottendorf, personaje extraño que merece toda nuestra atención. El grupo Thule en sí no era más que la emanación de una sociedad iniciática mucho más importante intitulada ORDEN DE LOS GERMANOS (*Germanenorden*), fundada en 1912 y de la cual Sebottendorf llegó a ser una de las «cabezas pensantes» hasta el punto de que le fue confiada, en enero de 1918, la dirección de la provincia bávara de la orden.

Nacido en Sajonia en 1875, Sebottendorf realizó antes de 1914 numerosos viajes al Próximo Oriente. Durante la guerra Balcánica de 1912-1913, dirigió incluso la organización de la MEDIA LUNA ROJA turca y fue elevado a la maestría del Rosario (*Rosenkranz*). En cualquier caso, la influencia de este personaje en la Alemania de posguerra era considerable, puesto que podía amenazar impunemente al jefe de policía de Munich con desencadenar programas que arrastrarían al Gobierno en caso de que algún miembro del grupo Thule fuese molestado.

En este «caldo de cultivo» de las sectas racistas alemanas con vocación oculta, surge el D.A.P. (partido obrero alemán) fundado por Anton Drexler e inspirado directamente por nuestro famoso barón, movimiento que había de hallar su fórmula definitiva en el N.S.D.A.P. (partido nacionalsocialista obrero alemán) y su «gran inspirado» en Adolf Hitler.

La *Thulegesellschaft* cobijaba bajo su sombra toda una red de grupos similares inspirados por la misma doctrina racista y antisemita con base de ocultismo tales como la UNIÓN DEL MARTILLO, que contó un momento entre sus miembros influyentes con el economista Gottfried Feder, uno de los futuros «cuadros» del partido nazi. En cuanto al nombre de la secta, se inspira en la mitología germánica, ya que el martillo en cuestión es precisamente el «martillo de Thor» (22) herramienta del dios paralelo a Vulcano que forja en su antro las armas de Odín, el RAYO. Esta herramienta simbólica está figurada por el *tau* invertido y consta siempre de la *esvástica*, la cual no sería otra, en esta interpretación, que el símbolo de la TRANSMUTACIÓN ALQUÍMICA. Su origen remoto sería egipcio.

Pero para volver a la acción de la sociedad, cabe preguntarse cuál

era su implantación. Por sorprendente que parezca a primera vista, el sur de Alemania era mucho más receptivo a este género de «propaganda» esotérica y las reuniones del grupo tenían lugar principalmente en Munich, plataforma giratoria de los movimientos secretos y antiweimarianos. Destaca igualmente en este círculo de iniciados la presencia de Hans Franck, abogado del partido nazi, que había de ser un día gobernador general de la Polonia ocupada.

En su obra, hoy imposible de encontrar, *Bevor Hitler kam* («Antes de que viniera Hitler») el animador del grupo Thule, nombre simbólico del cual hemos hablado extensamente al lector, recuerda cuál fue la fuente esotérica de su doctrina, y ello coincide con nuestro punto de vista y demuestra que los fundadores del partido nacionalsocialista usando curiosamente la óptica de Federico II de Hohenstaufen, no desdénaban buscar en el islam, religión en eterno devenir, una parte de su inspiración gnóstica. Sebottendorf no dudaba en escribir: «El islam no es una religión petrificada. Muy al contrario, su vitalidad es mayor que la del cristianismo.» ¿De dónde puede venir su fuerza? *De su manantial escondido* «de un agua viva que lo fecundaba todo en los primeros tiempos de la Iglesia y que suscitó en la Edad Media las más maravillosas floraciones». No se puede comprender esta búsqueda en las fuentes de las grandes religiones, monoteísmo de Akenatón, zoroastrismo, maniqueísmo, gnosis, budismo, islam, de no tener en cuenta la INICIACIÓN SOLAR común a todas estas tentativas metafísicas. Los «nuevos señores» de Alemania no podían ignorar esta filiación, y Hitler menos que nadie. Era menester, en esta perspectiva, recobrar el «hilo del conocimiento perdido» y «el camino que lleva a la real Thule», y para hacerlo, utilizar las corrientes esotéricas tradicionales, únicas que pueden reconstituir, página tras página, el «gran libro de la epopeya de los arios».

Esto está corroborado por la explicación de Sebottendorf que escribe:

Es necesario demostrar que la francmasonería oriental conserva todavía fielmente, en nuestra época, las antiguas enseñanzas de la sabiduría, olvidadas por la francmasonería moderna cuya constitución de 1717 fue un desvío de la justa senda.

Según su propia visión, Sebottendorf estaba encargado de realizar una misión:

No se me puede reprochar ninguna profanación ni sacrilegio alguno descubriendo la fuente de estos misterios... Es el camino que las órdenes de derviches suelen recorrer a fin de adquirir fuerzas especiales mediante técnicas particulares. Son en su mayoría hombres que aspiran a la alta iniciación, aquella de la cual provienen los que han sido formados y preparados para misiones de jefes espiri-

tuales del islam...

Esta alta iniciación es la base práctica de la francmasonería y constituía la obra de los alquimistas y de los Rosa-Cruz... Pero para responder a la acusación de una traición por parte mía, es menester declarar que este texto ha sido escrito A PETICIÓN DE LOS JEFES DE LA ORDEN. La razón de ello es que una vasta organización de la incredulidad, de dimensiones monstruosas, quiere someter al mundo civilizado. Las instituciones religiosas están tan profundamente socavadas que no pueden siquiera rehacerse ni oponer una resistencia unificada. Si no surgen jefes espirituales en Occidente, el caos puede arrastrarlo todo en el abismo. En este desamparo, los «hermanos musulmanes» se acordaron de que la tradición afirma que hubo un tiempo, en Europa, EN QUE CONOCÍA LA ALTA CIENCIA... El desamparo del momento hizo desvanecerse toda objeción a la publicación (de esta obra).

En esta iniciación, Sebottendorf reivindica como maestro suyo, al dirigente de la UNIÓN DEL MARTILLO Theodor Fritsch (1852-1933), autor del *Manual de la cuestión judía*, panfleto que tuvo en su tiempo cierto éxito. El libro de Fritsch evocaba los «grandes mitos» familiares para el lector tales como los «gigantes temibles» o la «mistificación cristiana».

Fritsch ejerció una influencia notable en las teorías de «la Orden de los Germanos», fundada en 1912, que se parecía a ciertas logias de francmasonería prusiana (racista), así como a algunas asociaciones antisemitas declaradas. En Thale, en mayo de 1914, según refiere Von Sebottendorf, los militantes de la *Germanenorden* formaron una alianza secreta, la *primera logia antisemita* destinada a oponerse como sociedad consciente a la alianza secreta judía.

El grupo Thule se convirtió en una filial particularmente activa de la sociedad matriz, puesto que los principales intelectuales nazis habían de salir de él, copiándole numerosos ritos, principalmente el del saludo *Sieg Heil!*, según el testimonio de Sebottendorf. La prohibición de su libro en Alemania en 1934 incita a creer que decía la verdad.

Las reglas del *Germanenorden* eran muy estrictas: Ante todo, la orden sólo admitía como miembros a los alemanes «de pura sangre» y a mujeres únicamente con el grado «de amistad».

En vísperas de la guerra de 1914, un centenar de logias estaban ya constituidas en todas partes de Alemania agrupando varios miles de miembros. Por supuesto, la organización permanecía secreta.

En diciembre de 1917, a instancia de Sebottendorf, fue decidida la publicación de las «Noticias generales de la orden» destinadas únicamente a los iniciados y de las «Runas» accesibles a las titulares del grado «de amistad».

Fue en aquella ocasión cuando Von Sebottendorf consiguió el importante puesto de jefe para toda Baviera. Lo aprovechó luego para es-



cribir esta frase reveladora: «Esta elección ha sido importante, pues Baviera se convierte así en la cuna del movimiento nacionalsocialista.»

En las publicaciones de la orden figuraba en lugar destacado la cruz gamada acompañada del símbolo del dios Wotan. En cuanto al apelativo de Thule, que sucedió a «Orden de los Germanos» hasta el punto de absorberlo completamente, sabemos con qué se relaciona. Este nombre «mágico» no podía por menos que atraer al ocultista Sebottendorf, muy versado en astrología, pues estableció numerosos horóscopos para altas personalidades. Por iniciativa suya, a partir de 1918 las logias se celebraron todos los sábados, día de Saturno, astro muy vinculado al destino de Adolf Hitler, nacido bajo el signo de Aries, que transcribió el símbolo astrológico en su firma.

Añadamos que la sigla oficial de la *Thulegesellschaft*, que decoraba todas las logias, representaba la cruz gamada sobrecargada con dos lanzas. ¿Por qué este triple símbolo?

Según Rosenberg, porque los pueblos nórdicos aportaron la cruz gamada, como también por lo demás la lanza, la aureola y la cruz ordinaria, bastante antes del año 3000 a. de J. C., a Grecia, a Roma y a las Indias.

La derrota de 1918 favoreció a los grupos esotéricos racistas aprovechando la desesperación de numerosos alemanes. Así, el 9 de noviembre de 1918, o sea, dos días antes del armisticio, Sebottendorf pronunció el discurso siguiente, instructivo y premonitorio:

Tengo la intención de empeñar a la «Thule» en este combate mientras posea el martillo de hierro... Lo juro sobre esta cruz gamada, *sobre este signo que nos es sagrado*, a fin de que lo oigas, ¡oh SOL TRIUNFANTE!, y mantendré mi fidelidad para con vosotros. Tened confianza en mí como yo la tengo en vosotros... Nuestro dios es el padre del combate y sus runas son las del águila... que es el símbolo de los arios. Así es que, para destacar la facultad de combustión espontánea del águila, se la representará en rojo... Tal es nuestro símbolo, el águila roja que nos recuerda que debemos pasar por la muerte para poder revivir.

El simbolismo del águila será repetido por los nazis, acompañado de la *esvástica*. El sol alado representa un símbolo muy antiguo adoptado tanto por los egipcios como por los mazdeístas o los griegos.

En su libro, *Antes de que Hitler llegase*, Sebottendorf publicó la lista completa de los miembros del partido nazi que habían pertenecido al grupo Thule. Entre ellos figuran los nombres de

ECKART (Dietrich), redactor del *Völkischer Beobachter* y consejero de Hitler (muerto en 1923).

HESS (Rudolf), nacido el 26 de abril de 1894, en Alejandría (Egipto). Frecuenta las universidades suizas donde aprende lenguas extranjeras hasta 1914. Alistado voluntario para toda la duración de la

guerra, que termina como teniente aviador. Uno de los primeros adheridos al partido nazi, toma parte en el *putsch* de Munich y comparte el cautiverio de Hitler en la prisión de Landsberg. Ministro de Estado en 1933 y delfín designado del Führer a partir de 1937, hasta su huida a Inglaterra en 1941.

ROSENBERG (Alfred), nacido el 12 de enero de 1893. Colaborador de Dietrich Eckart y redactor jefe del *Völkischer Beobachter*, diario del partido, a partir de 1924. Reichsleiter del partido nazi, ideólogo oficial, ministro y jefe de los servicios exteriores del N.S.D.A.P. Autor, entre otras obras, del famoso *Mito del siglo XX*.

Aparte de estos «brillantes segundos», la *Thulegesellschaft* se enorgullecía de contar a Adolf Hitler entre sus «hermanos visitantes».

La prueba queda hecha, pues, de los lazos ocultos que unían a Hitler con las sociedades secretas alemanas.

### La sociedad del «Vril»

Encontramos en el origen de esta sociedad, conocida igualmente con la denominación de logia luminosa, al escritor francés Louis Jacolliot (1837-1890). Había sacado su inspiración de los «iluministas», entre los cuales habían el sueco Swedenborg y el francés Louis-Claude de Saint-Martin, fundador de la orden martinista, así como del alquimista alemán del siglo xv Jacob Boehme, restaurador del movimiento de los Rosa + Cruz. Jacolliot pasó gran parte de su vida en Oriente, y más particularmente en la India, donde fue mucho tiempo magistrado en los antiguos establecimientos franceses. Entre las obras destacadas de este escritor «esotérico», citemos algunos títulos significativos: *Krishna et la Christ*, *Les traditions indoasiatiques*, *Rois, prêtres et castes*, etc.

Jacolliot ve el principio de toda acción humana transcendente en el VRIL, formidable reserva de energía de la cual el hombre no suele utilizar más que una ínfima parte. Los yogui de la India saben perfectamente de qué se trata cuando hablan del despertar de Kundalini, la «serpiente de fuego» situada en la columna vertebral y que puede ser liberada mediante prácticas TANTRICAS de base sexual.

La secta del «Vril» sigue viviendo en la India como grupo esotérico, y sumaba todavía hasta hace algunos años dos millones de adeptos repartidos esencialmente en el Estado de Maisur.

Los «adoradores» del Vril veneran al Sol, y todas las mañanas saludan el renacer del astro del día. Sus templos están marcados en los ángulos con motivos de CRUCES GAMADAS, lo cual no ha de extrañarnos habida cuenta del significado del símbolo.

La «sociedad del Vril», fundada en Alemania a principios de siglo, tenía en ese país estrechos lazos con ciertos círculos teosóficos y, en el extranjero, con la *Golden Dawn* británica, fundada por S. L. Mathers,

a la cual perteneció el célebre escritor inglés H. G. Wells, autor de *La guerra de los mundos* y menos conocido como filósofo. Curiosamente, Wells se revela en su libro, *Dios, el invisible rey*, como un místico del Sol. En efecto escribe, no sin razón según parece:

Las investigaciones concernientes a las más antiguas tradiciones religiosas que cabe considerar como las más próximas a esa revelación primitiva cuya existencia nos incitan a postular bastantes hechos que desembocan en la constatación de que estaban fundadas en el CULTO DEL SOL, tanto en la época de los dólmenes, como en las civilizaciones precolombina, egipcia, escandinava, y hasta en Japón donde el Sol es una diosa.

Para Wells «el primer foco de la religión solar fue verosímilmente la Atlántida... De la Atlántida, la religión solar pasó a México, a Perú, a Egipto, a Caldea», y el autor añade esta frase que habla por sí sola: «La religión HIPERBÓREA ERA SOLAR COMO LO FUE LA DE LOS DRUIDAS», lo cual nos hace pensar inmediatamente a la vez en el grupo de los Polares y en el «iniciador» céltico de Napoleón, el padre Guyon.

Estos escritos de Wells son el reflejo de la enseñanza de la *Golden Dawn* o «alba dorada», no sin relación con la Rosa + Cruz de oro holandesa que contó entre sus miembros al maestro francés Gadai, especialista del catarismo y amigo de Otto Rahn, conocido ya de nuestros lectores.

Entre los miembros berlineses de la «sociedad del Vril», destaca el nombre de Karl Haushoffer. Nacido en 1889, este personaje hará hablar mucho de él, hasta su muerte en 1946. Efectuó numerosos viajes a Oriente, principalmente al Japón, donde estudió el budismo zen, y a la India. En 1918, Haushoffer fue a afincarse en Munich, refugio de todas las sociedades secretas, y fue uno de los primeros afiliados al partido obrero alemán fundado el mismo año por el obrero cerrajero Anton Drexler (partido que se transformó en N.S.D.A.P. o partido nazi por impulso de Adolf Hitler).

El papel de Karl Haushoffer, fundador de la «geopolítica», fue ciertamente importante, principalmente como conferenciante y «proveedor de fondos» del movimiento nacionalsocialista en sus inicios. Karl Haushoffer no sobrevivió mucho tiempo a la muerte de su «discípulo» Adolf Hitler, pues se suicidó en 1946 haciéndose el harakiri a la manera de los samurais. Su hijo, que conoció una parte de la verdad a propósito de los secretos de la «logia del Vril», se puso al lado de la resistencia antinazi y participó en el complot del 20 de julio de 1944, que se proponía asesinar a Hitler. La red a la cual pertenecía se titulaba la «Rosa Blanca», puro símbolo del conocimiento iniciático. Albrecht Haushoffer, detenido y condenado a muerte, antes de perecer bajo el hacha del verdugo dejó un poema cuya belleza y hondura podrían servir de punto final a aquella lucha:

*Para mi padre el destino había hablado.  
Dependía una vez más  
de rechazar al demonio en su mazmorra.  
Mi padre ha roto el sello.  
No ha sentido el aliento del Maligno  
y ha soltado al demonio por el Mundo...*

#### 4. El iniciado Adolf Hitler

Adolf Hitler nació el 20 de abril de 1889, en Braunau-am-Inn, río que sirve de frontera entre Austria y Alemania. La Alta Baviera es el país de los médiums y no lejos de allí discurre el majestuoso Danubio poblado de las leyendas de la mitología germánica. Baviera es, además, el país de los bosques y de los castillos fantásticos erigidos por el rey-caballero Luis II, en pleno siglo XIX, y Wagner, ese titán de la música, podrá por fin realizar en Bayreuth su sueño de un templo de la armonía consagrado a su obra. Todas estas influencias impregnan con sus efluvios místicos el alma de aquel que, antes de lanzarse en la política, habrá querido ser tan sólo un artista. Todo es contradictorio en Hitler y esta paradoja se debe, sin duda, a la posición de los astros en el cielo el día de su nacimiento. Fijémonos un instante en el horóscopo del futuro dictador:

Hitler, primera cosa que nos llama la atención, ha nacido bajo el signo SOLAR de Aries como Zoroastro y Alejandro. Es la primera constelación de estrellas que aparece en el Zodiaco. Aries es, en efecto, lo hemos subrayado ya, la casa de Marte, planeta de la energía dinámica. Es el signo de exaltación del Sol, dispensador de la vida. Los hijos de Aries son ambiciosos y enérgicos, turbulentos y excesivos, poseedores de un alto concepto de su valía. Aquí encontramos ya los rasgos afirmados del alumno Adolf Hitler, que se comportaba como un «pequeño agitador» y un espíritu exaltado que hacía frente a sus profesores y desafiaba la autoridad paterna.

Es el astrólogo Kerneiz quien subraya, en un estudio más preciso, el cielo del nacimiento del Führer:

El 20 de abril de 1889, a las seis y media de la tarde, nació el futuro Führer en Braunau (Austria). Casi simultáneamente, la ESTRELLA DE PRIMERA MAGNITUD LA ESPIGA SALÍA EN ORIENTE y vertía su enigmática irradiación sobre su oscura cuna.

La configuración zodiacal RECORDABA EXTRAÑAMENTE AQUELLA QUE, CIENTO VEINTE AÑOS ANTES, HABÍA PRECEDIDO EN CÓRCEGA AL NACIMIENTO DE BONAPARTE. La orientación general de las casas, sin ser absolutamente idéntica, era muy aproximada. Presentaba, puede decirse, un gran aspecto de parentesco. Muy cerca del meridiano, Saturno, «que eleva y precipita», dominaba el



cielo astrológico. Todos los planetas estaban encima del horizonte, excepto dos: Júpiter y la Luna, ésta igualmente maleficiada en Capricornio.

Y Kerneiz deja escapar esta frase inquietante:

La evolución de la Alemania contemporánea permanecería en parte ininteligible si se ignorase la influencia que ejercen en ella poderosas sectas místicas.

Éstas, ANTE LA PROMESA DE LOS ASTROS, ADOPTARON AL FÜHRER Y LE PRESTARON GENEROSAMENTE SU APOYO.

He aquí lo que no ha de sorprendernos en cualquier caso.

La semejanza entre ambas personalidades SOLARES, de Hitler y de Napoleón, es reforzada por otros signos. Así,

lo que, más que su genio, hizo sin duda la grandeza de Napoleón, es la extraña fascinación que ejercía a su alrededor y que sigue ejerciendo, amplificada por la posteridad. Ahora bien, un poder magnético del mismo orden, provocador de entregas fanáticas y absolutas, se inscribe innegablemente en el horóscopo del canciller del Reich... Encontramos también el mismo espíritu aventurero, apasionadamente enamorado de la grandeza, pero, como contrapartida, con la misma despreocupación de la personalidad (y hasta de la vida) ajena. Napoleón se rodeaba mal: Hitler parece estar predestinado a ser perjudicado y hasta traicionado por sus segundos.

Añadamos que este horóscopo se publicó en 1933 y no puede, por lo tanto, ser tildado de prejuicio *a posteriori*. Esto lo hace más interesante.

Y es también de Kerneiz esta descripción, sumamente reveladora, que hemos de relacionar con lo que hemos escrito anteriormente:

El ascendiente de Adolf Hitler estaba en el grado 206 de la eclíptica, a 26° 42' del signo de Libra. El planeta más próximo era Urano, a 19° 20' de Libra. Una estrella fija de gran importancia astrológica, la Espiga (*Alpha virginis*), se hallaba igualmente cerca, a 22° 18' del mismo signo.

Más próximo aún de longitud, pero más distante de declinación, encontramos Arturo, espléndida estrella de primera magnitud que puede ser admirada en la prolongación de la cola de la Osa Mayor.

Cuando el ascendente está situado en la vecindad de estos dos astros, nos hallamos generalmente en presencia de personalidades notables, sea para bien, sea para mal, pues ambos son indiferentes desde el punto de vista moral.

Si ocurre, en virtud de disposiciones de su cielo de nacimiento, que esas personalidades se encuentren durante un tiempo determinado acordes con las ondas cósmicas, tienen un destino fulgurante que, rasgo característico, permanece legendario en la memoria de los

pueblos. Leyenda bendita, si se trata de un santo, leyenda execrada si se trata de un Atila, leyenda gloriosa, si se trata de Napoleón.

La inmensa popularidad de Hitler se explica entonces:

La Espiga y Arturo tienen en común que los personajes nacidos bajo su influjo constituyen (a condición por supuesto de que haya acuerdo armónico), cajas de resonancia ideales para las radiaciones cósmicas. Ahí reside en mayor parte el secreto de su popularidad.

Sabemos que Hitler tuvo a su lado varios astrólogos a lo largo de toda su carrera. Hanussen, el «mago» que anunció el incendio del Reichstag es el más conocido. Fue asesinado en 1933. Otros le sucedieron con más o menos éxito. Entre ellos, encontramos el nombre de Elisabeth Eberstein, que editaba en Goerlitz libros y revistas astrológicos.

Bastante renombrada por la calidad de sus trabajos, fue presentada a Hitler por el jefe supremo de la SS Heinrich Himmler, en el curso del año 1934. Ella fue quien aconsejó al Führer la construcción del «nido de águila» de Berchtesgaden, en la cima del monte Kehlstein. Desde lo alto de aquella terraza, podía contemplarse muy bien la bóveda celeste y consultar a los astros. Elisabeth Eberstein, a consecuencia de no se sabe qué intriga, cayó súbitamente en desgracia y volvió a su ciudad de Goerlitz. A principios de octubre de 1939, los periódicos anunciaron la muerte repentina de la «pitonisa».

Hitler no bromeaba con la astrología, como acabamos de ver. ¿Podía un «comicastró» del ocultismo poner al descubierto impunemente ciertos secretos de la secta? Muchos se enteraron a sus expensas de cómo se pagaba aquello y la lista de «muertes extrañas» no se ha cerrado seguramente. Hermann Rauchsning, prudentemente emigrado a los Estados Unidos, es una de las pocas personas que pudieron levantar una punta del velo sin pasar a mejor vida. De las observaciones de Rauchsning cabe concluir, a la luz de las explicaciones facilitadas acerca de los «iniciadores de Hitler», que el Führer era «manipulado» por poderes invisibles, quizás algunos «superiores desconocidos» enviados por la Agarta. Sus dotes de orador, reforzadas por sus facultades de médium, hacían de Hitler un iniciado «cósmico» dotado de poderes supranormales, objeto de una predestinación análoga a la de un dalai-lama. Unos entes misteriosos entran en contacto con él y su potencia le sume en el terror:

Una de las personas que le rodeaban me dijo que despertaba de noche profiriendo gritos convulsos. Pide auxilio. Sentado en el borde de la cama, está como paralizado. Es presa de un pánico que le hace temblar hasta el punto de agitar la cama. Pronuncia vociferando palabras confusas e incomprensibles. Jadea como si estuviese a pun-

to de asfixiarse. La misma persona me contó una de estas crisis con detalles que me negaría a creer, si mi informador no fuese tan fidedigno. Hitler estaba de pie en su habitación, tambaleándose, mirando a su alrededor con expresión de extravío: «¡Es él! ¡Es él! ¡El ha venido aquí!», mascullaba. Tenía los labios amoratados y chorreaba sudor. Súbitamente *pronunció cifras sin ningún sentido y luego frases entrecortadas. Era espantoso. Empleaba términos extrañamente conjuntados, completamente raros.* Después volvió a guardar silencio, pero sin dejar de mover los labios (22).

El planteamiento de esta «comunicación» con «criaturas superiores» es involuntario porque el narrador ignora el sentido de aquella escena alucinante. Pero podemos imaginar lo que podía ser aquel «combate» en lo oculto entre «fuerzas blancas» y «fuerzas negras» que se disputaban a Hitler sin que se supiera durante mucho tiempo quién había de ganarlo.

Un día, una mujer de su camarilla le advirtió:

Mi Führer no escojáis la magia negra. Tenéis, todavía hoy, libre opción entre la magia blanca y la magia negra. Pero a partir del instante en que os hayáis decidido por la magia negra, ya no saldrá jamás de vuestro destino. No escojáis el mal camino del éxito rápido y fácil. Tenéis todavía abierto a vuestros pasos el que conduce al imperio de los espíritus puros. No os dejéis desviar de ese buen camino por criaturas enfangadas que os roban vuestra fuerza creadora (23).

Hitler estaba perfectamente preparado para su papel de «receptáculo» de las fuerzas ocultas desde su primera juventud. Impresionado desde la edad de quince años por la música patética de Wagner, cae en éxtasis místico tras una representación de *Rienzi* (24) y, abandonando a su amigo August Kuzibek, corre fuera de la ciudad y sube a la colina que domina Linz. Delante de las estrellas, en esta noche de otoño, Hitler, por primera vez, traba conocimiento con lo INVISIBLE.

Más tarde, en Viena, al tiempo que «devora» *Ostara*, Hitler, en el transcurso de aquellos años errabundos, se lee bibliotecas enteras. Así

guardaba mejor en la memoria que muchos profesores, la sustancia de los 25.000 versos de *Parsifal*. Martín Lutero y toda la historia de la Reforma le gustaban mucho y manifestaba un vivo interés por el dominico Savonarola. Estaba muy instruido acerca de las actividades de Zwinglio en Zurich y de Calvino en Ginebra, y había leído las enseñanzas de Confucio así como las de Buda y de su época. Leyó enormemente obras sobre Moisés, Jesús, los orígenes del cristianismo e incluso estudió las obras de Renan y de Rosaltis (25).

Nos percatamos, al descubrir los autores preferidos de Hitler, que su elección estaba orientada por consideraciones muy particulares. El

estudio de la sabiduría oriental y tibetana, del nacimiento del cristianismo que vio florecer en las primeras edades a los autores gnósticos y luego de la Reforma anticatólica se completa por la lectura de autores con clave cuya obra está fuertemente teñida de esoterismo: Dante y Goethe, por citar sólo los más conocidos.

El florentino fue posteriormente agregado al panteón nazi de los «genios de la raza aria». Dante, según Rosenberg, es de origen germánico. Se llamaba Durante Aldiger... Toda su vida se puso al lado de esa idea nórdica que el poder temporal ha de ser independiente de la dominación de los sacerdotes. «No temió someter al tormento a los Papas depravados, de decir que Roma era una cloaca, y sobre todo escribía en la lengua del pueblo.» Pero vayamos más lejos en el análisis. El adalid de la causa gibelina e imperial no podía sino ser favorablemente acogido tanto entre los «iluminados de Baviera» como en «la estrella azul de Praga», o en Viena, entre los sucesores de los «señores de las marcas lombardas». Dante da importancia a la raza y proclama que «todo casamiento desigual es un pecado contra la sangre». En cuanto al sueño del IMPERIUM, grato a los hitlerianos, cuando el rey alemán, conde de Luxemburgo, Enrique III, entra en Italia y se hace coronar emperador en Roma, Dante prepara con entusiasmo el terreno a este príncipe-templario que murió envenenado por una hostia, por orden del Papa. En términos nacionalsocialistas, la *Sehnsucht* de Dante por el Indo y el Ganges, a través del mito de la monarquía universal, «es mencionada como la expresión de la nostalgia del lugar original de los grandes antepasados (26)». Inscrito en el programa de los «colegios SS» y de las «escuelas» del partido, Dante fue objeto de estudios numerosos por parte de los sabios nazis. En la Cracovia ocupada o en el Römischer Seminar de Viena, enseñaban que «Dante era un valeroso y auténtico TEMPLARIO, que había comprendido perfectamente que el gobierno del mundo corresponde a la selección, una selección blanca y que respeta a la mujer como lo hace actualmente todo ario, en el caso del poeta. Es ante todo gracias a su apoyo y luego después al del gran burgundio Bernhard (27) que fue posible la ascensión hacia el SOL de los caballeros blancos».

No se acabaría de disertar acerca de las opiniones literarias de Hitler y sobre el prisma a través del cual él veía a los grandes personajes de la Historia cuya sucesión, en «cierta» manera, se adjudicaba.

Si bien pone en el pináculo al Zaratustra (28) visto por Nietzsche, Hitler no desdeña ni mucho menos otras figuras históricas ilustres desde la Antigüedad hasta nuestros días. Siente un parentesco con Juliano cuyas obras ha leído y que, a sus ojos,

se debería difundir a millones el libro que contiene las reflexiones del emperador Juliano. ¡Qué maravillosa inteligencia y qué discernimiento! ¡Toda la sabiduría antigua! (29)



Estos elogios ditirámicos dirigidos al adorador de Mitra y de Helios-Rey no han de extrañarnos en boca del hombre del SOL NEGRO presente en la cruz gamada, y en este concepto:

Sería mejor hablar de Constantino *el Traidor* y de Juliano *el Fiel* que de Constantino *el Grande* y de Juliano *el Apóstata*

Y el Führer concluye sin ambages:

Lo que los cristianos han escrito contra el emperador Juliano es casi del mismo calibre que lo que los judíos han escrito contra nosotros. Los escritos del emperador Juliano, en cambio, pertenecen a *la más alta sabiduría*.

Si la Humanidad se tomase la molestia de estudiar y de comprender la Historia, sacaría consecuencias de un alcance incalculable (30).

Más cerca de nosotros, Hitler califica al «corso Napoleón» de «genio militar único en el mundo» y, en el fondo de su corazón, casi le tiene envidia. Quiere seguir sus huellas y en 1939 se pone la guerrera militar que ya no volverá a quitarse. La asimilación llega más lejos, puesto que se encarga de la dirección de la guerra y, en los primeros años del conflicto al menos, igual que el gran hombre, alcanza éxitos fulminantes. Cuando, en junio de 1940, las tropas alemanas entran en París, Hitler da órdenes para que desfilen bajo el Arco de Triunfo de la Estrella, en señal de respeto por Napoleón y cuando hace una visita relámpago a la capital se persona inmediatamente en los Inválidos y allí, ante la tumba de pórvido que contiene los restos del Emperador, medita largamente y oye una voz que le murmura al oído: «¡Ve a Rusia! ¡Ve a Rusia!» Y como Napoleón ciento veintinueve años antes, Hitler se lanza, el 21 de junio de 1941 (31), aniversario del paso del Niemen por la «Grande-Armée», a la conquista de la inmensa Rusia. Entre la coronación de NAPOLEÓN EMPERADOR y la llegada de HITLER al poder (1804 y 1933) encontramos el mismo intervalo de ciento veintinueve años. Podríamos ir más lejos en la analogía al constatar, por ejemplo, que Napoleón y Hitler reinaron cada uno once años (1804-1815) (1934-1945), pero, ¿acaso no son normales semejantes coincidencias en dos hombres marcados por los ASTROS de una misma configuración?

De la misma manera, no se puede interpretar como un gesto dictado únicamente por el oportunismo político la decisión de repatriar a Francia las cenizas del «Aiglon», enterrado en Viena.

La ceremonia del traslado de las cenizas estuvo rodeada de una gran pompa, tal como había querido Hitler para rendir homenaje al hijo de Napoleón. Esta faceta del Führer, situándose de nuevo en la «cadena de los muertos» CONSAGRADOS AL SOL NOCTURNO (32) es el equivalente del aspecto despiadado y demiúrgico del dictador alemán.

Lo que distingue a Hitler de los otros místicos es su carácter exce-

sivo, su voluntad sanguinaria de dominación que hace de él a la vez un INICIADO y un GRAN SACERDOTE SACRIFICADOR que inmola millones de víctimas al dios-Sol a imagen de los pontífices incas y aztecas.

En el plano de la disciplina corporal, Hitler seguía las reglas estrictas del iniciado de todas las religiones, tratase de los PERFECTOS cártaros, de los PITAGÓRICOS o de los SACERDOTES MAZDEÍSTAS: alimentación VEGETARIANA y CONTINENCIA SEXUAL.

Un ascetismo semejante facilitaba sus éxtasis de médium y le permitía entrar en contacto con determinados «magos» diseminados por Europa. Al respecto, conviene citar la curiosa aventura referida por una «médium» y vidente célebre, Madame Zaeppfel.

Nacida en Bretaña, país elegido de las druidesas, no lejos del mágico bosque de Brocéliande, célebre por las proezas de Merlín *el Encantador*, cuyo nombre va ligado a las aventuras de las novelas de la Tabla Redonda, esta profetisa tuvo, a la edad de siete años, una visión premonitória. Un anciano druídico «de sombra de nieve» se le apareció y le reveló su misión:

Tu salud te será retirada hasta la edad de veinte años y sólo vivirás psíquicamente. Después pasarás a la vida, aéreamente, cerniéndote sobre los hombres, sus opiniones, sus creencias, sus ideas, y sobre las contingencias terrestres (33).

Después de crear el «Centro espiritualista de París», Geneviève Zaeppfel, moderna «pitonisa», hubo de lanzarse a las predicciones históricas y entrar en contacto «físico» con Hitler ante el auditorio, lleno a rebosar de la Sala Pleyel, el 12 de diciembre de 1938.

Oigamos mejor a esta inquietante profetisa:

Y he aquí a aquel que quizá no haría falta nombraros... Pero, no obstante, puesto que está aquí, inscrito también en el «Astral»... Se llama Hitler... Esta palabra no os dice nada... *Hay una gran cinta que lo rodea en este momento y hay a su alrededor unas fuerzas que me preocupan... Lo he visto más luminoso antes...* No es porque él no quiera aliarse con Francia, pero hay algo que me inquieta (...) Yo sé que es un jefe que trastornará Europa. A ese jefe, esta noche, a través del espacio, le decimos: «En lo sucesivo, Francia ha de ser sagrada para ti... Si la tocas, mañana caerás.»

Madame Zaeppfel, del mismo modo que Adolf Hitler escribió *Mein Kampf*, publicó un libro titulado: *Mi combate psíquico*, y pensó haber conjurado en el momento de Munich el peligro de la guerra deseada, según su propia expresión, por las «fuerzas maléficas». Por lo demás, ella actuó más directamente sobre Hitler:

Mientras dormía, es decir, en *desdoblamiento psíquico*, me encontré ante una vivienda de aspecto sencillo situada en un decorado

magnífico. Entré y un ama de llaves me recibió en el umbral. Una cartera de piel la autorizaba a declararme periodista y, como tal, yo deseaba ver al canciller Hitler. Sin esperar respuesta, me precipité en la morada y me encontré delante del Führer hablándole corrientemente en su lengua que desconozco.

No pareció sorprendido de verme y, sin preámbulos, le hice esta pregunta:

«¿Ha leído usted el *Libro de mis profecías*?»

Con un aire desenfadado, me contestó:

«Ese libro se ha encontrado como por casualidad en mi biblioteca.»

Después, sin hacer caso de mi presencia, le vi inclinarse sobre unos mapas de Europa de los que no comprendí nada.

Entonces me puse autoritaria y con firmeza le dije:

«¡Esa unión con Francia, es necesaria!»

Al oír mi voz, irguió la cabeza para responderme:

«¡Tal vez sea posible!»

Unos días después, Geneviève Zaepffel, con gran sorpresa suya, recibió bajo sobre el retrato de Hitler con una fotografía que representaba exactamente la morada (el chalet de Berchtesgaden) donde ella había estado en sueños.

Podemos interrogarnos infinitamente sobre tales correspondencias. ¡Sin embargo, nos guardaremos muy bien de sacar conclusiones!

El 12 de abril de 1945, cuando la tempestad de la artillería soviética comenzaba a desencadenarse sobre el Berlín asediado, en el fondo del bunker de la Cancillería del Reich, Goebbels, ministro de Propaganda y «fiel entre los fieles», iba de estancia en estancia exclamando: «¡La zarina ha muerto! ¡La zarina ha muerto!» (34). A su juicio y al de Hitler, se trataba de un verdadero milagro análogo al que salvara la vida del rey de Prusia Federico II cuando, rodeado por los ejércitos enemigos, se disponía a poner fin a sus días. La muerte inopinada de la zarina Catalina II, en 1762, provocó un cambio de alianzas favorable al monarca prusiano.

Pero, esta vez, la hora del destino había sonado sin que el «milagro» de la «casa de Brandeburgo» se repitiese. La muerte de Roosevelt, asimilado por Goebbels a Catalina II, no había de provocar revoluciones diplomáticas ni aplazar la derrota ineluctable del III Reich.

La PROVIDENCIA, palabra que encubría extrañas potencias y que él invocaba constantemente en sus discursos, no acudió en auxilio del Führer (35). La alquimia nazi que, a través de los tres colores, negro, blanco y rojo, del estandarte con cruz gamada, había de desembocar en la «piedra filosofal» por la creación del *superhombre*, triunfador del HIELO por el FUEGO (teoría grata al sabio nazi Hörbiger), fracasó completamente.

El 30 de abril de 1945 (36), la seca detonación de una pistola «Walther» hacía saber a los habitantes del bunker que el Führer acababa de

quitarse la vida. El cuerpo de Hitler, envuelto en una manta, conoció el fin terrestre de los «iniciados» al ser consumido por el FUEGO purificador, en una hoguera solitaria, al resplandor de las explosiones anunciadoras del «crepúsculo de los dioses».

No obstante, si interrogáis a numerosas personas, os contestarán que Hitler no ha muerto, «que se esconde para reaparecer un día», «que se halla retirado en una base secreta situada en el océano Antártico», o incluso «que expía sus crímenes en un convento».

Así, hasta inconscientemente, la Prensa y el rumor público, haciéndose eco de estas «leyendas», renuevan y «actualizan» sobre la cabeza de Hitler el mito milenarista del «gran monarca» y del «emperador dormido» que ha de despertar a Europa. Federico II de Hohenstaufen, no lo dudemos, seguirá teniendo émulos, cuidadosamente preparados y «lanzados» al escenario del mundo. Recordemos, a este propósito, que en la misma fecha del 30 de abril de 1945, un gran tetramotor emprendía el vuelo de la Alemania en ruinas, llevando en sus flancos, tal el ave del Apocalipsis, a los «cardenales del sacro colegio hitleriano» hacia un destino lejano, el Tibet, ese «Techo del mundo», objeto de todas las codicias, que será invadido quince años más tarde por las tropas avanzadas del SOL ROJO: Mao Tsé-tung.

## NOTAS DEL CAPÍTULO VII

1. Montaña que puede ser situada en el Cáucaso, según toda verosimilitud.
2. JULIUS EVOLA, *Le mystère du Graal et la tradition impériale gibelina*, Editions traditionnelles, 1967, página 33.
3. JULIUS EVOLA, *op. cit.*, página 23.
4. Recuerdense los extraños orígenes del «grupo Thule» que patrocinaba Adold Hitler. Véase nuestra obra *Hitler y la tradición cántara*.
5. JULIUS EVOLA, *op. cit.*, página 33.
6. Véase nuestra obra: *Titler y la tradición cántara*.
7. En *Asia misteriosa*, cada 0 corresponde a un año.
8. Esta respuesta es dada por el oráculo a la pregunta: «¿Quién es Aquel que espera?»
9. Sol negro simbolizado por la cruz gamada (negra sobre fondo blanco).
10. La Iglesia cántara y gnóstica fue fundada y «restituida» hacia 1890 por Fabre des Essarts (el patriarca Sinesio). En su acta constitutiva, la Iglesia gnóstica pretendía remontarse a los albigenses. En cuanto a Fabre des Essarts, se proclamó obispo de París y de Montségur. Para difundir la «doctrina», se creó en 1909 la revista *La Gnose*, órgano de la Iglesia gnóstica universal. El director de esta publicación, conocido con el seudónimo de Palingenius, no era otro que el joven René Guénon, autor del curioso libro *El rey del mundo*,



resumen muy interesante de las doctrinas hiperbóreas relativas a la tradición primordial y a la misteriosa «isla Blanca» de Thule.

11. La «Rosa + Cruz de oro», para ser preciso, afiliada a la Golden Dawn británica.

12. JAMES CHURCHWARD, *Mu, le continent perdu*, Éditions «J'ai lu», 1969.

13. MAURICE MAGRE, *La clef des choses cachées*, página 27.

14. RENÉ GUÉNON, en *Le symbolisme de la croix*, Nouvelle édition Plon, página 165.

15. Prueba de ello son las estatuas galas que se encuentran en el museo Borély de Marsella. En el hombro de una de esas divinidades, puede observarse la presencia de una cruz gamada esculpida.

16. PERCEVAL LANDON, *A Lhassa*, Hachette, 1906, página 234.

17. A este respecto, el alemán Fröbenius ha hecho en África interesantes descubrimientos en ciertas regiones donde antaño se habría conocido la civilización atlante: «Mientras que en todas las profundidades de África la Luna es masculina y tiene por amante a Venus, en el ámbito atlántico el Sol es masculino y la Luna femenina. Sólo en este mismo ámbito son indígenas los tres símbolos sagrados, la MANO, la ROSETA DE OCHO FOLIOLOS y la ESVASTICA, que no aparecen, como teniendo tal carácter, en toda la inmensa África.» Cabe añadir que la mano abierta se encuentra en forma de saludo germánico y romano típico de Occidente y ligado al culto solar. Se ha hallado igualmente una mano sagrada de esteatita con reflejos verdes en los Pirineos, cerca de Montségur. Este emblema sería de origen celta.

18. Último gran maestre de los caballeros del Temple, condenado a muerte por orden de Philippe Bel y muerto en la hoguera en 1314.

19. Este último escribe, efectivamente, en su *Histoire philosophique du genre humain* (Éditions traditionnelles, París, 1966-1967, 2 volúmenes): «He de dedicarme solamente a la RAZA BLANCA, a la cual pertenecemos, y esbozar su historia desde la época de su última aparición en los alrededores del POLO BOREAL... Es seguramente muy difícil decir en qué época la raza blanca, o hiperbórea, comenzó a reunirse mediante algunas formas de civilización y aún más en qué época más remota empezó a existir. Moisés, que habla de ellos en el sexto capítulo del *Beroeshit* (el Génesis), con el nombre de ghiblóreanos, cuyos nombres eran tan célebres, según él, en la profundidad de los tiempos, sitúa su origen EN LAS PRIMERAS EDADES DEL MUNDO.» (P. 82). Más adelante, Fabre d'Olivet escribe estas líneas, fechadas en 1821, en el tomo II, capítulo VI, «Mission d'Odin»: Ninguna de las circunstancias felices que le (Odin) podían favorecer escaparon al discípulo de Zoroastro. Vio de una ojeada esa inmensa región que se extiende desde el Volga, en los confines de Asia, hasta las costas de Armórica y de Bretaña, en los extremos de la Europa prometida a sus dioses y sus armas. (P. 44). ¿No se aplica admirablemente este pasaje a las conquistas de Adolf Hitler, ese nuevo Odin? El escritor francés añade, por su parte: «Su valor, cantado por los bardos discípulos suyos, ha sido transformado por éstos en una virtud sobrenatural. Al correr de los tiempos, han encerrado en su historia particular todo cuanto pertenecía a la historia general de la RAZA BOREANA, a causa de Bore que él se había dado por antepasado.» (P. 49). El circuito queda así cerrado, observaremos nosotros.

20. A propósito de la cruz gamada y de la relación entre este símbolo y el dios germánico Odin o Wotan, Madame Blavatski escribe, en su *Doctrine*

*secrète* (tomo III, página 15, Librairie de l'Art indépendant, París, 1904): «Es el martillo de Thor, el arma mágica forjada por los enanos para usarla contra los gigantes, o las fuerzas titánicas precósmicas de la Naturaleza que se rebelan y que, mientras están vivas en la región de la materia, no quieren ser domeñadas por los dioses —los agentes de la armonía universal—, pero han de ser destruidas primero. Es por esto que el mundo está formado de restos del Ymir degollado. La esvástica es el mjölnir, el «martillo de la tormenta», y es por ello, se dice, que cuando los ases, los dioses santos, después de haber sido purificados por el fuego —el fuego de las pasiones y de los sufrimientos, durante sus encarnaciones— se hacen dignos de vivir en Ida, en una paz eterna, el mjölnir se tornará inútil.» En cuanto al ocultista ya citado, Fabre d'Olivet, afirma que el gran dios de la mitología germánica «llamado Frighe, hijo de Fridulphé, apodado Wotan por los escandinavos, nos es conocido por el nombre de Odín...» Y añade: «Frighe (hombre divinizado) era celta o escita de origen, como su nombre indica bastante. Un antiguo historiador de Noruega asegura que mandaba a los ases, pueblo de origen CÉLTICO, CUYA PATRIA ESTABA SITUADA ENTRE EL PUENTE EUXINO Y EL MAR CASPIO.» (FABRE D'OLIVET, *op. cit.*, páginas 42 y 43). Esta afirmación, que sitúa justamente la morada de los ases en la Ossetia actual y su capital de Asgard, la moderna Stalingrado, coincide perfectamente con la tesis de Lanz, y no es el hecho menos sorprendente cuando se sabe que Fabre d'Olivet escribía en 1921. Más adelante, el autor llega a decir nada menos (página 44): «Frighe era sectario de Zoroastro, conocía además todas las tradiciones de los caldeos y de los griegos, como lo prueban rotundamente varias instituciones que dejó en Escandinavia. Estaba iniciado A LOS MISTERIOS DE MITRA.» No vamos a añadir nada más.

21. Es el momento de recordar aquí la profecía del escritor alemán Henri Heine. Fue redactada una noche del mes de marzo de 1840 por un hombre presa de un éxtasis indescriptible, sentado ante una jarra de cerveza, en una pequeña taberna de Munich. Con mano temblorosa y febril, el gran pensador alemán que fue Heine, trazaba estas líneas proféticas y terribles: «El cristianismo ha suavizado el brutal ardor bélico de los germanos, pero no ha podido destruirlo, y cuando la cruz, ese talismán que lo encadena, sea rota, desbordará de nuevo la ferocidad de los antiguos guerreros... Thor se alzarán con su martillo gigantesco y demolerá las catedrales góticas. Cuando oigáis los estruendos y el tumulto, poneos en guardia, queridos vecinos de Francia. El pensamiento precede a la acción como el relámpago al trueno. El trueno de Alemania es alemán, la verdad sea dicha. No es muy ágil y rueda con lentitud. Pero vendrá, y cuando oigáis un crujido como nunca un crujido igual se ha dejado oír en la Historia del mundo, sabed que el trueno alemán habrá alcanzado su objetivo. Entonces se representará un drama al lado del cual la Revolución francesa no habrá sido más que un inocente idilio...»

22. H. RAUCHSNIING, *Hitler m'a dit*, páginas 284 y 285.

23. *Idem*, página 243.

24. RIENZI (Colas). Político italiano, se esforzó en reformar las instituciones romanas. Gibelino, fue vencido por los partidarios del Papa y asesinado por el populacho en 1354. Wagner se inspiró en aquel tribuno del pueblo para una ópera.

25. Citado por JOSEPH GRENIER en *Hitler, les années obscures*, por Ernst Hanfstangl, París, 1969.

26. Véase el artículo de Montigu en *Atlantis*, n.º 228, página 281.
27. Que no es otro que Bernardo de Claraval, protector de los templos.
28. Una actitud semejante cabe reprochar el enjuiciamiento de Rosenberg sobre Zoroastro: «Zaratustra se remite en ello a la sangre aria que debe obligar a todo persa a servir al Dios de la Luz» que ha de triunfar del Angromanyu (Ahrimán). «Actualmente, en el centro y en el norte de Europa, la misma alma de la Raza que vivía antaño con Zaratustra, despierta con una fuerza mítica y adquiere una conciencia más elevada de sí misma.» (*Le mythe du XX siècle*, traducción francesa de PIERRE GROSCLAUDE, páginas 22 y 23).
29. ADOLF HITLER, *Libres propos*, Flammarion, 1954, página 87, tomo I.
30. *Idem*, página 247.
31. Que es el día del solsticio de verano, epifanía solar.
32. En *Hitler m'a dit*, de RAUCHSNIING, puede leerse: «La especie humana, según decía él (Hitler), sufría desde el origen una prodigiosa experiencia cíclica. Atravesaba por pruebas de perfeccionamiento de un milenio a otro. EL PERÍODO SOLAR DEL HOMBRE TOCABA A SU FIN. Podían ya vislumbrarse las primeras muestras del superhombre...» ¡Sin comentarios!
33. GENEVIÈVE ZAEPPFEL, *Le livre de mes prophéties*.
34. No se trataba de la esposa alemana del zar Nicolás II, atraída por los «magos» y las «ciencias ocultas», asesinada en Ekaterinburgo con la familia imperial por los bolcheviques. En su agonía había trazado, en la pared de la casa Ipatiev, donde estaba presa, una cruz gamada. Es el punto de partida de una «curiosa aventura» en la que se inspiraron los servicios secretos franceses para «hacer publicar» un libro de espionaje en forma novelada (antes de 1939)... Libro destinado a hacer comprender a los dirigentes nazis que no eran los únicos en interesarse muy detenidamente por «el enigma del Dragón verde»... Pero esta es otra historia que nos llevaría muy lejos.
35. A propósito de la carrera «mesiánica» y propiamente religiosa de Adolf Hitler, cabe citar este pasaje asombroso hallado en un órgano nazi: «*La Unción del Señor* es nuestro camarada de lucha, *Dios nos ha enviado un Salvador*, nuestro Führer. (Citado por G. WELTER, en *Histoire des sectes chrétiennes*, Payot, 1950, París, página 264.)
36. Coincidencia o no, es igualmente el 30 de ABRIL que cae tradicionalmente la «noche del Walpurgis», que ve a los fantasmas liberados de sus cadenas volver entre los vivos. Esta leyenda es típicamente germánica.

## EPÍLOGO

### MAO TSÉ-TUNG O EL «SOL ROJO»

*El pensamiento de Mao Tsé-tung es un sol que no se pone nunca.*

(Radio-Pekín)

La multiplicidad y la repetición de las «revoluciones culturales» que agitan periódicamente nuestro Globo hacen pensar a algunos que una inmensa conjuración estaría en marcha hacia no se sabe qué meta misteriosa.

Si aplicamos el viejo adagio según el cual hay que buscar a quien beneficia el crimen, nos vemos naturalmente llevados a volver la mirada hacia el Imperio del Celeste Medio. Pero esta explicación deja de lado gran número de preguntas que permanecen sin respuesta.

Cuando, en 1900, John Buchan profetizaba en *La central de energía* el despertar de naciones como China, añadía como corolario y según el viejo buen principio de los vasos comunicantes:

Bastaría con algunas modificaciones ínfimas para reducir la Gran Bretaña al nivel de la república de Ecuador, o para dar a China la llave de la riqueza mundial.

Profundizando esta idea visionaria, podemos darnos cuenta de la decadencia progresiva e ininterrumpida de Inglaterra, no obstante victoriosa en el último conflicto mundial en el que participó en el reparto del mundo en Yalta, al lado de la URSS y de los Estados Unidos, únicos beneficiarios de aquel escamoteo.

¿Cómo la «reina de las naciones» ha podido llegar a esto? Hay un aspecto exotérico de las cosas que nuestros doctos economistas refieren con cuidado y un aspecto esotérico que se guardan muy bien de comunicar si hemos de creer la frase de Disraeli: «El mundo está gobernado



por personajes muy distintos de como se los imaginan aquellos cuya mirada no penetra entre bastidores...»

Si levantamos el velo mercantil que cubre la posguerra, descubriremos que, hasta 1956, el Reino Unido tuvo que hacer frente a una inflación gigantesca cuyas causas verdaderas dejarían un poco pasmados a los especialistas monetarios: trece centros de emisión de falsas libras se habían puesto a funcionar simultáneamente en todos los puntos del Globo y la hemorragia fue tan grande que el Banco de Inglaterra nunca pudo rehacerse de ella.

Desde luego, aquella vasta «operación» se desarrolló... y puede repetirse en provecho de una «central de energía» cualquiera cuyos jefes permanezcan prudentemente en la sombra.

Los fondos enormes así juntados, cambiados por dólares o por francos suizos, en divisas sonantes y de buena ley, ¿fueron a reunirse con el oro del *Reichsbank*, cuyo rastro no se ha encontrado nunca? ¿Qué decir entonces de las riquezas de todas clases drenadas por los nazis durante cinco años de ocupación, procedentes del pillaje organizado de Europa entera?

Habría que relacionar esa actividad subterránea con este pasaje de Buchan:

Veis simplemente las creaciones de gentes de segunda categoría que tienen prisa por conquistar la riqueza y la gloria. El verdadero saber, el saber temible, todavía está mantenido en secreto. Pero, creedme, existe... Fueron unos ejemplos los que me abrieron los ojos. Eran de diferentes órdenes: una gran catástrofe, una súbita ruptura entre dos pueblos, una enfermedad que destruía una cosecha esencial, una guerra, una epidemia.

Y el autor de esta interesante novela que es *La central de energía*, después de haber anunciado el éxito futuro del nazismo, se volvía hacia China para escribir estas líneas reveladoras de los acontecimientos que vivimos:

Suponed la anarquía instruida por la civilización y convertida en internacional. No hablo de esas manadas de borricos que se titulan con gran estruendo «Unión Internacional de Trabajadores» u otras estupideces análogas. Entiendo que la verdadera sustancia pensante del mundo estaría internacionalizada. Suponed que las mallas del cordón civilizado sufrieran la inducción de otras mallas que constituyeran otro cordón mucho más fuerte. La tierra rebosa de energías incoherentes y de inteligencias sin organizar. ¿Habéis pensado alguna vez en el caso de China? Encierra millones de cerebros pensantes, asfixiados en actividades ilusorias. No tiene directrices ni energía conductora, de tal modo que la resultante de sus esfuerzos es igual a cero y que el mundo entero se ríe de China. Europa le echa de vez en cuando un préstamo de algunos millones

y ella, a cambio, se encomienda cínicamente a las plegarias de la Cristiandad. Pero, digo yo, suponed...

Supongamos que los esfuerzos combinados de algunos grupos fanáticos se unan... Supongamos que las centrales nazis, hoy adormecidas, colaboren en ese plan demoníaco cuya trama vemos tejerse ante nuestros ojos. Supongamos a mil millones de chinos animados de las peores intenciones respecto a nosotros... La conclusión se desprende de sí misma por la pluma de un autor como Jean Cau, que ha podido escribir en *L'agonie de la vieille* (¡nuestra civilización!):

La situación... deja prever un terremoto capaz de tragarse nuestra Atlántida... Tres catolicismos se derrumban: el catolicismo de Roma, el de Washington y el de Moscú, y sobre sus ruinas crece sordamente la cizaña del nacionalismo (...) Suprema irrisión. Si un sentimiento nacional nace, mañana, encontrará sus impulsiones y su afirmación en la amenaza que representarán mil millones de chinos nacionalistas xenófobos y armados hasta los dientes. Será, por lo tanto, blanco y racista. Ese día, sobre el inmenso campo de ruinas de la moral judeocristiana, cuya moral socialista no habrá sido más que una traducción moderna), un orden nazificante extenderá el vasto empenaje de sus alas. Desde el Valhala, Hitler podrá hacer esta reflexión: «Sólo me había equivocado de fecha. Tuve demasiada prisa.»

El presidente Mao, «Sol rojo irradiante, gloria del Universo y flor maravillosa de la Creación», ¿piensa en la reacción que se expone a desencadenar o bien confía mucho en la ineluctable decadencia de la sociedad occidental? Como se sabe, los alemanes y los japoneses pagaron muy caro esa tendencia a subestimar al adversario... ¿Ocurrirá lo mismo mañana?

Es hora de fijarse, en espera del porvenir, en la génesis de esta «inquietante aventura» que es el MAOÍSMO. Parece en verdad haber ido a buscar su inspiración en un taoísmo puesto a la moda del día y sostenido por una cadena de sociedades secretas de la que ha surgido la «criptocracia» del Gobierno chino.

### La criptocracia china

El examen del equipo dirigente chino nos revela su carácter oculto de «central de energía» o, si se nos apura, de criptocracia, es decir, de sociedad secreta política de tipo superior análoga a la SINARQUÍA capitalista o a la «tercera fuerza negra» de inspiración fascista. La complejidad de las estructuras y del organigrama del partido comunista chino hace de éste una de las asociaciones dirigentes más cerradas que

existen. Sabemos que hay, todavía en la actualidad, sociedades secretas chinas en los Estados Unidos, en Malasia, en Filipinas, en África, en Inglaterra y, de una manera general, en toda el Asia del Sudeste. Estas sociedades secretas se valen todas de la organización HUNG, análoga a nuestra F.\* M.\* occidental, es decir, al carácter «solar» de su iniciación. Parece, pues, evidente que el conocimiento de las teorías particulares del comunismo chino pasa por el conocimiento del pensamiento tradicional de China, ese pensamiento tradicional que desempeña, en el seno de la China actual, un papel mucho más importante de lo que las apariencias pudieran dejarlo creer.

Ya en 1935, un autor como B. Favre destacaba el carácter político de la organización Hung o TRÍADA, particularmente en los disturbios de Indochina y de Malasia. Este papel político es inseparable de su carácter popular, pues las sociedades secretas chinas se apoyan en lo que el marxismo suele llamar el proletariado. Según Jean Chesneaux, los comunistas, hacia 1925, no ponían en duda el carácter popular y revolucionario de esas asociaciones. En definitiva:

Están íntimamente ligadas a las luchas que el pueblo chino libra infatigablemente contra sus adversarios del interior y del exterior (1).

En julio de 1936, el «Sol rojo ardiente», el valeroso y futuro presidente Mao Tsé-tung había dirigido, en nombre del Comité central del P. C., un llamamiento a los hermanos de la «Sociedad de los Antepasados y de los Antiguos», que terminaba con estas palabras:

(...) Esperamos, deseamos acoger con entusiasmo a los jefes de los Antepasados y de los Antiguos de todo el país, a los jefes de todas las «logias de la montaña», a los hermanos chinos de los cuatro puntos cardinales que enviarán representantes de todos los grupos y todos aquellos que acudan personalmente a realizar con nosotros nuestro proyecto de salvar el país. Os esperamos y os acogeremos calurosamente.

¡Haced que renazca el viejo espíritu revolucionario de los Antepasados y de los Antiguos! ¡Que los Antepasados y los Antiguos se unan para abatir al Japón y salvar a China!

¡Larga vida a la Liberación nacional china!

*El presidente del Gobierno popular  
soviético chino*

MAO TSÉ-TUNG

A partir de esta época y hasta la victoria contra las tropas del Kuomintang, o sea, el 1947, los acontecimientos entre el P. C. chino y las sociedades secretas surgidas del movimiento Hung van a multiplicarse.

El estudio de éstas estaba, por lo demás, inscrito en el programa de

instrucción de mandos de la revolución china durante el período de colaboración de los comunistas con el Kuomintang. Ahora bien, su director era Mao y él fue quien sacó provecho de sus conocimientos en la materia durante la «Larga Marcha». Cuando tuvo lugar aquella expedición, uno de los jefes de la «Tríada» se pasó a las filas de Mao y se vio encomendar importantes responsabilidades. Se trataba de Liu-zhi-dan.

El famoso mariscal Zhu-de, futuro comandante jefe del Ejército popular chino, apodado el «Napoleón rojo», había salido igualmente de la «Tríada».

La penetración de estas sociedades en el partido comunista revela, pues, una importancia cierta a los ojos de los observadores que no están cegados por una insondable ignorancia. Actualmente, gran número de dirigentes comunistas provienen directamente de las sociedades secretas.

El gran maestro de la Sociedad de los Antepasados y de los Antiguos, Wu-chi-wang, fue el decano del Comité central del P. C. y sin duda por iniciativa suya se crearon sociedades secretas directamente vinculadas al partido.

En este caldo de cultivo que no deja de recordar el período precedente a la subida de Hitler al poder, las sociedades secretas chinas apuestan por tres caballos diferentes: unas forman la quinta columna japonesa, otras la armazón de la Policía nacionalista, las terceras, por último, los futuros mandos del partido comunista. Su único punto común es el odio a los occidentales, sean rusos o británicos, holandeses o franceses.

Efectivamente, en un manuscrito que poseemos, el papel de la sociedad Hung en la sublevación de las antiguas posesiones holandesas de Insulindia es ampliamente puesto en evidencia.

Asimismo, las actividades de la sociedad Hung en Indochina francesa fueron determinantes en las transferencias políticas en beneficio del naciente partido comunista vietnamita. Las obras de Louis Roubaud publicadas antes de 1939 que trataban de la situación (aparentemente en calma) en esa parte del mundo, ponen de relieve el apoyo que los nacionalistas indochinos hallaron en estas «logias» establecidas principalmente en Cholon (2).

Es natural, pues, ver a Mao pagar sus deudas de 1946 y articular su partido siguiendo el esquema de las sociedades secretas. La organización misma del P. C. hace muy difícil, por ejemplo, cualquier juicio en 1970 sobre los verdaderos objetivos de la sociedad Hung.

¿Es preciso creer, como René Alleau (3) que esta sociedad está actualmente preparando a China para tornarse el instrumento de la «paz universal» tal como es concebida allende el río Rojo y sin tener en cuenta los obstáculos que se alzan todavía antes de la dominación del mundo?

Esto no es imposible y adquiere incluso una resonancia particular si nos paramos a pensar en los últimos acontecimientos registrados en China. Nos referimos a la revolución cultural.



Se nos ha antojado, en efecto, que ciertos lemas y algunas consignas de los guardias rojos estaban directamente inspirados por la línea de pensamiento de la célebre «Tríada». En particular el hecho referido por bastantes observadores, que consistía en cortar las coletas (símbolo de la antigua dominación extranjera manchú) y a perseguir a los usuarios de zapatos puntiagudos, caza directamente inspirada en el ritual de la sociedad Hung que no admitía más que las sandalias de punta roma por motivos místico-mágicos que explicaremos más adelante.

En cuanto a la revolución cultural en sí y a sus famosos guardias rojos, no es sino el reflejo moderno de unos acontecimientos más antiguos. ¿Acaso no se vio, al final del Imperio manchú (final que fue acelerado por la sociedad Hung), las mismas escenas que debían repetirse medio siglo más tarde?

(...) Este despotismo de la gente joven, que ejercía un poder sin medida ni control, iba acompañado de un verdadero terror. Se cortaban a la fuerza las coletas en todas las esquinas, se derribaban los altares de las divinidades tutelares de los barrios y se prohibían las prácticas rituales a las que estaban apegados los cantoneses por costumbres muy tenaces y por supersticiones más tenaces aún que las tradiciones arraigadas (4).

Se nota que los periodistas que se han extasiado sobre la originalidad de la revolución cultural hubieran debido estudiar con algún provecho la historia de China antes de pronunciarse.

Si la Historia no se repite nunca, lo menos que puede decirse de ella es que «tartamudea», y que un país donde las tradiciones están tan profundamente arraigadas por treinta siglos de cultura no pierde, de la noche a la mañana, la herencia de su pensamiento político profundo.

Se han repetido sobradamente los mismos axiomas, según los cuales «los chinos no saben batirse», para quedarse satisfecho de clisés semejantes. Los expertos militares han podido juzgar, durante la guerra de Corea, el valor combatiendo del pueblo chino cuando sabe por qué lucha. Ahora bien, nadie ignora que si los chinos se mostraban reacios, hasta una época reciente, el manejo de las armas, por el contrario se inclinaban, por temperamento y por gusto, a la conspiración.

Es un hecho reconocido que las sociedades secretas militares xenófobas (bóxers), políticas (Tti-p'ing) y revolucionarias (Tríada) ocupan los bastidores del escenario chino.

Psicológicamente, es el instinto gregario, el sentido de la solidaridad lo que impulsa a la individualidad china a aglutinarse en una célula social.

La importancia de estas organizaciones ocultas, en número y en calidad (cuentan con numerosos escritores como esa «Sociedad de la vasta erudición»), data de la caída de la dinastía china de los Ming. Su meta, desde entonces, era combatir y derrocar, en el siglo XIX sobre todo, a la

dinastía «extranjera» de los Tsing manchúes, usurpadora de la corona.

Las sociedades secretas tenían a toda la selección política del país, potente palanca que provocó esos profundos movimientos de la masa, que algunos, aquí (en Europa), creyeron espontáneos, y que, en realidad, estaban preparados hacía mucho tiempo, como ha podido comprobar Jean Marquès-Rivière (5).

Puede afirmarse entonces sin temor a equivocarse que, a principios del siglo XX, las sociedades secretas constituían en esa parte del mundo una jerarquía paralela a la jerarquía gubernamental oficialmente en funciones.

Entre todos estos grupos, hay uno que descuella, tanto por su poder de atracción como por su potencialidad revolucionaria contenida en la tradición que le es propia. Se trata de la famosa sociedad Hung, llamada también «Tríada» o «Sociedad del Cielo y de la Tierra», cuyo examen merece toda nuestra atención.

### Organización de la sociedad Hung

*Origen y leyenda.* Una sociedad secreta tradicional como la «Tríada» tiene su origen en la noche de los tiempos. Si, hasta la dinastía Han (202 a. de J. C.), no hallamos ningún rastro de sociedad secreta en China, ello no quiere decir que no las hubiera, pues un edicto imperial de 213 que ordenó la destrucción de todos los libros chinos, según el principio que inspiró la destrucción de la biblioteca de Alejandría, nos impide toda investigación al respecto. De todas maneras, desde la dinastía Tsin (221-206 a. de J. C.) el ocultismo y sobre todo el taoísmo tenían ya derecho de ciudadanía en el Imperio del Medio asegurando una cobertura eficaz a las sociedades secretas cuya textura estaba organizada sobre el modelo de la familia o del clan.

Una prueba de la antigüedad de la sociedad Hung, o «Tríada», hay que buscarla en la leyenda que preside a su fundación, recordada en todos los rituales y en particular en el que poseemos.

Esta leyenda, que se refiere a los monjes guerreros del convento de Shao-lin, no era más que un pretexto que servía para demostrar cómo aquellos monjes eran los salvadores de la dinastía Ming y del Imperio chino ocupado por los indignos manchúes (extranjeros). Encontramos aquí un mito análogo al que hace suceder la F.\* M.\* a la orden del Temple, por mediación de los caballeros escapados a la hoguera.

Examinemos el ritual de la «Tríada». Es imposible precisar la época de nacimiento de la sociedad Hung. Puede ser considerada como procedente del sistema de los clanes que proporcionó al pueblo la idea de asociación. En la Antigüedad, la sociedad china sólo constaba de cien

familias (simbólicamente) y hasta la fecha el número de patronímicos existente no es muy superior al centenar. Cuando estas familias (muy grandes) se separaron, los miembros de cada una de ellas siguieron viviendo juntos, guardando el recuerdo de su origen y su nombre antiguo y llamándose «hermanos» entre ellos. Si la Asociación Hung tiene su origen en estos clanes, es seguro que el taoísmo ha facilitado mucho su desarrollo, como podemos comprobar estudiando varios de sus ritos. Lo mismo sucedió con los monjes budistas que se adhirieron en masa a esta asociación durante el reinado del emperador Wu-tsung, que los persiguió cruelmente. Este monarca publicó, en efecto, un rescripto ordenando que todos los pequeños templos construidos a lo largo de la vía pública habían de ser destruidos. Así desaparecieron aproximadamente cuarenta mil santuarios, y doscientos mil bonzos, hombres y mujeres, volvieron a la vida profana. Las propiedades de los monasterios fueron confiscadas en provecho del Estado. Aquella odiosa persecución exasperó en sumo grado a los sacerdotes. Los que pertenecían al convento denominado «la Montaña de cinco terrazas» se unieron inmediatamente al ejército de Yen-chan que se resistía por la fuerza a aquellas intromisiones. Volveremos a encontrarlos... Limitémonos de momento a constatar que el fundador de la dinastía Ming se hacía llamar «caballero de Hung», y que había sido, en su juventud, sacerdote budista.

La leyenda de fundación repite el tema histórico de los monjes de la «Montaña de cinco terrazas» y hace de ellos los salvadores del Imperio chino amenazados por una invasión de eleutos (¿los tártaros?).

Pero el sucesor del emperador Kang-hi, Yung-ching (1723), codiciaba el sello de jade de los monjes de Shao-lin, que les había procurado la victoria... Resolvió, pues, apoderarse de él y atacó el convento de sus bienhechores. Más de cien monjes perecieron entre las llamas, pero cinco de ellos lograron escapar tras múltiples peripecias, ayudados por el dios Buda, indignado por tanta felonía. Aquí es donde se sitúa el famoso episodio según el cual los cinco supervivientes tuvieron la visión de su divisa: *Derribad a Tsing y restableced a Ming*, es decir la antigua dinastía china.

Aquel acontecimiento habría tenido lugar en 1734, y en ello vemos el nacimiento de la vocación política de la «Tríada». Los cinco monjes del convento de Shao-lin fueron nombrados jefes de las cinco principales logias y cinco chalanes (6), que se habían unido a ellos, se convirtieron en jefes de cinco logias de segundo orden.

Es preciso observar que el convento de Shao-lin existía verdaderamente en el Honan, pero la leyenda de fundación de la «Tríada» hace caso omiso de la verdad histórica. Volvemos al ejemplo de la F.\*. M.\*. en la que la leyenda de Hiram, constructor del templo de Salomón, adquiere un colorido simbólico sin que haga falta situar precisamente este acontecimiento en un contexto histórico. Lo que importa sobre todo es la creación de una mística que una a los miembros más bien que la

pintura exacta de unos hechos pasados.

El hecho sorprendente es encontrar en China monjes-guerreros análogos a nuestros caballeros del Temple en Occidente, pues, ¿no es acaso una de las primeras obligaciones del budismo rechazar la violencia? Esta interpretación «pacifista» de las enseñanzas de Buda hace abstracción de los códigos budistas que, desde 532, incitaban a salvar toda vida en toda ocasión y a «defender las joyas de Buda por todos los medios». Esto explica los reflejos de defensa de los lamas tibetanos cuando la invasión de su país por las tropas de Mao Tsé-tung. Por último, la influencia del budismo en el país del «Sol naciente» se ha expresado mediante el *Bushido*, código de honor y actualmente la *Sokka-Gakai*, organización de extrema derecha que agrupa 15 millones de fieles calificados merecidamente de «Hijos del Sol» (7).

*Organización de la sociedad Hung.* Acabamos de ver que los cinco monjes salvados de la carnicería fundaron las cinco logias mayores y que los cinco chalanes, por su parte, fundaron las cinco logias menores. Notemos que la primera logia toma el calificativo de «Loto azul», y las otras cuatro son designadas simplemente con un número de orden, lo cual parecería indicar que son inferiores a la logia matriz, pero el misterio de su jerarquía no ha podido ser aclarado completamente. Según algunos, estas cuatro logias corresponderían a las «provincias» de la orden de los jesuitas y la quinta simbolizaría el centro. Estas cinco logias mayores, en su simbolismo completo, significarían que la sociedad Hung engloba todas las manifestaciones del Universo.

Hemos abordado ya el problema del valor mágico y místico de los números en el capítulo consagrado a Federico II. Es justo añadir que existen diferencias entre la simbólica cifrada china y la de Pitágoras, pero sin embargo se encuentran profundas semejanzas, herencia de la tradición primordial. Igual ocurre, por lo demás, en lo que concierne a la cábala hebrea, puesto que la sociedad Hung conoce, por ejemplo, el candelabro de siete brazos que encontramos en las sinagogas y en las logias iniciáticas de Hung.

La sociedad es gobernada, pues, por los grandes maestros de las cinco logias principales. Según Schlegel, pionero del estudio de la «Tríada» y redactor del manuscrito que tenemos en las manos, el gobierno de cada logia, en todo el Imperio y en los países vasallos, se compone de un presidente, dos vicepresidentes, un maestro, dos vanguardias, un consejero supremo, trece consejeros, entre los cuales figura un consejero tesorero, un recaudador y un ayudante de recaudador, así como de algunos miembros que llevan el título de «guía» y se encargan del reclutamiento y de las indagaciones a efectuar sobre los nuevos miembros. Un cometido análogo existe en nuestra F.\*. M.\*. actual.

El reclutamiento se efectuaba de diferentes maneras, lo cual no ha de extrañarnos, pues los chinos tienen un concepto algo particular del



proselitismo. Así, la violencia no es de desdenar cuando se trata de atraer un nuevo adherido, que a menudo es designado por sus altas funciones o por los servicios que podría prestar a la organización.

El ritual da así toda una serie de ejemplos para atraer al neófito que se desea afiliar a una logia. En primer lugar, el insulto público que consiste en hacerse perseguir por el ofendido en un paraje desierto, donde los hijos de Hung se apoderan de él, lo sujetan y lo transportan al sitio donde reside la logia. De la misma manera, las amenazas que exigen que el «prevenido» acuda a determinada cita donde tomará contacto con los afiliados cuidadosamente disimulados a los ojos de la Policía o de unos eventuales espías. Hemos oído decir que todos estos procedimientos, acompañados de otros métodos más o menos expeditivos, se emplean todavía hoy en Hong Kong y en Macao...

Vemos que los «hermanos de la luz» disponían de todo un arsenal de presiones cuidadosamente graduadas y puestas a punto por varios siglos de experiencia. Y lo mismo sucede en lo que concierne al lenguaje secreto y las expresiones de jerga utilizadas por los afiliados y destinadas estrictamente a la cofradía. Así, un extraño dice: «Hace viento»; un magistrado, «enemigo»; la Policía, «corriente de aire», y entrar en la sociedad, «haber nacido», lo cual está estrechamente relacionado con el significado de la palabra INICIACIÓN, en nuestra lengua «renacer» (*in initium*).

De este modo, la obligación del «secreto» es mucho más reforzada entre los asiáticos y no nos sorprende hallar sanciones graves en apoyo de esta prohibición de divulgar los estatutos y diplomas de la logia: el artículo 21 del ritual amenaza con la muerte o la mutilación a los sospechosos. Lo mismo pasa en lo que respecta a la introducción de extraños en la logia (espías o policías), la divulgación de las contraseñas y la venta de objetos pertenecientes a la cofradía. Pero hemos ya en la iniciación propiamente dicha.

*El ritual de iniciación Hung.* Esta iniciación se descompone en tres fases bien distintas: una fase llamada preparatoria; otra, activa, y una última calificada de final en que la iluminación buscada se ha producido.

La primera ceremonia, como las dos siguientes, está calcada de las aventuras de los monjes budistas de Shao-lin. El nuevo miembro ingresa en el «campo» por la primera puerta donde la vanguardia le pregunta nombre y apellidos, edad y lugar de nacimiento... Luego la vanguardia ordena formar el PUENTE DE LAS ESPADAS. Los hermanos, alineados en los dos lados de la entrada, cruzan el acero de sus espadas con intención de formar un arco por debajo del cual pasa el adepto.

Los candidatos a la iniciación llegan entonces ante la puerta de Hung, cuya guardia está encomendada a dos generales que preguntan a la vanguardia cuáles son los nombres de los nuevos «caballos»... Obtenida la respuesta, se dirigen al maestro y obtienen el permiso de dejar que

entren los nuevos miembros.

Entonces es cuando les son comunicadas las enseñanzas Hung que han de prometer guardar secretas. Cruzan luego los fosos en canales, custodiados igualmente por otros dos generales. Llegan por fin a la puerta del Este de la «Ciudad de los Sauces», sancta sanctorum de la logia.

Pero, antes de penetrar en ella, son conducidos primeramente a la cámara del consejo o «logia de la paz universal»... Nuevos generales preguntan a la vanguardia que conduce a los beneficiarios y desempeña el papel de guía: «Dignaos esperar hasta que vuestra demanda sea transmitida a los cinco fundadores.» Acto seguido, introducida en la cámara del consejo, la vanguardia saluda al maestro con estas palabras que no dejan de recordar el *Banzai* de los japoneses, de triste memoria: «¡Que vuestra Señoría viva miles de años!» El maestro responde entonces: «¿Quién desea firmemente adoptar el nombre de Hung?» La vanguardia, volviéndose entonces hacia los nuevos miembros, declara: «Nuestro objeto es presentaros nuevos soldados, valientes y de corazón de bronce, que desean ser admitidos en la sociedad Hung.» El venerable le hace entonces la última pregunta: «¿Por qué desean ser recibidos en la sociedad Hung?» La respuesta, el siglo pasado, era la siguiente: «Porque desean derrocar a la dinastía de *Tsing*, restablecer la de los Ming y expulsar a los bárbaros del Oeste...» Al ser alcanzado en 1911 el primero de estos objetivos, es fácil imaginar a qué debe corresponder la contestación a la pregunta hecha...

Una vez prestado juramento, los hermanos se ponen todos de pie y pasan a la fase final que es llamada «ceremonia de la sangre». Vierten su sangre en un bol lleno de vino y prueban sucesivamente el brebaje así preparado. Luego los nuevos miembros de la cofradía penetran en la «Ciudad de los Sauces» donde está el celestín de arroz rojo, las banderas rojas y el retrato del dios de la Guerra, así como las tablillas de los antepasados fundadores. Les cortan las trenzas y unas sandalias de punta roma sustituyen su calzado ordinario. Todos estos símbolos les son explicados y se les dan las contraseñas: la manera de comer el arroz, de dejar ciertos objetos, de saludar a un transeúnte, de pedir auxilio, etc. Sólo le queda al nuevo miembro una formalidad que cumplir: abonar su cotización a cambio de la cual recibe un catecismo, un diploma, cuatro sapecas Hung (piezas de metal) que le servirán para hacerse reconocer.

Terminada la ceremonia de iniciación, los nuevos miembros se desperdigan en su medio social respectivo para comenzar su labor de «hermanos de la luz». Pero antes de seguirles en este terreno donde la política ocupa un lugar importante, es justo que nos fijemos en el esoterismo de esta sociedad.

### Esoterismo y simbolismo «polar» de la sociedad Hung o «del cielo y de la tierra»

Hemos visto ya cómo las consignas y las aspiraciones de la «Tríada» estaban todavía de moda en 1968. En este punto de nuestra encuesta, se nos ocurre una pregunta. ¿Cuál es el esoterismo, el sentido oculto de todo este simbolismo?

El ternario «cielo-hombre-Tierra», del cual la sociedad Hung sacó su seudónimo «Tríada», fue puesto en evidencia por primera vez por el coronel B. Favre, en su obra *Las sociedades secretas en China* (8).

Pero correspondía a René Guénon, a quien ya hemos encontrado en el grupo de los «Polares», el desarrollar en su estudio sobre la *Gran Tríada*, el simbolismo de esta sociedad iniciática.

Guénon y Favre son de la misma opinión que Ward y Stirling, dos investigadores británicos que nos han dejado un trabajo monumental sobre la sociedad Hung, en tres volúmenes, publicado con el título *The Hung Society*, en Londres, en 1926. Estos dos autores habían concluido en la absoluta identidad entre la F.\*. M.\*. occidental y la sociedad Hung extremooriental, lo cual no ha de extrañarnos cuando sabemos que mitos y religiones proceden de una tradición común... (9).

Pero en lo que coincidimos con Guénon y Favre y nos apartamos de Ward y Stirling es cuando se trata de poner en duda los objetivos políticos de esta sociedad iniciática... Los documentos escritos que han llegado hasta los investigadores no podían poner de relieve consignas susceptibles de comprometer la acción profana de la sociedad (10).

Tanto para Guénon como para Favre hay una competición en ese ámbito entre Oriente y Occidente por el dominio de la Humanidad. Es en este sentido que Guénon habla de una *iniciación de tipo polar en la sociedad Hung*, por analogía con el NACIONALSOCIALISMO en el mundo occidental, actuando de la misma manera.

Así, un indicio del carácter «solar» de dicha organización ha sido hallado en la presencia del famoso «cuadrado mágico» que se encuentra en numerosas tradiciones: combinación de letras tomadas por su valor numérico y cuya suma horizontal, vertical o diagonal es siempre igual a la misma cifra. Ahora bien, ¿acaso no encontramos este mismo «cuadrado mágico» en el CUADRADO DEL ORO o del SOL que comprende seis cifras, y cuya suma es 111; en el ritual de iniciación de la sociedad Hung y en la obra de Le Forestier *Ocultismo y francmasonería escocesa?* (París, Perrin, 1926). Cabe, por lo tanto, llevar las relaciones hasta el infinito entre el simbolismo solar de nuestra F.\*. M.\*. occidental y la sociedad iniciática china; más de un acercamiento curioso se im-

pone entre la «Tríada» y los ritos ocultomasónicos. Como observa justamente Favre:

Pasqually, en su operaciones mágicas, prescribía que el «operante» había de usar sandalias de corcho (de forma roma) y, mucho antes que Frazer, asimilaba la fuerza mágica a la electricidad y el «operante» a un condensador (11). Emplea los cuadrados mágicos según la cábala, y los Hung los conocen también.

(...) las dos sociedades (F.\*. M.\*. y Hung) buscan la «luz», pues si Ming designa una dinastía, es por las necesidades de la causa. El verdadero sentido del ritual es «luz». Cierta número de símbolos y de ritos son comunes a ambas sociedades: triángulo, cuadrado, espada, regla, bóveda de espadas, cuestionario de iniciación («¿De dónde venís?» «Vengo del Este»), empleo de números, etc.

(...) Ambas asociaciones tienen un lenguaje secreto, contraseñas y consignas. EL SIGNO DEL FUEGO DE LOS HUNG es también masónico (12).

Esto en lo que atañe a la iniciación SOLAR de dicha sociedad; pero no hemos llegado al colmo de nuestras sorpresas... ¡Pues esta iniciación encubre un simbolismo «polar»! En el sancta sanctorum de la logia, denominado «Ciudad de los Sauces», se halla en efecto un celemín de arroz llamado TEU. Cuando se sepa que la constelación de la Osa Mayor lleva también ese nombre de TEU y que contiene la Estrella polar: TEU-MEU, que no es otra sino el astro venerado por los primeros taoístas (alrededor del cual giran las setenta y dos estrellas de la cosmogonía religiosa china), se habrá hecho una constatación importante para el no-iniciado.

Cuando René Guénon invocaba el «simbolismo polar» de la «Tríada» extremooriental, sabía de qué hablaba y, por su pluma, este título de «polar» cobra un cierto sabor...

Algunos lectores no dejarán de quedar impresionados por el paralelismo existente entre el simbolismo polar occidental y su doble oriental.

Hemos evocado ya en nuestro capítulo sobre Hitler el caso muy particular de esa Fraternidad de los Polares que pretendía tener su filiación de los «Hermanos de Heliópolis».

Pero hemos puesto asimismo de relieve el origen presuntamente tibetano de su iniciador, que habría ido a su convento del Himalaya. Recalquemos al respecto que el interés mostrado por esa región no data del III Reich.

¿Es preciso subrayar la convergencia de los esfuerzos de ciertos grupos de personas hacia esos países misteriosos? Sabemos que varias misiones de SS (con el pretexto de la etnología y de la geología en particular) fueron despachadas hacia Lhasa y el Tibet. El resultado de estas expediciones, conducidas principalmente por el doctor Scheffer,



está encerrado en los archivos en microfilme del departamento de Estado en Washington. Sería interesante conocer su contenido.

¿Tenían estas misiones por objetivo el buscar el «reino de Agartha» mediante una ocupación «pacífica» de ciertos conventos de Asia central? Este había de ser uno de los propósitos establecidos entre 1937 y 1946, pero indicios recientes hacen mención asimismo del «Vril» o «rayo verde», esa fuerza misteriosa que tanto preocupaba a nuestros vecinos de allende el Rin (18).

Ahora bien, cuatro años solamente después de la salida de los miembros oficiales de aquella misión de investigaciones SS (salida desde el Tibet), los chinos de Mao Tsé-tung ocuparon militarmente la China entera (tras haber triunfado de Chang Kai-chek) y ofrecen al Dalai-Lama del Tibet (jefe teocrático de ese reino espiritual) un puesto en la Asamblea nacional de la República popular de China.

¿Es preciso relacionar ese acto «anexionista» con las declaraciones de la orientalista Frida Wion?

Después de la última guerra, los americanos compraban a precio de oro todos los manuscritos y documentos alquímicos chinos que encontraban en las librerías de Asia y de Europa.

Pero la mayoría de libros de la ciencia antigua china no son conocidos por los traductores occidentales.

En las bibliotecas de Pekín, de Nankín y de Cantón hay muchas fuentes de saber que no son ajenas al extraordinario logro técnico de los chinos en materia de energía nuclear (14).

En esta enumeración, nos parece que Frida Wion omite la biblioteca secreta de Lhasa que muy pronto encontraremos en primera fila de ciertos «descubrimientos» chinos...

Quedémonos, por el momento, con el problema del Vril y las últimas investigaciones alemanas al respecto. Hallaremos a un personaje harto curioso, que ha hecho de París, estos últimos tiempos, el centro de sus actividades «mágicas».

Hace unos años, en efecto, utilizando «residuos» de lo que parece ser una enseñanza iniciática de altísimo valor, un místico neonazi notorio, Jean-Claude Monet, fundaba en París, en la calle de Hanovre, 9, la GRAN LOGIA DEL VRIL. Ahora bien, ¿cuales eran los objetivos esotéricos de esta asociación? Dejemos que hable por nosotros el manifiesto K. B. L., que propugna la unión fraternal de Oriente y Occidente haciendo aproximar el dios germánico Odín a los chinos de Mao.

*Unir en un mismo combate* antifuerzas negras A LA RAZA MAS NUMEROSA: LOS AMARILLOS, Y A LA RAZA MAS CAPAZ: LOS RUBIOS NÓRDICOS.

Evitaremos al lector el texto completo del manifiesto K. B. L. cuyo «delirio» con pretensión mística tal vez no sea tan inofensivo como parece. Conviene ser muy prudente cuando se aborda el problema de los lazos que pueden existir entre ciertas sectas ocultas de inspiración «política» y los «maestros» indotibetanos.

Hay un punto de coincidencia notable entre el «grupo de los Polares» de anteguerra y la «gran logia del Vril» actual, pues ambas tienen por punto de partida la capital de Francia, centro magnético de la gran irradiación. Demasiados contactos han sido entablados para desaparecer como por encanto de la noche a la mañana...

¿Cuál sería el cometido confiado a los chinos en esta hipótesis? La clave de este misterio quizá resida en las declaraciones hechas recientemente en la Universidad de Chandigarh por el doctor Ruth Reyna. Según este eminente profesor hindú, los recientes éxitos espaciales chinos serían debidos al descubrimiento de documentos sánscritos, en Lhasa, en 1963. Pero dejemos la palabra al doctor Reyna:

Los chinos habrían descubierto el proceso de ingenios interplanetarios de los que se habrían valido los antiguos arios para colonizar en tiempos un planeta de nuestro sistema solar: Venus según toda probabilidad.

El modo de propulsión de aquellos ingenios era debido a esa fuerza fisiológica humana que es el Vril, «fuerza centrífuga bastante potente como para aniquilar las fuerzas universales de gravedad».

Esos ingenios se habrían llamado *Astras*, lo cual nos acerca singularmente a los ecos referidos por las diversas tradiciones según los cuales los atlantes se desplazaban a bordo de sus máquinas voladoras movidas por la «fuerza mágica» del Vril (15).

En *Les soucoupes volantes ont atterri* (La Colombe, 1954), Desmond Leslie y Georges Adamsky dan una explicación del Vril muy coherente y que sería la suma de los «conocimientos que permitían a los primeros miembros de la FAMILIA SOLAR conducir sus astronaves, levantar grandes pesos y poner en movimiento fuerzas sobrenaturales».

De la misma forma, si comparamos el Vril con la levitación, no podemos por menos de sentirnos impresionados por el relato del viaje del Padre Huc al Tibet en 1845-1850. En sus *Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie et le Tibet* (París, 1853), este eminente eclesiástico narra el privilegio que tuvo de visitar la vieja lamasería de Jaldán donde descansaba el cuerpo embalsamado de Tsong-kapa, el santo reformador del Tibet, que estaba, según su propio testimonio, «suspendido un poco encima del suelo por un prodigio continuo, sin ser retenido ni llevado por nada...».

Los manuscritos de Lhasa divulgarían el secreto del *antima* para hacerse invisible y, de la *garima* para ser tan pesado como una

montaña de hierro. Los medios científicos hindúes, muy reticentes al principio sobre el valor positivo de estas revelaciones, lo son mucho menos desde que los chinos declararon que ciertos datos eran estudiados para integrarse en el marco de su programa espacial.

No se ha dicho en estos manuscritos que los enlaces interplanetarios hubiesen sido logrados, pero se habla de un viaje Tierra-Luna del que no se sabe si fue proyectado o efectivamente llevado a cabo (16).

Esto en lo que se refiere al esoterismo de esa misteriosa «Tríada» que nos ha llevado muy lejos.

En cuanto al objetivo propiamente nacionalista de Hung, fue puesto magníficamente en aplicación, mucho antes de Mao Tsé-tung, por el primer comunista chino. Nos referimos a Hun Sin-chuen y su revolución de los Tai-p'ing.

*El primer comunista chino, Hung, o la «guerra de las Tríadas».* En los años 1850, poco después de la «guerra del opio», la ciudad de Cantón era el centro de las actividades subversivas de la sociedad Hung. La miseria de la población y las exacciones de los funcionarios manchúes habían aumentado tanto que las sublevaciones se sucedían unas a otras.

En esta atmósfera de guerra civil un hijo de campesino (como Mao) apodado Hung hizo su aparición en la escena política china. Profundamente decepcionado por la esmerada educación que había recibido y por la pobreza que de ello resultaba para el pobre chino que era él, se hundió en un ascetismo místico que no deja de recordarnos el de Zoroastro o de otro «mesías».

Gravemente enfermo, tuvo la visión de un anciano encorvado, con una barba de oro, vestido de negro que, con los ojos llenos de lágrimas, le enseñó el lamentable estado en que había caído China. En esta aparición a lo «Juana de Arco», Hung reconoció la llamada del destino y se retiró al desierto para prepararse a cumplir su misión en una soledad absoluta.

A su regreso a Cantón, se hizo maestro de escuela para predicar la buena palabra, se cortó la coleta y anunció con sermones inflamados el advenimiento de una nueva era. Por supuesto, nuestro hombre pertenecía a la célebre «Tríada» y puso sumo cuidado en adquirir al mismo tiempo una formación militar.

Y la historia se repite. Arrastrando bandas de iconoclastas, Hung recorrió la ciudad y la provincia derribando los ídolos y ampliando al mismo tiempo su base territorial. La originalidad de aquel movimiento de rebelión era que se refería a un «comunismo primitivo» directamente inspirado por una sociedad secreta y sobre el cual se injertaba un cristianismo orientalizado.

Los gobernadores militares de las provincias interesadas no tardaron en inquietarse por los progresos de la nueva religión que ganaba terreno sin cesar, arrastrando consigo muchedumbres cada vez más numerosas. Hung se refería sin parar a los estatutos de la sociedad del mismo nombre que predecía el advenimiento de un «nuevo mesías» para salvar a China de la dominación extranjera. Este profetismo, que debemos poner en paralelo con el milenarismo evangélico de la época de Federico II, no debe hacernos olvidar que el siglo xx en China corresponde casi a nuestra Edad Media europea.

Hung, llevado por sus fieles, ahora en número de varios millones, prescribió la continencia y la divisa Hung: *¡Traed a los sublimes Ming y extirpad a los Tsing!* Más aún, Hung, fiel a las enseñanzas de la «Tríada», decidió la abolición de la propiedad privada y su sustitución por un socialismo agrario con comunas del pueblo y banderas rojas.

La situación tomó un cariz muy diferente cuando un tratado de alianza militar fue concluido entre Hung y los ocho principales jefes de la «Tríada» a los que había convertido... Éstos le aportaban el apoyo de su organización y sobre todo una red de informadores y de tropas ya adiestradas.

La historia de la primera fase de esta revolución es bastante agradable de referir:

En 1851, cuando murió el Emperador, Hung proclamó la abolición de la dinastía reinante y la restauración en su persona de los gloriosos Ming. En todas partes, los adversarios de los manchúes se sublevaron y acudieron a concentrarse en un inmenso campamento que retumbaba de ruidos de los más raros ejercicios religiosos. El emperador Hung conducía a sus creyentes al combate como a la guerra santa. Caminaban hacia el Norte al compás de himnos místicos. Cuando el comandante jefe de las fuerzas contrarias intimó al nuevo profeta a deponer las armas, éste contestó calificando a los manchúes de extranjeros afincados como conquistadores en el país para someter a yugo a los pacíficos chinos. Únicamente la vieja dinastía (¡que ya no existía! *sic*) gozaba de su confianza, y los manchúes no harían mal con abandonar inmediatamente el país a menos que fuesen echados por la espada.

Las tropas de Hung, después de haber logrado una serie de victorias, aclamaron el nuevo Estado nacional y teocrático. Dios, el Padre Todopoderoso, omnisciente y omnipresente, fue proclamado señor supremo. Jesús, su hijo «mayor», tuvo un derecho igual a las supremas adoraciones, mientras que Hung, «hermano menor» de Jesús, sin llegar a declararse divino, se hizo nombrar «señor celeste». La nueva dinastía recibió el nombre de Tai-ping Tien-kuo (Imperio celeste de la paz universal), denominación que desempeñó un gran papel en el ritual de la sociedad Hung (17)...

El acontecimiento decisivo fue la toma del arsenal de Yodschu, que permitió al Tai-p'ing comparecer el 8 de marzo de 1853 delante de Nankín



con un ejército considerable equipado a la moderna. Nankín era, con mucha razón, considerada como la ciudad santa de los Ming, y su conquista fue cuestión tan sólo de quince días. El «rey del cielo» Hung se instaló en ella con su estado mayor, pero pronto hubo de hacer frente a un nuevo peligro. Sus tropas, que habían proseguido el avance, tropezaron en Shanghai con los destacamentos franceses e ingleses que los zurraron de lo lindo. A todo esto, la defección de una parte de la «Tríada» (la sociedad del «cuchillo pequeño») le privó de buena parte de sus combatientes.

La suerte parecía ponerse de espaldas a Hung, a pesar de todas sus invocaciones al Sol y de sus predicaciones místicas. El profeta resolvió encargarse personalmente del asunto y se dirigió al frente de una partida de vagabundos a la provincia de Petchili. Después de amenazar Pekín, se retiró de nuevo en su palacio de Nankín para entregarse a sus meditaciones místicas y a la organización administrativa del reino.

El relato de los hechos, muy a la manera china, no ha de hacernos perder de vista los millones de cadáveres que comenzaban a amontonarse en todo el territorio. A las ejecuciones sumarias del emperador manchú replicaban las atrocidades de la parte contraria. Un torrente de sangre y una sed de carnicería se extendían por «el Imperio de la paz celeste». Como hace observar Eugène Lemnhoff:

Dos ejércitos estaban en presencia y para ellos la palabra magnanimidad no existía. Degüellos y estragos eran el pan de cada día.

Fue el momento que escogió la «Tríada» para hacer una diversión y acudir en ayuda de su aliado Hung. Aprovechando que las fuerzas navales inglesas estaban ocupadas en restablecer el orden en alguna parte de la India, los «hijos del cielo y de la tierra» reanudaron su agitación en Shanghai y Cantón. Los europeos decidieron acabar rápidamente con aquellos «excitados irreductibles» antes de ocuparse del propio Hung.

En 1860, 11.000 ingleses y 8.000 franceses se adueñaron de Cantón y de Fort-Taku, y redujeron a polvo el Palacio de verano de Pekín. La limpieza de las zonas insumisas y la persecución de los miembros de las sociedades secretas proseguían paralelamente. Pero no contaban con la energía de Hung, que estaba a la vez en todas partes.

Cuando un nuevo ejército manchú se presentó ante Nankín para aplastar a los rebeldes, los habitantes estaban al borde de la desesperación debido a la ausencia de su «mesías». Éste acudió con un ejército de socorro que, cogiendo a los asaltantes entre dos fuegos, les infligió una derrota aplastante. Según las crónicas de la época, fue la mayor carnicería que conocía la historia china, lo cual no es poco, confesémoslo.

Se asistió entonces a una serie de marchas y de contramarchas ininterrumpidas, en el curso de las cuales ingleses y franceses rechazaron una vez más a los Tai-p'ing, que fueron empujados hasta Shanghai. Luego,

los manchúes se apoderan de Nankín donde pasan a cuchillo a todos los habitantes, pero no encuentran al «rey del cielo» que ha logrado liberarse con nuevas tropas. La carnicería parecía no poder jamás tener fin y es entonces cuando los «diablos de ojos azules» (los europeos) intervinieron. Lo hicieron por mediación de los americanos, Ward y Burgevine. El primero servía a los manchúes y el segundo a los Tai-p'ing y a Hung. Su tarea estaba bien repartida, de tal modo que las represalias pudieron desarrollarse de una y otra parte en proporciones inimaginables. La especialidad de Ward era «meter sobre el loto» aldeas enteras, es decir ahorcar a los desventurados habitantes sobre hogueras.

El mundo entero comenzaba, por fin, a tener conciencia de la extensión de las matanzas y del carácter propiamente inhumano de aquella guerra. Los aliados resolvieron confiar el mando de las tropas imperiales al general inglés Gordon, con objeto de limpiar completamente China de los Tai-p'ing. Parecía, en efecto, a ojos de muchos, que la eliminación de aquellos «frenéticos» era la única solución que pudiera poner un término a la carnicería.

El fin de los Tsi-p'ing se produjo en 1863, fecha que vio la derrota de los rebeldes en Su-cheu. Lennhof escribe:

Millares de rebeldes fueron ejecutados y sus cabezas juntas formaron una pila enorme. El pillaje y el degüello duraron días enteros y transformaron el lugar de ejecución en una charca de fango ensangrentado.

Una flota de mil navíos, lo que demuestra la importancia de los medios puestos a contribución, persiguió a los supervivientes hasta Nankín donde Hung se había refugiado con algunas decenas de miles de fieles. Las tropas manchúes, apoyadas por mandos europeos, cercaron la ciudad y se dispusieron a dar el asalto a aquel cubil de las sociedades secretas.

El 17 de julio de 1864 se desencadenó el ataque y el «rey del cielo» dio un gran festín de despedida acompañado de una fiesta con linternas. Luego comparecieron unos soldados que estrangulaban a todas las mujeres presentes y las llevaron a la sala del trono donde Hung y sus oficiales se envenenaban con oro machacado. Una vez consumado su fin, se prendió fuego a la residencia regia y el palacio se sumió en las llamas, mientras los soldados imperiales, que habían forzado las defensas, penetraban en la ciudad y empezaban otra noche de San Bartolomé...

No estaba dicho todo, sin embargo, pues hubo de transcurrir todavía una veintena de años antes de que fueran exterminados los fieles de Hung que se habían refugiado en las montañas y se daban al bandolerismo y a la guerrilla (18). La revuelta de los Tai-p'ing apenas había entrado en la historia cuando, veinte años después, los «bóxers» tomaban el relevo.

En el transcurso de esta guerra, no menos cruel que la anterior, se sitúa el famoso episodio de los «55 días de Pekín», que vio las Legaciones europeas de la ciudad atacadas por los bóxers, expresión armada de la misteriosa asociación de los «Puños de justicia» en estrecha vinculación con la «Triada». Dícese incluso que el gran sacerdote del taoísmo, y hasta el «Emperador de jade», divinidad suprema, estaban al lado de los insurgentes. El fanatismo de los «Puños de leal armonía» se ejerció particularmente contra las misiones cristianas que pagaron un tributo sangriento a aquella guerra de los bóxers. Pero esa vez el Gobierno imperial manchú no veía con malos ojos aquella crisis de xenofobia antioccidental que aflojaba el yugo de la dominación insoportable de los «bárbaros» europeos.

Un ejército internacional puso fin a la insurrección de los bóxers, pero la advertencia había sido seria para los occidentales. China se organizaba para oponerse a sus intromisiones y, en la sombra, las sociedades secretas, lejos de sentirse desalentadas, preparaban la revolución de 1911.

### La revolución de 1911, obra de la «Triada»

La represión de los occidentales había sido cruelmente sentida por la inmensa mayoría del pueblo chino. Aquel desastre engendró un odio que se volvió naturalmente contra el poder imperial de Pekín, acusado de haberse dejado «corromper» por los «bárbaros del Oeste».

En 1908, la emperatriz viuda Tseu-hi, «el Viejo Dragón», como la llamaba su pueblo, fue asesinada en un complot de palacio. El sucesor titular sólo contaba tres años de edad (se trataba del último vástago de la dinastía de los Tsing, Pu-yi, muerto recientemente en la China comunista, donde ejercía el oficio de «jardinero de Estado» después de haber recibido un «lavado de cerebro»), y las sociedades secretas chinas comprendieron el partido que podían sacar de aquella vacación del poder y prepararon activamente la instauración de la «república».

El regente, apresuradamente designado, se había dado cuenta del peligro y proclamó la disolución de todos los «grupos» con vocación oculta por un decreto del 11 de abril de 1911, pero la medida quedó en letra muerta. La revolución estaba ya en marcha y estalló en toda China el mes de octubre de 1911.

Rápidamente, los antiguos bóxers que se habían refugiado en las logias de las «Triadas del Sur», se adueñaron de la parte meridional de China. La realeza se remitía para el resto del territorio a Yuan Che-kai, que se apresuró, por su parte, a proclamar el derrocamiento de la monarquía. Los Tsing eran expulsados del poder, la «Triada» triunfaba, y con ella su principal representante, Sun Yat-sen.

El padre de la revolución china tenía entonces cuarenta y cinco años y se valía a la vez de la «Triada» y de los Tai-p'ing. Muy pronto, en efecto, había sido iniciado este político en el ritual Hung, sin duda con ocasión de su paso por Honolulu. Su primer cuidado fue agradecer solemnemente a la «Triada» su acción revolucionaria. No olvidemos, como nos lo recuerda muy justamente Jean Chesneaux, que

durante treinta años, es la acción esporádica, continua y obstinada de la «Triada» lo que mantendrá los enlaces entre los dos grandes brotes de los años 1850-1860 y las organizaciones nacionalistas modernas de tendencias republicanas que, con Sun Yat-sen, desembocarán en la revolución de 1911. El historiador chino Wang Tian-jiang ha hecho recientemente el balance de los alzamientos intentados por las sociedades secretas durante este período de transición, 1850-1911, y ha contabilizado más de un centenar de ellas (19).

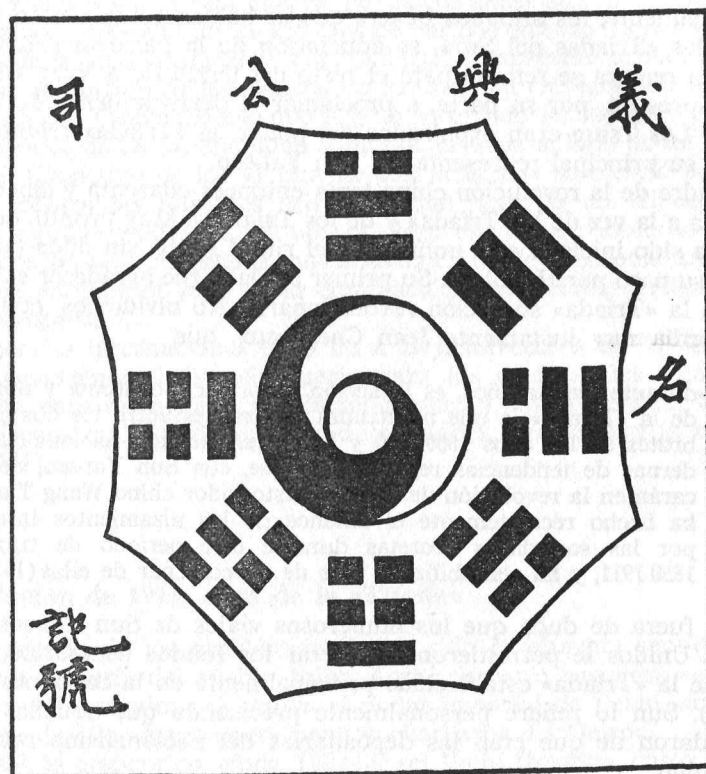
Está fuera de duda que los numerosos viajes de Sun Yat-sen a los Estados Unidos le permitieron recolectar los fondos necesarios en las logias de la «Triada» establecidas principalmente en la costa oeste (California). Sun lo refiere personalmente precisando que aquellas logias se acordaron de que eran las depositarias del nacionalismo revolucionario chino.

En su reciente obra sobre la «Triada», el inspector de policía Morgan (20) nos dice incluso que el segundo de Sun Yat-sen, Zheng Shi-liang, era también uno de los jefes de la «Triada». Él fue el creador de la «Sociedad del progreso común», que había de dar nacimiento al Kuo-Min-Tang. Puede afirmarse también sin temor a equivocarse, que es precisamente la «Triada» la que ha llevado al partido comunista chino a las fuentes bautismales. El Kuomintang, en su origen incluía una fuerte proporción de comunistas y la Revolución de octubre en Rusia había de ser un valioso apoyo para Sun Yat-sen y sus amigos de la «Triada» y del Kuomintang.

Pero antes de llegar a ello, las «Triadas» no querían ver anulada su obra y provocaron revueltas en el norte de China a fin de situarse allí firmemente y echar al general Yuan Che-kai, que se había proclamado presidente de la República. El resultado no se hizo esperar. El presidente se suicidó en 1916. Sun Yat-sen triunfaba en toda la línea, y con él las sociedades secretas.

De 1919 a 1922, Sun Yat-sen emprendió, siempre con el apoyo de las sociedades secretas, su famosa experiencia bolchevique. Actuó como un





discípulo de Lenin y puso en práctica la experiencia de formación del Ejército rojo con su famosa Escuela de cadetes de Whampoa de la que había de salir el futuro generalísimo Chang Kai-chek, actual jefe de la «China nacionalista», por otro nombre Formosa...

Se encomendó a Chang el mando del nuevo Ejército rojo chino. Estaba «asistido» para el caso, por Borodin, enviado «especial» del Kremlin, que recibía directamente órdenes de Moscú. Paralelamente al esfuerzo de la reconquista del norte del país, Sun Yat-sen estimuló en la masa china una xenofobia y un odio inimaginables con respecto a los «extranjeros».

A su muerte, ocurrida el 12 de marzo de 1925 (contaba entonces sesenta años), Sun Yat-sen fue sustituido por Chang, que disfrutó del apoyo discreto de las sociedades secretas, como su predecesor. Los miembros de la «Triada» facilitaron así los mandos de la Policía y del Ejército del Kuo-Min-Tang. Pero, paralelamente, el nuevo señor de China esbozará un acercamiento con los occidentales y el Japón, que le distanciará

cada vez más de los comunistas rusos por parecerle esta actitud desastrosa con respecto a la Internacional.

El partido comunista, al sentirse cada vez más aislado en el seno del Kuomintang, pensó en separarse de él. Fue entonces cuando Chang Kai-chek decidió, en 1927, acabar con los comunistas chinos (el P. C. de China había sido fundado en 1921). Hasta 1935, o sea durante ocho años y pico, se mantuvo una guerra implacable entre «hermanos enemigos»: Chang contra Mao.

Aplastados en las ciudades (sobre todo en Shanghai), los comunistas trasladaron su centro de acción a los campos. La ayuda de las sociedades secretas se tornaba indispensable para ellos si querían mantener el contacto con los habitantes. En aquella época, cierto número de maoístas (manera antigua) eran ya miembros de la «Triada» o de sus filiales...

El «Napoleón rojo», futuro jefe del Ejército popular chino, Zhu-de, ha referido en qué circunstancias fue iniciado en la «Triada». Su biografía es reproducida por Jean Cheneaux (21):

Muy pronto, estos soldados invitaron a Zhu-de a adherirse a los Antepasados y a los Antiguos. Él aceptó. Su iniciación tuvo lugar en presencia de numerosos soldados reunidos en un templo aislado de las colinas. Hubo de someterse al ritual antiguo, para el cual era menester prosternarse repetidas veces y beber la sangre del juramento de fraternidad. Este juramento se llevó a cabo de la manera siguiente: Zhu-de primero y después los miembros de la sociedad que prestaban juramento, se cortaron una vena de la muñeca y vertieron unas gotas de sangre en un bol de vino. El bol circuló entre los asistentes y cada uno de los jefes de la ceremonia bebió un poco. Después de esto, Zhu-de juró ser leal hasta la muerte a los principios de la sociedad: Fraternidad, igualdad y ayuda recíproca. Entonces le fueron enseñados los signos y las contraseñas por medio de las cuales los miembros de los Antepasados y de los Antiguos pueden todavía hoy reconocerse en cualquier parte...

Sabemos, asimismo, que otros jefes comunistas de la primera hora fueron iniciados en la célebre «Triada» o en sus filiales, lo cual, como hemos visto en la ceremonia de la sangre, corresponde estrictamente al juramento de la F. M. Entre estos jefes comunistas, se menciona a Wu Yu-chang, decano del P. C. chino, a Liu Zhi-dan y a Xie Zi-chang... Algunos autores no han dudado en insinuar el nombre de Liu Shao-chi, hoy en desgracia. (Hans Heinrich Wetzel, en su obra sobre el futuro presidente de la República popular china, en residencia vigilada desde la revolución cultural.) Para otros, la cualidad de MANDARÍN del padre de Chu En-lai no le habría impedido pertenecer también a la «Triada» y a sus grupos derivados. En cuanto a Mao Tsé-tung, se cierne un misterio, pero no deja de ser curioso que Zhu-de sea aparentemente el único miembro dirigente del partido que haya declarado sin reticencia su pertenencia a la «Triada», cuando se sabe el espíritu emprendedor de la

sociedad Hung.

Es cierto que, desde 1941, los iniciados saben a qué responde en definitiva todo ello, pues la palabra Hung tiene otro significado chino: significa... «inundación»... Ahora bien, ésta estaba prevista para el final de nuestro siglo.

También es en 1941 cuando la Editorial «Les études traditionnelles» publica una obra de Matgioi, titulada *La voie rationnelle*, en la cual se puede encontrar el testimonio siguiente relativo a esa «inundación»:

La inmensa y siempre creciente fecundidad de nuestra raza os empujará hacia el mar, os echará de vuestros reinos y quitará el último grano de arroz a vuestras bocas hambrientas. Ellos vendrán en largos años. A veces, en mis sueños, mi mente lúcida vuela hasta las cosas del porvenir, y veo. Veo largas filas que marchan interminablemente hacia las brumas de tu país, y oigo, en los senderos que van al Oeste, el chasquido de las sandalias de esos miles de hombres. ¡Que nuestros corazones conmovidos saluden a la noche de los tiempos de la cual van a salir!

Llegarán y ante su número espantoso, no tendréis otro recurso que vuestro Dios, pues toda fuerza será inútil; y es entonces cuando el olvido del cielo y la ignorancia de vuestras mentes os serán fatales y vuestras injurias se alzarán para vuestra ruina. Ni vuestras civilizaciones afeminadas, ni vuestros sistemas materialistas, ni vuestras plásticas perversas, ni vuestros actos sensualizados os darán siquiera el coraje necesario para bien morir. Con vuestros cuerpos enflaquecidos por un enervamiento voluntario, vuestras almas fatigadas por el vértigo de vuestras filosofías y vuestros espíritus entumecidos por una negación de veinte siglos, todos rodaréis en el torrente de vuestros vicios y desapareceréis ante la raza antigua que ha sabido guardar intacto el principio de la sabiduría eterna, que ardió ante nuestros antepasados...

## NOTAS DEL EPÍLOGO

1. JEAN CHESNEAUX, *Les sociétés secrètes en Chine*, Julliard, 1965, página 273.
2. En 1885, el crucero francés *La Galissonnière*, que acudió a Hong Kong para reparar las averías que había sufrido en la acción punitiva contra Formosa, provocó con su sola presencia en la rada una huelga de solidaridad de los obreros del arsenal que, avisados por emisarios de la sociedad Hung formosana (30.000 adheridos aproximadamente en aquella época, sólo en dicha isla, según nos informa Chesneaux) obligaron al buque francés a abandonar el puerto británico. Esto demuestra la importancia, tanto en el exterior como en el interior, de esta sociedad secreta.
3. Encyclopédie Planète, *Les sociétés secrètes*, 1964, artículo de RENÉ ALEAU, página 180.
4. JEAN RODES, *La fin des Mandchous*.
5. JEAN MARQUÈS-RIVIÈRE, *La Chine dans le monde*, Payot, París, 1935, página 166.
6. El «chalán» es el «iniciado» en el lenguaje esotérico extremooriental. Los monjes que difundieron el budismo en sus primeros tiempos son denominados así.
7. Sobre la sociedad *Sokka Gagal*, consúltese *I figli del Sole*, Feltrinelli, Milán, 1955.
8. París, Éd. G. P. Maisonneuve, 1933.
9. Así, la triple interpretación: literal, alegórica y mística.
10. La sociedad Hung practica todavía hoy, en Hong Kong, el robo y el bandolerismo. Esto no está inscrito en sus estatutos, que sepamos.
11. Las sandalias de paja de base roma permiten (sustituyendo el calzado ordinario) al aspirante a la iniciación condensar, aislándola, la corriente, el influjo espiritual que va a recibir...
12. B. FAVRE, *op. cit.*, página 170.
13. Fuerza psicológica «descubierta» o «redescubierta» por el escritor francés LOUIS JACOLLIOT (1837-1890). Así se presenta el Vril. Jacolliot ve el principio de toda acción trascendente en esa formidable reserva de energía de la cual el hombre sólo utiliza una ínfima parte. Cosa inquietante. El Vril existe en la India en forma de una secta esotérica que cuenta varios centenares de millares de personas repartidas en el Estado de Mysore. Lo que no nos extraña nada es el hecho que esos sectarios VENERAN EL SOL al que saludan cada mañana al nacer el día.
14. FERIDA WION, *La Chine*. Éd. Nalys, 65, rue de Courcelles, París.
15. Este fenómeno, que la tradición cristiana nos ha legado en forma del misterio de la «levitación» de los santos, es igualmente referida por las tradiciones de la América latina. «En los tiempos antiguos, todos los hombres tenían el poder de volar...», nos dice el *Popol-Vuh*. De la misma manera, las tradiciones africanas hacen mención de los hombres voladores de Zimbabue. En cuanto a la tradición propiamente atlántida del Vril, debe ser buscada en los «platillos volantes» de los antiguos incas.



16. ROBERT CHARROUX, *Le livre du mystérieux inconnu*. Éd. Robert Laffont, 1969.

17. EUGÈNE LENNHOF, *Histoire des sociétés politiques secrètes au XIX<sup>e</sup> siècle*, Paris, Payot, 1934, página 249.

18. Los últimos Tai-p'ing desembarcaron la escena política de una manera muy china. El Gobierno manchú los envió a luchar contra los franceses en Indochina y así formaron la banda de los «Pabellones negros» que dieron mucho que hacer a nuestras tropas.

19. JEAN CHESNEAUX, *op. cit.*, páginas 147 y 148.

20. W. P. MORGAN, *Trial Societies in Hong-Kong*, 1960, Hong Kong.

21. Autobiografía del general Zhu-de compilada por la periodista comunista americana Agnes Smedley. Debemos a JEAN CHESNEAUX el relato de la conversación de ambos personajes, en su obra ya citada, página 206.

## BIBLIOGRAFIA

### PREFACIO E INTRODUCCIÓN

*Atlantis* (Revue traditionnelle, 30, rue de la Marseillaise, 94-Vincennes).

*Bardo Thodol* («Livre des morts tibétains»). Éd. Maisonneuve, Paris, 1969.

BLAVATSKI (H. P.), *la Doctrine secrète*, Éditions de l'Art indépendant, Paris, 1904, 5 vol.

DELCOURT (Marie), *Hermaphrodite*, P. U. F., Paris, 1958.

DUCHESNE-GUILLEMIN, *Ormazd et Ahrimane*, P. U. F., Paris, 1953.

ELIADE (Mircea), *Forgerons et Alchimistes*, Flammarion, Paris, 1956.

ELIADE (Mircea), *Méhistophélès et l'Androgyne*, Gallimard, Paris, 1960.

EVOLA (Julius), *la Tradition hermétique*, Éditions traditionnelles, Paris, 1968.

EVOLA (Julius), *la Doctrine de l'éveil*, Adyar, Paris, 1956.

GLASENAPP (H. de), *la Philosophie indienne*, Payot, Paris, 1951.

HEINDEL (Max) *le Message des astres*, Chacornac, Paris, 1936.

HUTIN (S.), y CARON (M.), *les Alchimistes*, Éditions du Seuil, Paris, 1959.

ROUGIER (Louis), *la Religion astrale des pythagoriciens*, P. U. F., Paris, 1959.

SCHWAB (Raymond), *la Renaissance orientale*, Payot, Paris, 1950.

TALBOT (Laurence), *les Paladins du monde occidental*, dif. Dervy, Paris, 1965.

TALBOT (Laurence), *Genèse profane ou l'œuf du monde*, Centre de livres L. T., 12 bis, O. Cruz, Paris, 16°.

TALBOT (Laurence), *la Couronne est au fond des eaux* (mismo editor).

### AKENATÓN

ALDRED (Cyril), *Akhenaton, le Pharaon mystique*, Tallandier, 1969.

BRUNTON (Paul), *l'Égypte secrète*, Payot, 1947.

CHARROUX (Robert), *le Livre du mystérieux inconnu*, Éd. R. Laffont, 1969.

DANIEL-ROPS, *le Roi ivre de dieu*, Éd. F. X. Le Roux, Paris, 1951.

DEVI (Savitri), *The Lightning and the Sun*, Calcuta, 1956.

ERMAN (A.) y RANKE (H.), *la Civilisation égyptienne*, Payot, 1963.

DUCHAUSSEY (Jacques), *Bacon, Shakespeare ou Saint-Germain*, La Colombe, 1962.

KOLPAKTCHI (Grégoire), *le Livre des morts des anciens égyptiens*, Omnium littéraire, 1966.

LE COUR (Paul), *Dieu et les dieux*, Dervy, 1951.

MAYANI (Z.), *les Hyksos et le monde de la Bible*, Payot, 1956.

MEREZHKOVSKI (Dmitri), *Akhenaton, Joie du Soleil*, Calmann-Lévy, 1924.

WEIGALL (Arthur), *Histoire de l'Égypte ancienne*, Payot, 1968.

WEIGALL (Arthur), *le Pharaon Akh-En-Aton et son époque*, Payot.

WEISSEN-SZULMANSKA (M.), *les Hommes rouges*, Adyar, 1952.

WEISSEN-SZULMANSKA (M.), *Origines atlantiques des anciens Égyptiens*, Omnium littéraire, 1965.

### ZOROASTRO

BLAVATSKI (H. P.), *la Doctrine secrète*, Librairie de l'Art indépendant, Paris, 1904, 5 vol.

DUCHESNE-GUILLEMIN (J.), *Zoroastre*, G. P. Maisonneuve, 1948.

GOBINEAU (Arthur de), *les Religions et les philosophies dans l'Asie centrale*, Crès, 1928.

GOBINEAU (Arthur de), *Trois ans en Asie*, Paris, 1905.

GRIMAL (P.), *Mythologies de la Méditerranée au Gange*, Larousse, 1963.

JAMES (E. O.), *Mythes et rites dans le Proche-Orient ancien*, Payot, 1960.

LOTI (Pierre), *Hacia Ispahán*.

POTTER (Charles-Francis), *les Fondateurs de religions*, Payot.

SCHURE (Édouard), *l'Évolution divine*, L. A. P., 1950.

TOMLIN (F.), *les Grands Philosophes de l'Orient*, Payot, 1952.

VARENNE (Jean), *Zarathoustra et la tradition mazdéenne*, Le Seuil, 1966.

### ALEJANDRO MAGNO

ALTHEIM (F.), *Alexandre et l'Asie*, Payot, 1954.

BENOIST-MÉCHIN (J.), *Alexandre le Grand ou le rêve dépassé*, Clairefontaine, 1964.

BERNARD (André), *Alexandrie la Grande*, Arthaud, 1966.

CLOCHE (P.), *Alexandre le Grand*, P. U. F.

DESROCHES-NOBLECOURT (C.), *Vie et mort d'un Pharaon*, Hachette, 1968.

DROUSEN (J. G.), *Alexandre le Grand*, Bernard Grasset.

DRUON (M.), *Alexandre le dieu*, Del Duca, 1958.

ELIADE (Mircea), *Traité d'histoire des religions*, Payot, 1970.

GRIMAL (Pierre), *la Mythologie grecque*, P. U. F., 1953.

PERCHERON (M.), *les Conquistadors d'Asie*, Payot, 1951.

PLUTARCO: *Vidas de hombres ilustres*.

SAUNERON (S.), *les Prêtres de l'ancienne Égypte*, Le Seuil, 1957.

WEIGALL (A.), *Alexandre le Grand*, Payot, 1955.

WILCKEN (U.), *Alexandre le Grand*, Payot, 1952.

X..., *la Vie légendaire d'Alexandre le Grand*, Libraires associés, 1964.

### JULIANO

ALLARD (Paul), *Julien l'Apostat*, Paris, 1903.

BAYARD (J. P.), *le Monde souterrain*, Flammarion, 1961.

BENOIST-MÉCHIN (J.), *l'Empereur Julien ou le Rêve calciné*, Clairefontaine, 1969.

BIDEZ (J.), *la Vie de l'empereur Julien*, Les Belles Lettres, 1930.

BIDEZ (J.), y CUMONT (F.), *les Mages hellénisés*, Paris, 1938.

BRIEM (O. E.), *les Sociétés secrètes de mystères*, Payot, 1951.

GIBBON (E.), *Histoire du déclin et de la chute de l'Empire romain*, Éd. Robert Laffont, 1970.

MARTIGNY (abbé), *Dictionnaire des Antiquités chrétiennes*, Hachette, 1889.

MEREZHKOVSKI (Dmitri), *la Mort des dieux*, Calmann-Lévy, 1922.

RICCIOTTI (Giuseppe), *Julien l'Apostat*, A. Fayard, 1959.

PEROWNE (S.), *les Césars et les Saints*, Buchet-Chastel, 1962.

VIDAL (Gore), *Julien*, Éd. Robert Laffont, 1966.

### Antigüedad (Fuentes)

APULEYO, *el Asno de oro*.

### Obras del emperador Juliano

*Discours de Julien César*, Belles Lettres, 1932.

*Discours de Julien empereur*, Belles Lettres, 1963-64, 2 vol.

YÁMBLICO, *les Mystères de l'Égypte*, Belles Lettres, 1966.

PLOTINO, *Enéadas*.

### FEDERICO II

AMBELAIN (Robert), *Templiers et Rose-Croix*, Adyar, Paris, 1955.

ANGEBERT (J. M.), *Hitler et la tradition cathare*, Laffont, Paris, 1971. (Edición en español: *Hitler y la tradición cátara*, Plaza & Janés.)

ARMANA (Jean d'), *Le Vénusberg des Troubadours*, Avignon, 1947.

AUVRAY (L.), *Les Registres de Grégoire IX*, Paris, 1890, 3 vol. en 4°.

BLONDEL (G.), *Étude sur la politique de l'empereur Frédéric II en Allemagne*, Paris, 1892, en 8°.

BOSSERT (A.), *La Littérature allemande au Moyen Age*, Hachette, Paris, 1882.

BOULLE (Pierre), *L'Étrange croisade de Frédéric II*, Flammarion, Paris, 1968.

(*La extraña cruzada de Federico II*, edición española, «Libro Documento», Plaza & Janés.)



- BREHIER (Louis), *Les Croisades*, Lecoffre, París, 1928.  
 BRION (Marcel), *Frédéric II de Hohenstaufen*, Tallandier, París, 1948.  
 CHARRON (Robert), *Le Livre des secrets trahis*, Laffont, París, 1965.  
 COHN (Norman), *Les Fanatiques de l'Apocalypse*, Julliard, París, 1962.  
 DE STEFANO (A.), *L'Idée Imperiale di Federico II*, Florencia, 1927, en 12.º.  
 EVOLA (Julius), *Le Mystère du Graal et l'idée impériale gibelina*, Éditions Traditionnelles, París, 1967.  
 GAUTIER-WALTER (A.), *La Chevalerie et les aspects secrets de l'Histoire*, La Table Ronde, 1966.  
 GUÉNON (René), *Le Roi du monde*, N.R.F., París, 1958.  
 GUÉNON (René), *Symboles fondamentaux de la science sacrée*, N.R.F., París, 1962.  
 GUÉNON (René), *Le Symbolisme de la Croix*, Vega, París, 1957.  
 HALPHEN (Louis), *L'Essor de l'Europe*, Alcan, París, 1932.  
 HERON LEPPER (J.), *Les Sociétés secrètes*, Payot, París, 1933.  
 HUILLARD-BREHOLLES, *Historia Diplomatica Friderici Secundi*, París, 1852, 12 v.  
 HUTIN (Serge), *Hommes et civilisations fantastiques*, «J'ai Lu», París, 1970.  
 KANTOROWICZ (E.), *Kaiser Friedrich der Zweiten*, Berlín, en 8.º, 1927 y un suplemento en 1931.  
 MANN (H.), *The Lives of the Popes in the Middle ages*, Londres, 1928, T. XIV: Inocencio IV, en 8.º.  
 MATWOOD (K. E.), *A Guide To Glastonbury's Temple of the Stars*, Watkins, Londres, 1927.  
 NELLI (René), *Dictionnaire des hérésies méridionales*, Privat, Toulouse, 1968.  
 NOUVELLE ÉCOLE, «Stonehenge» n.º 12, marzo-abril 1970, artículo de J.-J. Mourreau.  
 PONSROYE (Pierre), *L'Islam et le Graal*, Denoël, París, 1956.  
 ZIEGLER (H.), *Vie de l'empereur Frédéric II de Hohenstaufen*, París, 1935.  
*Atlantis*, y en particular el n.º 216, *Le Temple et les Templiers*, artículo de J. Duchaussoy.  
 WION (Frida), *Le Royaume inconnu*, Le Courrier du Livre, París, 1970.

#### NAPOLÉON

- BARTHÉLEMY y MÉRY, *Napoléon en Égypte*, Perrotin, París, 1835.  
 BOUCHET (Paul), *Le Mystère de Perrière-les-Chênes*, Drancy, edición del autor.  
 BOUHÉLIER (St-Georges de), *Napoléon, grandeurs et misères*, Fasquelle, París, 1938.  
 LAS CASES (E. de), *Mémorial de Sainte-Hélène*, París, 1823.  
 CHARRON (Robert), *Le Livre du mystérieux inconnu*, Laffont, París, 1969.  
 CHRISTIAN (P.), *L'Homme rouge des Tuileries*, Dorbon, París, 1931.  
 DUCHESNE (Gaston), *L'Arc de triomphe et la place de l'Étoile*, Daragon, París, 1908.  
 HUTIN (Serge), *Histoire des R + C*, Courrier du Livre, París, 1962.  
 LUDWIG (Emil), *Napoléon*, Payot, París, 1928.  
 MERZHKOVSKI (Dmitri), *Napoléon l'homme*, Calmann-Lévy, París, 1929.  
 PALOU (Jean), *La Franc-maçonnerie*, Payot, 2.ª ed., París, 1966.  
 SUARES (André), *Vues sur Napoléon*, Grasset, París, 1933.

Para estar completa, esta lista debería contener algunos otros centenares de títulos y, sobre todo, el resultado de investigaciones personales que no tienen aquí su lugar.

Agradeceríamos se dirigiesen a los investigadores que nos han permitido saber el estado de la cuestión de sus trabajos y, en particular, al Sr. Sinibaldi (para el general suizo Jomini) y al actual gran druida de las Galias, Paul BOUCHET.

#### ADOLF HITLER

- ALLEAU (René), *Hitler et les sociétés secrètes*, Grasset, 1969.  
 ANTEBI (Elizabeth), *Ave Lucifer*, Calmann-Lévy, 1970.  
 BAYLE (Pr.), *Psychologie et éthique du national-socialisme*, P. U. F., 1953.  
 BERGIER (J.) y PAUWELS (L.), *le Matin des magiciens*, Gallimard, 1960. (Edición española: *El retorno de los brujos*, Plaza & Janés.)  
 BRISSAUD (André), *Hitler et l'Ordre noir*, Presses de la Cité, 1969.  
 CHAMBERLAIN (H. S.), *la Genèse du XIX<sup>e</sup> siècle*, Payot, 1913.  
 DAVIS (Renée), *la Croix gammée, cette énigme*, Presses de la Cité, 1967.  
 FABRE D'OLIVET, *Histoire philosophique du Genre humain*, 2 tomos, Éditions Traditionnelles, París, 1966-1967.  
 FABRE-LUCE (A.), *Anthologie de la nouvelle Europe*, Plon, 1942.  
 FEST (Joachim), *les Maîtres du III<sup>e</sup> Reich*, Grasset, 1965.  
 GEYRAUD (Pierre), *les Sociétés secrètes de Paris*, Émile-Paul, 1938.  
 GEYRAUD (Pierre), *l'Occultisme à Paris*, Émile-Paul, 1953.  
 GOERLITZ y QUINT, *Adolf Hitler*, Le Livre contemporain, 1960.  
 GROSCLAUDE (Pierre), *Alfred Rosenberg et le «Mythe du XX<sup>e</sup> siècle»*, F. Sorlot, 1938.  
 GUÉNON (René), *le Symbolisme de la croix*, Véga, 1931.  
 HITLER (Adolf), *Mi lucha*.  
 HITLER (Adolf), *Libres Propos sur la guerre et sur la paix*, Flammarion, 1952, 2 volúmenes.  
 KERNEIZ (C.), *la Chute d'Hitler*, Tallandier, 1940.  
 KUBIZEK (August), *Adolf Hitler, mon ami d'enfance*, Gallimard, 1954.  
 LANDON (Perceval), *A Lhasa*, Hachette, 1906.  
 LE COUR (Paul), *Dieu et les dieux*, Dervy, 1951.  
 LE COUR (Paul), *Hellénisme et christianisme*, Omnium Littéraire.  
 TREVOR-ROPER (H. R.), *les Derniers Jours d'Hitler*, Calmann-Lévy, 1964. (Edición en español: *Los últimos días de Hitler*, Plaza & Janés.)  
 ZAM BOTHIVA, *Asia misteriosa*, Dorbon, París, 1929.

#### MAO TSE-TUNG

- ALLEAU (René), *les Sociétés secrètes*, Éd. Planète, París, 1964.  
 CREEL (H. G.), *la Pensée chinoise*, Payot, París, 1955.  
 CHESNEAUX (Jean), *les Sociétés secrètes en Chine*, Julliard, París, 1965.  
 CHESNEAUX (J.), FEILING DAVIS, NGUYEN NGUYET HO, *Mouvements populaires et*

- sociétés secrètes en Chine aux XIX<sup>e</sup> et XX<sup>e</sup> siècles*, Maspéro, París, 1970.
- CHASSIN (général), *l'Ascension de Mao Tsé-toung*, Payot, París, 1953.
- FAVRE (colonel B.), *les Sociétés secrètes en Chine*, Éd. G. P. Maisonneuve, París, 1933.
- GIEU (Jimmy), *l'Ordre vert*, Éd. Fleuve noir, París, 1969.
- GRANET (Marcel), *la Pensée chinoise*, Albin Michel, París, 1934.
- LENNHOFF (Eugène), *Histoire des sociétés secrètes politiques au XIX<sup>e</sup> siècle*, Payot, París, 1934.
- MARQUÈS-RIVIÈRE (Jean), *la Chine dans le monde*, Payot, París, 1935.
- MORGAN (W. P.), *Triad Societies in Hong-kong*, Hong Kong, 1960.
- SCHLEGEL (Gustave), *Rituel d'initiation Hung* (manuscrito poseído por los autores).
- WARD y STIRLING, *The Hung Society*, Londres, 1926.
- WION (Frida), *la Chine*, Éd. Nalys, París, 65, rue de Courcelles.
- WION (Frida), *les Symboles de la Chine*, Le Courrier du Livre, París, 1970.

Conviene añadir a esta bibliografía las obras relativas a la Historia General de China.

Este libro se imprimió en los talleres  
de GRÁFICAS GUADA, S. A.  
Virgen de Guadalupe, 33  
Esplugas de Llobregat.  
Barcelona